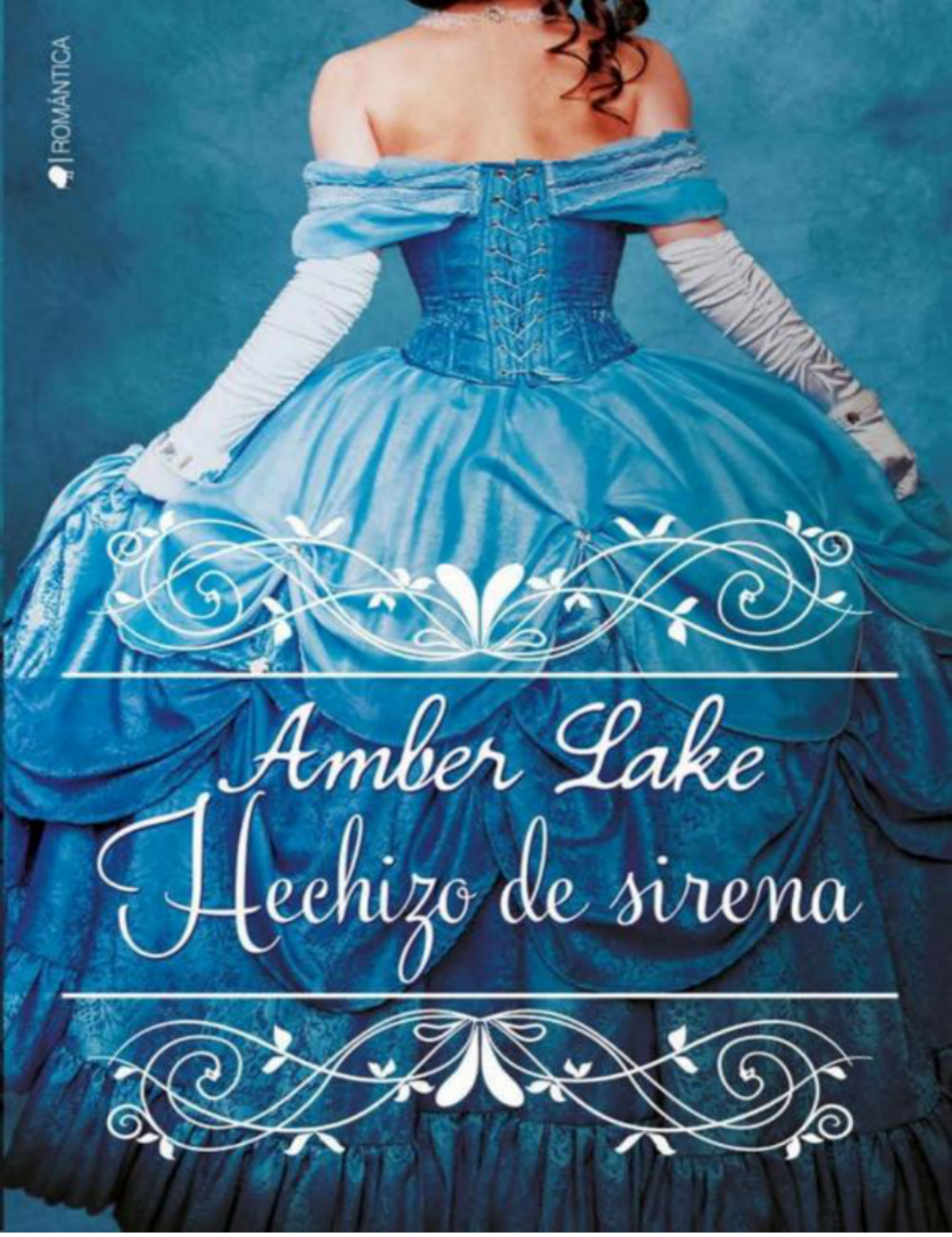
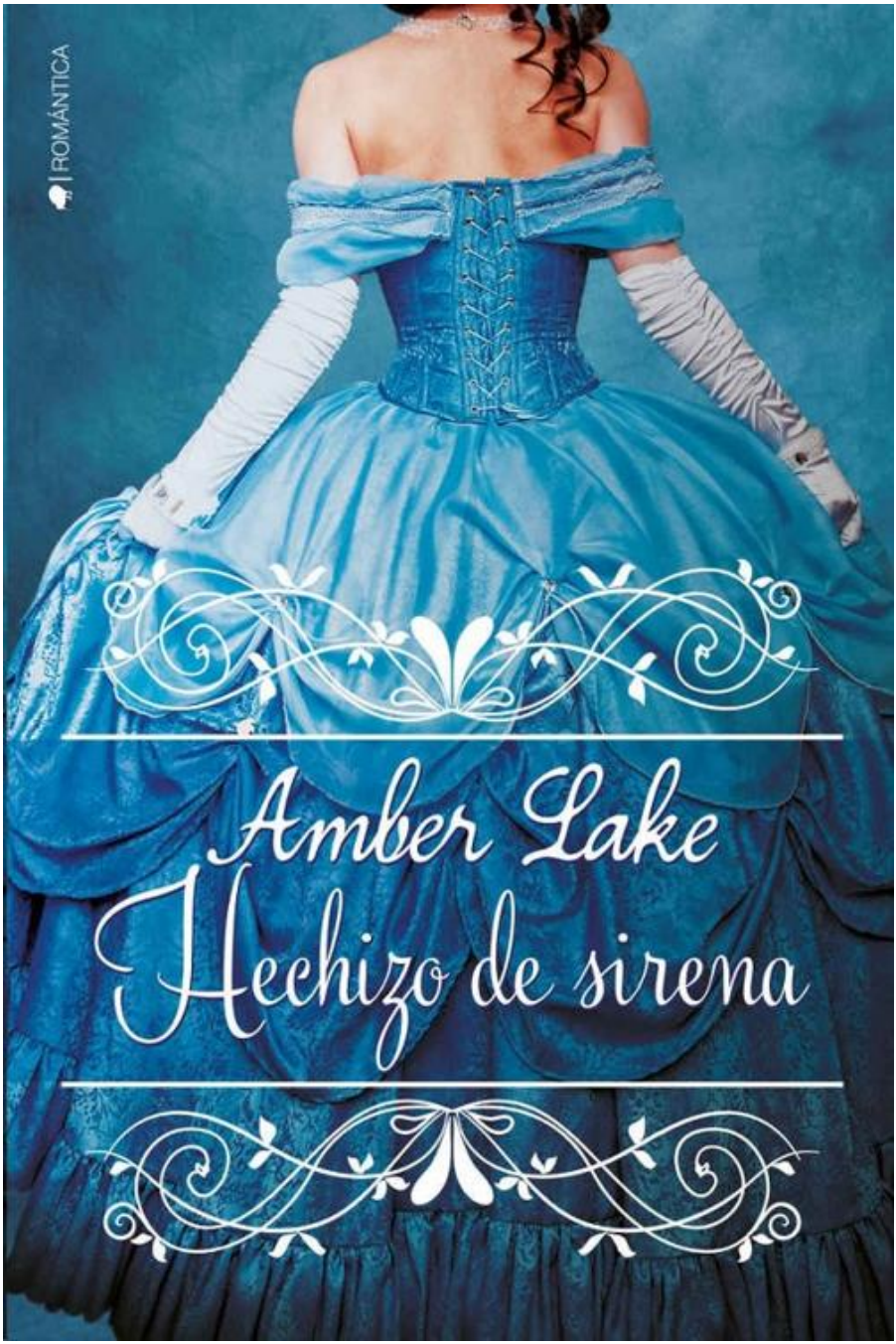

ROMÁNTICA
Amber Lake
Hechizo de sirena



las Sirenas,

las que hechizan a todos los hombres que se acercan a ellas.

La Odisea, canto XII.

Homero (siglo VIII a.C.), poeta griego.

Capítulo 1

Londres, diciembre de 1822.

Gregory subió la escalera del regio edificio con firme determinación. Saludó a varios conocidos a su paso y, tras franquear algunas puertas y perderse por desiertos corredores, se dirigió a una aislada zona del último piso donde se encontraba el despacho de la persona que deseaba ver. El ayudante de esta, que ocupaba la antesala, le anunció que podía pasar. Llamó a la puerta y entró.

—Buenos días, señor —saludó Gregory, acercándose.

Sir Wil iam Eckersley, sentado detrás de una enorme mesa rebosante de papeles, respondió con una inclinación de cabeza mientras le indicaba que se acomodase en un sil ón frente a él.

—Y bien, ¿qué es esa cuestión tan urgente que desea tratar conmigo, Rawson? —preguntó con aspereza.

Gregory no se amilanó ante el ceñudo semblante de su interlocutor. Sir Wil iam era célebre por su hosco carácter y, sobre todo, por su gran competencia y sagacidad. Llevaba muchos años al mando de los servicios de espionaje ingleses y, en el tiempo que él lo conocía, había aprendido que ese era un rasgo de su personalidad que no conseguía eclipsar sus grandes cualidades.

Admiraba su inteligencia y la capacidad de sacrificio por su país, por eso le apenaba el tener que comunicarle la decisión que había tomado. Era consciente de que iba a decepcionarle, pero no pensaba retractarse.

—Deseo cesar en el servicio, señor. Quería comunicárselo para que encontrase un sustituto lo antes posible. Aunque la situación política en los nuevos países andinos se está estabilizando, aún queda tarea por hacer al í.

A Gregory le pareció que Eckersley fruncía más el ceño, pero no se amilanó por el o y continuó con su explicación.

—En Brasil, pese a que la Familia Real ha sido bien acogida y Don Pedro ha sido coronado, subsisten algunas pequeñas revueltas que es necesario sofocar. Por otra parte, algunos gobiernos se

muestran remisos a cerrar tratos comerciales con nosotros, apostando por los productos l egados de su gran vecina del norte.

No deberíamos dejar que nuestras antiguas colonias monopolizaran la situación, como parecen pretender; ¿no cree?

Gregory se había pasado los últimos tres años en continuos viajes por el continente sudamericano supervisando los procesos independentistas que se venían gestando desde años antes y ayudando, en nombre de su país, a que l egasen a buen puerto, al tiempo que intentaba cerrar acuerdos comerciales que beneficiasen a la cada vez más pujante industria manufacturera británica.

—Lo tendremos en cuenta, Rawson. Y dígame, ¿a qué se debe esa repentina decisión? —inquirió sir Wil iam con la expresión imperturbable que lo caracterizaba—. Ha desarrol ado una magnífica labor como agente en todo este tiempo y teníamos grandes planes para usted. No nos agradará prescindir de su colaboración, y menos en estos difíciles momentos.

Si estaba decepcionado por la decisión de Gregory no lo demostró en modo alguno, no en vano había sido el maestro de muchos de los grandes espías británicos de los últimos años, entre los que se encontraba Julian Rawson, conde de Heydon, el propio hermano de Gregory.

—Lo siento, señor. Es una decisión muy meditada e irrevocable.

Quiero centrarme en mi negocio.

Cuando Gregory solicitó, cinco años antes, la ayuda de su hermano para salir del aprieto creado por su propia estupidez y apasionamiento juvenil, no imaginó que el precio a pagar sería tan alto; si bien, el sacrificio había valido la pena por la tranquilidad que aportó a su familia. Eckersley le proporcionó una salida airosa y le estaba muy agradecido por el o, pero consideraba que esos importantes años de su vida habían sido suficientes para saldar la deuda moral contraída con la Corona, además de haber devuelto el préstamo que le concedieron para iniciar el negocio que tenía proyectado.

En aquel a primera entrevista el hombre no le mintió, asegurándole que el cometido que iba a desempeñar sería sufrido y peligroso aunque le aportaría una gran satisfacción. Había intentado desempeñar su labor con competencia y, a tenor de los resultados,

lo había conseguido, pero nunca l egó a gustarle. Se necesitaba un

talante especial para ese tipo de trabajo que él no poseía.

—Lo entiendo y, para serle sincero, lo esperaba. Se vio obligado a tomar ese camino y lo ha recorrido con inteligencia y profesionalidad. Para una persona que no siente auténtica vocación por este oficio es muy loable su predisposición y coraje durante todo el tiempo que ha estado a nuestro servicio.

El semblante de sir Wil iam mostraba lo que deseaba expresar.

Él mismo había realizado grandes sacrificios durante su larga existencia, como el haber renunciado a crear una familia. Su trabajo había sido su vida desde que con veintiún años dejó sus estudios en Oxford para acudir a la l amada de un amigo, que le prometía una vida de aventuras en los lugares más exóticos del planeta, y nunca se había arrepentido de el o. Unas veces fue arriesgado, muchas agotador y siempre excitante. También le cabía el orgul o de haber formado a un buen número de magníficos agentes a lo largo de su carrera, que fueron cruciales para el destino de su país en etapas importantes de la historia pasada y continuarían siéndolo en el futuro.

—Puedo entender su postura y aceptar su dimisión, pero antes debo pedirle un último favor.

Gregory se tensó. Ya presagiaba que no iba a aceptar fácilmente su renuncia.

Sir Wil iam se levantó del sil ón que ocupaba y se acercó a un macizo armario, reforzado con impresionantes bandas de hierro, del que extrajo una carpeta. Volvió a ocupar su lugar tras la mesa y la abrió, entregando a Gregory uno de los papeles que contenía.

Este lo cogió y comenzó a leer. Se trataba de una nota manuscrita y sin firma en la que se detal aban las órdenes suministradas al destacamento del ejército destinado en la isla de Malta. Cuando terminó, Gregory levantó la cabeza y miró a sir Wil iam con perplejidad.

—¿Imagino que estará al tanto de la sublevación de los territorios europeos bajo dominio turco? —preguntó sir Wil iam, fijando sus astutos ojos en el hombre que tenía enfrente.

Gregory asintió. Había seguido el desarrol o del problema surgido en los Balcanes desde que se inició tres años atrás y

conocía la postura del gobierno británico, de apoyo sin intervención

abierta.

Desde hacía años se venía gestando un fuerte patriotismo entre el pueblo griego sometido al yugo otomano; sentimiento que era alentado por varios gobiernos europeos. Estas ideas revolucionarias se materializaron desde muchos años antes en sociedades secretas repartidas por toda Europa, cuya misión era fortalecer y extender el sentimiento nacionalista y reclutar adeptos a la causa. Después de varios intentos anteriores, en 1821 se había iniciado una rebelión general en territorio griego, apoyada por el zar Alejandro I, l egando a proclamar la independencia de Grecia y redactando una constitución.

Desde entonces, se desarrol aba una guerra abierta en la que los separatistas resistían con la colaboración de Rusia y algunos militares de distintos países, que ayudaban a organizar el escaso y maltrecho ejército griego. Sin embargo, la insuficiencia de medios y las profundas rivalidades internas del incipiente gobierno amenazaban con hacer fracasar el tenaz conato de sedición.

—Por suerte, esa nota fue interceptada hace unas semanas y conseguimos alterarla según nuestros intereses, pero nos tememos que han existido otras con anterioridad. Conocemos a la persona que suministra la información, no a su destinatario. Por la naturaleza del contenido, imaginamos que es el gobierno turco el principal interesado y el que la recibe en último término —explicó. Viendo que había captado toda la atención de Gregory, prosiguió:

—Verá, Rawson, sospechamos que existe desde hace años una importante red de espionaje turco en nuestro país que intenta obtener información sobre las intenciones del Gobierno con respecto al conflicto griego. Como ya sabe, nuestra posición es de neutralidad, al contrario de lo que ocurre con los rusos. Las simpatías de la Corona están a favor de los sublevados, sin atreverse a apoyarlos de forma pública mientras existan luchas internas entre sus dirigentes que mermen el éxito de la revuelta.

—Corre el rumor de que esa situación podría cambiar de un momento a otro —comentó Gregory.

—Como bien ha dicho, es un rumor. Lord Liverpool1 prefiere aguardar y ver cómo se desarrol an los acontecimientos antes de

tomar una decisión, lo que no impide que piense en prepararse para una futura intervención armada. Se está valorando el reforzar nuestros destacamentos ubicados en las zonas más próximas al territorio en

conflicto, como las Islas Jónicas y Malta, con el fin de asegurarlas frente a un ataque de la armada otomana. La defensa de esas plazas es prioritaria. No podemos perder el dominio en el Mediterráneo ni permitir que los rusos monopolicen a la nueva nación. Por supuesto, esa información es esencial para los turcos y están desplegando todos sus recursos para obtenerla.

Gregory asintió, comprendiendo la situación.

—Ha mencionado que conocen al informador. ¿De quién se trata?

—De un viejo conocido suyo, el capitán Sawford.

—¿Nathan? —El gesto de incredulidad de Gregory expresaba total desacuerdo—. Permítame que lo dude, señor. Lo conozco bien y sé que es una persona honrada y un gran patriota.

Se conocían desde hacía muchos años, cuando ambos realizaban sus estudios en Eton. Él, que era algo mayor, l evaba un año al í cuando Nathan, con doce años, ingresó en el selecto colegio y congeniaron desde el primer día.

Gregory era hijo de un conde y el padre de Nathan el administrador de un noble que actuaba como benefactor del joven.

Que fuese el bastardo de dicho aristócrata, como se rumoreaba, y un advenedizo en dicha institución fue algo que nunca le importó; al contrario, influyó en su deseo de proteger al niño al que todos daban de lado. El carácter íntegro y altruista de Gregory, proclive a favorecer a los débiles y evitar las injusticias, encontró en Sawford al compañero perfecto, convirtiéndose ambos en inseparables.

Tras cinco años en el internado, Nathan decidió alistarse en el ejército para luchar contra Napoleón. Desde entonces se habían visto en escasas ocasiones, perdurando en el os la camaradería que se había forjado a consecuencia de las penalidades padecidas en la rígida institución docente.

—Es fácil equivocarse en la percepción de los demás cuando se tienen pocos años —cuestionó sir Wil iam con cautela.

—No creo que sea el caso de Sawford, señor. Era uno de mis mejores amigos y, a pesar de que nos hemos tratado poco en los

últimos diez años, dudo de que se haya convertido en un traidor a su país. Debe conocer que fue condecorado por sus heroicas hazañas

durante la guerra.

Sir Wil iam había repasado el expediente de Sawford y estaba al tanto de sus méritos.

En 1813 el joven Nathan Sawford, con diecisiete años, se enroló en el ejército y fue enviado al frente. Al í demostró su valor cuando, al mando de un reducido grupo de hombres y habiendo resultado herido, l egó a conquistar una pequeña plaza de vital importancia para el avance de las tropas inglesas, evitando con el o una masacre entre sus camaradas. Acabó la guerra con el grado de teniente y decidió continuar en el ejército. Fue enviado a la India, regresando a los cuatro años ascendido al grado de capitán. Ese mismo año contrajo matrimonio y se trasladó a su nuevo destino: el mando de un pequeño destacamento en Hawick, una población en la frontera con Escocia. Dos años más tarde pidió un traslado a Londres aduciendo que el frío clima de esa zona perjudica la frágil salud de su esposa, aunque se rumoreaba que había sido para apartarla de un joven oficial con el que mantenía una sospechosa amistad. Se le concedió entonces un puesto en el Almirantazgo como ayudante del general Wolstenholme. También había oído decir que en poco tiempo sería ascendido a mayor gracias al respaldo de sus superiores.

—Los conozco, Rawson; pero las personas cambian… o las hacen cambiar —insistió; y ante el gesto de extrañeza de Gregory, aclaró—: Desde que fue trasladado a Londres, el capitán Sawford l eva un nivel de vida que no podría permitirse con el sueldo de oficial del ejército. Sabemos que recibió una pequeña herencia de su protector, el conde de Doncaster, el mismo que lo mantuvo estudiando en Eton en la época en la que fueron compañeros, y que no es suficiente para justificar esos dispendios. Hemos comprobado la letra de la nota y los expertos piensan que es muy similar a la de Sawford. Además, debe saber que en su destino actual tiene acceso a material confidencial, resultándole muy sencil o apropiarse de él para lucrarse vendiéndolo al enemigo. Por todo el o, su antiguo compañero de estudios se ha convertido en nuestro principal sospechoso.

—¿Si es así, por qué no lo interrogan?

—Porque Sawford es solo un peón en esa importante red de espionaje turco que opera en nuestro país. Nos interesa más atrapar al receptor de la información, el cerebro que está detrás de esa intriga.

Eckersley sopesó durante unos segundos la conveniencia de sincerarse con Gregory. Tomada la decisión, se arrel anó más en el mul ido sil ón

y cruzó las manos sobre su prominente abdomen.

—Le seré sincero, Rawson. Tenemos fundadas sospechas de que existe un traidor en nuestro gobierno, alguien con acceso a material reservado o que posee medios para conseguirlo. Unas veces, como en este caso, convenciendo a la persona que se lo proporciona y otras recurriendo a métodos más directos. Nos tememos que l eva años haciéndolo aunque no lo hemos advertido hasta hace un par de meses, al producirse unos robos en las residencias de dos importantes miembros del Parlamento.

Eckersley hizo una pausa para calibrar el efecto de sus palabras en Gregory. Cuando se convenció de que había captado todo su interés, prosiguió:

—En un principio, se creyó que eran obra de unos vulgares rateros. Pero al confesar los afectados que les habían desaparecido documentos confidenciales, que imprudentemente guardaban en sus hogares, le asigné la investigación a uno de mis mejores agentes. Él estableció esa relación y nos alertó, así como de la posible implicación de Sawford. Por desgracia, no ha logrado descubrir la identidad del traidor. Sabemos que se hace l amar Hood y que se vale de una banda de ladrones para perpetrar los hurtos y cubrir su rastro. Parece que ni sus mismos compinches lo conocen.

Se trata de un hombre muy escurridizo y despiadado. Le creemos responsable directo de la muerte de dos agentes que le seguían los pasos. Comprenderá la urgencia en descubrirlo y ponerle freno de una vez a esas filtraciones de vital importancia para la seguridad de nuestro país.

—Me hago cargo, señor, pero no veo la necesidad de mi intervención si ya tienen agentes ocupándose de el o —intentó excusarse.

—Es necesaria y mucho. Ya le he explicado que la situación de

neutralidad con respecto al conflicto griego es provisional y que el Gobierno tiene la intención de incrementar en los próximos meses el número de hombres y material, así como reforzar los fuertes y baterías de costa de nuestras plazas en el Mediterráneo oriental, algo que interesaría conocer a un potencial enemigo. Pensamos que no se ha sustraído nada importante ya que dichas medidas no se han aprobado, pero no podemos correr el riesgo de que se nos escape algo en el futuro que comprometa la seguridad de nuestras tropas. Usted nos sería de mucha ayuda investigando a Sawford y, si tiene suerte,

descubriendo a la persona que le compra la información.

Gregory hizo un gesto de contrariedad.

—Permítame que discrepe, señor. Nathan podría sospechar de mí. Es conocida mi vinculación con el Foreign Office —replicó, convencido de que él era la persona menos idónea para la misión.

—Hace tres años que abandonó su puesto de asesor comercial en las colonias canadienses, que era el lazo que le unía a la Corona de forma oficial. Por otra parte, muy pocas personas conocen la labor camuflada que ha realizado desde entonces y todas son de entera confianza. Para el resto de la sociedad usted se dedica a su negocio naviero, que le obliga a realizar continuos viajes a los mercados americanos.

Gregory frunció el ceño. Sir Wil iam tenía razón. Casi nadie estaba al tanto de su verdadera labor. Por su parte, su padre, su hermano y Alister, su socio en el negocio y al que debía agradecer su paciencia y colaboración. Recordó que, al surgir el problema que le obligó a abandonar el ejército, Nathan se encontraba en la India y dudaba de que se hubiese enterado de su renuncia y posterior incorporación al Foreign Office. De hecho, en las posteriores ocasiones en las que se habían vuelto a ver, él nunca lo mencionó.

No obstante, le desagradaba participar en una misión de ese tipo. El espiar a un amigo, y más siendo sospechoso de traición, era uno de los peores trabajos que le podían encomendar. Al ofrecerse a realizar una última misión no imaginaba que iba a tratarse de algo parecido. Pero se lo había prometido a su superior y no iba a volverse atrás.

Meditó durante unos segundos. No todo era desfavorable. Si no

tenía que salir de Londres en una temporada podría dedicar más horas al negocio, lo que permitiría a Alister realizar el viaje que l evaba años aplazando.

—Les ayudaré, señor. Aunque le adelanto que será el último encargo que voy a hacer para la Corona en calidad de agente encubierto. Redactaré mi carta de renuncia sin fecha y la firmaré para que quede constancia de el o.

—Gracias, Rawson; no esperaba menos de usted. Woles le entregará la documentación que poseemos. Revísela y encárguese de el o. Dejo a su elección y buen criterio la forma de hacerlo, siempre que le dedique su mayor interés. —Sir Wil iam parecía impaciente, algo insólito en ese hombre que era el vivo ejemplo de la famosa flema británica—. Y

no olvide informarme de sus pesquisas. Tengo órdenes de tratar este tema con la mayor discreción posible al estar implicadas personas de alta relevancia política y social. Tenemos a dos hombres siguiendo los movimientos de Sawford día y noche. Podrá contar con su colaboración. En cuanto a usted, no le supondrá ningún esfuerzo introducirse en la intimidad de su hogar. Al í puede encontrar información valiosa que nosotros no hemos logrado descubrir.

—¿Han infiltrado a alguien en la casa?

—Sí —respondió algo fastidiado—. Tras la misiva interceptada logramos colocar a un agente en la residencia de los Sawford, sin que obtuviera información de utilidad. No nos atrevemos a enviar a nadie más por temor a que lo descubra, dando al traste con nuestras expectativas de acabar con la trama de espionaje. Tal vez usted consiga algo de valor. Le rogaría que comenzase lo antes posible.

—Descuide, me pondré a el o de inmediato. Solo le pido unos pocos días para visitar a mi familia. Llevo casi seis meses sin verla.

—Salude a su padre y a su hermano de mi parte.

—Así lo haré, señor —Gregory fue a levantarse cuando recordó algo —. Aparte de los dos agentes que vigilan a Sawford, ha dicho que tiene otra persona en el caso. Sería conveniente colaborar con él también, ¿no cree? —sugirió, extrañado de que no le hubiese mencionado esa posibilidad.

—Es más prudente que no lo conozca ni interfiera en sus

actividades. A él le gusta trabajar solo. Es su forma de actuar, y con el a ha cosechado grandes éxitos —rechazó.

Sir Wil iam hizo sonar una campanil a y se presentó Woles.

—Entregue a Rawson el expediente Sawford y todo lo que tenemos sobre el complot de espionaje turco para que lo estudie a fondo. Proporciónele un lugar para hacerlo con tranquilidad —pidió a su fiel ayudante, y dirigiéndose a Gregory—: Lleve cuidado y no se deje engañar por la aparente simplicidad de esta misión, hijo. Esos espías son muy peligrosos, y aún más el traidor en nuestras filas.

No debe bajar la guardia.

—Descuide, señor. Me cuidaré las espaldas.

Gregory estrechó la mano del hombre y acompañó a Woles hasta el despacho contiguo. Este le entregó varias carpetas y despejó una mesa en un tranquilo rincón donde pudo dedicar varias horas a estudiar todos los informes referentes al caso.

Se asombró de la amplitud de la trama. Según leyó, los espías turcos l evaban años infiltrados en Europa y habían recabado información valiosa de varios gobiernos defensores de la independencia griega, entre el os el ruso. Se temían que esos informes hubiesen sido la causa de algunas importantes derrotas del ejército griego, apoyado y nutrido por las tropas del zar Alejandro I.

En cuanto a Hood, sospechaban que pertenecía a la alta sociedad londinense y que poseía título nobiliario y escaño en el Parlamento. Solía utilizar la asistencia a fiestas y reuniones para facilitar a sus compinches acceso a las residencias e información de los objetos de valor y los documentos comprometedores que en el as se guardaban, y que eran saqueadas con posterioridad.

Tres horas más tarde, Gregory salió del edificio molesto por verse obligado a participar en la misión más desagradable de las encargadas en los cinco años que l evaba trabajando para la Corona. Al menos, disponía de unos días para visitar a sus familiares, se dijo algo más animado.

Subió al carruaje que lo esperaba e indicó a Parker, su fiel cochero, que se encaminara hacia Heydon Hal , la casa de campo de su hermano Julian en el condado de Hertford, donde sabía que se encontraban sus padres. Unos días en compañía de su familia le

ayudarían a encarar con mayor entusiasmo esta última misión de su corta e interesante carrera como espía.

1 Robert Banks Jenkinson, segundo conde de Liverpool, primer ministro del Reino Unido de 1812 a 1827.

Capítulo 2

Culham, condado de Oxford, abril de 1823.

Adele doblo la escueta misiva y la guardó en el bolsil o del delantal. Su hermana no la l amaría de no ser necesario, pensó.

Conservaba un penoso recuerdo de la última vez que se habían visto, cuando Celeste acudió a la aldea para el funeral de Ophelia.

Las voces airadas, los insultos, las amargas lágrimas posteriores…

todo estaba muy vivo en su memoria. Sí, su hermana no recurriría a el a de no existir una extrema urgencia.

Aunque eran tan escasos los datos que facilitaba en la carta que no podía calibrar la gravedad del asunto. Le decía que su hijo estaba enfermo y solicitaba su experta ayuda para cuidarlo. No indicaba qué tipo de enfermedad había contraído el pequeño ni la duración de la misma, solo que fuese lo antes posible. Ahora tenía que comunicárselo a su padre.

Salió de la casa y se dirigió al edificio adosado a la vicaría, que hacía las veces de dispensario médico y botica, convencida de que al í lo encontraría.

Temía el momento de explicarle lo que ocurría. Se había encariñado mucho con el niño la única vez que lo vio y sabía que se preocuparía por él. Pero Matthew ya estaba en manos de uno de los mejores médicos de Londres y no necesitaba otra opinión.

Abrió la puerta del reducido cuarto y una familiar gama de aromas a plantas asaltó sus fosas nasales. Descubrió a su padre de espaldas revisando los numerosos botes de cristal pulcramente ordenados en la alacena. Sentado en un estrecho camastro se encontraba un jovencito de unos doce años con el rostro contraído en un gesto de dolor y haciendo grandes esfuerzos por evitar las lágrimas. En el antebrazo izquierdo presentaba un largo corte que no dejaba de sangrar.

—¿Qué te ha ocurrido, Toby? —preguntó alarmada. Le costaba asimilar esas frecuentes escenas.

—Nada grave, señorita Adele. Un pequeño tajo con la azada. —

El chico encogió los hombros en un intento por quitarle importancia,

esforzándose por aparentar una serenidad que no sentía.

Adele lo revisó con ojos expertos y advirtió que el corte era poco profundo y no había afectado tendones o vasos sanguíneos importantes.

—Me alegro de que hayas venido. Así podrás coserle la herida.

Tú eres más habilidosa con la aguja y yo debo preparar el sermón de mañana.

—Desde luego, padre. Voy a prepararme.

Adele se lavó las manos en la jofaina mientras su padre limpiaba y curaba la herida con un ungüento. Cogió los útiles de sutura y se acercó al herido, que temblaba de forma perceptible.

—Tranquilo, Toby, te prometo que no te va a doler. —Le dedicó una sonrisa que contribuyó a que el jovencito enrojeciera hasta las orejas.

Con destreza, Adele fue cosiendo el largo corte mientras intentaba entretener al accidentado entonando una alegre canción popular. Al terminar, le vendó la herida y le sujetó el brazo al tronco con una tira de lienzo.

—No debes moverlo ni mojarte el vendaje. Ven mañana para que comprobemos su evolución.

Toby hizo intención de levantarse.

—Espera, te daré algo para que no te duela. —Se acercó al estante de los medicamentos y depositó en un papel varias píldoras preparadas con corteza de sauce blanco y melaza—. Tómate una con el desayuno y otra en la cena —le indicó, revolviéndole el pelo en un cariñoso gesto.

—Gracias, señorita Adele. Mañana a esta hora volveré por aquí

—prometió y salió con rapidez.

Adele terminó de recoger y limpiar los utensilios utilizados y se dirigió a la casa con el propósito de preparar la comida. Había decidido aplazar la conversación hasta la hora del almuerzo pues sabía que, cuando su padre estaba ocupado redactando los sermones, no le gustaba que lo molestasen. Le costaba cada vez más esfuerzo hilvanar las palabras, hasta el punto de que tenía que pedirle ayuda con frecuencia para escribirlos. ¿Qué haría su padre cuando el a se ausentase durante días, incluso semanas?

La parroquia y el dispensario, que recibía un gran número de

enfermos al no haber médico en la población vecina, ocasionaban mucho trabajo que él solo no podía atender. A todo el o había que añadir la preparación de medicamentos y otros remedios a los que cada día dedicaba más tiempo. Por otra parte, el a era la directora del coro que participaba en las celebraciones religiosas. ¿Quién se encargaría de los ensayos?

Demasiadas tareas y responsabilidades para abandonarlas durante tanto tiempo. Pero no podía desoír la petición de ayuda de Celeste y más estando Matthew implicado. Su pequeño sobrino, de casi cuatro años, era razón suficiente para que las dudas se despejaran. Ya se las arreglaría para dejar todo dispuesto y que su ausencia no se notase.

Adele no quiso engañarse a sí misma y reconoció que había una razón más que le hacía dudar de ir a Londres. Se trataba de Nathan, el marido de su hermana. ¿Cómo reaccionaría al verle tras cuatro años? ¿Le odiaba o, por el contrario, seguía enamorada de él?

Ni lo uno ni lo otro, se dijo convencida. Hacía tiempo que había superado el dolor y hasta podía justificar sus acciones. Él no tenía la culpa de haberse enamorado de su hermana y desear convertirla en su esposa, rompiendo así la promesa que le había hecho a el a en un arrebato de juvenil entusiasmo.

Nathan, un año mayor que Adele, había sido su inseparable compañero de juegos en la niñez hasta que, con doce años, lo enviaron a estudiar a un colegio. No por el o menguó el afecto que se profesaban. Cuando regresaba en vacaciones, volvían a retomar la antigua amistad que les unía. Ambos eran huérfanos de madre y, aunque su propio padre se había vuelto a casar, su nueva esposa no era una persona que ejerciese como tal.

Por su parte, Nathan l evaba el estigma de hijo bastardo grabado a fuego en el corazón. Aunque no era un hecho probado, desde pequeña había oído decir que el conde de Doncaster casó a la joven doncel a que l evaba a su hijo en el vientre con uno de sus lacayos, al que convirtió en administrador de Manor House, la finca cercana a la aldea donde vivía. Estas penosas circunstancias propiciaron los fuertes vínculos que les unieron desde la más tierna edad.

¿Cuándo pasó el cariño fraternal a convertirse en amor? No estaba segura. Lo cierto era que ocho años antes, al regresar

Nathan de la guerra y proponerle matrimonio, el a se sintió feliz. Por desgracia, la inminencia de la marcha de su regimiento a la India impidió que hiciesen público su compromiso, prefiriendo ambos guardarlo en secreto hasta su regreso.

Esperó durante cuatro años, en los que las esporádicas cartas fueron un tibio sustituto de los tímidos besos que habían compartido, y que Adele atesoraba en su corazón como preciados regalos.

Cuando al fin Nathan regresó, las anteriores promesas de amor que a

el a le hiciera quedaron olvidadas al contemplar el bel o rostro de Celeste.

La boda con su hermana se celebró dos meses más tarde. La premura se debió a que él debía incorporarse a su nuevo destino y deseaba l evar consigo a su joven esposa. Adele quedó sumida en la desolación, de la que le costó salir largos meses en los que procuró que nadie lo advirtiera.

¿Llegó a estar enamorada de Nathan alguna vez o solo fue un espejismo, el reflejo del cariño que les unía desde niños mezclado con su juventud e inexperiencia? Quizá esto último porque, de otro modo, la herida que el abandono dejó en su corazón sería más profunda y no habría sanado nunca.

Se preguntaba cómo reaccionaría al volver a verlo convertido en el marido de su hermana y en el padre de su sobrino. Desechó esos tristes pensamientos. En esos momentos lo que más le preocupaba era la salud de Matthew, y por el o enterraría toda la rabia y rencor que pudiese albergar hacia los padres del niño.

Preparó la comida y dispuso la mesa, aguardando a que su padre acudiese. Al final, y como en tantas ocasiones, se dirigió al pequeño cuarto que hacía las veces de biblioteca y gabinete de trabajo. Al í lo encontró, escribiendo afanosamente.

—Padre, hace más de media hora que le espero. Deje eso, por favor. Yo le ayudaré si lo precisa —le recriminó con una sonrisa.

—Lo siento, Adele; no me he dado cuenta de la hora que es.

Eres demasiado paciente conmigo —replicó George con gesto de pesar —. Ya está casi terminado. Luego te dejaré que lo leas para que me des tu opinión.

—Lo haré con gusto. Ahora, vamos a almorzar. La comida se enfría.

George se dirigió a su cuarto para lavarse las manos manchadas de tinta y el a al acogedor saloncito con vistas al jardín delantero donde comían, ocupándose de l enar los platos.

—Esto huele delicioso. Eres una magnífica cocinera —reconoció, y le dedicó una agradecida mirada.

Comieron en silencio durante unos minutos, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Al poco, Adele se decidió a hablar.

—He recibido carta de Celeste, padre. Me pide que vaya unos días a verla. Matthew ha caído enfermo y, como el a tiene que marcharse de viaje, ha pensado en mí para atenderle. Prefiere que quede al cuidado de una persona conocida y no a cargo de los sirvientes —explicó. Había decidido alterar un tanto lo que decía la carta de su hermana hasta comprobar cómo estaba su sobrino.

George la miro alarmado.

—¿Qué le ocurre al pequeño?

—No lo especifica en la carta. Puede que solo se trate de un resfriado —sugirió con el fin de no inquietarlo—. Ya conoce a Celeste. Se preocupa en exceso por la salud del niño.

Adele recordaba la única vez que su hermana había traído a Matthew, el año anterior para asistir al sepelio de su madre. Fueron un par de días en los que no dejó de quejarse de las incomodidades, las corrientes de frío y la mala calidad de los alimentos.

—Debes ir. Me gustaría acompañarte, pero ya sabes que no puedo abandonar la vicaría.

Adele asintió. Su padre era una persona muy responsable y desempeñaba su labor con un celo encomiable. Era un hombre bueno y sabio que se había ganado el afecto de sus feligreses no solo como su vicario, también como su amigo, guía y benefactor.

Asesoraba a los necesitados de consejo y ayudaba en la medida de sus posibilidades a los que pasaban dificultades.

Visitaba a los enfermos o los atendía en su dispensario, procurándoles

los

medicamentos

necesarios

sin

recibir

compensación la mayoría de las veces ya que, aparte de las labores propias de su cargo religioso, ejercía de médico y boticario de una amplia zona de la comarca. Aunque nunca l egó a terminar los estudios de medicina, los habitantes de la pequeña aldea y tierras

colindantes confiaban en su maestría para curar sus enfermedades y que venía demostrando durante más de veinte años.

—¿Supongo que estará atendido por un buen médico? —

preguntó Georges más para sí mismo—. De todas formas, cuida de que no le realicen demasiadas sangrías. Ya sabes que soy contrario a esa práctica. Lo único que consigue es debilitar más al enfermo.

George Catesby habría sido un gran médico si la vocación religiosa no lo hubiese l amado antes de terminar sus estudios. Al provenir de una familia carente de medios económicos para pagar las clases de medicina en la universidad de Oxford, entró como un *servitor*, la categoría más baja entre los estudiantes de aquel a universidad. Esa condición le exigía, a cambio de su matrícula, convertirse en el lacayo de un grupo de alumnos de más alta categoría social y económica, debiendo ejecutar para el os diversas tareas como despertarlos por la mañana, sacar lustre a sus zapatos y mantener la ropa en buen estado, cargar sus libros y hasta redactar sus trabajos académicos, entre otros muchos quehaceres.

A George no le importaba realizar esos deberes tan humil antes a cambio de asistir a las clases, hasta que decidió dejarlo todo para ordenarse sacerdote por la Iglesia Anglicana. En su primera parroquia, un pequeño pueblo galés, conoció a Edna Wheler, hija de un cabal ero rural, y se enamoró de el a. Contrajeron matrimonio a los pocos meses y se trasladaron a Culham, donde se estableció.

—No tema, padre. Matthew está bien atendido.

Adele había aprendido mucho en todos los años que venía ayudando a su padre en el dispensario. Sabía curar y coser heridas, asistir a partos y hasta había aprendido a recolectar las plantas y otros ingredientes con los que su padre elaboraba la mayoría de medicamentos que suministraba a sus pacientes. Se enorgul ecía de los conocimientos adquiridos y pensaba que, cuando su progenitor no la necesitase, intentaría emplearse en un hospital para continuar ayudando a la gente.

Hacía años que había perdido la esperanza de encontrar un esposo que se ocupara de el a y no le asustaba el reto de tener que valerse por sí misma. Era consciente de que, cuando se quedase sola, tendría que abandonar la casa en la que vivía y, al no contar con ahorros con los que subsistir ya que él gastaba toda su exigua

paga en mantener el dispensario y ayudar a los necesitados, estaba abocada a buscar un empleo. No tenía intención de depender de su hermana y su cuñado. Por eso, la única y halagüeña salida que veía para su futuro eran los conocimientos y prácticas adquiridas, tanto en medicina como en botánica.

Le preocupada su padre. ¿Cómo iba a poder con todo? Le pediría a la señora Gwynne que atendiera la casa y se ocupase de que no se olvidara de comer. En cuanto al dispensario, no conocía a nadie cualificado para ayudarle. Tendría que arreglárselas solo.

Esperaba no ausentarse demasiado tiempo o su padre acabaría enfermando de agotamiento. Era consciente de que no iba a desatender sus obligaciones aunque se viese obligado a permanecer en pie las veinticuatro horas del día. A sus cincuenta años se veía como un anciano y Adele temía que cayese enfermo y no se recuperase jamás.

Además, a su exceso de actividad y la constante preocupación por el bienestar de sus feligreses se unía su penosa vida interior.

Sabía que no había sido feliz con su segunda esposa. Ophelia era una mujer incapaz de dar amor a su marido, ni un tibio cariño que aliviase su dolorido corazón, reservando todos sus afectos para Celeste, su propia hija.

Durante los años de matrimonio, su padre se fue sumiendo día a día en la amargura, sufriendo en silencio las recriminaciones de su esposa ante los dispendios que se permitía en obras de caridad y que les impedía l evar una existencia acomodada. Asimismo le recriminaba la falta de aspiraciones, conformándose con permanecer en aquel a pobre y apartada aldea atendiendo a toscos labriegos. Su padre nunca se quejó y el a tampoco lo hizo, pese al infame trato que recibió de su madrastra desde el primer momento que entró a formar parte de su vida.

Cuando Ophelia enfermó, los dos se volcaron en cuidarla y procurarle las atenciones que requería sin tener en cuenta su agrio carácter y las continuas quejas. Al morir, tras dos años de padecimiento, ambos lo

sintieron pero les supuso un alivio el final de esa triste situación.

—¿Cuándo piensas partir?

—Mañana mismo, si le parece bien. Lo único que siento es

dejarle solo durante todo el tiempo que deba permanecer al í. —

Adele lo miró con una súplica en la voz—. Debe prometerme que va a cuidarse. De nada servirá que se agote intentando cuidar de todos pues caerá enfermo usted también.

—Descuida, hija. Soy consciente de que mis fuerzas ya no son las de hace años, pero aún me considero una persona vigorosa. No obstante, echaré muy en falta tu ayuda —reconoció con una sonrisa en la que se evidenciaba el cariño que sentía por su hija mayor.

Su querida Adele, que por desgracia no había heredado la bel eza de su madre, sí era idéntica en su generoso y afable carácter. Su amada Edna era bondadosa y tierna y él continuaba añorándola a pesar de los años transcurridos desde su fal ecimiento y de haberse casado de nuevo. Un error, reconoció con tristeza, al que fue l evado por su deseo de dar una segunda madre a su niña de cuatro años. Pero Ophelia nunca fue cariñosa con su hijastra ni la valoró como debía.

A pesar de el o, algo valioso resultó de ese matrimonio: su segunda hija, tan diferente a su hermana, y a la que amaba de igual manera. Por desgracia, Celeste era egoísta y envidiosa, como su madre, lo que conseguía arruinar su hermoso aspecto exterior y la convertía en una persona mezquina.

—Intentaré regresar lo antes posible, padre —prometió Adele.

—No tengas prisa. Aguarda a que el pequeño Matthew se encuentre restablecido o tu hermana regrese del viaje y pueda encargarse de su hijo.

—Como usted diga. Pero debe prometerme que se cuidará y que no se excederá en las tareas.

—Ya no tengo edad para heroicidades. Conozco mis limitaciones. Estaré bien, no temas —intentó tranquilizarla.

Adele miró el querido y ajado rostro y sintió una gran congoja. Su padre había sido la única persona que le había demostrado cariño.

Apenas conoció a su madre, solo le quedaban de el a el recuerdo de unos tiernos brazos acunándola y de una melodiosa voz cantándole dulces baladas galesas. Su padre, sin ser efusivo, le hacía saber que la amaba de diferentes formas, como cuando la defendía frente a Ophelia y su hermana o la involucraba en sus proyectos, dedicando tiempo a instruirla y prepararla para afrontar el futuro con

optimismo y seguridad.

Cuando Celeste se casó con Nathan y Adele vio truncados sus proyectos de matrimonio, se centró más en aprender ciertas capacidades que le permitieran ganarse la vida en el futuro. George, que veía como pasaban los años y su hija continuaba soltera, lo comprendió así y se dedicó a enseñarle buena parte de sus conocimientos. Tenía amigos y compañeros de estudios que podrían recomendarla para un trabajo en algún hospital. Con veintiséis años, se hacía más patente que esa situación iba a l egar, aunque Adele esperaba continuar al lado de su padre durante muchos años más.

Terminaron de cenar en silencio, cada uno ocupando su mente en diferentes pensamientos. El a preocupada por su padre y nerviosa por los futuros acontecimientos, y él pensando en su nieto y en los numerosos necesitados a los que no podía dejar de atender.

Capítulo 3

Londres, abril de 1823.

El salón de baile parecía una concurrida plaza de mercado: demasiados invitados y demasiado ruidosos. Pese a el o, la anfitriona había sacado el mejor partido a la pequeña residencia al distribuir a parte de los asistentes en varias estancias de la planta baja, según los diferentes grupos de actividades, desahogando de ese modo el reducido salón y consiguiendo que la fiesta no resultara un total desastre.

A Gregory le sorprendía que esa linda cabecita de chorlito hubiese sido capaz de tan sagaz estrategia. Aunque, y se inclinaba por el o, podía haber sido sabiamente aconsejada.

Al í hacía un calor sofocante y él comenzaba a acusar sus efectos, por lo que decidió relajar durante unos minutos la vigilancia y bajar al pequeño jardín.

La temperatura en esos últimos días de abril era elevada para la época del año, lo que propiciaba que las flores brotaran antes de tiempo e

impregnaran el aire de una agradable mezcla de olores que invadían los sentidos. Le recordaba al invernadero de su hermano, con su relajante y fresco ambiente saturado de subyugantes aromas.

Se fue alejando poco a poco de la casa, adentrándose en la zona menos iluminada, para apartarse del bul icio de la gente y, en especial, de la atención de afanosas madres de jóvenes casaderas y de ociosas damas con ganas de placeres ilícitos.

Maldijo por lo bajo. Esa última misión le estaba resultando más aburrida de lo que en un principio imaginó y, desde luego, mucho más que todas las anteriores. Nunca se había destacado por su paciencia, y este nuevo encargo requería de grandes dosis de esa virtud.

Él prefería la acción, las misiones arriesgadas, no el ir de fiesta en fiesta simulando ser un rendido admirador de la díscola e infiel dama que, para mayor fastidio, era la esposa de un viejo amigo a la que se sentía obligado a no tocar. Si fuese una total desconocida,

podría haberse divertido un poco con sus patentes encantos, pero su arraigado sentido del honor le impedía aprovecharse de la situación por mucho que dicha dama se le ofreciese de la forma más descarada.

Tampoco suponía un gran sacrificio, reconoció. Hacía tiempo que se había cansado de esas fáciles conquistas, de ocupar camas ajenas y cuerpos de un par de noches a los que solo les unía el común deseo de satisfacer sus apetitos carnales. Resultaba frustrante. Ya no era el alocado jovenzuelo que competía por acumular amantes con las que impresionar a sus amigos, ni deseaba enredarse en duelos con maridos deshonrados o en intrigas de mujeres despechadas, que acababan haciendo más daño.

Recordó los enojosos acontecimientos de cinco años antes, que marcaron su vida de forma decisiva. Sí, la dulce Dafne resultó ser una buena arpía. Y, si no hubiese sido por la oportuna intervención de su hermano, la traicionera habría acabado con su reputación e, incluso, con su vida. ¿Para qué complicarse en imprudentes aventuras cuando podía satisfacer sus necesidades con ardientes viudas o elegantes profesionales del amor que te daban mucho y no exigían nada a cambio?

Su boca se curvó en una sensual sonrisa de anticipación al recordar la voluptuosa mujer a la que pensaba visitar esa misma noche, cuando decidiese que había cumplido con su deber y la ausencia de la fiesta no se interpretase como una ofensa para los anfitriones. La bel a

Hester sabía satisfacerle y él, tras varias semanas de abstinencia, anhelaba su generosa experiencia.

Con esos gratos pensamientos bul endo en su cabeza se adentró en el frondoso jardín, hasta que oyó unos sonidos provenientes de un oscuro rincón que le indicaron la conveniencia de evitar continuar por ese camino. No tenía el menor interés en interrumpir a la apasionada pareja que, de forma clandestina, retozaba al amparo de la oscuridad.

Cambió de dirección, dirigiéndose al lateral de la casa.

Necesitaba hacer un poco de ejercicio tras pasar varias horas de pie observando a los asistentes a la velada y recabando información de las damas, sobre todo, que solían ser más propensas al cotil eo.

Cuando había recorrido un buen trecho apareció ante él una puerta, que debía comunicar con la parte trasera de la casa, detrás de la que se oía una bel a voz que entonaba una deliciosa tonadil a.

La empujó y descubrió que estaba abierta. Su arraigado instinto investigador, sumado a una innata curiosidad, le impulsó a cruzarla.

Silenciados sus pasos por el césped que cubría el suelo, l egó hasta el lugar del que provenía la hermosa voz sin alertar de su presencia.

La luna bril aba apenas esa noche y ninguna luz iluminaba aquel a zona, por lo que la oscuridad era casi completa. Sin embargo, pudo distinguir una figura femenina danzando al compás de la música que l egaba del salón y acompañando la melodía con su exquisita voz de soprano, que hizo vibrar varias fibras sensibles en su interior.

Gregory fue incapaz de retirarse y permaneció durante unos minutos observando a la alta mujer de vestido oscuro y blanco chal que, al mover los brazos, semejaban dos alas agitándose de forma armoniosa.

Cuando la tonadil a cesó, él pareció salir de un trance y se acercó para contemplarla de cerca. Entonces, y sin que él hubiese sido consciente de haberla formulado, una propuesta salió de su boca.

—¿Sería tan amable de concederme el próximo baile?

La mujer ahogó una exclamación e hizo intento de marcharse.

Gregory la retuvo, sujetándola con suavidad por un brazo, y le dedicó la más cautivadora de sus sonrisas, que no pudo apreciar ya que el a evitaba mirarle, avergonzada de haber sido descubierta en aquel a

situación.

—Por favor, no se marche —le pidió, soltándola de inmediato al percibir su temblor—. Siento haberla asustado. No era mi intención, créame. Pero me he sentido subyugado por su voz. ¿Sabe que es prodigiosa?

El a continuó en silencio aunque levantó la cabeza para mirarle.

Gregory la observó. Por desgracia, la oscuridad en aquel a zona era tan densa que no podía distinguir sus rasgos, medio ocultos por una horrible cofia de solterona. Lo que sí logró apreciar fue su largo y elegante cuel o y el fulgor de sus ojos, como dos relucientes estrel as en aquel a sombría noche.

¿Quién sería? ¿Una sirvienta que había querido soñar despierta?, se preguntó intrigado. Dudaba que fuese una de las invitadas pues esa no era una zona que eligiesen visitar. Tampoco su indumentaria resultaba apropiada para asistir a un baile, en el que las damas se engalanaban con costosas telas y ricas alhajas.

El a l evaba un austero vestido de tosca franela y ninguna joya o adorno.

Como siempre que se encontraba ante una mujer, Gregory experimentó un súbito ramalazo de ternura. Amaba a las mujeres.

Desde niño había sentido inclinación por el as. Y no solo le atraían sexualmente. Era una especie de admiración por su género, por todas en general ya fuesen duquesas o lavanderas, hermosas o poco agraciadas, niñas o ancianas…

Las mujeres eran seres exquisitos, dignas de toda su admiración. Algo en él le impulsaba a cuidarlas cuando las veía desvalidas, a aliviar su tristeza cuando las sentía tristes, a protegerlas cuando estaban en peligro. No podía soportar ver a una mujer l orar y, sobre todo, le sublevaba que las maltratasen. Llegó a matar con sus propias manos a un hombre que había golpeado hasta la muerte a una mujer.

—Gracias, señor, pero debo volver a mis quehaceres. Si me disculpa… —dijo el a al fin, haciendo intención de retirarse.

Gregory sintió otra sacudida interna al escuchar sus palabras, pronunciadas con aquel timbre algo grave y muy sugerente. «Tiene una voz extraordinaria», se dijo con admiración.

—¿Y va a ser tan descortés de negarme este baile? —insistió al ver que se marchaba en dirección a la puerta trasera de la casa—.

Nunca he tenido el placer de bailar con una sirena de tentadora voz.

A Adele le agradó la comparación y se detuvo reconsiderando la propuesta. Hasta al í l egaban las notas de un vals y se emocionó.

Lo había recreado en su mente muchas veces y conocía los pasos lo suficiente como para no destrozar los pies de su compañero, pero no había tenido ocasión de bailar uno. Ni volvería a tenerla pues en su pequeña aldea se consideraba algo escandaloso. Ahora se le presentaba y con un cabal ero en una fiesta, aunque fuese en un apartado rincón del jardín trasero. Esto sería lo más cerca que iba a estar de paladear los placeres de la vida social londinense, pensó.

Aunque la escasa luz le impedía ver con claridad su rostro, le pareció gal ardo y con exquisitos modales, propios de un aristócrata.

Ni siquiera había l egado a soñar que tendría la oportunidad de bailar con alguien perteneciente a la nobleza. ¿Por qué no darse ese pequeño placer? Nadie iba a enterarse. No descubriría quien era ni volvería a verle. Serían dos desconocidos que se entregaban a una inocente diversión. No tenía nada que temer ni tampoco nada que reprocharse.

Se acercó a él e hizo una ligera reverencia. Resultaba ridículo con su feo y práctico vestido de labor, pero por unos minutos podría soñar que se encontraba en un majestuoso salón de baile en brazos de un distinguido cabal ero. La oscuridad y el anonimato lo permitían, eran sus cómplices.

Gregory sonrió complacido antes de enlazarla por la cintura y comenzar a girar al compás de la música.

Adele se sintió turbada. El calor del cuerpo masculino pareció envolverla por completo. La desnuda y fuerte mano sujetaba la suya con delicada presión, al igual que la que apoyaba en su cintura.

Cerró los ojos y se entregó a las sensaciones que el momento le provocaba. Sabía que no actuaba de forma correcta y que la situación era poco menos que licenciosa, pero nadie la juzgaría por el o; ni su improvisado compañero de baile, que no podía verla.

¿Acaso no tenía derecho a permitirse esos instantes de locura antes de volver a su anodina vida? ¿Por qué no imaginar que era una debutante que se entregaba a las delicias de su primera temporada

social?

En realidad lo era, de veintiséis años pero debutante al fin y al cabo. ¿Así se sentían todas aquel as afortunadas jovencitas o se trataba del encanto que emanaba de su acompañante? Porque no cabía duda de que se trataba de un magnífico bailarín, que la guiaba con firme destreza aunque más ceñida de lo que dictaba la decencia, le pareció. Su rostro estaba tan cerca del suyo que sus fosas nasales se l enaron del aroma a limón que desprendía su piel mezclado con el leve toque de brandy de su aliento.

Tembló. No esperaba esa reacción por su parte. Hacía años que no compartía intimidad igual con un hombre, ocho con exactitud, y no recordaba las emociones que podía suscitar. ¿O no habían sido

tan intensas como ahora?

Giraron durante largos segundos en silencio, saboreando el placer de la danza. Gregory fue el primero en romperlo.

—¿Podría saber el nombre de mi gentil compañera?

Adele se alarmó. No debía desvelar su identidad, y no porque le preocupara que su reputación se resintiera por aquel a cuestionable conducta, sino porque no deseaba destruir la magia que les envolvía. Durante esos pocos minutos no sería Adele Catesby, la poco atractiva solterona hija de un clérigo que vivía en una pequeña aldea entregada al cuidado de su padre y a las obras de caridad con sus vecinos, sería una joven y bel a debutante saboreando las delicias de su primer baile. ¿Por qué estropear aquel a ilusión con la triste realidad?

—Llámeme Agláope2, señor.

Los ojos de Gregory emitieron un destel o de placer al escuchar esas palabras.

—¡Agláope, una de las Sirenas! Por supuesto. No podía ser de otra forma —dijo complacido e intrigado.

¿Cómo era posible que, la que parecía una sirvienta, conociese la mitología clásica? Se preguntó. ¿Se habría equivocado en su apreciación? También podía ser que hubiese escuchado a sus señores comentarlo y lo repetía como un papagayo. Aunque había algo en el a, la elegancia de su porte y su correcta dicción, que le l evaban a pensar que no se trataba de una simple doncel a pese a la aspereza de la mano que tenía retenida y que indicaba que se ocupaba de labores

manuales.

Recordó que Nathan tenía un hijo pequeño. ¿Y si se trataba de su institutriz? Las institutrices poseían una amplia formación en diferentes materias. Y, aunque en sus informes no figuraba una entre los empleados de la casa, podían haberla contratado en los últimos días, o ser una invitada temporal de los Sawford a la que no le apetecía asistir a la fiesta y prefería relajarse en aquel a reservada zona.

Fuese quien fuese, debía investigarla ya que estaba relacionada con Nathan. No podía descartar que fuese un miembro de la red de espías turcos por mucho que su fino instinto para juzgar a las personas, y que salvo en un par de nefastas ocasiones le había

guiado por buen camino, le dictase que no lo era. Aunque había otra razón, menos racional que la anterior, que le impulsaba a saber más de el a y todavía no quería analizar.

Por ahora ya había deducido varias cosas. No estaba casada o prometida pues no portaba ningún anil o en su dedo y era improbable que se lo hubiese quitado. Conocía bien a las mujeres y sabía que, cuando conseguían un compromiso de ese tipo, se apresuraban a mostrarlo ante todos y en cualquier ocasión.

De pronto una idea le asaltó. ¿Y si estaba al í esperando a un hombre, una cita clandestina que su presencia había frustrado?

Recapacitó y l egó a convencerse de que el a no habría accedido a su propuesta si hubiese estado esperando a otro. El que esa conclusión le provocase una intensa satisfacción fue una reacción que, de igual modo, decidió ignorar.

En un espontáneo impulso, Gregory la acercó un poco más a su cuerpo. Advirtió su inicial resistencia para, al poco, sentir bajo sus manos cómo el cuerpo femenino se relajaba. Agradeció la larga duración de esa pieza, que le permitía mantenerla entre sus brazos tanto tiempo, presintiendo que cuando terminas no podría continuar reteniéndola. Y deseaba hacerlo.

—Y bien, mi dulce sirena, ¿podría decirme qué hace en tan insólito lugar?

—Atraer a los intrépidos navegantes, desde luego. Pero no tema, no pienso guiarle hasta el precipicio —contestó Adele, y una cristalina risa acompaño sus palabras.

Gregory sintió arder sus entrañas ante aquel incitante sonido. Su risa era tan hechicera como su voz. Alteraba su compostura e implantaba descabel adas ideas en su cabeza.

La música cesó y el a hizo ademán de separarse. Gregory se lo impidió afianzando la mano que tenía en su cintura, mientras que con la otra le levantaba la barbil a para obligarla a que lo mirase.

El a se tensó, pero no le rechazó.

—Dime, seductora Agláope, ¿puede un sediento navegante beber de tus labios para no perecer de sed durante el resto de la travesía? —pidió en un susurro, muy cerca de su rostro.

La primera reacción de Adele fue de asombro, sintiéndose tentada de responder a ese atrevimiento como se merecía. Pero su

cuerpo no compartía ese pensamiento y se sacudió con una ráfaga de excitación ante la descarada propuesta. ¿Sería tan censurable ceder a la tentación? se preguntó. Era una solterona que había recibido unos pocos y tímidos besos hacía demasiado tiempo y a la que no volverían a besar nunca más. ¿Debía negarse la posibilidad de experimentar, aunque fuese de forma fugaz, las delicias de la pasión que había leído en algunas de las novelas que a Celeste tanto le gustaban? Además, ¿quién iba a enterarse?

Acercó su rostro al de él en una muda aceptación y cerró los ojos. Este gesto conmovió a Gregory y no solo por lo inesperado. Un inexplicable ardor lo embargó al comprobar que su propuesta era aceptada y, sin demorarse, se inclinó sobre aquel os labios con un nerviosismo más propio de un adolescente que de un hombre curtido en las lides del amor.

Temiendo asustarla con su pasión, el primer contacto con aquel a boca de labios generosos fue suave, etéreo casi, como estudiando el terreno sobre el que se posaba. Su experiencia con las mujeres le indicaba que el a era bastante inexperta en esas prácticas y por el o quería proceder con cuidado. Intuía que nunca la habían besado o, al menos, no como se debía, y ese convencimiento le provocó una gran exaltación. Se prometió que le haría descubrir todo el placer que un beso podía proporcionar para que no lo olvidase en mucho tiempo.

Con exquisita lentitud fue delimitando con su lengua el contorno de la boca femenina, dibujándola, estudiándola, absorbiendo las reacciones que provocaba en el a, comprobando con el suyo el leve temblor de su cuerpo.

Adele mantenía los labios apretados sin saber muy bien lo que debía hacer, pero experimentando una sensación extraña en el vientre que crecía y se expandía por todo su interior. Se sobresaltó al notar la lengua de él presionando sobre sus labios y emitió un gemido, mezcla de protesta y sorpresa, cuando sintió la cálida intromisión.

Gregory percibió una fuerte sacudida a lo largo de su espina dorsal que calentó sus entrañas ante aquel a falta de experiencia que, lejos de molestarle, le causaba una extraña euforia. Sin abandonar su boca un solo instante, le cogió ambos brazos, los

elevó y los enlazó en su propio cuel o, dedicándose a recorrer en largas caricias toda su espalda.

Alterada de un modo desconocido hasta entonces y asombrada de que pudiera ocurrirle a su edad, Adele comprobó cómo sus manos se abrían para acariciar los suaves mechones al tiempo que, sin advertirlo, se pegaba más a él para sentir el calor y la solidez de aquel turbador cuerpo.

Pero era su boca la que estaba haciendo estragos en el a, consiguiendo que perdiera la poca cordura que la mantenía unida a la realidad. Su lengua se paseaba con descaro por el interior de su boca, investigando cada recoveco y tentándola con ligeros golpes y largas caricias para que entrase en el juego.

El a no sabía qué hacer. Esas nuevas sensaciones la asustaban y fascinaban en la misma medida. ¡Qué lejos de aquel os castos besos recibidos en su juventud!, pensó segundos antes de que él depositara una hilera de pequeños besos por su mejil a que culminaron en su oreja.

—¡Oh, dulce hechicera, eres una maravil osa sorpresa! —

susurró él, y su voz sonó enronquecida antes de volver a su boca para continuar con el saqueo al que la estaba sometiendo.

Gregory la estrechó con fuerza y el a pudo apreciar en su vientre la dura prueba de su deseo. Inexplicablemente, se sintió halagada por el o, notando como un intenso desasosiego la invadía. La respiración se le aceleró y los restos de cordura que le quedaban la abandonaron, lanzándola a una vorágine de peligrosas sensaciones por desconocidas y potentes.

Comenzó a responder con torpeza a las caricias masculinas, cada vez más entusiasmada. El a, la tímida y poco atractiva solterona, era capaz

de encender el deseo de un hombre como aquél, por el que debían suspirar bel as y distinguidas damas. Claro que no había podido verla con nitidez, se dijo con un poso de amargura.

De pronto, una coqueta risita los sobresaltó, quebrando el relativo silencio de la noche.

—Es usted muy travieso, señor Langley. Recuerde que soy una mujer casada y debo respeto a mi marido.

Las palabras, pronunciadas con el tonil o afectado de Celeste,

l egaron a los oídos de ambos.

—Cierto, señora Sawford, pero también es usted una mujer muy hermosa y no puede culparme por desear contemplar tanta bel eza en todo su esplendor.

El primero en reaccionar fue Gregory. Interrumpió el beso y levanto la cabeza para detectar el lugar del que procedían las voces.

Adele tardó un poco más y, cuando se percató de la realidad, ahogó un grito y se desprendió de los brazos masculinos, precipitándose hacia la puerta trasera de la casa y desapareciendo por el a.

Gregory tuvo que emplear unos minutos para serenarse. Aquel cuerpo delgado y fibroso lo había alterado de tal manera que le costaba volver a recobrar su flemática compostura. Reconociendo que lo último que deseaba era encontrarse con la dueña de la casa y, menos aún, sorprenderla en una delicada situación, pensó en marcharse de al í de la forma más discreta posible.

No tuvo tanta suerte. Al abrir la puerta que comunicaba ambos jardines se topó de frente con la pareja.

—¡Lord Rawson! —exclamó espantada Celeste mientras se libraba de los brazos de su acompañante con poca delicadeza.

—Disculpe si me he adentrado en zonas privadas, señora Sawford. He visto esta puerta abierta y no he podido refrenar mi insaciable curiosidad. Tiene usted un verdadero edén aquí —la aduló, señalando con un gesto a su alrededor y procurando no reparar en el desabrochado corpiño de la dama, que el a se afanaba en arreglar con torpe nerviosismo.

—Langley —saludó Gregory al acompañante de Celeste con un gesto

de cabeza, que fue respondido de igual forma pero con bastante menos desenvoltura—. Su esposa me preguntó hace unos minutos si lo había visto. Parece ser que deseaba marcharse ya —

mintió con descaro, divertido ante el apuro del hombre.

Este emitió una ligera tosecil a antes de decir con un hilo de voz:

—Si me disculpa, señora Sawford, regresaré al salón.

—Sí, vaya usted. No haga esperar a la amable señora Langley

—dijo Celeste, esforzándose en dar a su voz un tono de jovialidad que no sentía.

Gregory sonrió taimadamente. El bueno de Langley ya tenía en qué pensar los próximos días temiendo que ese indiscreto incidente

se comentase en los clubs y su mujer acabara por enterarse.

Conociendo el fuerte carácter de la dama, no le extrañaba su patente preocupación.

Celeste se recuperó del apuro y decidió ignorar que un amigo de su marido la había sorprendido en brazos de otro hombre.

—Así que se ha sentido atraído por mi pequeño jardín privado —

dijo con coquetería—. ¡Pero si no se ve nada! Debería contemplarlo a la luz del día, lord Rawson. Sin ánimo de pecar de inmodestia, he hecho una gran labor en él y más de una persona me ha felicitado por el o.

—No me cabe duda. Espero que me haga el honor de mostrármelo usted misma cualquier día, mi admirada señora Sawford. Y ahora, si me disculpa, creo que debo marcharme ¿Me permite escoltarla de vuelta al salón? —preguntó galante, y le ofreció el brazo.

—¡Oh, tan pronto! —se quejó decepcionada—. Había salido a tomar un poco el fresco con el señor Langley y, ya que él ha debido marcharse, esperaba que usted fuera tan amable de acompañarme.

—Sería un placer, ¿pero no cree que sus invitados la echaran de menos? Una gran anfitriona como usted no puede permitirse descuidar sus obligaciones y privar a los concurrentes de su presencia durante demasiado tiempo.

—¿Usted cree?

—Sin duda alguna.

—Entonces debemos volver —se resignó decepcionada.

Gregory suspiró. Se había librado de sus empalagosas atenciones por esta vez. Estaba deseoso de regresar al interior.

Sabía que era poco probable, pero tenía la esperanza de descubrir entre los asistentes a la misteriosa mujer que había tenido entre sus brazos minutos antes.

Estaba convencido de que la reconocería en cuanto la viera aunque apenas hubiese l egado a vislumbrar su rostro. ¿Cómo era posible sentir esa atracción por una mujer a la que no había visto siquiera? Tampoco su figura encajaba entre sus preferencias. A él le gustaban las mujeres curvilíneas sin l egar a ser rol izas y esta era demasiado delgada, con pecho menudo y de estrechas caderas, en cambio había sentido tal deseo por el a que l egó a aturdirlo por su

intensidad.

Gregory acompañó a Celeste al interior de la residencia y, con habilidad, logró deshacerse de su irritante compañía. Una vez libre, se dedicó a recorrer las diferentes estancias de la casa con un inusual anhelo.

Tras un buen rato, y desilusionado por no haber logrado encontrarla, se marchó de al í deseoso de centrarse en la ensoñación que el beso le había provocado y la firme promesa de que lograría dar con su sirena.

2 Una de las tres sirenas que aparecen en la “Biblioteca Mitológica” de Apolodoro de Atenas (180 -119 a.C.).

Capítulo 4

Adele observaba a su sobrino con ternura, aliviada porque lo peor de la enfermedad ya había pasado. Recordó con pavor los días anteriores, cuando temió perderlo. Se le oprimía el corazón de dolor ante el padecimiento que Matthew había soportado. Ver cómo se convulsionaba su cuerpecito asolado por la fiebre y no poder hacer nada más por mitigarla, fue uno de los peores tormentos que había vivido.

Cuando l egó a Londres, dos semanas antes, el pequeño estaba en el

punto álgido de la enfermedad. Tifus le habían diagnosticado, una infección temible y que el a conocía bien por haber ayudado a su padre en multitud de casos.

Como era de esperar, el doctor que lo atendía se limitaba a practicarle sangrías y recetarle láudano para mitigar el dolor y la fiebre; cosa que el a descartó desde el principio, enfrentándose valientemente a la oposición del médico y las protestas de Celeste.

Tuvo la suerte de contar con un aliado. Su cuñado se puso de su parte y le permitió que aplicase los cuidados que considerase oportunos. Aun así, el niño había tardado varios días en recuperar la lucidez y mostrar signos de recuperación. Las fiebres habían remitido hacía varios días y progresaba de forma satisfactoria bajo sus cuidados. Adele calculaba que en dos semanas estaría restablecido por completo.

Su hermana, temerosa de contagiarse, lo había dejado a su cuidado. Se negaba a verlo y a que el a abandonase el cuarto del pequeño, «para no propagar la enfermedad a todos los de la casa», argumentaba. De nada le valieron sus explicaciones, fruto de la experiencia.

Aunque la gran mayoría creía que se trataba de una enfermedad contagiosa, su padre opinaba que no lo era y el a estaba de acuerdo. Ambos habían atendido a numerosos enfermos en los últimos años y nunca se había contagiado, pero Celeste era difícil de convencer.

Nathan no pensaba de igual forma. Visitaba a su hijo a diario y se quedaba a su lado deshecho por el dolor. Esa actitud contribuyó

a dignificarle a los ojos de Adele y a aliviar el rencor que guardaba en su corazón hacia el hombre que la había dejado plantada poco antes de casarse, hiriendo su orgul o y destrozando sus ilusiones y esperanzas de futuro.

A Adele no le sorprendía su propia reacción al volver a verle.

Como imaginaba, el amor que pudo profesarle en el pasado había desparecido, también el dolor y el resentimiento por su rechazo. Ya no le culpaba por haberse enamorado de su hermana y romper la promesa que le había hecho a el a, si es que tuvo intención de cumplirla cuando la formuló.

Comprendía que el inicial rencor que le guardaba no era por ese amor perdido sino por la decepción que Nathan le había causado.

La venda que l egó a cubrir sus ojos juveniles se le había caído y ahora

lo veía como un hombre, no como el héroe laureado que volvió de la guerra cegándola con el resplandor de las medal as que jalonaban su pecho.

El verle l orar de rodil as junto al lecho de su hijo sumido en la desesperación le había ayudado a cambiar el deplorable concepto que tenía de él y a comprender que había superado ese amor de juventud para considerarlo solo un buen amigo de la infancia.

El pequeño despertó y Adele, tras asearlo y vestirlo, lo dejo al cuidado de la niñera y se acercó a la cocina para ordenar su desayuno. Cuando descendía las escaleras se encontró con Celeste.

—¿Adele, crees prudente abandonar vuestras habitaciones? —

preguntó con un matiz de temor en la voz y procurando distanciarse al máximo de su hermana.

—Ya te dije que no creo que la enfermedad de Matthew se vaya a propagar a otros residentes de la casa porque, en ese caso, ya estaríamos contagiados casi todos. Excepto tú, claro, que te has mantenido apartada de él —le espetó sin disimular su resentimiento.

A Adele no debería sorprenderle la actitud de su hermana pues conocía su egoísmo, ¿pero con su propio hijo? ¿Es que no comprendía cuánto la echaba el niño de menos?

—No tienes derecho a recriminarme. Sabes que mi salud es delicada y debo protegerme. Si caigo enferma, ¿quién cuidará de mi pequeñín en el futuro?

No era cierto y ambas lo sabían. Su hermana había crecido sana y bien nutrida ya que Ophelia se encargaba de reservarle los mejores alimentos. Tampoco iba a ponerse a discutir por el o, consciente de que era una lucha perdida. Su sobrino necesitaba atención y no pensaba demorarse discutiendo con la egoísta de su madre.

—¿Deseas alguna cosa, Celeste? Matthew espera su desayuno y tengo que prepararlo.

—Sí. Te quería informar de que la princesa Sechenov me ha invitado a pasar unos días en Bath. ¿No es maravil oso que me haya incluido en su séquito? —comentó con entusiasmo.

—Desde luego. ¿Cuándo te marchas?

—Partimos mañana a primera hora. Espero que te quedes al cuidado de Matthew hasta mi regreso.

Fue más una orden que una petición, pero Adele lo dejó pasar.

—¿Y cuándo piensas regresar? Ya sabes que padre necesita de mi ayuda.

—En una semana, puede que dos. Lyudmila está muy interesada en visitar toda la zona y probar las excelencias de los baños. Le han hablado de las bel ezas y tesoros que esconde. Cuando volvamos, la temporada estará en todo su apogeo y podré lucir las nuevas creaciones que he encargado. Así daremos tiempo a que terminen de confeccionarlas. No puedo continuar presentándome ante la alta sociedad con los cuatro trapitos que poseo, ¿no crees? —Y sin darle tiempo a responder, continuó con el mismo tono de euforia—: Es todo tan maravil oso que a veces creo estar viviendo un sueño.

No puedes imaginar lo ilusionada que estoy. Es un gran honor el alternar con lo mejor de la sociedad londinense.

—Espero que lo disfrutes.

Adele dio por zanjada la conversación y se dirigió a la cocina, dejando plantada a su hermana en medio del vestíbulo. Estaba furiosa ¿cómo podía ser tan inhumana y marcharse de viaje cuando su hijo estaba convaleciente? Esperaba que le hiciese una visita antes de partir, al menos. Matthew no dejaba de preguntar por su madre y a el a ya no le quedaban excusas que darle.

Celeste fue en eso consecuente y, antes de su marcha, subió a

despedirse de Matthew. Estuvo unos segundos y no se acercó al niño, pero este pudo verla y escuchar de sus labios que lo quería mucho, que iba a traerle bonitos regalos y que esperaba que a su regreso estuviese curado para pasear por el parque.

El pequeño, en brazos de Adele, despidió a su madre con lágrimas en los ojos, que pronto desaparecieron ante la promesa de que iría a comprarle un paquete de caramelos de miel, sus preferidos.

Adele estaba deseosa de salir de la casa. Llevaba al í dos semanas, que había pasado casi en su totalidad encerrada en las habitaciones de Matthew, y necesitaba hacer algo de ejercicio, pasear por las cal es y respirar un poco de aire fresco, si era capaz de encontrarlo en aquel a polvorienta y nebulosa ciudad.

Habituada a la vida en el campo y a los largos paseos por los prados para visitar las granjas de los alrededores, le agobiaba el enclaustramiento al que estaba sometida y por el o no pensaba desaprovechar aquel a oportunidad.

Después del almuerzo, dejó a su sobrino en manos de la niñera y se encaminó a la pastelería que la cocinera le había indicado.

Sabía que Nathan no regresaría hasta media tarde y, al estar a pocas manzanas, declinó el ofrecimiento de una de las doncel as y decidió ir sola.

Sentado en su carruaje, estacionado en una cal e lateral desde la que divisaba la entrada principal de la casa de los Sawford, Gregory se entretenía leyendo el diario financiero y atento a cualquier movimiento que se produjese. Había sustituido a Curtis, uno de los agentes de vigilancia, encomendándole la observación de la puerta de servicio. Si al hombre le extrañó el celo de lord Rawson en los últimos días, realizando tareas impropias de su condición, no dijo nada. Querría controlar todas las probabilidades, pensaba. No se podía descuidar nada. Era de vital importancia atrapar al traidor.

Gregory l evaba dos días prácticamente apostado frente a la casa de los Sawford maquinando la forma de averiguar la identidad de su misteriosa sirena. Sabía que Nathan estaba ausente y sospechaba que su esposa había partido de viaje esa misma mañana. La cantidad de baúles que se habían cargado en el

carruaje que vino a recogerla así lo sugería. Dentro de la casa quedaba el niño más el personal de servicio, luego el a debía de estar al í. ¿Sería muy descabel ado entrar y…?

Enfrascado en sus pensamientos, se sobresaltó al ver que la puerta de entrada se abría para dejar paso a una mujer vestida con sobriedad y tocada con una cofia de solterona, que portaba un pequeño cesto en la mano. Si no hubiese sido porque su alta figura y su airoso caminar le l amaron la atención, habría pensado que se trataba de una sirvienta que salía a realizar alguna tarea.

Al mirarla con detenimiento le pareció reconocer el perfil clásico que recordaba haber distinguido entre la penumbra. ¿Sería el a?, se preguntó esperanzado. Tenía que averiguarlo.

Saltó del carruaje dispuesto a no perder la ocasión. Sabía que no debería abandonar la vigilancia de la casa pues sospechaba que el dueño pronto recibiría un mensaje o, menos probable aunque no

imposible, una visita comprometedora. Pero no pudo resistirse a seguir a la misteriosa mujer que estaba ocupando buena parte de sus pensamientos en esos últimos días, hasta el punto de que había olvidado su propósito de visitar a la bel a Hester.

Dejó a Parker encargado de ese menester y él se dedicó a seguirla a corta distancia, recreándose en el bonito aspecto que presentaba su rígida espalda y el sutil movimiento que imprimía a sus caderas al caminar.

Le l amó la atención su actitud indecisa y el hecho de que interpelara a varios transeúntes durante el trayecto, lo que le hizo sospechar que no era de la ciudad o no conocía esa zona.

Tras casi quince minutos de persecución, la vio entrar en un comercio. Gregory atisbó por el amplio ventanal y comprobó que se trataba de una pastelería que exhibía variados productos en sus estanterías. El establecimiento estaba vacío a excepción de el a y de un dependiente. Se decidió a entrar.

—Enseguida le atiendo, cabal ero —dijo el empleado cuando Gregory se acercó al mostrador.

Gregory se colocó detrás de Adele, a tan corta distancia que podía oler el fresco aroma a lavanda que desprendía. Observó que miraba una caja de chocolates envueltos en papeles de bril antes colores.

El avispado dependiente, que también había reparado en el interés de la clienta por ese artículo, comentó:

—¿Desea l evarse una caja de estos exquisitos bombones, *madame*? Sepa que proceden de París.

—No… no, gracias. Con eso será suficiente —respondió Adele con apuro. Aunque los chocolates parecían deliciosos, no iba a ser tan estúpida de preguntar el precio. Sabía que no podía permitirse comprar ni uno de el os.

Gregory sintió que se le encendía la sangre ante el sonido de aquel a voz. ¡Sí, era la voz de su sirena! La reconocería entre cientos ya que la tenía grabada a fuego en su memoria. Se colocó a su lado para verla mejor.

Adele pagó y salió sin haberle dirigido una mirada al cliente que esperaba su turno.

Gregory, apurado, dio al dependiente la dirección de su residencia y le pidió que enviase la caja de chocolates que el a había estado observando con interés.

Cuando salió del establecimiento, la divisó varios metros más adelante comprando un pequeño ramo de flores silvestres a una vendedora ambulante. Respiró aliviado y se dedicó a contemplarla.

Le sorprendió que sin ser bel a, como había deducido, ni poseer una sensual figura, cosa que ya sabía, se sintiese atraído de forma tan inexplicable por el a. Tal vez si la miraba más de cerca…

Estaba valorando el abordarla cuando oyó a su espalda una conocida voz que lo l amaba.

—¡Querido Gregory, qué sorpresa encontrarte! No sabía que habías regresado de la hacienda de tu hermano. Prometiste hacerme una visita cuando lo hicieras —le reprendió Hester con un gracioso mohín de sus maquil ados labios.

A Gregory no se le escapó el tono resentido de sus palabras, que intentaba evitar sin éxito.

—Ha sido una terrible incorrección por mi parte, mi bel a odalisca, pero he estado tan atareado con los negocios que no he tenido tiempo para ocuparlo en tu arrebatadora compañía —se excusó, y depositó un beso en el dorso de la enguantada mano que el a le ofrecía.

Gregory miró furtivamente al lugar en el que había visto a Adele

y comprobó que ya no estaba. Comprendiendo que la había perdido, dedicó toda su atención a la hermosa mujer que tenía delante.

—Entonces, ¿podré esperar tu visita en breve o deberé resignarme a pasar varios meses más sin verte? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto. Sabes que eres mi favorita.

Gregory le regaló una de sus hechiceras sonrisas y Hester sintió que le temblaban las rodil as. Era una estúpida por haberse permitido enamorarse de ese hombre, se dijo con amargura. Sabía que él no sentía lo mismo ni nunca l egaría a hacerlo. Gregory amaba a las mujeres aunque no se comprometía con ninguna, y menos con una viuda de dudosa reputación como el a. Ahora estaba interesado en otra, de ahí que no hubiese ido a visitarla tras su regreso de Heydon Hal . Lo que no se explicaba era qué hacía detrás de una sirvienta.

Lo había visto seguir a aquel a mujer de aspecto poco agraciado hasta el interior de la tienda, y hubiese continuado haciéndolo de no haberle abordado el a. Debía tratarse de la doncel a de una dama a la que deseaba dar algún recado o algo por el estilo. Era consciente de su predilección por mujeres que no iban a agobiarlo con demandas de matrimonio. Lo que se negaba a aceptar era que estuviese interesado en una sirvienta, y menos en una como aquel a.

—Esperaré impaciente tu visita —dijo en tono invitador, y el fulgor de sus incomparables ojos verdes prometía exquisitos placeres que él bien conocía.

Gregory contemplaba a la voluptuosa mujer que tenía delante asombrado de que sus potentes encantos ya no le tentasen como antes, porque solo podía pensar en un delgado cuerpo que temblaba pegado al suyo y en una jugosa y tímida boca que se le entregaba con inocencia.

Improvisó un quehacer urgente y se despidió de Hester, con la promesa de ir a visitarla en unos días.

El a intentó no exteriorizar la dolorosa decepción que sentía.

Conocía demasiado bien a los hombres como para no advertir que Gregory había dejado de interesarse por el a. La urgencia con la que se había despedido le indicaba que estaba pensando en su nueva

conquista.

Con la furia de una mujer desdeñada, tomó una decisión. Tenía que saber quién ocupaba los pensamientos del hombre que amaba.

Se dirigió a un jovencito que haraganeaba por la acera en busca de algún incauto al que robar la cartera y, con la promesa de unos peniques, le pidió que siguiese al cabal ero hasta el lugar al que se dirigía para volver a contarle el resultado de sus pesquisas. Al menos, sabría la dirección de la dama en cuestión. Gregory no iría a pie por aquel a zona bastante alejada de su lugar de residencia si no fuera para visitar a una mujer.

Ajeno al pil uelo que lo acechaba, Gregory se dirigió presuroso a la casa de los Sawford. Cuando l egó, preguntó a Parker si había visto entrar a una mujer portando un cesto con un ramo de flores. El cochero lo confirmó y él se acercó a la casa y l amó.

La puerta se abrió apareciendo el mayordomo.

—Lord Rawson —saludó Davis con una inclinación de cabeza al reconocerlo, y se hizo a un lado para facilitarle la entrada.

—Buenas tardes. ¿Está el capitán Sawford en casa? —preguntó aunque conocía la respuesta. Nathan nunca abandonaba su despacho antes de las cinco de la tarde.

—No, *milord*. El señor no ha regresado.

—Le esperaré. ¿Puede avisar a la señora Sawford de mi presencia, por favor?

—La señora tampoco se encuentra en la casa.

—¿Cómo es eso, Davis? —inquirió con falso asombro—. ¡Si la he visto en esta misma puerta hace unos minutos!

—Debe estar equivocado, *milord*. La señora partió de viaje esta mañana.

—¿Y quién es la dama que ha entrado con un ramo de flores?

Davis lo miró extrañado. Era muy difícil confundir a la señora con su hermana pues no se parecían físicamente, por no hablar de su carácter, pero no se negó a responder. Aparte de tratarse de un aristócrata, era amigo de su señor, por lo que debía atenderle con el máximo de los respetos y facilitarle la información que pedía.

—Debe referirse a la señorita Catesby, *milord*.

¿Catesby? Ese era el apel ido de soltera de la actual señora Sawford, recordó Gregory. Sería una pariente, concluyó. No creía

que tuviese una empleada con el mismo apel ido.

—¿Y la señorita Catesby es…?

—La hermana de la señora Sawford, por parte de padre —

puntualizó, queriendo justificar las grandes diferencias entre el as.

A Gregory le sorprendió la respuesta. Nunca habría imaginado que ambas mujeres eran parientes tan cercanas; si bien, lo de tener solo el padre en común explicaba el hecho de que no se pareciesen en nada. Celeste Sawford era menuda, bel a y voluptuosa y su hermana no poseía ninguna de esas características físicas. Por otra parte, nunca la había visto en las anteriores visitas a la casa y le extrañaba que ni

Nathan ni su esposa hubiesen hecho referencia a un familiar que vivía con el os.

Viendo la buena disposición del sirviente, decidió continuar con el interrogatorio.

—¿Vive aquí o está de visita?

—Vive en Culham, una población ubicada en el condado de Oxford dónde su padre es el vicario —respondió de buena gana. No apreciaba a la advenediza con aires de aristócrata que era su señora y procuraba hacérselo saber a todo el que podía—. Vino hace dos semanas para cuidar del hijo de los señores que está enfermo y…

Davis enmudeció al darse cuenta de que estaba desvelando demasiado. La señora no deseaba que la enfermedad del pequeño trascendiera y, aunque él no le profesaba ninguna simpatía, tampoco podía arriesgarse a perder el trabajo.

—¿Y…? —lo animó Gregory.

—Se marchará en breve pues el niño ya está casi restablecido

—añadió en un intento de enmendar en lo posible su error.

Gregory se alegró de que el a no fuese una sirvienta, de esa forma sería más fácil gozar de su compañía.

—Bien, en ese caso pregúntele a la señorita Catesby si puede recibirme. Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila?

—Adele, *milord*.

—Adele… —repitió el nombre saboreando con deleite. Le gustaba, era sensual, como el a—. No se demore, Davis —le urgió.

Estaba deseoso de comprobar su reacción. ¿Lo reconocería?

Pese a la falta de luz, pudo distinguir algunos rasgos y

peculiaridades que le habían l evado a confirmar su identidad. Pero él estaba adiestrado en esos detal es que a otras personas les pasaban desapercibidos.

—Desde luego, *milord*. Si desea esperarla en la sala… —ofreció, al tiempo que se dirigía a una puerta cercana.

—No es necesario que me acompañe, ya conozco el camino.

Davis se apresuró a cumplir la orden recibida.

Gregory se demoró en el vestíbulo unos segundos y, cuando comprobó que el mayordomo había desparecido escaleras arriba, se acercó a una mesita donde había una bandeja con varias cartas.

Las inspeccionó. Invitaciones y facturas, imaginó. Menos una: un sobre blanco dirigido a Nathan Sawford y en cuya lacra no aparecía sel o o membrete alguno.

Sonrió. El pez parecía haber picado el anzuelo; y bien pronto, por cierto. Preguntaría a los agentes de vigilancia por la persona que la había traído. Dudaba que fuese un lacayo o un empleado, como era usual en las invitaciones o recibos de compra, y no creía que hubiese sido el mismo Hood quien la había l evado, pero sí alguien que le conociese y que podría conducirles hasta él.

Capítulo 5

Adele, sentada en la alfombra junto a Matthew, miraba embelesada cómo el niño comía con gusto varios de los caramelos que acababa de traerle.

—No puedes tomar más o enfermarás del vientre —le avisó entre carcajadas, intentando alejar la bolsa con los dulces de las pequeñas manos.

—Uno más, por favor —pidió Matthew con ojos suplicantes.

Adele sintió que el corazón se le colmaba de ternura por aquel pequeño ser al que tanto había l egado a amar en esos días.

—Está bien, uno más. Pero debes prometerme dormir la siesta.

Me ha dicho Elsie que no has querido hacerlo.

La niñera, que observaba sentada en una sil a cercana, confirmó con un gesto sus palabras.

—Es que no tengo sueño —se quejó con voz pesarosa.

—No admito excusas, jovencito. Sabes que debes descansar un rato antes de la merienda.

—Vale, ¿pero me darás más dulces?

—No sé… —Adele remoloneó la respuesta con una cómica mueca—. Puede que si comes todo lo que ha preparado la señora Sul ivan y tomas el medicamento, te dé unos cuantos.

—¡Lo haré, te lo prometo! —le aseguró con entusiasmo.

—Buen chico. Ahora a dormir.

Lo acostó en la cama y lo arropó con mimo.

—¿Me cantas una canción, tía Adele? —pidió Matthew entre bostezos.

Adele comenzó a entonar una de sus preferidas. Se trataba de una bel a canción galesa que su madre solía cantarle. El niño fue cerrando los ojos con una complacida sonrisa hasta que se quedó dormido.

Davis, que l evaba unos minutos esperando, carraspeó para hacer notar su presencia. Adele miró en esa dirección y, al ver al mayordomo, dio un beso en la frente del pequeño y se apresuró a acudir.

—¿Sí, Davis?

—Lord Rawson solicita ser recibido por usted.

—¿Lord Rawson? —preguntó el a extrañada.

—Sí, señorita Catesby.

Adele sabía de quién se trataba. Había oído a su hermana hablar de él durante los días anteriores. Se trataba de un antiguo compañero de colegio de Nathan, con el que compartió varios años en Eton. Un hombre adinerado, que poseía un negocio naviero, al que Celeste tenía en gran aprecio, si se tenía en cuenta las veces al día que lo nombraba, y que visitaba la casa con demasiada frecuencia, según su opinión. En las dos semanas que el a l evaba al í había acudido, que supiera, en no menos de cinco ocasiones, unas veces invitado a cenar y otras para acompañar a Celeste a dar un paseo o realizar algunas compras.

No se le escapaba el interés excesivo de su hermana por el hombre y esperaba que no derivara en algo más. Por esa causa, se había formado una pobre opinión de él. Lo creía un aristócrata ocioso y libertino que, con toda seguridad, deseaba seducir a la esposa de su amigo.

—¿Le ha dicho para qué desea verme?

—No, señorita Catesby.

—Se habrá confundido y a quien quiere ver es a mi hermana.

¿Sabe que se ha marchado de viaje?

—Se lo he comunicado, por supuesto, pero lord Rawson ha preguntado por usted —respondió muy serio. Le molestaba que cuestionaran su profesionalidad.

Adele dudó unos segundos. No imaginaba qué quería de el a. En el tiempo que l evaba al í ninguno de los invitados de su cuñado o de Celeste habían sentido interés por saludarla; si es que sabían de su existencia, cosa que dudaba. Que ahora él preguntase le parecía extraño. Habría venido a visitar a su hermana y, al comprobar que no se hal aba en casa, consideraba adecuado mostrarse cortés. Si estaba interesado en galantear a Celeste, no podía descuidar ningún detal e. Sí, esa era la explicación.

¿Y si se negaba a recibirlo? Argumentaría que se encontraba indispuesta o que había salido o… No, eso sería inapropiado por su parte. En ausencia de los dueños de la casa, y en calidad de familiar, el a era la persona responsable de recibir a las visitas. Por

mucho que le fastidiara, tenía que hacerlo.

—Está bien, bajaré en unos minutos —concedió al fin—. Pídale a la señora Sul ivan que prepare té, por favor.

Davis salió con una reverencia y el a se dirigió al cuarto contiguo, que compartía con la niñera de Matthew, y se paseó inquieta. ¿Qué debía hacer? ¿Acicalarse un poco para recibir a una visita tan importante? Eso sería lo adecuado, aunque no tenía tiempo para cambiarse ni un mejor vestido que ponerse.

Se quitó el delantal de labor y se colocó la cofia para ocultar el horrible cabel o. Se desanimó al contemplar la imagen que el espejo le devolvía. Su aspecto no tenía arreglo, era una tontería pretender cambiarlo. Tampoco le importaba la opinión que pudiera causarle a ese mujeriego.

Con esa firme convicción, se encaminó hacia la sala de recibir.

Dudó unos segundos antes de entrar. No solía tratar con personas de

tan alto rango. Sabía por su hermana que era el hijo menor de un marqués y, aunque no ostentara ningún título, el hecho de pertenecer a una familia tan poderosa era causa suficiente para asegurarle un lugar prominente en la alta sociedad.

Inspiró para darse ánimos y entró en la pequeña sala.

Gregory se hal aba de espaldas mirando por la ventana el ajetreo de la cal e. Pareció que no la había oído porque permaneció inmóvil al entrar el a, lo que permitió a Adele recrearse en su alta figura, de anchas espaldas y largas piernas enfundadas en un ajustado pantalón color crema y rematadas por unas altas botas. El abundante cabel o de color leonado se le rizaba sobre el cuel o de la oscura levita despidiendo dorados reflejos bajo los rayos del sol.

Reconoció que el hombre ofrecía una atrayente estampa de espaldas.

—¿Lord Rawson? —l amó tras unos segundos.

Gregory se giró con una sonrisa en los labios, fruto del placer que había sentido al oír pronunciar su nombre con aquel a preciosa voz, y Adele no pudo disimular la admiración que le provocó el agraciado rostro. ¡Era el hombre más guapo que había contemplado nunca! Los rasgos eran perfectos, muy varoniles, destacando sus hermosos ojos y la firme boca de sensuales labios.

A pesar de estar acostumbrado a la admiración de las mujeres, a

Gregory le complació la impresión que le había causado a la que tenía delante. Sin vanagloriarse por el o, se le acercó.

—Señorita Catesby…

Gregory se inclinó a modo de saludo y besó el dorso de la mano que el a le tendía con timidez y que, para mayor satisfacción, l evaba sin guante.

—No podía dejar pasar la ocasión de presentarle mis respetos, ya que no he podido hacerlo en todo el tiempo que l eva aquí —

explicó sin que la sonrisa abandonara su rostro—. He de confesarle que estaba deseando conocerla. Han sido muchos los comentarios elogiosos de su hermana. Parece que ha realizado una gran labor en el cuidado del enfermo.

A Gregory no se le pasó por alto el ligero rubor de su rostro.

Estaba alterada pero ¿se debía al hecho de haberlo reconocido o porque su natural timidez le impedía relajarse en presencia masculina? Se inclinaba por lo segundo. Sabía leer bastante bien las expresiones de las personas y esta no daba muestras de reconocimiento.

Adele, que había sentido un repentino calor extendiéndose por su cuerpo al contacto de aquel os labios sobre su piel desnuda, no sabía si creerle. Le extrañaba que Celeste le hubiese hablado de el a o de la enfermedad de Matthew. En todo caso habría sido su cuñado.

Demasiado tarde se dio cuenta de que él estaba reteniendo su mano y tuvo que dar un pequeño tirón para rescatarla. Se dirigió a uno de los sil ones y se sentó en él, invitando a Gregory con un gesto a que lo hiciera en otro frente a el a.

—¿Desea tomar una taza de té, *milord*? —preguntó sin mirarlo.

Había algo en ese hombre que la abrumaba, aparte de su natural apostura o la elevada posición social. El chispeante bril o de sus ojos, como si estuviese en posesión de un gracioso secreto, era inquietante. Por otra parte, algo en él le resultaba familiar. Lo habría divisado desde la ventana en alguna de las visitas anteriores, supuso. También estaba su voz. Ese tono peculiar, de melodiosa cadencia, le recordaba a alguien. ¿A quién?

—Será un placer —aceptó Gregory, divertido ante la rígida postura de el a.

Adele se levantó para accionar el tirador, apareciendo Davis en la puerta. Le encargó que trajera el té y volvió a sentarse.

Gregory la observaba en silencio. No era una beldad, como ya había advertido un rato antes, pero no carecía de gracia. Sus facciones eran angulosas, con una firme mandíbula, que le daba un aspecto decidido, y una boca grande de gruesos labios que él conocía bien. Su nariz era recta y sus ojos no destacaban por su tamaño, aunque estaban enmarcados por unas bonitas cejas.

Tampoco su atuendo contribuía a embel ecerla, reconoció. Ese sobrio vestido, de un apagado tono gris oscuro abotonado hasta el cuel o, y la horrible cofia que cubría sus cabel os no la favorecían. Y

no se trataba de una jovencita pues debía de haber superado hacía tiempo la veintena. Sin embargo, había algo en el a que hacía mirarla dos veces. La inteligencia que se adivinaba en sus oscuros ojos o la

exquisita elegancia de su esbelto cuerpo…

No comprendía cómo continuaba soltera. ¿Por decisión propia o porque no había encontrado ningún hombre que supiese mirar más al á de su modesto atractivo físico? Quizá esto último, pensó. Él sabía que, bajo ese aspecto de severa y poco agraciada institutriz, se hal aba una mujer ardiente y sensual que podía calentar la sangre de un hombre y l evarlo hasta la locura. ¿No le había ocurrido a él? ¿Acaso era capaz de razonar de forma coherente desde que la tuvo entre sus brazos dos días antes?

—Me han informado de que su sobrino está muy recuperado de su dolencia —comentó Gregory.

—Así es. Ha superado la enfermedad y se está restableciendo con rapidez.

—Me reconforta saberlo.

Tras unos minutos de embarazoso silencio para Adele, l egó una doncel a portando la bandeja con el servicio solicitado.

—Déjalo aquí mismo, Kate. Yo lo serviré —pidió, aliviada por la interrupción.

Con destreza, sirvió el té en ambas tazas y le acercó una a Gregory. Él lo agradeció con un gesto y continuó contemplándola.

Le gustaba el tenue enrojecimiento de sus mejil as. ¿Estaría recreando en su mente, al igual que él, cuando se abandonó en sus brazos? Gregory ahuyentó con esfuerzo esos pensamientos, que

estaban consiguiendo acalorar su cuerpo y endurecer cierta zona poco apropiada en ese momento.

—Tengo entendido que vive en un pueblecito de Oxfordshire, señorita Catesby, y que ha venido a Londres de visita. ¿Qué le parece la ciudad?

—Apenas he tenido tiempo de conocerla y lo poco que he visto me ha parecido… —Adele dudó en sincerarse. Había oído decir que los londinenses se mostraban muy orgul osos de su ciudad y el a no quería herir los sentimientos del hombre, en caso de que fuese uno de el os. Lo cierto era que le parecía un lugar bastante agobiante para vivir—. …notable.

Gregory no pudo reprimir una sonrisa. A el a no le gustaba Londres por mucho que fingiese lo contrario. Ya se encargaría de hacerle cambiar de opinión, se prometió.

Adele miró a Gregory y él supo que en ese preciso instante lo había reconocido. La expresión de su rostro, con los ojos casi desorbitados por la sorpresa, la mandíbula caída, la palidez que adquirió para pasar de inmediato al rojo intenso, la respiración entrecortada, el empeño en fijar la mirada en el suelo, como si de pronto sintiese un gran interés en el diseño de la alfombra, el visible temblor de sus manos… Todo el o le indicaba que había encajado ciertas piezas y acababa de relacionar al hombre que tenía delante con el que la tuvo en sus brazos aquel a cercana noche.

¿Qué haría el a? Se preguntó Gregory. ¿Lo admitiría o fingiría que su anterior encuentro no había ocurrido? La situación se presentaba muy interesante y aguardó expectante la decisión que debía tomar.

Adele estaba estupefacta a su pesar. Ese hombre era…era…

¡No podía ser cierto! Su voz, su apariencia, los rasgos difuminados que guardaba en su memoria… Era él, no le cabía duda, el cabal ero de las sombras, con el que había mantenido aquel a impúdica intimidad en el jardín, el hombre que venía poblando de eróticas ensoñaciones casi cada minuto de esos dos últimos días, al que se había entregado con gusto mostrando una parte de el a misma que ignoraba conocer… Y todo eso porque tenía la certeza de que no iba a volver a verlo. Pero estaba al í mismo, frente a el a y existía la posibilidad de que también la hubiese reconocido.

Sintió un leve mareo y estuvo a punto de volcar la taza sobre la falda. La dejó en la bandeja y apretó las manos en el regazo en una silenciosa plegaria: que él no la hubiese reconocido para evitarle morir de vergüenza.

—¿Se encuentra bien, señorita Catesby? Parece algo indispuesta. ¿Se ha quemado con el té? A mi parecer, está demasiado caliente — preguntó Gregory evitando que su voz delatase la diversión que sentía.

El a se atrevió a alzar la mirada. Gregory la miraba con rostro preocupado e inocencia en los ojos, lo que contribuyó a tranquilizarla y le permitió respirar casi con normalidad. Parecía que no la relacionaba con la mujer a la que besó en el jardín trasero la noche de la fiesta de su hermana. ¿O habían sido tantos los escarceos esa noche que no recordaba a una de sus improvisadas parejas? Aunque, ¿cómo

iba a recordar a una insípida sirvienta cuando debió tener a varias hermosas mujeres entre sus brazos?

Adele se recobró y logró negar con un gesto, al tiempo que se l evaba la mano a la garganta y carraspeaba para aclarársela.

—Tiene razón, *milord*, está muy caliente —dijo con esfuerzo.

—Permítame que la alivie. Parece sofocada.

Gregory se levantó de su asiento con la servil eta en la mano y se sentó junto a el a en el sofá. Adele se replegó hacia el otro extremo sin encontrar las palabras para impedírselo. Él se acomodó en el amplio espacio que le había dejado y comenzó a mover el improvisado abanico frente a su rostro.

—Gra… gracias, *milord*. No es necesario. Ya estoy repuesta.

—¿Está segura? Se la ve acalorada y hasta tiene unas gotitas de sudor en la frente —señaló él, e hizo intención de pasarle la servil eta por la cara.

—Por completo. No insista —casi gritó Adele. Retrocedió más en su asiento, alejándose de él todo lo que el espacio le permitía.

Gregory se dio por vencido y se arrel anó en el sofá, colocando un brazo sobre el respaldo muy cerca del hombro de el a.

«De acuerdo. Si ha decidido no darse por enterada de nuestro anterior encuentro, le seguiré el juego —se dijo entusiasmado—. Va a ser muy divertido jugar con mi dulce sirena»

—Me da la impresión de que no le ha causado un agradable

impacto la ciudad, ¿no es cierto, señorita Catesby? —Y sin darle opción a responder, continuó—: Aunque creo que eso se debe a que no ha tenido un buen guía. Me presto gustoso a mejorar esa opinión. Si no tiene inconveniente, mañana le mostraré los bel os lugares que Londres encierra —ofreció.

Adele hizo un gran esfuerzo para sobreponerse e intentó recobrar su anterior aplomo. La creencia de que Gregory no la reconocía en la descocada hambrienta de placeres que se había arrojado a sus brazos, le dio fuerzas para responder.

—Yo… le agradezco su ofrecimiento, pero he de rehusar. Debo

quedarme al cuidado de mi sobrino —alegó, sin atreverse a mirarlo a los ojos y con una voz que le costó reconocer como suya.

Su proximidad la alteraba haciéndole evocar, a su pesar, impropios recuerdos. Estaba tan cerca que podía percibir el aroma que desprendía y que el a tan bien recordaba.

—Acaba de decir que ya ha superado su enfermedad, lo que posibilita que pueda prescindir de su total atención. Además, me siento obligado a impedir que se marche de Londres sin darme la oportunidad de cambiar la pobre impresión que se ha formado de esta bel a urbe.

—Es cierto, *milord*. Pero, al no estar su madre, no creo conveniente dejarlo solo —replicó, rogando parecer convincente. No podía exponerse a que terminara identificándola; cosa que acabaría sucediendo si continuaban viéndose.

—Tiene niñera, ¿no es cierto? Y, en su defecto, Nathan dispone de suficiente personal de servicio para ocuparse del enfermo durante unas horas —insistió.

Adele se sintió perdida. Se estaba quedando sin excusas con las que rechazar su ofrecimiento, y no podía mostrarse descortés con un amigo de su cuñado por mucho que desease impedir el nuevo encuentro.

Con todo, no era el temor de que él acabara reconociéndola lo único que le movía a rechazar su invitación. Se trataba también de su peligroso embrujo, que conocía bien y del que debía huir. ¿Para qué alimentar las ridículas ilusiones que habían comenzado a brotar en su corazón? Lord Rawson era un juerguista que intentaba conquistar a Celeste y consideraba adecuado agasajar a la hermana

para conseguirlo. ¿O iba a ser tan cándida de pensar que un hombre como él iba a estar interesado en el a?

—Desde luego que tiene niñera.

—Entonces no hay nada más que añadir. Mañana, a la hora que me indique, pasaré a recogerla —sentenció.

—No creo que… —comenzó a decir en un nuevo intento por eludirlo, pero él le puso el dedo en los labios para silenciarla.

—Ssss… No admitiré una negativa.

Adele se quedó petrificada, sin capacidad para respirar y mirando con ojos desorbitados aquel risueño rostro tan cerca del suyo. En ese instante se abrió la puerta.

Ambos miraron en esa dirección y descubrieron a Nathan.

El recién l egado se sorprendió de ver a su cuñada en aquel a situación con su amigo, pero no dijo nada.

Gregory se levantó para saludarlo y, al darle la mano, observó que tenía restos de cera roja en los dedos. Ese dato, unido al trozo de papel que asomaba por el bolsil o de su levita y el desasosiego que mostraba, le hizo suponer que había leído la misteriosa carta.

—Nathan, me alegro de que hayas l egado. Ya estaba a punto de marcharme y no deseaba hacerlo sin saludarte —improvisó con desenvoltura. Le resultaba extraño que hubiese decidido saltarse su rutina para aparecer por la casa más de una hora antes de lo usual.

—Veo que has conocido a mi cuñada —señaló Nathan sin dejar de observar a Adele, que se afanaba por serenarse.

¿A qué se debería su estado de alteración?, se preguntó.

Conociendo la fama de Gregory, bien podía haber intentado propasarse con el a. Y aunque la creía capaz de frenar avances indeseados, no tenía la necesaria experiencia para tratar con un avezado mujeriego como su amigo. Su cuñada era demasiado inocente en esas lides y desconocía sus verdaderas intenciones.

¿De qué otra forma la recatada Adele iba a permitirle confianzas como las que había presenciado a su l egada?

No obstante, si el a quería dejarse embaucar por Gregory, él no tenía autoridad para impedírselo. Pero no deseaba verla sufrir por un amor desdeñado. Le advertiría sobre la clase de hombre que era antes de que se ilusionase demasiado. Se lo debía, no solo para cubrir su responsabilidad de pariente cercano, también para

redimirse en lo posible de su vergonzoso comportamiento en el pasado.

En cuanto a Gregory, lo apreciaba y estaba en deuda por haberle ayudado como hubiese hecho un hermano mayor. De no ser por su apoyo y protección, los cinco años que pasó en Eton se habrían convertido en un auténtico suplicio. Aunque esa no era razón para

permitir que se aprovechase de Adele, al igual que venía haciendo con toda mujer que tenía a su alcance desde que era adolescente.

—La señorita Catesby ha sido muy amable al recibirme y ofrecerme una taza de té —reconoció Gregory, y le dirigió una conmovedora sonrisa que hizo el efecto de alterarla aún más—. He conseguido que acepte mi propuesta para dar un paseo por la ciudad. Me ha confesado que, en los días que l eva aquí, no ha visitado los lugares más emblemáticos y, como eso me parece imperdonable, voy a hacer de cicerone. Espero que no tengas inconveniente.

—Si el a acepta, por mí no lo hay —dijo, mirando a Adele con reprobación.

Gregory detectó un matiz de animosidad en la voz de Nathan que le extrañó. ¿Deseos de protección o algo más? Apostaría a que el a era la misma Adele de la que hablaba con frecuencia en el colegio, su amiga de la infancia, la dulce y generosa compañera de juegos, la hija del párroco un año menor que él y a la que confesaba todos sus secretos.

Él siempre tuvo la impresión de que Nathan estaba muy encariñado, cuando no enamorado, de esa jovencita de la que no paraba de hablarle, hasta el punto de l egar a conocerla casi tan bien como su amigo. Sabía de su generosidad con los necesitados, de su gusto por la literatura clásica, de sus conocimientos en botánica, de la gran ayuda que prestaba a su padre en sus quehaceres, de su bel a voz, algo que había podido comprobar por sí mismo, que sonaba majestuosa en los servicios religiosos y que atraía a personas de otras parroquias para oírla cantar. Incluso conocía pormenores como su gusto por las tartas de grosel as, que prefería el pol o al cordero, que odiaba los arenques…

También recordaba que, poco antes de alistarse en el ejército y marcharse a Francia, le confesó que pensaba pedirle que fuese su

esposa si regresaba vivo de la contienda. ¿Qué había ocurrido para que acabase casado con la hermana pequeña y el a continuara soltera? ¿Los sentimientos de Adele no eran similares a los de Nathan y por el o rechazó la propuesta, en caso de que l egara a formularla? Tenía que hal ar la respuesta a esas preguntas y, sobre todo, necesitaba conocer lo que el a sentía por el marido de su hermana en el presente.

A Adele le incomodó la muda censura que vio en la mirada de su cuñado. ¿Quién era él para enjuiciar sus decisiones? Con la cabeza bien alta, se levantó e hizo una breve reverencia.

— *Milord*, Nathan… Si me disculpan, he de comprobar cómo continúa el niño —se despidió, dirigiéndose a la puerta.

Antes de que abandonara la estancia, Gregory preguntó:

—¿Paso a recogerla mañana a las diez o es demasiado pronto para usted, señorita Catesby?

Si Adele esperaba que él hubiese olvidado su anterior propuesta, se l evó una decepción. Gregory la contemplaba con un destel o extraño en los ojos y esa sonrisa que tenía la facultad de hacerle temblar las rodil as.

—A las diez estará bien, *milord*.

Gregory se quedó contemplando la cerrada puerta con una indefinible expresión en el rostro.

—¿Tú dirás qué se te ofrece? —preguntó Nathan cuando Adele hubo salido.

Gregory improvisó sobre la marcha para justificar su presencia en la casa.

—Lo cierto es que vine a pedir a tu esposa que me acompañara a la velada musical de los condes de Norforhil , ya que es tan aficionada a la música, y me he l evado la sorpresa de que ha partido de viaje. ¿Cómo ha sido eso?

—La princesa Sechenov ha decidido pasar unos días en Bath, imagino que para descansar y encarar con energías renovadas los próximos eventos de la temporada londinense. Desea probar los baños de esa ciudad.

—Sabia decisión. He oído hablar muy bien de sus beneficiosas propiedades. Cuando regresen deslumbrarán con su bel eza.

—Esa es la intención, imagino.

Gregory observó una mueca de disgusto en su amigo. Este nuevo capricho de su esposa le iba a suponer un buen desembolso.

Y si no disponía de dinero, como sospechaba, iba a necesitar recaudarlo de alguna forma.

—Ya que no dispones de la compañía de tu adorable esposa,

¿te gustaría pasar la velada en mi club? Al í se suelen encontrar interesantes partidas de cartas —ofreció.

—Gracias, pero tengo mucho trabajo pendiente y había pensado dedicar la noche a concluirlo.

—Te entiendo. Yo debería hacer lo mismo, aunque una velada ante los números no es mí idea de diversión, ya me entiendes —

reconoció Gregory con un guiño cómplice.

Ese aire de disipado calavera le servía de tapadera para sus propósitos. ¿Quién iba a tomar en serio a un hedonista que parecía dedicar su tiempo a diversiones de todo tipo y a encandilar a cualquier mujer que tuviese a su alcance?

—Seguro que te lo pasarás mejor que yo. Pero las obligaciones de mi cargo son abrumadoras.

A Gregory no se le escapó la impaciencia que su amigo mostraba. Estaba deseoso de que se marchase. Sería interesante vigilarle para comprobar en qué empleaba la velada.

—No te entretengo más. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Nathan lo acompañó a la puerta y, cuando se hubo marchado, se dirigió a su estudio. Una vez dentro, sacó la carta que l evaba en el bolsil o y, con mano poco firme, la echó al fuego que crepitaba en la chimenea. No necesitaba leerla de nuevo, ya conocía su contenido.

Hood, la persona que la había enviado, lo citaba para esa misma noche.

Un sudor frío empapó su cuerpo en respuesta al sentimiento de culpa que l evaba meses agobiándolo. ¿Y si estaba actuando de forma inapropiada?, volvió a preguntarse. Aunque la intención fuera noble, el procedimiento no lo era.

No pensaba continuar facilitando ese tipo de información y así se lo diría al hombre al que iba a ver, decidió.

Capítulo 6

Nathan se adentró en el oscuro cal ejón, deseoso de acabar con la tarea que había venido a realizar lo antes posible. Desde que había

leído la nota esa misma tarde, un creciente malestar lo embargaba. ¿Cómo se había dejado involucrar en aquel insensato asunto?, se repitió por enésima vez.

El maul ido de un gato se oyó a unos pasos y él agudizó los sentidos. No le atraía frecuentar esa zona de la ciudad, en la que solo cabía esperar problemas. En cambio, era la preferida de Hood.

En el a se sentía cómodo y protegido, a pesar de que no pertenecía a la clase baja que moraba en el East End.

Aunque no había logrado verle, ya que siempre l evaba oculto el rostro por una gran capucha y un pañuelo que le cubría la parte inferior y le falseaba la voz, su esmerada dicción y la elegancia de sus ropajes le indicaban que se trataba de un miembro de la alta sociedad. También porque solo una persona introducida en las altas esferas del poder podía conocer cuándo y dónde encontrar la información que le solicitaba. Era un traidor, al igual que él mismo, por vender secretos de su Gobierno, aunque no creía que Hood tuviese los escrúpulos que a él le asediaban.

Recordaba la primera vez que contactó con él. La princesa Sechenov, noble rusa que había trabado una gran amistad con Celeste unos seis meses antes, le confesó a esta que su difunto esposo había pertenecido a una asociación secreta filohelénica que l evaba años operando en el país y cuya misión, al igual que otras similares en el resto de Europa, era convencer a los gobiernos de la necesidad de apoyar a los independentistas griegos y recabar fondos con los que sufragar la sublevación. La misma princesa era una entusiasta defensora de la causa y colaboraba de forma activa con la asociación, organizando eventos para reunir dinero y captar adeptos.

Celeste, en su afán por confraternizar con las personalidades que la apoyaban, y entre las que se encontraban muchos aristócratas, artistas y prósperos negociantes, se mostró entusiasmada con la idea, pero como su situación económica no le

permitía filantropías semejantes, se limitaba a ayudar a la princesa en la planificación de actividades.

En una de dichas reuniones alguien le deslizó una nota en el bolsil o. En el a le sugería una forma de colaboración con la que podría beneficiarse económicamente, a la vez que ayudaba a la causa griega. Le proponía hora, día y lugar para una cita en la que le explicaría su propuesta.

En un principio dudó en comparecer, pero las facturas se acumulaban y cada vez le resultaba más difícil cumplir con los pagos. Si hubiese imaginado de qué se trataba, no habría acudido.

Pensaba que les interesaban sus cocimientos militares. No fue así.

El hombre con el que se entrevistó, que se identificó como Hood y al que no pudo ver el rostro, le propuso que le facilitase cierta información a cambio de una buena cantidad de dinero, asegurándole que esta iría a parar a los independentistas griegos.

Según le explicó, él pertenecía a esa misma asociación secreta y criticaba al Gobierno por no intervenir en el conflicto y permitir que los sublevados luchasen solos, lo que había ocasionado sangrientas matanzas en los dos últimos años.

Nathan desechó la idea en un primer momento. Aunque esa información fuese a parar a un gobierno aliado y no atentase contra los intereses británicos, no lo consideraba ético. Pero a los pocos días Celeste le anunció que la princesa Sechenov la había invitado a pasar una semana en su casa de campo, lugar al que asistirían personas muy importantes de la alta sociedad, y no tenía un vestuario decente con el que acudir. Y aceptó la propuesta de Hood.

No debió acceder, pero estaba de deudas hasta el cuel o y le pareció una forma sencil a e inofensiva de solventarlas, a la vez que colaboraba con una causa en la que creía. Hood le dio su palabra de cabal ero de que toda la información que le proporcionase iría a parar al nuevo gobierno griego, que estaba interesado en conocer detal es de las fuerzas destacadas en la isla de Malta con el fin de saber con qué podía contar en caso de que Gran Bretaña decidiera participar en el proceso de emancipación. Al ser una información que no comprometía la integridad de las tropas ni perjudicaba a su país, no le pareció que estuviese actuando como un traidor.

Los dos encargos siguientes, en semanas posteriores, fueron

bastante similares y los aceptó, deseoso de mantener el nivel de vida que a Celeste le ilusionaba. Aun así, los remordimientos no dejaron de acosarlo. ¿Y si esa información iba a parar a los enemigos de los griegos? En ese caso estaría poniendo en peligro a sus compatriotas y la futura intervención armada de su país en la guerra. Desde el principio mantuvo esa duda, pero había acal ado los temores intentando convencerse de que no era tan indigno lo que estaba haciendo.

Al no recibir ninguna demanda por parte de Hood en los dos últimos meses creyó que se había olvidado de él, hasta esa misma tarde, en la que descubrió otra de sus notas indicándole lugar y hora de encuentro.

En esta ocasión estaba decidido a negarse a continuar facilitándole

información.

Ya

solucionaría

las

dificultades

económicas como pudiera. Lo primero sería hablar con Celeste y explicarle la realidad de la situación. El a era la mujer de un oficial del ejército y no una aristócrata con amplias rentas para l evar el tren de vida en el que se había embarcado durante los seis últimos meses, como el viaje de recreo que acababa de iniciar y que le ocasionaría cuantiosos gastos.

¿Creía que la pequeña herencia recibida era tan importante como para soportar esas ostentaciones propias de la nobleza adinerada? Las cinco mil libras heredadas ya se habían gastado casi en su totalidad en la compra de aquel a suntuosa casa.

Tampoco la pequeña y ruinosa propiedad rural que le había legado el conde y que tenía arrendada, apenas le aportaba ingresos con los que sufragar los caprichos de su mujer en su afán por codearse con las clases altas y creerse uno más de esa sociedad de lujo y derroche.

Por suerte, había recibido una buena oferta por la hacienda y solo quedaba firmar el contrato de venta con el comprador. Con el o tendría suficiente para pagar a los acreedores y le evitaría verse en prisión por deudor. Y si Celeste persistía en continuar con sus aires de grandeza y no se avenía a razones, pediría el traslado a un lugar en el que pudieran l evar una vida sencil a que alcanzase a costear con su paga.

Absorto en sus pensamientos, no reparó en que un hombre se le

acercaba. Cuando reaccionó, se encontró con algo punzante en su costado y un fuerte aliento a cerveza barata junto a su mejil a.

—Tranquilo, amigo —dijo una recia voz, y con un enérgico empujón introdujo a Nathan en un oscuro portal.

El hombre se guardó el cuchil o en la cintura y procedió a vendarle los ojos y a cachearle. Después lo l evaría por algunas cal ejuelas hasta l egar a su destino, pensó Nathan. Ese era el procedimiento usual y no se alarmó.

Hood era precavido. Se tomaba muchas molestias para que nadie pudiese reconocerle y tenderle una emboscada, lo que reforzaba su convencimiento de que se trataba de una persona conocida en los círculos sociales y con mucho que perder, aparte de ser inteligente y audaz.

Tras unos minutos, Nathan oyó que el hombre que lo guiaba l amaba a una puerta. Esta se abrió dejando oír varias voces en su interior.

—¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie, escocés? —

preguntó una nueva voz de tosco acento.

—Lo estoy.

Nathan sintió que tiraban de él y lo introducían en la casa, conduciéndole por el a con la venda puesta. Se abrió otra puerta y salieron de nuevo al exterior. El frío de la noche le azotó el rostro.

Después de andar unos pocos metros entraron en otra vivienda y una nueva voz, que le pareció reconocer de las veces anteriores, indicó:

—Quédate vigilando los alrededores. No tardaremos mucho.

Subieron un buen tramo de escaleras y entraron en un cuarto. El hombre que lo había guiado le quitó la venda de los ojos y Nathan parpadeó unos instantes ante la mortecina luz que iluminaba la reducida estancia.

Desorientado por aquel os largos minutos privado de visión, miró en todas direcciones. Cuando consiguió centrar la vista, divisó una figura en un oscuro rincón. Se trataba de Hood. Llevaba la conocida capa con la capucha sobre la cabeza, haciendo gala a su nombre3, y el pañuelo que le cubría la boca. Resultaba imposible verle el rostro ni aunque en aquel lóbrego cuchitril hubiese la suficiente luz para hacerlo. El resto de su vestuario era igual de sobrio, sin dejar

que ningún detal e delatara su identidad.

—Tome asiento, mi buen amigo. Debe de estar cansado —indicó con voz amortiguada por la prenda que le cubría la boca.

Nathan no accedió y se acercó a él. Entonces comprobó que l evaba una pistola en la mano y que le apuntaba con el a.

—Prefiero que obedezca. De ese modo será todo más fácil para ambos.

Nathan se paró sorprendido por la agresiva actitud del hombre.

—¿Cree que eso es necesario? ¿Qué teme?

—Yo no temo nada, Sawford. Le estoy protegiendo. Es más seguro para usted que no conozca mi identidad. Ahora, por favor, siéntese.

Nathan obedeció con reticencia.

—No tiene importancia porque no voy a continuar colaborando con ustedes. Eso es lo que he venido a decirle —dijo, y con el o pareció que se quitaba un gran peso de encima.

—Me sorprende. Pensaba que nuestro pequeño arreglo resultaba muy satisfactorio para ambos. ¿Por qué de repente esos escrúpulos de conciencia?

—Me dio su palabra de que el destino de la información que le suministro va a parar a un gobierno amigo, pero dudo de que sea cierto debido al empeño en ocultar su identidad. Pienso, por el contrario, que la está vendiendo al enemigo. En ese caso sería traición a nuestro país, y yo no quiero ser un traidor.

Hood emitió una carcajada y se puso de pie, acercándose a él con la pistola en la mano.

—Vamos, Sawford, no le considero tan inocente. No me va a convencer de que creía que le estábamos haciendo un favor a los griegos. Usted sabía desde el principio lo que hacía y no le importó.

Se ha embolsado el dinero que le hemos estado pagando por sus servicios, ¿no es cierto? ¿Me va a negar que su bel a esposa no reconoce los esfuerzos que hace para complacerla? Y de no continuar, ¿cómo piensa costear ese viaje a Bath o sus otras deudas? ¿Con la venta de su irrisoria finca? Me temo que la persona que estaba interesada en el a se lo va a pensar antes de aceptar el precio que usted le pidió. —Hood se regodeó ante la cara de estupor de Nathan. ¿Qué se creía ese estúpido? ¿Pensaba que

iba a librarse de él cuando le viniese en gana?

—¿Es usted la persona interesada en adquirir mi propiedad? —

La sorpresa lo conmocionó.

—Lo soy, aunque con nombre ficticio, como comprenderá —

reconoció con gesto despectivo—. ¿Qué le quedaría si cancelo la compra? ¿Su triste paga de oficial del ejército? ¿Qué va a hacer su esposa cuando lo encarcelen por deudor? ¿Y qué será de su pequeño hijo?

Nathan se sintió hundido. Necesitaba vender la propiedad o todo

estaría perdido. No le quedaba otra opción que continuar con el sucio negocio que l evaba con ese hombre.

—Me tiene bien cogido —reconoció con amargura.

Hood sonrió. Desde luego que lo tenía bien pil ado. Ese infeliz había caído en sus redes como tantos otros antes, y más inteligentes e importantes que él.

—No le quepa duda, Sawford. Y, si intenta gastarme una jugarreta, descubriré a sus superiores el lucrativo trabajo que se l eva entre manos y nadie le libraría de un pelotón de fusilamiento.

Por el o, le recomiendo que no me defraude o los acreedores serán el menor de sus problemas.

—No puede delatarme sin descubrirse usted también —

aventuró, apretando los puños para contener el deseo de lanzarse contra él.

—Desde luego que puedo, y no dudaré en hacerlo. No intente comprobarlo.

Nathan advirtió, en la firme y tajante voz de su adversario, la autenticidad de la amenaza.

—¿Qué desea? —preguntó con acento de derrota.

—Veo que ha comprendido la situación. —Un suspiro de satisfacción acompañó sus palabras. Volvió a sentarse—. Creo que lo imagina. En la última reunión del Gabinete de Gobierno el Primer Ministro dio instrucciones para el reforzamiento de las defensas de algunas plazas en las islas jónicas. Quiero saber cuáles son y en qué van a consistir esas medidas.

—Esa documentación debe estar en el despacho de lord Farwel , el secretario del Primer Lord4. Me será difícil acceder a el a.

—Entonces tendrá que agudizar el ingenio para conseguirla, ¿no

cree?

Nathan sopesó las posibilidades. Podría hacerlo aunque con bastante riesgo.

—Me l evará más tiempo del habitual y un considerable esfuerzo

—expuso. Si no tenía más remedio que claudicar, al menos se aseguraría de que le pagase bien.

—No tema, será bien recompensado si la información merece la pena. Le doy seis días de plazo. Ya me pondré en contacto con usted para indicarle la forma de entrega. Ahora, gírese hacia la pared y permanezca así hasta que se lo ordene.

Sin dejar de apuntarle, Hood abrió la puerta y l amó.

—Nuestro amigo se marcha. Haz el favor de acompañarlo hasta la salida —indicó al hombre que esperaba en la estancia contigua.

Este entró y se acercó a Nathan, que no opuso resistencia cuando le vendó los ojos. Ya surgiría la oportunidad de desenmascarar a Hood, y entonces no tendría tanto poder sobre él.

Nathan hizo el recorrido inverso de igual forma hasta que se encontró en el mismo cal ejón. Presuroso, se dirigió al coche de alquiler que le aguardaba y regresó a su hogar. La incipiente sospecha con la que había acudido a la cita esa noche acababa de convertirse en abrumadora certeza. Era un traidor a su país al venderle secretos de estado al enemigo.

Gregory, que había seguido a Nathan desde su residencia, se ocultó en las sombras para que no lo descubriera. Con creciente disgusto, esperó a que el vehículo partiera para dirigirse al suyo propio, que le aguardaba a varios metros de distancia convenientemente camuflado. Cuando l egó a él, indicó a Parker que fuera tras él, aunque adivinaba dónde se dirigía.

Maldijo entre dientes al introducirse en el helado habitáculo, fruto de la decepción que sentía. Llevaba varios días vigilando la casa de Sawford en espera de que hiciese algún movimiento, y cuando esa tarde había descubierto la misteriosa carta, supuso que se trataba de una cita y que no tardaría mucho en acudir a el a. Al verle salir esa noche y coger un coche de alquiler calculó que le iba a resultar muy sencil o descubrir a quién vendía la información. No fue así.

Tuvo suerte de no perder a Nathan en las intrincadas cal es de

esa vieja y maloliente parte de la ciudad por las que se adentró. Lo consiguieron gracias a la pericia de Parker y de Jack, su avispado mozo de cuadra, al que había reclutado como ayudante. Sin embargo, no esperaba que Sawford fuese tan astuto y consiguiese despistarle, como había sucedido. Tendría que esperar a otro encuentro para

descubrir a sus cómplices y, entonces, no iba a dejar que se escabul ese.

Como calculó, Nathan se dirigió a su residencia y él se marchó a la suya con la esperanza de dormir algunas horas. Por la mañana, y antes de recoger a Adele para el prometido paseo, debía reunirse con Alister para preparar el siguiente embarco.

Su socio y amigo le apremiaba para que se pusiese al frente del negocio, lo que le permitiría a él realizar el viaje que venía aplazando dos años. Alister estaba ansioso por conocer las posesiones que su difunto tío le había dejado en las Bahamas y, de paso, cumplir su sueño de capitanear uno de los barcos y lanzarse a los mares.

Gregory reconocía que su amigo había sido muy comprensivo durante esos cinco años, en los que él había estado ausente, pero ya se mostraba impaciente y deseoso de que cada uno desarrol ase la labor que habían planeado desde el principio, cuando pensaron en asociarse para fundar la empresa naviera. Así que, cuanto antes acabase con la tarea encomendada y desarticulase la red de espionaje, antes podrían centrarse ambos en su futuro.

Alister era un marino nato. Él, aunque no le desagradaba demasiado esa actividad, prefería la tranquilidad y comodidad de un hogar en tierra firme. Por desgracia, las circunstancias se impusieron y, debido a la naturaleza de las misiones que le encomendaban, tuvieron que cambiar los papeles y ser él quien se encargara de viajar. Había recorrido casi todo el continente americano de norte a sur, participando en numerosas aventuras que, debido a su juventud y espíritu inquieto, le satisficieron. Ya estaba cansado de esa vida de trotamundos y deseaba establecerse.

Cada vez que visitaba a su hermano sentía una sana envidia al verle feliz con su vida de esposo y padre. ¿Por qué no podía él también tentar a la suerte?, se preguntó. En respuesta, un nombre

le vino a la mente. ¿Por qué no?

El imaginar a Adele compartiendo sus días le resultaba una imagen muy atractiva. Sonrió. No cabía duda de que era una imagen de lo más tentadora.

3 Hood, en inglés, significa capucha.

4 Hace referencia al Presidente de la Junta de Almirantes o Almirantazgo.

Capítulo 7

A las diez menos unos minutos de la mañana un sonriente Gregory se presentó ante la puerta de los Sawford, comprobando con agrado que Adele le esperaba dispuesta para partir. Le sorprendió que no se tratara de una de esas mujeres que se demoraban adrede por creer que eso las hacía más interesantes o apetecibles a los ojos de los hombres.

El a apareció con semblante serio y arreboladas mejil as y Gregory se prometió que no dejaría pasar muchos minutos sin sacarle una sonrisa, convencido de que ese gesto contribuiría a embel ecerla. Llevaba un vestido gris complementado con un chal del mismo tono y había sustituido la cofia por un insulso sombrerito, lo que no impidió que la encontrara exquisita y que su cuerpo se entibiara ante su presencia.

Partieron de inmediato en el carruaje descubierto y durante casi tres horas estuvieron recorriendo los lugares más representativos de Londres. A Gregory le complacía la expresión de asombro del rostro de Adele al descubrir las maravil as que la ciudad guardaba. El buen tiempo los acompañó, posibilitando que un resplandeciente sol les calentara con sus rayos durante buena parte del recorrido.

Gregory dejó para el final la visita a Hyde Park. Bien pasadas las doce del mediodía hicieron un alto y él la invitó a dar un breve paseo para admirar la variedad de plantas que al í se exhibían. A su regreso al lugar en el que habían dejado el coche, la condujo hasta una zona apartada y rodeada de árboles en cuyo centro se hal aba extendida una manta. Sobre el a había varios cojines y una gran cesta de merienda.

—He pensado que le gustaría almorzar al aire libre, señorita Catesby. Así no echará tanto de menos su hogar en la campiña —

dijo Gregory con entusiasmo, del que el a se contagió al instante—.

Aunque deberá permitirme que me convierta en su lacayo. Espero estar a la altura. —Le dedicó un simpático guiño que hizo el efecto de iluminar su cara, como si de un pil uelo de la cal e se tratase.

Adele estaba emocionada por las atenciones. Había sido un compañero encantador durante toda la mañana, divirtiéndola con su

ingenio y asombrándola con sus conocimientos. Juntos habían recorrido varios de los más bel os y representativos lugares de la hermosa ciudad y ahora la sorprendía con aquel inesperado detal e.

Tenía que reconocer que era un hombre extraordinario, casi perfecto; demasiado perfecto para el a, en verdad. ¿Cuáles serían sus verdaderas intenciones? ¿Lograr su buena disposición para tener un mejor acceso al lecho de su hermana? Por supuesto.

—Es usted muy amable, *milord*, pero debe estar deseoso de regresar a sus asuntos. Ya ha cumplido con el deber autoimpuesto y le estoy agradecida por darme la posibilidad de conocer Londres en todo su esplendor. Le aseguro que ha conseguido variar el inicial concepto que tenía de la ciudad, hasta el punto de considerarla un interesante lugar en el que vivir… durante una temporada; si bien, creo que es hora de regresar a casa. Mi sobrino estará echándome de menos.

—No antes de que haya degustado otro de los prodigios de esta ciudad: el pol o a la oriental, receta de mi excelente cocinera, la señora Jennison. Es una verdadera delicia. Además, si l ega a enterarse de que le he permitido marchase sin probarlo, y el a se entera de todo, no me lo perdonará nunca. Y puede l egar a ser muy cruel en su venganza, créame. Se dedicaría a martirizarme con insulsos pasteles de carne y secos bizcochos —confesó.

El cómico gesto de su rostro provocó la risa de Adele.

Como cada vez que la oía, y habían sido varias las ocasiones durante las últimas horas, Gregory sintió que su cuerpo vibraba internamente. El a era mucho más deliciosa de lo que imaginó en un principio. Inteligente, culta, divertida y, cuando la sonrisa iluminaba su rostro, resultaba hasta bonita.

—¿No me cree? Pues le deseo que no se vea en situación de incomodarla o comprobará lo desalmada que puede l egar a ser la buena señora Jennison. Debió de aprender sus tácticas de los inquisidores españoles, ya que tengo entendido que sus antepasados vinieron a este país en el séquito de Catalina de Aragón para su enlace con Enrique VIII. A veces pienso que, de haberla dejado a cargo de los interrogatorios a los prisioneros, la guerra contra Napoleón no se habría alargado tanto —comentó con fingido pavor mientras la ayudaba a acomodarse en un cojín. La

diversión que sus exageradas anécdotas provocaban en el a lo colmaban de orgul o.

—Está bien. Probaré el delicioso manjar. No quisiera ser la causante de un drama doméstico que derivara en futuras desdichas gastronómicas.

Él sonrió con candidez y se sentó a su lado. Comenzó a disponer con habilidad los diversos platos sobre la improvisada mesa, consistente en un mantel bordado con dibujos florales sobre una gruesa manta que los aislaba de la humedad de la hierba. Sirvió vino en dos copas de cristal y trozos del alabado pol o en platos de porcelana, eligiendo los bocados más suculentos y ofreciéndoselos a el a.

Adele admitió que era delicioso sentirse mimada por alguien.

Desde que su madre murió no había recibido tanta atención de una persona. Su padre, aunque la quería, no le prodigaba muestras de cariño o paternales atenciones. Su dedicación a los demás le hacía olvidarse de su propia hija. En cuanto a Ophelia y Celeste, nunca le mostraron la menor consideración, convirtiéndose en una criada en su propia casa.

Le costaba creer que pudiese encontrarse en aquel idílico lugar con el hombre más fascinante que había conocido y que se dedicaba a halagarla. ¿Estaba soñando? Se pel izcó con disimulo en un brazo y la sensación de dolor le hizo fruncir el gesto. No estaba soñando, entonces algo debía de estar mal.

Decidió aparcar su desconfianza para más tarde y disfrutar de la oportunidad que le estaba brindando. No importaba que desease ganarse el favor de Celeste a través de el a o que quisiese devolver algún favor a Nathan encargándose de distraer a su sosa cuñada.

Fuese cual fuese la razón, el a no iba a ser tan estúpida de pensar que sus atenciones eran algo más que pura cortesía propia de su esmerada educación. Tampoco era tan inocente de creer que él se sentía interesado en una mujer como el a, que ya había dejado su juventud atrás y no se destacaba por su bel eza.

Nathan la había puesto en antecedentes la tarde anterior.

Aunque apreciaba a Gregory, le dio a entender que no se hiciese ilusiones con él. Le habló de su fama de libertino, de su fortuna y de su alta posición social. No se le escapó la desconfianza que su

cuñado mostraba por su antiguo compañero de estudios, al que l evaba años sin tratar con asiduidad y con el que en los últimos meses había retomado la antigua amistad. Nathan debía sospechar que ese interés lo despertaba su esposa, y no debía de estar equivocado.

Comió complacida aquel gustoso plato, con su mezcla de aromas exóticos que despertaban el paladar.

—Pruebe este exquisito bocado —dijo Gregory, acercándole un trozo a la boca que el a no pudo rehusar.

Adele tuvo que darle la razón, sonrojándose ante tan íntimo gesto. La autora de ese plato era una magnífica cocinera y así se lo expresó.

—Debe felicitar a la señora Jennison de mi parte. Está delicioso.

—Se alegrará mucho de saberlo. Ha puesto mayor esmero al decirle que era para usted.

Adele se esforzó en ignorar el placer que esas palabras le provocaban y la calidez de la voz con la que habían sido pronunciadas.

—Es un plato poco común en nuestra cocina. ¿Se trata de una creación propia o es una receta extranjera?

—Ambas. Cuando estuve en San Francisco probé varios platos de la cocina china que me entusiasmaron. A mi regreso le expliqué a la señora Jennison lo que había comido y el a intentó reproducirlos; con notable éxito, he de decir. Este es mi preferido.

Sabe mejor que el original. Y no me pregunte el secreto pues la buena mujer lo guarda como si se tratase de las joyas de la Corona.

La mañana estaba resultando muy amena, reconoció Adele, y no solo por lo que había descubierto de la ciudad y todo lo que había aprendido sobre costumbres y personas, también por las confidencias compartidas, el a más que él ya que Gregory era muy hábil obteniendo información.

Adele le había revelado cómo se desarrol aba su vida en Culham y sus proyectos de dedicarse al cuidado de enfermos cuando su padre faltase. Él le habló del negocio naviero que l evaba con su socio, de sus viajes, de los lugares exóticos que había visitado, de divertidas anécdotas que provocaron su risa en más de una ocasión, de su familia, por la que sentía un evidente cariño y a la que echaba

mucho de menos durante los largos meses que pasaba al otro lado del océano…

Parte de lo que le había referido lo conocía por Nathan, pero le resultaba agradable comprobar el entusiasmo que reflejaba su rostro al relatar algunas de las aventuras vividas; algo que le sorprendía pues lo había catalogado desde el principio como un juerguista, ocioso y mujeriego.

De postre tomaron una exquisita tarta de grosel as, la preferida de Adele y que, casualmente, lo era de Gregory. Este le confesó que, después de un duro asedio, consiguió que la señora Lynch, la cocinera de sus padres, le diera la receta cuando se trasladó a su actual residencia hacía cuatro años.

Algo aturdida por el sopor provocado por la comida y el vino, al que no estaba acostumbra, Adele se sintió feliz. Que el mayor mérito de su actual estado se debiera a la compañía era algo que no deseaba aceptar aún.

Apoyó la espalda en el tronco del árbol y observó a Gregory mientras recogía y guardaba los útiles en la cesta. Cuando hubo acabado, él se recostó a su lado de forma desenfadada.

Adele lo miró y su corazón dio un vuelco. Se había quitado el sombrero y el aire jugaba con sus cabel os, alterando su cuidado corte a la moda y dándole un aspecto de chiquil o revoltoso. Tenía los ojos semicerrados para aliviarlos del intenso sol y una sonrisa satisfecha curvaba su boca. Estaba tan atractivo que quitaba el aliento, algo de lo que él era consciente y no dudaba en utilizar en su beneficio, y el a era una ilusa que estaba corriendo el riesgo de enamorarse. Con un suspiro, cerró los ojos para que Gregory no pudiese leer la admiración que le despertaba.

—¿Me permite comprobar el color de su cabel o, señorita Catesby? —dijo él de forma improvisada y, sin darle opción a responder, desató el lazo y le quitó el sombrerito que lo cubría.

Adele emitió un pequeño grito de indignada sorpresa.

—¡Lord Rawson! Devuélvamelo, por favor.

Se incorporó e intentó arrebatárselo sin éxito porque él, con su largo brazo, lo mantenía alejado de la ansiosa mano y sonreía con picardía ante los esfuerzos de el a por recuperarlo.

Gregory observó el cabel o, recogido en un tirante moño en la

nuca, como si de un raro espécimen a estudiar se tratase. El color predominante era el castaño oscuro, pero detectó algunas mechas de tono rojizo que destacaban a la luz del sol.

Su mano se alzó hasta un pequeño rizo díscolo que se negaba a quedar atrapado por las horquil as. Lo sostuvo entre sus dedos calibrando su textura y complaciéndose con su tacto sedoso.

Imaginó cómo sería introducir sus manos en la melena de rizos que el apretado recogido comprimía y sintió un hormigueo de excitación en el vientre.

Llevaba toda la mañana reprimiendo el fuerte impulso de besar aquel a boca grande y seductora que había estado plagando sus sueños de eróticas imágenes desde que tuvo la dicha de degustarla, y ahora que observaba el fuerte rubor de sus mejil as y el velo ensoñador de sus oscuros ojos, ese anhelo se estaba convirtiendo en dolorosa necesidad.

¿Estaría recordando también aquel a mágica noche? se preguntó. El deseo endureció su cuerpo y agitó su corazón, pero su voluntad se impuso. A pesar de la gran agitación que sentía en su interior debía ser paciente y no presionarla.

Adele estaba conteniendo la respiración, incapaz de moverse ni de prohibirle aquel a impúdica intimidad. Era escandaloso ese tipo de familiaridades con un hombre al que no conocía y a plena luz del día, pero se sentía hipnotizada por el fulgor de aquel os hermosos ojos que, por primera vez, podía admirar en todo su esplendor.

Los rayos del sol destacaban su ambarina bel eza, moteada de pequeños puntitos oscuros que cubrían el iris, y realzados por unas tupidas pestañas que constituían otro motivo de envidia. Por si todo el o no fuese suficiente para conseguir que cualquier mujer cayese rendida bajo su mirada, estaba ese destel o travieso que los hacía mucho más atrayentes.

Su proximidad estaba evocando en el a recuerdos y sensaciones que l evaba días luchando por desterrar de su memoria, y eso era alarmante. Soltó el aire que había estado conteniendo e intentó serenarse. No iba a caer en las redes de ese disoluto una segunda vez por mucho que lo desease.

—Debería l evar el cabel o suelto o, en su defecto, con un peinado más favorecedor que destacase su bel eza, señorita

Catesby —comentó Gregory, con la voz alterada y los ojos bril antes.

Un atisbo de decepción asomó a los ojos de Adele, que a Gregory no le pasó desapercibido. Había sido una mañana perfecta y no deseaba que la estropease con su falsa adulación.

—No es necesario que mienta, *milord*. Soy consciente de que mi cabel o, al igual que el resto de mi persona, no son l amativos —

rebatió con irritación.

Gregory se tensó y, tras unos segundos, respondió con semblante serio.

—Me he visto obligado a mentir muchas veces, y nunca por gusto, pero en estos mementos soy sincero. Otra cosa es que usted no desee creerme. ¿Tan frívolo me considera que atribuye a un rasgo natural de mi carácter la propensión al halago inmerecido?

¿Piensa que quiero ganarme su favor? ¿Es eso lo que cree, que soy un licencioso? —Hizo un gesto de pesar. ¿Por qué se sentía tan herido por su actitud? ¿Por qué le importaba tanto su opinión?

Adele sintió que su disgusto menguaba ante esas palabras y pensó que lo había juzgado mal. Pero no la convencería de que su admiración era sincera. No iba a caer es esa burda trampa.

Gregory le devolvió el sombrero y el a se lo colocó. Estuvieron en silencio durante unos minutos hasta que Adele, incómoda por el giro que había dado la situación, manifestó:

—Creo que ya es hora de que regrese a casa, *milord*.

Gregory, olvidando el malestar causado por su desconfianza, la miró comprendiendo sus temores. Algo había ocurrido en su pasado para que se mostrase tan recelosa, y él no pararía hasta descubrirlo.

—Como usted desee, señorita Catesby.

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla, pero tiró con demasiada fuerza y el a, que no lo esperaba, acabó apoyada en el sólido torso masculino.

Adele sintió que se acaloraba ante aquel embriagador contacto, de tan evocadores recuerdos, y se separó de él de inmediato.

Regresaron en silencio la mayor parte del trayecto. Cuando Gregory la acompañó hasta la puerta de la casa, le cogió una mano para l evarla a sus labios y la retuvo algo más de lo debido. El a lo miró a los ojos y su corazón se le encogió emocionado.

—Le reitero mi gratitud por esta extraordinaria jornada, lord Rawson —dijo con sinceridad.

—Entonces, ¿puedo albergar la esperanza de disfrutar de su compañía de nuevo, señorita Catesby? Sería para mí un placer repetir el paseo o,

si usted me lo permite, invitarla a la ópera, a una representación teatral… o a visitar los muel es. De ese modo podría mostrarle uno de mis barcos —sugirió anhelante cuando el a ya se introducía en la casa.

Adele estuvo tentada de aceptar la propuesta. ¿Era tan censurable permitirse unos instantes de locura antes de volver a su rutinaria vida en Culham? Sí, se contestó, sería imprudente. Pero algo impetuoso le incitaba a volver a verlo y no para disfrutar de nuevas experiencias, como asistir a una representación artística o la posibilidad de subir a un barco por primera vez en su vida. Era consciente de que, si lo hacía, acabaría sucumbiendo otra vez a su seducción. No podía permitirlo por mucho que lo desease. Sabía de lo que era capaz y el a, que se consideraba una mujer sensata, se asombraba de la debilidad que sentía por aquel descarado bribón.

—No lo creo, lord Rawson. Ya sabe que he venido a cuidar de mi sobrino y no puedo continuar desatendiendo mis obligaciones —

sentenció con amabilidad e inequívoca firmeza.

Gregory intentó que la desilusión no se reflejase en su rostro. Ni se amilanó. Si en algo podía considerarse experto era en conseguir los favores de las damas. Y, aunque esa habilidad no era lo que más le enorgul ecía de su carácter, no renunciaría a utilizarla si era preciso.

—Entonces, ¿no le importará que les visite para interesarme por el estado del pequeño? La salud del hijo de un buen amigo es un motivo importante de inquietud para mí.

Adele lo miró divertida. Los ojos le chispeaban de emoción y una amplia sonrisa curvaba su boca. ¿Quién podría negarle nada a ese hombre? Ninguna mujer, sin duda. Y el a tampoco, comprobaba con asombro. Rogaba que no notase su debilidad. Sería demasiado humil ante.

—Creo hablar en nombre de los dueños de la casa al asegurarle que será bien recibido en el a, y debidamente apreciada su preocupación —eludió con elegancia.

—¿Y a usted le molestaría mi visita? —la forzó a tomar partido.

El a dudó unos minutos.

—En modo alguno, lord Rawson —admitió al fin con una breve sonrisa que tuvo el efecto de iluminar su rostro, antes de introducirse en la casa.

Capítulo 8

Adele observaba perpleja la caja de chocolates que un lacayo acababa de traerle. Si no le fal aba la memoria, era idéntica a la que estuvo mirando en la pastelería donde unos días antes había comprado los caramelos para Matthew.

Volvió a leer la nota que acompañaba al paquete envuelto en seda.

Mi apreciada señorita Catesby.

Sería para mí un honor que aceptase este pequeño presente en agradecimiento a la grata mañana que disfruté en su compañía.

Por favor, no me niegue el placer de repetir tan sublime experiencia.

Suyo,

Gregory Rawson

Unos toques en la puerta la alertaron. Guardó el envoltorio y la nota y se dispuso a abrir.

—Buenas noches, Adele. ¿Cómo se hal a el pequeño Matthew hoy? —preguntó Nathan en voz baja, imaginando que su hijo estaba dormido ya.

El a salió al pasil o y cerró la puerta a sus espaldas. No quería que la conversación despertara al niño.

—Siento no haber podido l egar antes. Me habría gustado pasar a su lado unos minutos, pero tengo mucho trabajo y me resulta imposible dejarlo —continuó él con desasosiego.

—Ha pasado el día muy tranquilo y se ha alimentado bien.

Mañana podrá salir al jardín durante unos minutos. Creo que las cálidas temperaturas de los últimos días son propicias para el o. El sol y un poco de ejercicio al aire libre contribuirán a su restablecimiento, aunque aquí no sea tan puro como en el campo.

—Londres no es el lugar más apropiado para que un niño crezca sano y fuerte. Matthew pasa casi todo el día en casa, saliendo apenas una hora al jardín. A Celeste le molesta que se ensucie.

¡Qué diferencia con nosotros! Correteando por los campos,

subiéndonos a los árboles, nadando en el arroyo… —aludió con nostalgia y su rostro, por lo general sombrío, se iluminó al rememorar los gratos días de su niñez—. Tu padre solía decir que lo único que necesitaba un niño para crecer eran los rayos del sol y una rebanada de pan con mantequil a, todo el o en grandes dosis.

Ambos rieron ante tan dichosos recuerdos. De pronto, Nathan se puso serio y la miró esperanzado.

—¿Podrías convencer a tu hermana de que le permita a Matthew pasar algún tiempo en Culham con vosotros? Me gustaría que se ausentara de esta ciudad por un tiempo.

Adele sonrió complacida. Era una gran idea que favorecería a Matthew y haría feliz a su padre.

—Sería estupendo para Matthew.

Miró a su cuñado. Nathan era la sombra del joven que el a recordaba. Aunque nunca fue un hombre guapo, al menos no tanto como Gregory, se le podía considerar muy interesante, destacando en él su jovialidad y entusiasmo. Lo recordaba con una perenne sonrisa en los labios, excepto cuando, junto a su hermana, le dio la noticia de que pensaban casarse. Pero desde que el a l egó a Londres lo había visto taciturno y con un rictus de preocupación en el rostro. Parecía haber envejecido veinte años en los últimos cuatro.

Podía deberse a la preocupación por la enfermedad de su hijo, aunque intuía que había algo más. Nathan no era feliz con la vida que l evaba y añoraba otra más sencil a. Su rostro se había transformado con los recuerdos de los tiempos de su niñez en la pequeña aldea y por unos minutos había vuelto a ser el amigo de entonces, con su alegre sonrisa y el bril o divertido de sus bonitos ojos azules.

Su hermana tenía algo que ver en el o, estaba convencida. En el poco tiempo que l evaba al í se había percatado de muchas cosas y los criados la habían puesto al tanto de otras. Ninguna favorecía a Celeste. Gastaba demasiado, coqueteaba con todo hombre que tuviese cerca y desatendía a su hijo, a su marido y a su hogar, ocupada en crearse un hueco en la alta sociedad a la que no pertenecía ni por nacimiento ni por matrimonio, cosa que se empeñaba en olvidar confiando en que los demás también lo harían.

Pensó en preguntarle a Nathan qué le ocurría. Si podía ayudarle, lo haría con gusto en memoria de lo que sintió por él en el pasado, de esa amistad teñida de camaradería y amor juvenil que los unió

durante muchos y felices años. Pero cal ó. El a no debía inmiscuirse en sus vidas.

Nathan se marchó y Adele cerró la puerta de su cuarto. Desechó los gratos recuerdos de su infancia que, paradójicamente, le producían una gran tristeza.

A la vista de la costosa caja de chocolates volvió a preguntarse qué perseguía lord Rawson con su interés en halagarla. ¿Ganarse el favor de su hermana a través de el a?, con toda seguridad. Pues estaba perdiendo el tiempo. No estaba dispuesta a hacer de celestina por muchos regalos que le hiciese o por mucho que desease gozar de su compañía.

Con un sentimiento de hondo pesar, se acercó a la cama de su sobrino para comprobar si descansaba tranquilo antes de dirigirse al cuarto continuo, apagar las velas y acostarse.

A la mañana siguiente, Adele se encontraba de mejor ánimo que la noche anterior. El ver al pequeño corretear por el jardín inundado de sol le provocaba una inmensa alegría. Matthew había superado la enfermedad y se recuperaba con la rapidez propia de un organismo en pleno crecimiento.

Pensó en la propuesta que Nathan le había hecho la noche anterior. Sería maravil oso l evarse al niño con el a cuando regresara a Culham. Unos meses en el campo le beneficiarían, tanto en su desarrol o físico como emocional.

Había descubierto que Matthew no se relacionaba con nadie aparte de sus padres, las niñeras —varias a lo largo de su corta vida

—, y del resto de criados. Nathan era el único que le dedicaba algo de tiempo ya que Celeste empleaba la mayor parte del día, cuando no estaba de viaje, en asistir a reuniones o prepararse para el as. En Culham tendría las ventajas que el entorno rural ofrecía a los niños y los cuidados y el cariño de su abuelo y de el a misma. Sí, tendría que convencer a Celeste de que le permitiera l evarse a su hijo.

—Buenos días, señorita Catesby.

Adele se sobresaltó al oír la profunda y conocida voz a su

espalda. Se giró con cara de asombro para descubrir a un sonriente Gregory, mucho más arrebatador de lo que recordaba, apoyado en el marco de la puerta. ¿Cuánto tiempo l evaría al í? se preguntó y,

también, ¿cómo era posible que cada vez que lo miraba le pareciese más guapo?

Se apresuró a levantarse del césped y a paliar su deteriorado aspecto.

—Buenos días, *milord* —respondió con cierto nerviosismo.

No esperaba aquel a visita y se avergonzaba de su descuidada apariencia. Seguro que estaba hecha un desastre con el cabel o deshecho y el más horrible de sus vestidos. Pero, ¿qué le importaba lo que él pudiera pensar? No era agraciada y poco podía hacer para aparentar lo contrario. Tampoco tenía la intención de parecerlo; ¿o sí?

—Como le habrá informado Davis, la señora Sawford no ha regresado de su viaje y mi cuñado no suele l egar a casa hasta bien entrada la tarde.

Gregory miraba con entusiasmo la bel a estampa que el a presentaba. La había observado durante largos minutos jugar con el pequeño y una creciente calidez se fue extendiendo por su interior.

Estaba preciosa con el rostro arrebolado y algunos mechones cayéndole

desordenados

de

su

prieto

moño.

Llevaba

desabrochados algunos botones del sobrio vestido, por los que se vislumbraba parte de su terso escote.

Pero era su cantarina risa, que l egaba nítida a sus oídos, lo que había conseguido que el vientre se le contrajese de deseo. Y no era pasión lo único que le inspiraba. Era ternura, alegría, y unas locas ideas bul endo en su cabeza. Sería precioso contemplarla jugar con sus propios retoños.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar las placenteras imágenes de su cabeza y centrarse en lo que le estaba diciendo.

—Cierto, el mayordomo me ha informado de el o. Aunque, tal como prometí, he venido a visitar al joven Matthew —reconoció con una pícara sonrisa—. Me he permitido traerle un regalo. Espero que le distraiga en su convalecencia.

Adele reparó por primera vez en el paquete de regulares proporciones que l evaba en la mano.

Gregory se inclinó ante el niño, que se había acercado, y le alargó la mano en señal de saludo.

—Es un placer conocerte, Matthew. Soy Gregory Rawson, un amigo de la familia. Tu tía me comentó que estabas enfermo. Me alegra comprobar que te encuentras mucho mejor y que has podido abandonar tu cuarto.

El niño le dio la manita y le sonrió.

—Tía Adele dice que me dejará bajar al jardín todos los días que haga sol. Y cuando ya no tosa, me l evará al parque.

—Estupendo, y al í podrás jugar con el regalo que te traigo.

Espero que te guste.

Gregory, divertido ante el desparpajo del pequeño, desenvolvió el paquete y le alargó el objeto que contenía. Se trataba de una réplica en miniatura de uno de sus barcos.

La ilusión iluminó el rostro de Matthew ante el bonito objeto y lo cogió con cuidado.

—Tía Adele, ¿puedo quedármelo? —preguntó con mirada suplicante y un tono de esperanza en la voz.

—Claro que puedes. Pero antes debes agradecer a lord Rawson su obsequio.

—Gracias, señor —dijo, al tiempo que se marchaba hacia la pequeña fuente que borboteaba en una esquina del jardín—. ¡Flota de verdad! —exclamó sorprendido al depositarlo en el agua.

Adele sonrió ante la alegría de su sobrino y miró a Gregory con gratitud. Él experimentó una gran satisfacción. ¿Por qué no sonreía más a menudo?, se dijo. ¿Era consciente de la bel eza que ese simple gesto aportaba a su rostro?

—Es usted muy amable, lord Rawson. Ha hecho muy feliz a mi sobrino —reconoció y le invitó a sentarse.

—¿Y a usted, señorita Catesby, le gustó mi obsequio? —

preguntó con sonrisa juguetona y el guiño travieso en los ojos al que el a comenzaba a aficionarse.

Adele se ruborizó. Tenía intención de devolverle el regalo, pero tras considerarlo toda la noche comprendió que sería un acto descortés, y acabó comiéndose uno de los deliciosos chocolates.

Su boca se contrajo en un severo mohín, propio de una maestra que estuviese a punto de corregir una impertinencia a su díscolo

alumno.

—Fue muy amable, *milord*, pero incorrecto de su parte.

Permítame decirle que…

—Ya veo que le han gustado los bombones —la cortó, divertido por la expresión de dignidad ofendida que el a presentaba.

Adele enrojeció aún más, reacia a admitir que había caído en la tentación.

—Bueno… sí, pero en realidad ese no es el caso, lo cierto es que…

—Entonces, no veo ninguna incorrección por mi parte. Lo inadecuado hubiese sido regalarle algo sabiendo que le disgustaría.

Pero al verla mirarlos en la pastelería con tanta ansia, deduje que no iba a errar en mi elección. Me complace que le hayan gustado.

—¿Usted me vio en la pastelería aquel a tarde?

El gesto de recelosa sorpresa hizo comprender a Gregory que había cometido un desliz.

—Cierto. Entré a comprar unas golosinas para mis sobrinos y la vi interesarse por esa caja de chocolates. Claro que usted no reparó en mi presencia —mintió con soltura.

Adele no le creyó. Habría entrado en el establecimiento a comprar un obsequio para Celeste y, al no estar su hermana al í para recibirlo, decidió darle un buen uso.

—¿Y la nota, señorita Catesby, piensa complacerme en eso también?

El a se envaró en su asiento. Había tomado la firme decisión de no acceder a más citas con ese hombre y esta era la ocasión de dejárselo claro.

—Le agradezco mucho su deferencia, *milord*, pero no puedo permitirme pasar otra mañana lejos de mi sobrino. Como ya le mencioné, he venido con el único propósito de cuidarle y considero impropio emplear el tiempo en visitas recreativas por la ciudad.

—Su sobrino está casi restablecido, según ha admitido usted misma, y ya no necesita de su constante compañía. ¿Qué hay de malo en que pierda un par de horas en visitar uno de mis barcos?

Seguro que no ha subido nunca a uno y está deseando hacerlo.

Vamos, sea sincera consigo misma —la retó con descaro.

—Cierto, no he tenido esa oportunidad, mas…

—¿Y está dispuesta a perdérsela? Sepa que se arrepentiría toda su vida.

Adele no pudo dejar de sonreír ante el énfasis de sus palabras y la teatralidad de sus gestos. Sin lugar a dudas, ese hombre era muy convincente.

La voz emocionada del pequeño Matthew los interrumpió.

—¡Mira, tía Adele, no se hunde con las olas!

Ambos miraron en su dirección y vieron que el niño golpeaba la superficie del agua para crear movimiento. El barquito se zarandeaba sin l egar a volcarse. Lo que sí preocupó a Adele fue el agua que salpicaba a su sobrino y le empapaba la ropa.

—Matthew, deja de hacer eso, por favor; te estás mojando.

El niño no le hizo caso y continúo con su entretenida tarea.

—Si me disculpa, creo que es necesario terminar con el juego y l evarlo a su cuarto. Hay que cambiarle la ropa antes de que coja un resfriado.

Adele se levantó y se dirigió hacia Matthew. No sin esfuerzo, logró arrebatarle el juguete y l evarlo en dirección a la casa.

—Me haría el honor de visitar uno de mis barcos, señorita Catesby. Mañana zarpa el *Argonauta* con destino a Las Antil as. Le puedo asegurar que es un espectáculo digno de presenciar.

—¿Tiene un barco de verdad? —preguntó el niño con asombro.

—Sí, Matthew, y me hará feliz enseñártelo cuando puedas salir de paseo.

—Tía Adele, ¿podré ir?

—Ya veremos —evitó comprometerse—. Vamos a cambiarte o volverás a caer enfermo.

Gregory los siguió al interior de la casa.

—¿A las diez le parece buena hora? —insistió Gregory, dispuesto a no marcharse de al í sin haber obtenido su aceptación.

Adele dudó unos segundos en un intento por mantenerse firme, pero una mirada a aquel os ojos anhelantes le hizo reconsiderar su férrea decisión. ¿Por qué ese adorable descarado tenía que salirse con la suya siempre? Asintió a modo de confirmación y subió las escaleras con Matthew de la mano, reacio a abandonar sus divertidos juegos acuáticos.

Gregory, sonriendo con satisfacción, se marchó entonando una

alegre cancioncil a.

Capítulo 9

Gregory observaba el sobrio perfil de Adele mientras la conducía entre los numerosos embalajes esparcidos por el muel e. Sabía que no se trataba de una remilgada damita que fuera a desmayarse ante tal variedad de olores desagradables, palabras malsonantes y miradas obscenas por parte de los marineros, pero le gustó la disposición de ánimo que revelaba al no hacer ningún gesto de repugnancia o comentarios despectivos y mostrándose respetuosa y amable con todos. También le l amó la atención su innata curiosidad y su contagioso entusiasmo.

Adele expresó su interés por conocer los entresijos del navío.

Este interés halagó a Gregory, que se sentía muy orgul oso del barco, un estilizado y rápido bergantín, el mejor y más moderno de su flota que ya contaba con cuatro.

Visitaron las bodegas, la cubierta, los camarotes… Todo la sorprendía y fascinaba, como reflejaba la expresión de su rostro.

Parecía una niña curiosa descubriendo un mundo misterioso y excitante. Gregory se enterneció y un fuerte sentimiento fue apoderándose de su corazón.

Su socio, que se encontraba en el muel e supervisando el embarque de las mercancías, lo requirió para resolver una complicación con la carga y tuvo que dejar a Adele en el camarote del capitán revisando algunos de los mapas que en él se guardaban y que estaban extendidos sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, Alister? —preguntó impaciente al l egar al muel e.

Este percibió la impaciencia de Gregory y sonrió socarronamente.

—No te robaré demasiado tiempo. No quiero hacer esperar a la dama.

—No comiences a elaborar pensamientos equivocados. Es la cuñada de un viejo amigo, a la que estoy mostrando el barco —

rezongó con repentino malhumor. No quería que nadie comparase a Adele con las anteriores damas que había l evado de visita.

Alister hizo una mueca de escepticismo pero no continuó con sus

pul as. Conocía demasiado bien la fama de su socio y sospechaba que no la había l evado al í con la única intención de presumir de sus posesiones.

Seguro que la damita ya estaba impresionada e inclinada a acceder a un tierno interludio en la intimidad del camarote. Podía estar deseosa de probar la comodidad de la litera o si el sensual balanceo del barco incrementaba el placer del encuentro amoroso.

Y más si se trataba de una viuda reciente, como parecía indicar el sobrio vestido de alivio de luto que había divisado desde lejos al verla subir al barco. Si se había visto privada durante demasiado tiempo de las atenciones de un marido, estaría deseosa de recibir las de Gregory. Todos sabían que las viudas eran su especialidad.

Una vez resuelto el problema, Gregory regresó al camarote decidiendo ignorar la sonrisil a burlona de Alister y molesto al imaginar los pensamientos que se le estarían pasando por la cabeza. Cuando l egó, Adele se encontraba enfrascada en la lectura de uno de sus diarios de abordo.

El a levantó la cabeza al verlo y lo miró con sus castaños ojos l enos de entusiasmo.

—Esto es asombroso, lord Rawson. Nunca pensé que en la tierra hubiera lugares tan interesantes como los que aquí se describen. Le envidio por haber tenido la suerte de recorrerlos. —

Adele mostró gran entusiasmo, al tiempo que le enseñaba el libro abierto por una de las páginas.

—No crea que todo fue tan bonito como está relatado. He omitido la peor parte: las picaduras de insectos, el frío y la suciedad, el hambre a veces, el peligro de las fieras y los nativos salvajes…

¿Sabe que estuve a punto de ser comido por una tribu a la que le entusiasman los ingleses a la parril a? Me salvé de puro milagro, aunque no sin que antes dejaran sus marcas sobre mí —explicó con humor.

Lo cierto era que en los cuadernos había omitido más de lo que contaba. El que tenía en sus manos se refería a una travesía por el delta del río Amazonas para entrevistarse con los cabecil as de los independentistas brasileños. Recordaba las penurias de la aventura, que por suerte acabó en un satisfactorio resultado. En dicha reunión se aseguró, por parte del gobierno resultante, el suministro de

madera a la Corona británica durante varios años y el convertir a la industria inglesa en el proveedor principal de artículos manufacturados para el nuevo país.

Adele rió ante el cómico rostro de Gregory.

—¿No me cree? Se las enseñaré y comprobará que no exagero ni un ápice —continuó con fingido enojo, y comenzó a quitarse la levita.

—No será necesario. Creeré en su palabra, lord Rawson —le aseguró Adele entre risas.

Gregory miró el sonriente rostro y le pareció el más cautivador que había contemplado en su vida. Algo en su interior vibró y se acercó a el a, impelido por una fuerza que no pudo contener.

—Gregory, por favor —dijo él.

—¿Cómo dice? —preguntó perpleja.

—Me gustaría que me l amases por mi nombre. Ya somos viejos conocidos, Adele, ¿no crees que deberíamos dejarnos de formalismos? —pidió con voz grave mientras le quitaba el cuaderno de las manos. Se moría por oír pronunciar su nombre con aquel a musical voz.

—No… no creo que sea adecuado, *milord*.

Adele sintió que se acaloraba con aquel a proximidad. De pronto, tuvo conciencia de la intimidad de que ofrecía la reducida cámara y de la envergadura del hombre que tenía delante. El a era alta para ser una mujer, aunque él le sacaba una cabeza. Su elevada estatura era otra de sus desventajas a la hora de encontrar marido.

Según Ophelia, a los hombres les gustaban las mujeres menudas y de generosas formas, no un chopo larguirucho y huesudo como el a. Y tenía razón, ¿quién iba a preferir una escoba con faldas teniendo a mano a una ninfa como Celeste? Eso fue lo que debió pensar Nathan.

Gregory se acercó más y le levantó la barbil a con los dedos para admirar su ruborizado rostro. Le gustaban las mujeres que podían mirarlo a los ojos sin necesidad de que ambos padeciesen dolores de nuca durante horas. Su sirena era perfecta para él, no cabía duda.

—Al contrario, me parece de lo más adecuado. Creo que nada podría ser más adecuado que oír de tus labios el nombre que mis

padres me otorgaron al nacer —dijo él en un encendido susurro.

Adele se sentía prendida de aquel os ambarinos ojos que emitían un bril o cegador. ¿Cómo era posible que tuviese tal influencia sobre el a,

hasta el punto de anular su voluntad? No debía ceder a sus caprichos, se repitió. El a no era una joven e inocente damisela que perdía la razón por el primer cabal ero que le decía un requiebro.

El a no…

—Gregory —se oyó pronunciar, sin que su voluntad hubiese tenido la posibilidad de oponerse.

El escuchar su nombre emitido por aquel a prodigiosa garganta hizo que sus entrañas se agitasen. ¡Qué bel o sonaba en sus labios!

Acercó más el rostro a aquel a boca que lo embrujada sin dejar de mirarla a los ojos. Sabía que no debía. También sabía que no era capaz de evitarlo. Tal vez unos minutos antes pudo haberse dominado; ahora era demasiado tarde.

Adele miró con ojos cada vez más asombrados cómo él se acercaba y supo lo que iba a suceder. Por una fracción de segundo se le pasó por el pensamiento detenerle; solo por una fracción de segundo. Siempre había sido honrada consigo misma y no iba a mentirse ahora. Deseaba que la besara al igual que la noche del baile. Lo estaba deseando desde que lo encontró esperando en la sala de recibir de la casa de su hermana. Había soñado con esa boca desde que probó su dulce sabor aquel a noche bajo las estrel as.

Cuando Gregory posó sus labios sobre los de el a, un sonoro suspiro brotó de la boca femenina que a él le pareció música celestial. La rodeó con sus brazos y profundizó el beso, bebiendo de aquel a boca que se le entregaba con idéntico ardor. Sintió que su cuerpo se endurecía y la respiración se le agitaba. Sabía que podía asustarla, pero era incapaz de refrenarse. ¿Dónde quedaba su larga y renombrada experiencia con las mujeres?

Deslizó las manos por su cuerpo recorriendo sus esbeltas curvas, mientras su lengua exploraba ansiosa, manteniendo una tierna batal a con la de el a, que se aventuraba a responder a sus envites con timidez.

Adele temblaba de deseo. Nunca en sus veintiséis años de vida había sentido ese fuego interior que amenazaba con incendiarla y la

incitaba a pegarse más a él, esa intensa necesidad que acabaría por hacerle perder la razón.

Unos discretos golpes en la puerta, seguidos de un «¿lord Rawson?»

formulado con voz insegura, hicieron soltar un pequeño grito a el a y una solapada maldición a él.

Con supremo esfuerzo, Gregory se separó de Adele y se tomó unos segundos para serenarse. El a se giró para ocultar su bochorno e intentar recuperar la normalidad.

—¿Qué desea Tombsen? —preguntó Gregory al reconocer la voz del capitán que le l amaba.

—El barco está preparado para partir cuando usted dé la orden.

Gregory inspiró con fuerza mientras contemplaba la rígida espalda de el a.

—En unos minutos subiremos a cubierta.

—A sus órdenes, *milord*.

Se oyeron unos apresurados pasos hasta que el silencio volvió a reinar en aquel a zona del barco.

Gregory se acercó a Adele.

—¿Estás lista para marchar? —preguntó justo detrás de el a, y su voz rezumaba anhelo insatisfecho mezclado con inseguridad.

Adele se tensó al oír sus palabras. No, no lo estaba. Se encontraba alterada y muy avergonzada por haber permitido que el desenfreno la dominase. ¿Cómo había sido tan indecorosa de permitirle… de dejarle…? Nunca imaginó que podría l egar a convertirse en la mujer desvergonzada de momentos antes.

Con el rostro encendido y sin atreverse a mirarlo, respondió:

—Cuando usted lo desee, *milord*.

Gregory la miró durante largos minutos. La pasión había dado paso a una cálida ternura. Estaba tan bonita con aquel as mejil as sonrojadas y la agitada respiración alzando su menudo pecho. Se colocó frente a el a y le levantó el rostro.

—Adele, mírame, por favor.

—Yo… no… —tartamudeó. ¿Cómo podría mirarlo a la cara después de…? ¡Oh, Dios, era una perdida!

—Por favor —insistió con humildad.

Adele obedeció y, en vez de descubrir la sonrisa arrogante y disipada de libertino que esperaba, vio en sus ojos una tímida

suplica y una respetuosa admiración.

—¿Te arrepientes de lo que acaba de ocurrir? —preguntó Gregory con temerosa incertidumbre.

El a lo consideró durante unos segundos. ¿Se arrepentía de haberse entregado a la pasión que ese hombre le despertaba? No, se respondió con sinceridad. En conciencia, no se arrepentía en absoluto. Junto a él se sentía viva. Él la hacía sentir bel a, deseada, importante… Ya no era la señorita Catesby, la solterona resignada y eficiente. Con él era Adele, una mujer ardiente y seductora. ¿Pero qué ocurriría cuando se marchase de al í, cuando volviese a su casa, a su aburrida y solitaria vida de hija de un vicario rural?

Sufriría porque entonces tendría que olvidarle.

Adele hizo un gesto de negación con la cabeza en respuesta a su pregunta y se desasió de su mano para adelantarse hasta la puerta. Gregory tomó aire. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Al salir a cubierta, Gregory se despidió del capitán y le deseó buen viaje, tras lo cual descendieron al muel e para verlo zarpar.

Con Adele del brazo, se dirigió hacia un hombre alto y fornido que se dedicaba a impartir órdenes a voz en grito.

—Alister, te presento a la señorita Adele Catesby.

—Señorita Catesby, Alister Darrow, a su servicio —dijo, al tiempo que se inclinaba y le cogía la enguantada mano para l evársela a los labios en respetuoso gesto.

—Alister es mi socio en el negocio, aparte de un amigo desde el colegio —aclaró Gregory, intentando aliviar la turbación de el a.

—Es un placer, señor Darrow —saludó.

Adele se sentía algo cohibida bajo la inquisitiva mirada del hombre, que no lograba ocultar su desconcierto. Estaría imaginando lo ocurrido en el camarote y preguntándose qué veía su socio en el a

cuando tenía a jóvenes y bel as mujeres dispuestas a arrojarse en sus brazos a la menor insinuación.

Efectivamente, Alister estaba confundido. Esa mujer no era ni de lejos de las que su amigo prefería. Una solterona de aspecto recatado y escasa de bel eza no coincidía con los gustos de Gregory, que apreciaba a las mujeres hermosas y atrevidas, tanto en modales como en atuendo y, sobre todo, que no le acarreasen

ningún compromiso.

¿Cuándo había mudado sus gustos hasta el punto de sentirse atraído por una rígida puritana y soltera? Porque, aunque él lo negase, su interés por la mujer era más que patente. Esa mirada posesiva lo delataba. Él lo conocía muy bien. Se habían disputado muchas conquistas en el pasado, en las que Gregory solía l evarse el premio la mayoría de las veces, como para no reconocerlo. Por lo tanto, algo debía tener esa mujer para que su exigente amigo mostrase tanto interés por el a.

—La señorita Catesby vive en el campo y nunca había visitado Londres ni había subido a un barco. Le estoy mostrando los lugares más pintorescos de la ciudad, entre el os esta zona y, aprovechando que el *Argonauta* estaba en puerto, también el barco —explicó Gregory.

—Y dígame, señorita Catesby, ¿qué le ha parecido todo el o?

¿Demasiado bul icio para su gusto? —le preguntó Alister con curiosidad.

—No. ¡Es algo asombroso! —exclamó con entusiasmo.

Adele, una vez perdida la timidez inicial, contemplaba maravil ada todo lo que ocurría a su alrededor. El trasiego de marineros soltando amarras, las órdenes impartidas con voz firme por el capitán y repetidas por el contramaestre, el despliegue del velamen… Envidió a las personas que, desde cubierta, se despedían de los que quedaban en tierra. ¿Qué se sentiría al cruzar el océano en un barco como aquel?, se dijo emocionada.

Gregory la observaba complacido. El a era todo pasión bajo su serio aspecto. Los ojos le bril aban como los de una alegre jovencita y una sonrisa feliz iluminaba su rostro. Era deliciosa.

Miró a Alister y advirtió que él pensaba lo mismo. Experimentó tal

sentimiento de posesión que lo asustó por su intensidad y por el hecho de ser la primera vez que le ocurría. Decidió no analizarlo.

Aunque una cosa sí tenía clara: esa era la única mujer que le había hecho replantearse su convicción de que el mejor estado de un hombre era la soltería.

Capítulo 10

—¿Y cómo logró escapar de los salvajes, lord Rawson? —la infantil voz de Matthew sonó bul iciosa.

—Con un poco de pericia y mucha suerte, mi pequeño amigo.

Las cuerdas estaban podridas y no soportaron el forcejeo al que las sometí durante horas. Conseguí librarme de el as y soltar a mis hombres. Cogimos una de sus barcas y remamos hasta alcanzar la desembocadura del río. Al í esperaba nuestro barco. Imagino el disgusto del cocinero cuando comprobara que se había quedado sin provisiones para el almuerzo —acabó Gregory con traviesa sonrisa y un guiño malicioso hacia la mujer que lo miraba divertida.

Matthew rió de buena gana; risa que fue secundada por la de Adele.

Nathan hizo una mueca de disgusto mezclado con envidia por la idílica escena que se desarrol aba en el jardín y que l evaba observando varios minutos. ¿Qué hacía Gregory al í y en tan grata armonía con Adele y su hijo? Parecía una estampa familiar, algo de lo que él no disfrutaba. Celeste nunca sentía el deseo de pasar a su lado más tiempo del estrictamente necesario, limitándose a la hora de la cena —las escasas veces que lo hacía en casa—, y a una o dos visitas al mes a su dormitorio, en el que permanecía el tiempo justo para aliviar su necesidad ya que su esposa prefería dormir sola.

—¡Papá! —gritó de pronto Matthew, y salió corriendo para cobijarse en sus brazos.

Nathan alzó al niño varias veces, lo que provocó un ruidoso alboroto en el pequeño.

—Lord Rawson me estaba contando una de sus aventuras. Es muy divertida —logró decir entre risas—. ¿Sabes que unos salvajes querían comérselo?

—Creo que ya he oído esa historia.

—No lo pongo en duda. Es la que suelo emplear para impresionar a las damas. —La boca de Gregory se curvó en una media sonrisa y miró a Adele, que se azoró al recordar la escena del camarote.

A Nathan no se le escapó esa nueva muestra de complicidad entre ambos y frunció más el ceño. ¿Qué habría ocurrido entre el os? Le había prevenido sobre la fama de mujeriego de Gregory, pero esta parecía haber hecho oídos sordos y eso le decepcionaba.

La creía otro tipo de mujer, más sensata y menos impresionable, pero había sucumbido a las dotes seductoras de su amigo. Era como la mayoría, incluida su esposa, que caía con facilidad en las redes de cualquier lujurioso.

—Por cierto, Sawford, espero que logres convencer a tu cuñada de que me acompañe a los jardines Vauxhal . Piensa que es un lugar poco menos que pecaminoso y se niega a visitarlo. Reconozco que las cenas no son algo que merezca un comentario, aunque el baile en la Rotonda es muy emocionante. También hay conciertos programados para la semana y una representación dramática en el teatro. Y, desde luego, está la exhibición de fuegos artificiales, que es un soberbio espectáculo.

—Yo no he dicho tal cosa —se defendió Adele con cierta timidez.

La presencia de su cuñado la mortificaba, ya que le había prevenido sobre Rawson. ¿Qué pensaría al verles juntos?

—Pero no niegue que lo piensa, señorita Catesby —la retó, dejando el trato familiar que empleaban a sabiendas de que a el a le molestaría que lo hiciese ante los demás—. Al igual que le parece impropio salir sola de noche con un hombre que no forma parte de su familia y a un lugar que, según su creencia, no tiene buena reputación. ¿Es cierto?

Adele no replicó y Gregory continuó, esta vez dirigiéndose a su amigo:

—Sería estupendo que pudieras acompañarnos, Nathan. De ese modo no pondría tantos reparos a la visita. ¿Qué me dices? ¿te animas?

—Me temo que no puedo. Tengo obligaciones —pretextó.

—Vamos, Nathan, deja por unas horas el trabajo y diviértete un poco. Harías un favor a tu cuñada, que está deseando conocer los famosos jardines.

Nathan miró a Adele y notó la expectación de su rostro. Sabía de su

afición por la música. Tras varias semanas cuidando de Matthew con abnegación sería justo recompensarla en parte.

—Os acompañaré, pero esta noche es imposible. Tengo que organizar unos documentos para mañana y me quedaré hasta tarde en el despacho —accedió, rogando que la excusa sonara creíble.

Tenía una cita con Hood para entregarle la información requerida. El día anterior había recibido una nota citándolo para esa noche, lo que le sorprendió ya que con anterioridad habían hablado de quedar para la siguiente. Como ya tenía los documentos, podría hacer la entrega y acabar con ese enojoso asunto de una vez por todas.

Gregory sospechaba que ese quehacer urgente al que Nathan aludía no era otro que el acudir a una nueva cita con la persona que le pagaba por los informes robados, y él estaría al í para desenmascararla. En esta ocasión no se le escaparía, se prometió.

Adele le dedicó una sonrisa de reconocimiento a su cuñado. Su presencia impediría que surgiesen situaciones delicadas entre Gregory y el a, que se veía incapaz de evitar y que era la causa principal de su negativa a visitar el famoso lugar. También eran adecuadas el resto de razones que había dado, y que Gregory acababa de enumerar con mordacidad, aunque a su edad no iba a caer en esos escrúpulos.

Ya no era una jovencita que debía cuidar su reputación para mostrarla inmaculada a los ojos de los potenciales pretendientes. Se había resignado a quedarse soltera, algo que hasta ahora no le había importado. Se sentía feliz con su vida actual y con el futuro que se había trazado, sin echar en falta un esposo.

Desde que había conocido a Gregory, una serie de nuevos anhelos estaban comenzando a germinar en su corazón y debía evitar que continuaran creciendo. El impedir la intimidad entre ambos era un comienzo y, por el o, se había negado a acudir con él a los jardines Vauxhal . Si lograba limitar los encuentros al mínimo, y siempre con la presencia de un tercero, podría resistir hasta la l egada de Celeste. No debía dar pie a escenas como la desarrol ada en el barco, cuyo recuerdo continuaba ocasionándole incómodos acaloramientos y sonrisas bobaliconas difíciles de explicar.

—Entonces mañana noche, si no estás ocupado. Alquilaré un palco y podremos asistir al concierto con mayor comodidad —sugirió

Gregory en tono animoso.

Nathan hizo un gesto de asentimiento.

—¿Puedo ir yo, papá? —preguntó el pequeño, que continuaba en brazos de su padre.

—Eres muy joven para visitar el lugar y menos asistir a esos eventos a horas tan inapropiadas. Y debes recordar que no estás recuperado de la enfermedad.

—Es cierto, y ya l evas demasiado tiempo fuera de la casa.

Comienza a refrescar y puedes coger frío, Matthew. Iremos a jugar un rato en tu cuarto antes de la cena —propuso Adele.

Cogió al niño de brazos de su padre y se encaminó a la casa intentando acal ar sus protestas.

—Luego pasaré a leerte un cuento antes de que te duermas, hijo.

Esta promesa contentó a Matthew, que siguió a su tía de buen grado.

—Yo también me marcho, Nathan. ¿Mañana a las seis estaría bien para pasar a recogeros? A esa hora el niño ya habrá cenado.

—Creo que Adele no tendrá inconveniente.

—Entonces, hasta mañana.

Gregory se marchó y Nathan quedó pensativo, sospechando que su amigo tenía una doble intención. Aunque Adele era una gran mujer, no creía que su interés en cortejarla fuese sincero. Habían sido como hermanos en la época que pasó en Eton, pero en los últimos diez años se habían visto una docena de veces, sobre todo porque ambos se encontraban en diferentes partes del mundo y era difícil coincidir. Hasta que un par de meses antes Gregory comenzó a frecuentar su compañía, decidido a retomar la antigua amistad.

A él le pareció estupendo hasta que reparó el interés que mostraba por su esposa, que era correspondido por el a, y eso le molestó. No quería volver a pasar por el tormento de dos años antes, cuando Celeste se encaprichó de un joven teniente a su mando y le convirtió en el hazmerreír de su regimiento, obligándole a solicitar el traslado.

No obstante, desde hacía unos días una nueva sospecha le inquietaba. Había oído decir que Gregory dejó el ejército para ingresar en el Foreign Office en calidad de asesor comercial en las

colonias y países americanos, al tiempo que ponía en marcha una empresa naviera. Según le explicó él mismo, había abandonado ese cometido tiempo atrás para centrarse en el negocio, pero ¿y si no era cierto y continuaba colaborando con la Corona de alguna forma?

Comprendía que sus remordimientos de conciencia le hacían ver espías por todos lados, pero era difícil de creer que, en ausencia de Celeste, mostrara interés por su cuñada, una mujer que se apartaba de los gustos de su amigo. El o le hacía sospechar que solo se trataba de una treta para continuar frecuentando la casa y su compañía. Como él no era asiduo a los clubes masculinos ni se prodigaba en los eventos sociales, la única forma de mantener el contacto era visitándolo en su hogar, y eso era lo que Gregory estaba haciendo últimamente.

Fuesen ciertas o no sus sospechas, tendría que extremar las precauciones o podría traerle fatales consecuencias.

Capítulo 11

Gregory miraba embelesado la iluminada ventana del tercer piso de la residencia de los Sawford suponiendo que en el a se encontraba Adele. El imaginarla con un liviano camisón y el cabel o cayéndole en cascada por la espalda contribuyó a calentar su cuerpo, que comenzaba a quedarse helado por la inactividad y el frío nocturno que azotaba aquel oscuro cal ejón.

No había querido cobijarse en el carruaje por temor a que Nathan se le escapase, convencido de que esa noche acudiría a una cita. Tenía a un hombre vigilando la puerta trasera y a Parker y Jack esperando en el vehículo a varios metros de al í, atentos a una señal suya. Nada podía fal ar.

Poco antes de las once, y cuando ya comenzaba a pensar que se había equivocado en su suposición, vio acercarse por la acera una figura con el rostro semioculto por el sombrero y las solapas del amplio gabán. El hombre caminaba presuroso y, poco antes de l egar a su altura, cruzó la cal e y subió en un carruaje apostado al í desde varios minutos antes. En un principio no lo relacionó con Nathan, pero su intuición le alertó y sintió que una familiar tensión se apoderaba de su cuerpo.

Con un agudo silbido avisó a Parker, que se apresuró a acudir.

Dejó a Jack vigilando esa zona por si se había equivocado y partieron en pos el carruaje, que se alejaba veloz por las desiertas cal es.

Al fin iba a producirse algún tipo de actividad, se dijo esperanzado.

Intuía que se trataba de la entrega de la información sustraída. Sabía por Eckersley que Nathan había tenido acceso a importantes documentos que estaban vigilados.

Durante algunos días se estuvo quedando en el despacho más horas de lo que acostumbraba con el pretexto de adelantar un informe atrasado, horas que debió aprovechar para copiar la documentación que le interesaba. Era cuestión de días que se decidiese a pasarla al comprador. El hecho de alegar un trabajo que le impedía acompañarlos a Vauxhal le hizo suponer que esa podía ser la noche.

El carruaje que l evaba a Nathan estuvo circulando por diversas cal es antes de cruzar el río por el puente de Waterloo y dirigirse a las afueras de la ciudad. Parker consiguió no perderle el rastro, pero Gregory se preocupó al ver la dirección que tomaban.

Como en un espacio abierto le resultaría más difícil sorprenderle, hizo parar el coche y desenganchar uno de los cabal os. Él solo l amaría menos la atención. Pidió a Parker que regresara y se lanzó a seguir al vehículo intentando camuflarse lo mejor posible. Esta vez no iba a perderlo.

Tras lo que calculó unos quince minutos de marcha Nathan comenzó a intranquilizarse, entre otras cosas porque no seguían el camino habitual. Aunque l evaba los ojos vendados, no detectaba los típicos ruidos de la ciudad ni el firme por el que circulaban era empedrado como las cal es de Londres, lo que le hizo suponer que estaban viajando por campo abierto.

No le gustaban los cambios, tampoco el hombre que lo acompañaba en el vehículo y que se había encargado de cachearlo y vendarle los ojos. Lo reconoció por la voz. Era el que se encargaba de guiarle hasta Hood las veces que se habían citado.

Había podido verle fugazmente cuando subió al carruaje. Se trataba de un hombre alto y robusto, de descuidado aspecto y modales toscos. Llevaba el cabel o suelto y demasiado largo y una poblada barba cubría buena parte de su rostro, en el que destacaban unos perspicaces ojos. Sabía que le l amaban

«escocés», algo acertado pues no podía negar que era de aquel as tierras. El fuerte acento que teñía sus palabras y lo desarrapado de su apariencia le delataban.

Intentó sacarle información y recibió gruñidos por respuesta, lo que le hizo desistir. Al rato observó que el coche giraba y se introducía en un

camino muy accidentado, parándose a los pocos minutos de trayecto. La puerta del vehículo se abrió y su acompañante saltó al exterior. Sintió que lo cogían del brazo y lo obligaban a bajar. Caminó unos metros y se paró. Escuchó el sonido de una desvencijada puerta al abrirse y un nuevo empujón para que continuase caminando.

El hombre que lo había acompañado en el coche lo liberó de la

venda. Miró a su alrededor y descubrió una ruinosa sala antes de que lo metiera en una habitación vacía y oscura. El hombre salió y echó el cerrojo dejándolo encerrado.

Gregory había conseguido no perder de vista el carruaje que seguía al cabalgar en paralelo por el bosque, hasta que vio que se desviaba del camino principal para introducirse en otro y l egar a una especie de vivienda semiderruida al final del mismo. Decidió dejar el cabal o oculto y él se acercó a la casa con sigilo. No sabía cuántas personas había al í. Calculaba que, al menos, estarían Nathan y el cochero que lo había guiado hasta ese lugar.

Rodeó con sumo cuidado el edificio y, agachado, oteó por la única ventana en la que se veía una luz. Se trataba de una pieza no muy grande y poco iluminada. En el centro de el a divisó a dos hombres sentados a una mesa y bebiendo. En el fogón, situado en una esquina, crepitaba un débil fuego que contribuía a iluminar algo más el cuarto. No había rastro de Nathan por ningún lado y eso le perturbó. Habría jurado que era su amigo el que subió al carruaje, pero ¿y si se equivocaba?

Hasta él l egaban las voces de los dos individuos, que charlaban sin reparar en que los estaban observando.

—¿Tendremos que aguardar mucho? —preguntó uno de el os con inequívoco acento escocés—. Es por pasarle una sil a al capitán. No le gustará tener que sentarse en el suelo.

—No creo. El jefe dijo que estaría aquí a media noche y ya debe ser esa hora —respondió el otro mientras vertía líquido de una botel a en el vaso que tenía delante—. Espero que no se retrase. Mi pequeña Kat no es capaz de dormirse hasta que yo no estoy junto a el a para darle calor.

—Entonces no debes retrasarte o pronto buscará sustituto. Esta noche ha refrescado bastante —le aconsejó el escocés con una risotada. Su compañero respondió con un gruñido malhumorado.

Gregory comprendió que no se había equivocado. «El capitán»

del que hablaban debía de ser Nathan, al que tendrían oculto en otra habitación. Se alegró de que su instinto no le hubiese fal ado.

Ahora le tocaba esperar a que l egara el individuo al que estaban esperando los dos matones. ¿Sería el enigmático Hood? Aunque no

pudiese atraparlo, ya que él estaba solo y el os serían al menos cuatro, podría identificarle. Con eso sería suficiente para desenmascararlo.

Gregory fue a levantarse cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza y la negrura lo absorbió.

La puerta se abrió de golpe sobresaltando a los dos hombres que bebían ajenos a lo que sucedía en el exterior. El recién l egado agarró del grueso gabán a Gregory y, arrastrándolo, lo introdujo en la casa.

—No os pago para que os dediquéis a emborracharos mientras intrusos merodean por los alrededores —despotricó con furia el recién l egado, soltando con poca delicadeza el cuerpo inconsciente sobre el polvoriento suelo de madera—. Escocés, registra, ata y amordaza a este *dandy*. Y tú —se dirigió al otro—, comprueba si está solo o ha traído compañía.

Ambos se dispusieron a cumplir las órdenes.

Nathan, que había escuchado la conversación, esperó expectante.

—Morgan, el tipo l evaba esto encima —avisó el escocés, y le mostró una pistola y un pequeño puñal.

—Nada de nombres, zoquete. ¿Es que nunca vais a aprender a hacer las cosas bien? —le reprendió—. Vigílalo. Luego lo interrogaré.

Con gesto de fastidio, Morgan abrió la puerta del oscuro cuartucho donde se encontraba Nathan.

—Retroceda hasta la pared del fondo, Sawford —ordenó con desabrida voz.

Nathan obedeció la orden del hombre que acababa de entrar con una pistola en la mano y ocultando el rostro con una bufanda y el sombrero calado hasta los ojos. No sabía quién era, pero estaba seguro de que no se trataba de Hood. Ni en la voz ni en el aspecto se parecían lo más mínimo. Imaginó que pensaban trasladarlo a otro lugar en el

que se encontraría con el jefe.

Morgan cerró la puerta y se acercó a Nathan.

—¿Ha traído los documentos que le pidieron?

—Sí. ¿Cuándo veré a Hood?

—Él no va a venir esta noche. Yo se los entregaré. Se le pagará cuando compruebe que todo es correcto.

—Esto es inusual. Prefiero tratar con él. —Nathan no confiaba en ese hombre al que no conocía.

—Usted hará lo que yo le ordene si quiere regresar a su casa esta noche y en perfectas condiciones —le apremió con intimidante voz.

Nathan comprendió que iba en serio y no quiso correr riesgos.

Se l evó la mano al bolsil o interior de la levita y extrajo un papel doblado que le entregó. El hombre se guardó el documento en su gabán y, sin dejar de apuntarle con la pistola, le ordenó con el mismo tono intimidatorio:

—Aguarde aquí hasta que vengan a recogerlo para l evarlo de vuelta a la ciudad. Ya nos pondremos en contacto con usted.

Morgan salió y cerró la puerta con cerrojo.

—¿Escocés, ha vuelto Jones? —preguntó al hombre que aguardaba junto al prisionero.

—No, jefe.

—¿Y este ha dado señales de vida?

—Sigue desmayado. O tiene la cabeza muy blanda o es que le pegó fuerte.

Morgan se acercó a Gregory y le dio una patada en las costil as.

—Eso parece. Espero no haberme pasado. Quería interrogarlo, pero no puedo esperar a que despierte. Cárgalo en el coche y, cuando dejéis al invitado en su casa, lo l eváis a la guarida. Ya veremos lo que nos cuenta entonces.

—¿Quién cree que es?

—Por la pinta no parece un sabueso del Gobierno. Esa ropa que l eva es demasiado cara para el sueldo que les pagan, aunque no se puede descartar. Lo que no creo es que se trate de un galán extraviado buscando su nidito de amor clandestino o de un excéntrico que se dedica a cabalgar por la noche y ha querido curiosear. Está claro que ha venido siguiendo a Sawford, y debemos averiguar por qué lo ha hecho —dijo con fastidio y cierto temor.

Aquel o no pintaba bien.

—A Hood no le va a gustar cuando se entere. Es la primera vez que alguien sigue al capitán.

—Ya está bien de cháchara. Haz lo que te he dicho —zanjó Morgan de malos modos.

El escocés amordazó a Gregory y se lo cargó al hombro, trasladándolo hasta el carruaje. Con un silbido l amó a su compañero.

—Hay un cabal o oculto detrás de aquel montículo, pero no he descubierto a nadie más —dijo Jones, indicando con el dedo la dirección.

—Habrá venido solo. El jefe quiere que lo l evemos con nosotros para interrogarlo. Quédate aquí mientras yo traigo al otro.

—¿Y el cabal o? —preguntó con interés. Sería una estupidez dejar un animal tan valioso.

—Tráelo. Lo l evaremos también. Nos darán un buen dinero por él.

—Eso había pensado. —Palmeó la espalda de su compinche y añadió bajando la voz—: Tampoco es necesario que el jefe se entere.

El escocés soltó una carcajada y regresó a la cabaña.

—Jones asegura que nadie le acompaña —informó a Morgan, que aguardaba impaciente.

—Mejor así. Algo menos de lo que preocuparnos. —Se sintió aliviado. Quizá se había alarmado innecesariamente y todo tenía una sencil a explicación—. No os retraséis. Yo me reuniré con vosotros cuando termine con una faena que tengo pendiente.

Morgan fue a por su cabal o que había ocultado en un cobertizo próximo y se marchó.

El escocés acompañó a Nathan hasta el carruaje y se pusieron en marcha de inmediato. Al l evar los ojos cubiertos por la venda, no pudo ver el cuerpo de Gregory tendido en el suelo del vehículo, aunque detectó algo extraño.

—¿Quién era el hombre que han sorprendido espiando? —

preguntó Nathan. Temía que lo estuviese vigilando.

—Aún no lo sabemos —contestó el escocés de mala gana.

—¿Y qué le ha ocurrido?

—Nada grave… de momento.

Nathan cal ó. No le gustaba esa respuesta. Calculaba que lo interrogarían y, cuando no les fuera útil, lo matarían. Prefirió no

continuar preguntando. Era mejor no involucrase en el o. Y, si sabía de sus actividades, en nada le beneficiaba que siguiese vivo.

Gregory despertó con un terrible dolor de cabeza y una creciente nausea a causa del zarandeo al que su cuerpo era sometido. Intentó abrir los ojos y sintió como si un rayo impactara en su cerebro.

Volvió a abrirlos, esta vez con cuidado, para encontrarse con una densa negrura reinando a su alrededor que le impedía ver algo más que algunas sombras.

Por el incesante traqueteo, dedujo que se encontraba en un vehículo en marcha y, por la dureza sobre la que yacía, que estaba tendido en el suelo. Sintió la mordaza en la boca y, al intentar mover las manos y los pies, descubrió que los tenía atados. Lo habían atrapado.

El hecho de que continuase con vida quería decir que deseaban interrogarlo. Nathan les habría informado de quién era y lo que estaba haciendo en aquel lugar. Debió imaginar que sospechaba de él y por el o le había tendido una trampa. Ya le mencionó esa posibilidad a Eckersley, pero su jefe la desechó por improbable. Él sabía que Nathan no era tonto y acabaría atando cabos. ¿Cómo había sido tan estúpido de dejarse sorprender?

«Tranquilo, has salido de peores situaciones», se dijo con el fin de darse ánimos.

Dispuesto a luchar por su vida, intentó incorporarse y recibió una

patada en el estómago que le hizo encogerse de dolor.

—Quieto o recibirás más.

La contundente orden le l egó a Gregory con nitidez y en el a detectó el acento escocés que ya conocía. Era uno de los hombres que se encontraban en el interior de la casucha.

—¿Dónde lo l evan? —preguntó Nathan. Aunque había decidido desentenderse de esa complicación, le preocupaba la suerte que le esperaba. Aunque últimamente se estuviese comportando como un infame, algo de lo que no dejaba de arrepentirse, él no era un asesino despiadado al que no le importara ser cómplice de la muerte de una persona.

—Eso no es de su incumbencia —lo atajó el otro—. Preocúpese de su pel ejo y deje a los demás hacer su trabajo.

—Podría identificarlo si me deja verle el rostro —propuso. Si se trataba de Gregory, debía impedir que lo matasen.

—Si se quita la venda de los ojos antes de que yo se lo indique, me obligará a emplear esto.

Nathan sintió el frío y afilado acero rozándole la garganta y comprendió de qué se trataba. Se tensó mientras un sudor frío recorría su espalda. Mejor tomaba buena nota de la advertencia. Si era Gregory el hombre que se encontraba tirado en el suelo del carruaje, no podía hacer nada por ayudarle. Y, hasta cierto punto, él se lo habría buscado por traicionar su amistad. Aparte de embaucar a su esposa, hacía de espía en su propia casa. Nunca imaginó que su ídolo de la infancia le iba a decepcionar de esa forma.

Gregory agudizó el oído. Había reconocido la voz de Nathan y, por sus palabras, comprendía que no alcanzaba a verlo. Se alegró de el o. Si lograba escapar de sus captores podría continuar con la misión sin alertar a su amigo. Ahora le interesaba descubrir al cabecil a.

Calculó que, aparte de Nathan, iban dos o tres hombres más en el coche: los dos que había visto hablando en la casa y el jefe al que estaban esperando y que sería el mismo que lo había noqueado. No creía que se tratase de Hood. Si lo fuese, lo habrían interrogado y habrían acabado con él en vez de trasladarlo. Lo estarían l evando a su presencia. Lo prefería, se dijo; así conocería al escurridizo traidor en la sombra.

Se percató de que habían l egado a la ciudad debido al diferente firme por el que el carruaje rodaba. Al poco tiempo, notó que paraba y que la puerta se abría.

—Baje —ordenó el escocés a Nathan, y le quitó la venda que l evaba en los ojos de un tirón.

Nathan obedeció. Una vez que pisó la calzada, el vehículo se puso de nuevo en marcha. Desorientado, miró a su alrededor. Lo habían dejado en una cal e lateral cercana a su residencia. Con paso presuroso se encaminó a el a, intentando convencerse de que no podía hacer nada por salvar al hombre que habían descubierto espiando, fuese quien fuese.

Al marcharse Nathan, Gregory supuso que se dirigirían hacia la guarida de la banda. El que no le hubiesen vendado los ojos quería

decir que no les importaba si descubría su refugio, ya que no pensaban dejarle salir vivo de él.

Tras un largo y accidentado trayecto, el coche paró. El hombre que ocupaba el asiento bajó de él y el vehículo volvió a ponerse en marcha para parar a los pocos metros. La portezuela se abrió y él fue arrastrado hasta dejarlo caer al suelo con pocos miramientos.

Miró a su alrededor. A la escasa luz que proyectaba el candil del coche descubrió que se hal aba en un pequeño patio cobertizo.

Desde el suelo, vio acercarse al hombre que había identificado como «el escocés» con una gran navaja en la mano. Un escalofrío recorrió su cuerpo al temer que iba a morir en ese instante. Miró a los ojos al hombre y le pareció percibir un destel o divertido en el os, y algo más.

—No temas, no ha l egado tu hora —dijo con una risotada. Le cortó las ligaduras que trababan sus tobil os y lo puso de pie—.

Muévete. No voy a partirme la espalda cargando contigo otra vez.

Le dio un empujón para que comenzara a caminar delante de él.

Gregory, que tenía los pies entumecidos por el tiempo que había estado sin moverlos, tropezó y cayó al suelo.

—¡Maldito blandengue! —exclamó, y le propinó una patada para que volviera a incorporarse—. Camina o te l evaré a golpes.

Gregory se incorporó y lo miró furioso. Ya le ajustaría las cuentas a ese miserable, se prometió.

—Lleva cuidado con él, escocés, o te rebanará el cuel o en cuanto te descuides —se burló Jones, que se ocupaba de desenganchar los cabal os.

—No te preocupes. Me encargaré de bajarle los humos a este gal ito en cuanto el jefe acabe con él —replicó con jactancia el aludido, encaminándose con Gregory al interior de la casa.

Lo l evó hasta un cuarto vacío y lo empujó para que entrase, haciendo que cayese al suelo. Se acercó y se arrodil ó a su lado, susurrándole al oído mientras simulaba comprobar las ligaduras:

—Escuche, Rawson; voy a aflojarle las cuerdas para que tenga una oportunidad cuando vengan a interrogarle. Aunque no se la merece, sépalo. Ha actuado como un maldito novato —le recriminó irritado.

Gregory lo miró sin comprender, sorprendido de que él conociese

su identidad. Asimismo le extrañaba que hubiese perdido el fuerte acento de las Highland y se expresase con una clara y culta dicción.

Pero lo que más le sorprendía era que le estuviese facilitando un medio para escapar.

Tras aflojarle un poco las ataduras, le colocó en la bota la afilada daga que le había requisado con anterioridad.

—Si la cosa se pone fea, no dude en utilizarla —le aconsejó.

Pese a la mordaza, Gregory intentó hablar. El hombre se la quitó unos segundos.

—¿Quién es usted? —preguntó con esfuerzo. Tenía la boca seca por el tiempo que había estado amordazado.

—Eso no importa, solo sepa que le ayudaré si le veo en peligro.

Pero debe intentar apañárselas usted mismo; si es capaz, claro. No quiero perder mi actual cobertura. Me ha l evado meses introducirme en la banda y lograr su confianza.

Gregory comprendió al fin. Era el agente que Eckersley le comentó que l evaba tiempo siguiendo el rastro de Hood y que prefería trabajar solo.

—¿Sabe quién es el cabecil a? —volvió a preguntar. Estaba molesto por los reproches del otro. Ya se recriminaba él lo suficiente como para que tuviesen que recordarle que había actuado como un auténtico inepto.

—No, en caso contrario ya me habría encargado de él, ¿no cree? —respondió con cinismo. Y para justificarse, añadió—: Es muy listo y hábil. No se deja sorprender, y no quiero alertarle.

También es importante descubrir la red de espías turcos, y Hood nos puede l evar hasta el a.

Gregory comprendía sus razonamientos.

—Recuerde, le ayudaré si es estrictamente necesario —le advirtió de nuevo. Volvió a ponerle la mordaza y se marchó cerrando la puerta con l ave.

Gregory quedó a oscuras en aquel a reducida estancia. La habitación no tenía ventanas y solo un poco de luz se filtraba por las rendijas de la puerta. Movió las manos y comprobó que las ligaduras estaban flojas. No le supondría ningún esfuerzo soltarse.

Caminó durante unos minutos para desentumecer las piernas y luego se sentó en el frío suelo a esperar los futuros acontecimientos.

Capítulo 12

Gregory, sin poder determinar el tiempo que había transcurrido, despertó sobresaltado al oír el sonido del cerrojo al descorrerse. Se tensó y se preparó para la lucha. No pensaba ponerles las cosas fáciles a sus captores.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y ante él apareció el hombre barbudo que le había ayudado.

—Lárguese, Rawson —ordenó mientras le quitaba la mordaza y las ligaduras. Mostraba una gran agitación, como si hubiese realizado un gran esfuerzo.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé con exactitud, pero Morgan ya no va a venir. Está muerto y su casa parece haber sido arrasada por un vendaval.

—¿Hood?

—Eso me temo. Según nos contó, iba a encontrarse con él esta noche para entregarle los informes de Sawford. Imagino que esa era una operación que él mismo ideó sin el consentimiento de Hood.

Pensaría sacar un mayor pel izco por los documentos y nuestro amigo no se ha dejado intimidar. O eso o ha sido un ladrón que ha decidido saquearlo. En todo caso, ha tenido lo que se merecía. Pero su muerte no nos beneficia en absoluto. Ahora será más difícil seguirle la pista al traidor —respondió con tono sombrío.

Una vez liberado, guió a Gregory hasta la puerta trasera por la que habían entrado horas antes.

—¿Y el otro? —preguntó Gregory, al recordar al tal Jones.

—Ya me encargaré de él.

Gregory no quiso indagar más. La firme determinación de sus ojos le daba la respuesta. Ese era un hombre al que no le gustaría tener de enemigo.

—No tema, no voy a enviarlo al infierno aunque se lo merezca.

Lo meteré en el primer barco que zarpe para las colonias del Pacífico con la esperanza de que se pudra en aquel remoto lugar —

aclaró con socarrona sonrisa.

Gregory lo miró con irritación. Le molestaba ser el objeto de diversión de aquel individuo. Cuando l egó al pequeño patio trasero,

comprobó que ya había amanecido.

—¿Saben quién soy yo? —preguntó preocupado.

—No lo creo. Al menos, no he oído pronunciar su nombre.

Aunque puede que Sawford sospeche de usted. Le sugiero que se deje ver lo antes posible para convencerle de que no es el hombre que lo siguió anoche y disipar así las posibles dudas que pudiese albergar. La única esperanza que nos queda de atrapar a Hood es a través de él. Espero que vuelva a ponerse en contacto, por lo que le aconsejo que no abandone la vigilancia. Yo le ayudaré en lo que pueda, pero debo centrarme en la otra pista —le aconsejó mientras ensil aba un cabal o.

—¿Cuál?

El hombre sonrió bajo la poblada barba. «Este chico no tiene arreglo», pensó.

—Veo que le queda mucho que aprender, amigo. Un consejo de veterano: no quiera saber demasiado o eso se volverá en su contra.

Gregory hizo un gesto de disgusto. No tendría tanta experiencia como ese hombre ni era tan despiadado, pero tampoco debía menospreciar su labor de la forma en la que lo hacía. Al contrario, cuanta más información lograse reunir, mejores resultados obtendría. Hasta el momento su misión había consistido en eso, y no se podía decir que le hubiese ido mal.

—De acuerdo. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted si lo necesito?

—No se preocupe, yo le encontraré. —Le dio una bufanda, la pistola requisada horas antes y las riendas del cabal o que había dejado cerca de la cabaña—. Ocúltese. Es conveniente tomar precauciones por si están vigilando esta zona.

Gregory se cubrió el rostro y subió al cabal o.

—Cabalgue hacia el este y saldrá al río, desde al í le será más fácil orientarse.

Le abrió la puerta y, tras comprobar que no había nadie por los alrededores, le indicó con un gesto que saliera.

Gregory obedeció, deseoso de marcharse de al í lo antes posible. Sabía que esa parte de la ciudad era insegura incluso para un hombre armado.

Siguiendo las indicaciones de su libertador, l egó en poco tiempo

a su casa. Sintió la necesidad de dormir un poco. Llevaba casi veinticuatro horas en pie y estaba agotado, pero tenía una tarea que realizar. Después de un baño y un buen desayuno estuvo en condiciones de asumirla.

Indicó a Parker que se dirigiese a la residencia de los Sawford y, una vez en las cercanías, buscó a Smith, uno de los agentes de guardia, que continuaba en su lugar de vigilancia.

—Buenos días, señor —saludó el hombre al verle. Sabía que su reemplazo había l egado.

—Buenos días. ¿Alguna novedad? —preguntó Gregory.

—Nada que destacar. Anoche regresó a la una de la madrugada y no volvió a salir ni recibió visitas. Continúa en la casa.

—Está bien, ya puede irse a descansar.

—Gracias, señor.

Gregory regresó al coche y aguardó a que Nathan saliera. Sabía que iba caminando hasta su despacho, en el edificio que ocupaba el Almirantazgo en Whitehal Street, y pensaba interceptarle entonces.

No tuvo que esperar mucho porque, en pocos minutos, su amigo apareció.

Abandonó el vehículo y se dirigió hacia él.

—Nathan, me alegro de encontrarte —lo saludó con unos familiares golpecitos en la espalda.

El gesto de Nathan fue de indudable sorpresa. No esperaba encontrarle al í y menos a esas horas. Se alegró de haberse equivocado.

—Has madrugado mucho, Gregory. ¿Qué te trae por aquí? —le interrogó, y el alivio se reflejó en su rostro.

—¿Madrugado? No me he acostado todavía; al menos en mi cama. — Hizo un significativo gesto con el que daba a entender a qué había dedicado esas horas.

Nathan sonrió. Aunque en los últimos meses el aprecio que sentía por su viejo amigo había menguado, no olvidaba los fuertes lazos que le unieron en el pasado, en una época en la que él necesitaba y valoraba su ayuda y protección.

—Iba de recogida cuando he pensado en pasar por tu casa —

continuó Gregory—. Hay un tema que deseo comentar contigo.

—Entiendo. ¿Y cuál es ese tema tan urgente que no puede

esperar a horas más razonables?

—Verás, mi socio y yo queremos ampliar nuestro negocio al Mediterráneo oriental, pero estamos al tanto del problema surgido con la sublevación en los Balcanes y los intentos de emancipación por

parte de los griegos. He pensado que podrías asesorarnos al respecto.

Nathan se tensó.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Sé que estás en estrecha relación con las altas esferas militares de la marina y puede que hayas oído algo sobre si nuestro país piensa entrar en guerra contra los turcos y en apoyo de los independentistas. No te pido que robes secretos de estado para mí ni nada por el estilo —aclaró, y emitió una franca carcajada que fue coronada por otra con tintes de nerviosismo.

—Como comprenderás, esa es una información que estaría obligado a no facilitar en caso de que la tuviese.

Gregory hizo un teatral gesto de resignación.

—En fin, era algo que tenía que intentar. Aunque, conociendo tu lealtad e integridad, me esperaba esa respuesta. Aguardaré un poco para ver de cómo se desarrol an los acontecimientos, ¿no te parece?

—Yo en tu lugar lo haría así, amigo —comentó sin comprometerse.

—Gracias, lo tendré en cuenta. —Con la sutil sonrisa que le dirigió, le dio a entender que había captado el mensaje.

Parecía que Nathan se hubiese quitado un peso de encima al comprobar que sus sospechas eran infundadas, pensó Gregory.

—No te entretengo más. Esta tarde a las seis pasaré a recogeros. Quiero que la señorita Catesby aprecie la bel eza de los jardines con las últimas luces del atardecer.

—Bonito lugar. Hace años que no voy a Vauxhal . Celeste no quiere asistir a sus espectáculos, piensa que son vulgares. Espero que a Adele le complazca. La verdad es que ha estado mucho tiempo metida en casa y, como el niño se encuentra mejor, le vendrá bien divertirse un poco antes de regresar a su hogar.

—¿Tiene algún pretendiente? ¿Un prometido? —preguntó Gregory de improviso y con cierto temor. Aunque lo dudaba,

necesitaba que se lo confirmase.

Nathan vaciló. No estaba muy al tanto de la vida privada de su cuñada.

—No… creo que no —rectificó dudoso—. No he oído decir nada de eso a mi esposa.

—Comprendo. Me extrañaba que no estuviese ya casada y por el o imaginé que podía haber algún desengaño en su pasado —

comentó.

A Gregory le l amó la atención la repentina palidez que detectó en el rostro de su amigo.

—No puedo ayudarte en eso. Si te interesa, lo que debes hacer es preguntarle a el a. Sin embargo, me gustaría avisarte de una cosa. — Su semblante adquirió una repentina seriedad.

Gregory sospechó el cariz que iba a tomar la conversación y se preparó para el o.

—Tú dirás.

—Verás. Adele, aparte de ser la hermanastra de mi esposa, es una gran mujer a la que aprecio desde que éramos niños. Hemos crecido juntos y eso ha forjado una buena amistad entre nosotros.

Me disgustaría que le hiciesen daño.

—Te comprendo y te puedo asegurar que mis intenciones con el as son nobles. Tienes mi palabra de cabal ero y de viejo amigo.

—Me alegra saberlo.

Nathan dudaba de su sinceridad. ¿Gregory interesado por Adele? Era consciente de las grandes cualidades que el a poseía y que podían muy bien enamorar a un hombre, pero no creía que su amigo hubiese tenido interés en descubrirlas.

Gregory se preguntó, mientras observaba a Nathan marcharse, si no sentiría por su cuñada algo más que una sana camaradería, y un sentimiento desconocido lo invadió. ¿Celoso? No, descartó con contundencia.

¿Cómo de amigos habían sido en el pasado Adele y él? ¿Qué sentiría el a por el marido de su hermana? Esas preguntas lo estuvieron torturando toda la mañana.

Capítulo 13

Poco antes de las seis, Adele se paseaba inquieta por su dormitorio. Se debatía entre el deseo de acompañar a Gregory en su visita a Vauxhal y el riesgo de hacerlo. Nathan le acababa de comunicar que debería acudir sola ya que él tenía un compromiso ineludible. El embajador ruso lo había invitado a una cena esa misma noche y él se veía obligado a asistir.

Sabía por Celeste que su cuñado aspiraba a alcanzar el puesto de agregado militar en la embajada del Reino Unido en San Petersburgo, y por el o era esencial fomentar las relaciones con el embajador, tío político de la princesa Sechenov, que podía ayudarle a lograr sus propósitos.

Se alegraba por Nathan y por su hermana. Ese sería un gran paso en su carrera y en su posición social, pero el a se encontraba ante un gran dilema y no a causa del agravio que la salida con Gregory le pudiese ocasionar.

No le importaba que su reputación quedase mancil ada por acudir sola a ese lugar con un hombre que no era su marido, su prometido o un miembro de su familia. En Londres nadie la conocía y en unos días regresaría a la pequeña aldea, donde no l egaban los chismorreos de la gran urbe. Lo que le asustaba era el hecho de que iba a pasar esas horas en compañía de un hombre que la hacía sentir tentadores anhelos a los que no podía resistirse, como había comprobado en días anteriores.

Había descubierto que su equilibrio emocional y hasta su sensatez la abandonaban cuando estaban a solas. Eso la avergonzaba porque no confiaba en su capacidad para ocultar sus verdaderos sentimientos, temiendo que acabaría comportándose como la boba enamorada en la que se había convertido.

Sí, reconocía con pesar, se había enamorado con el ímpetu de una adolescente y no debía permitir que nadie lo sospechara. Sería una afrenta a su orgul o que no se veía capaz de soportar. Una pobre y fea solterona enamorada del rico y cautivador aristócrata;

¿podía haber algo más ridículo?

Cuando Gregory l egó a la residencia de los Sawford, Davis le hizo pasar a la sala en la que una apenada Adele lo esperaba sentada rígidamente en una sil a.

—Buenas tardes, Adele. ¿Dispuesta a embarcarte en una nueva aventura? —la saludó eufórico, sin ocultar la dicha que sentía al

volver a verla.

Se acercó y le besó la mano, contemplándola con avaricia.

Llevaba apenas veinticuatro horas sin verla y su cuerpo la había añorado todo ese tiempo, en especial tras la azarosa experiencia de la noche anterior en la que l egó a temer por su vida.

—Debo cancelar la visita a los jardines, *milord*. Le ruego que me disculpe —comunicó Adele con firmeza.

Gregory tomó asiento y la miró decepcionado.

—¿Y cuál es la razón de esa repentina negativa?

El a pareció que tragaba una amarga purga.

—Mi cuñado me acaba de comunicar que le ha surgido un deber de última hora y, como ya le expuse, no sería correcto que fuéramos los dos solos. Tendremos que aplazarlo hasta que Nathan pueda acompañarnos. —Adele esperaba que esa explicación fuese suficiente para justificar su negativa.

Gregory se puso alerta. El que Nathan hubiese cambiado de planes le hacía sospechar. ¿Se trataría de una nueva cita con Hood? Demasiado pronto, pero era posible.

—¿Vamos, Adele, no irás a echarte atrás? Sabes que es una tontería insistir en ir acompañada. Aquel es un divertimento popular al que asisten todas las clases sociales y no requiere tanta ceremonia como las reuniones de la alta sociedad —insistió. No estaba dispuesto a renunciar a su compañía—. ¿No querrás perderte el concierto de esta noche? En el programa aparecen piezas de Haendel y Mozart —la tentó con descarado. Sabía que eran sus compositores favoritos.

—No, pero…

—¿Y si no puedes hacerlo en el futuro? Ya sabes que este es un mes traicionero y las l uvias pueden aparecer en cualquier momento.

Sería una lástima perderse tan magnífico espectáculo.

—Cierto, aunque…

—Pues no seas cruel contigo misma y acompáñame. Te reservo

una sorpresa que te agradará. Y prometo traerte de vuelta en cuanto lo

decidas.

Gregory la miró con aquel os hermosos ojos suplicantes y Adele se conmovió.

—Tal vez pueda… si no regresamos muy tarde.

—Cuando lo desees, ni un minuto más. —Su sonrisa terminó de derribar el muro de excusas que el a estaba levantando.

—Si me permite, voy a dar instrucciones a la niñera para que atienda a Matthew.

—Aguardaré —aseguró, sin poder ocultar la satisfacción que sentía.

El a salió y Gregory quedó pensativo. Le gustaría avisar a sus hombres del cambio de planes para que estuviesen al tanto, pero no sabía cómo. Tendría que confiar en que los agentes que seguían a Nathan no relajaran la vigilancia y le proporcionasen un detal ado informe.

Adele regresó a los pocos minutos y partieron. El a no conocía la ubicación de los jardines, pero sí sabía que estaban situados al otro lado del río, por lo que le extraño que no se dirigieran a uno de los puentes que lo cruzaban.

Le preguntó a Gregory por el tiempo que tardarían en l egar y su respuesta fue bastante imprecisa. Al poco advirtió que el carruaje paraba y lo miró sorprendida. Él eludió responder a su muda pregunta y descendió del vehículo, ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar.

Cuando Adele puso el pie en tierra su sorpresa fue mayúscula.

Se encontraban junto a un pequeño embarcadero en el que se acumulaban algunas barcas y varias personas hacían cola para subir a el as.

Gregory leyó en sus ojos la confusión que sentía y una sonrisa traviesa curvó su boca.

—Espero que te guste mi sorpresa, Adele.

Se acercaron a una de las barcas, que parecía estar aguardándoles, y la ayudó a subir a bordo. La colocó en un cómodo banco situado en la proa, quedando él de pie a su espalda.

—Aunque este no es el *Argonauta* y las aguas son menos profundas que las del océano, he imaginado que te gustaría l egar a

Vauxhal navegando —dijo mientras la barcaza era impulsada río arriba por los fuertes brazos de cuatro remeros.

Adele estaba maravil ada por la bel eza del río a esa hora de la tarde, con el sol tan bajo en el horizonte que las aguas parecían un estanque plateado. Miro a Gregory con gratitud y este sintió que su corazón desbordaba de felicidad.

En pocos minutos l egaron a la otra oril a, a un pequeño muel e que conectaba con una entrada a los jardines y en el que las barcas iban depositando a los entusiasmados viajeros dispuestos a pasar unas horas de diversión.

Gregory la ayudó a bajar y despidió a los remeros. Ya había dado órdenes a Parker para que los esperase junto a la puerta principal de entrada al recinto.

Ante la gran puerta enrejada que daba acceso a Vauxhal desde el río, había apostados mercaderes que ofrecían sus productos en improvisados tenderetes. Gregory se acercó a una vendedora de flores y compró un pequeño ramil ete de lavandas, que ofreció a Adele.

El a le sonrió emocionada por el sencil o detal e, otro más de los muchos que le había prodigado. Se obligó a conservar la calma. No debía fraguar equívocas teorías ya que esa forma de actuar era fruto de su arraigada cabal erosidad. Pocas mujeres podrían resistírsele. Su esmerada educación y su apostura le convertían en un hombre adorable.

Con el bonito adorno alegrando la solapa de su sobrio abrigo oscuro, se adentraron en el famoso recinto. Lo primero que sorprendió a Adele fue la gran cantidad de personas, incluso familias con niños de todas las edades, que circulaban por los estrechos caminos bordeados de árboles y engalanados con farolil os luminosos y coloridas guirnaldas, entre los que se distinguían algunos cenadores o coquetas glorietas con estatuas y pequeñas fuentes.

Adele se contagió del ambiente festivo que la rodeaba y observaba sorprendida todo a su alrededor. Gregory hacía de experto guía, respondiendo con ingenio a las preguntas de el a, ya que conocía muy bien aquel lugar. Lo había visitado con frecuencia en su juventud, cuando acudía con sus compañeros de Oxford para

intentar conquistar a las jóvenes que se aventuraban a ir sin escolta.

Adele le confesó que no se parecía a lo que esperaba encontrar.

Tras escuchar las descripciones e historias más o menos fidedignas de algunas señoras en el pueblo, había imaginado un lugar sombrío plagado de oscuros lugares propicios para citas clandestinas, y en el que asaltaban a los intrépidos que se aventuraban en él. Lo que menos esperaba era aquel a especie de feria bul iciosa a la que asistían personas de todas las edades y condición social.

Gregory sonrió ladinamente, prometiéndose que en otra ocasión le enseñaría el lado oscuro de Vauxhal , en el que se realizaban ese tipo de actividades y por las que muchos le atribuían la fama de lugar pecaminoso; fama a la que él había contribuido durante sus años mozos.

Recorrieron buena parte de las veredas y caminos más iluminados y l egaron a la zona central, la famosa Rotonda. Adele se asombró por la multitud que se congregaba al í y por su bel eza. En el a destacaba su gran fuente central y numerosos quioscos en los que la gente se sentaba para tomar un refrigerio o descansar mientras admiraban las atracciones que se desarrol aban a su alrededor.

Como ya había anochecido, Gregory propuso dirigirse a uno de los restaurantes para cenar antes de ocupar su palco en el Pabel ón, donde la orquesta ofrecería su recital.

El elegante recinto en el que entraron se encontraba abarrotado de comensales, algunos esperando su turno. Gregory dio su nombre a un mayordomo, que les guió de inmediato hasta una apartada mesa alejada de la zona de baile, y pidió varios platos para que el a degustase las especialidades así como una botel a de champagne.

La música amenizaba el ambiente del local, en el que varias parejas danzaban en el centro del salón al compás de elegantes valses y alegres cuadril as.

Adele observaba admirada todo lo que la rodeaba. Tanto el ambiente como la comida eran exquisitos y, aunque en un principio se sintió algo cohibida al ver a las elegantes damas, algunas con antifaces que les cubrían parte del rostro, y los gal ardos cabal eros que la observaban con descaro, pronto se repuso y decidió no darse por enterada de la expectación que despertaba. Gregory contribuyó

a el o, esmerándose por atenderla y divertirla con simpáticas anécdotas de sus correrías juveniles por Vauxhal , que hicieron las delicias de Adele.

—¿Ya no saludas a las viejas amistades?

Gregory giró la cabeza hacia la voz que reconoció al instante.

—Disculpa esta aparente descortesía, Hester, pero el local está tan repleto que no me he percatado de que hubiese algún conocido

—se excusó, levantándose y besando la mano que el a le ofrecía.

Lo cierto era que la había visto sentada a una mesa con un joven *dandy* nada más entrar y rogó para que el a no reparase en su presencia. Lo que menos deseaba en ese momento era la intromisión de su antigua amante. Pero la suerte no había querido serle propicia.

—No sé si creerte. Por lo general, no sueles ser tan despistado

—comentó con ironía, y le lanzó una suspicaz mirada que no consiguió alterar la imperturbabilidad de Gregory.

A Hester la dominaba un fuerte resentimiento que había nacido al divisar a Gregory con aquel a mujer del brazo, y que fue creciendo al observar las muestras de afecto que le dispensaba durante toda la cena.

El a sabía identificar cuándo un hombre estaba interesado por una mujer y Gregory lo estaba de la que tenía al lado, que no destacaba por su bel eza. No la había reconocido hasta que se adentró en la pista con el fin de observarla más de cerca y entonces la identificó: se trataba de la misma que Gregory seguía la mañana que lo vio ante la pastelería, casi una semana antes.

¿El poderoso lord Rawson se dedicaba a seducir sirvientas? No lo creía, luego esa mujer no era una empleada, como en un principio imaginó por su aspecto, y eso la hacía más peligrosa.

El pil uelo que envió para seguir a Gregory le reveló el nombre del dueño de la casa en la que había entrado: el capitán Nathan Sawford. Con esa referencia, Hester pronto averiguó todo lo demás.

Sawford estaba casado y, según se rumoreaba, su bel a esposa era bastante liberal con sus afectos ya que los concedía a todo cabal ero que se le acercase. El o le l evó a pensar que Gregory estaba encaprichado de la casquivana mujer, como lo había estado de otras muchas en los tres años que lo conocía.

No se alarmó. Una mujer casada e infiel no era un grave obstáculo para sus proyectos. Él no ponía su corazón en esas fáciles conquistas y regresaba a sus brazos tras la ilusión pasajera.

Si bien, la que tenía delante no era Celeste Sawford, lo que unido a la devoción con la que Gregory la miraba, sí constituía un problema.

Por esa razón se había dirigido a la mesa que ocupaban, dispuesta a averiguar quién era la afortunada mujer.

—¿No me presentas a tu acompañante? —pidió Hester con aparente desenfado.

Gregory disimuló el fastidio que le causaba su presencia y actuó con naturalidad.

—Por supuesto. El a es la señorita Catesby —dijo, y dirigiéndose a Adele:— Te presento a la señora Sclater.

A Hester le costó contener los violentos celos que le asaltaron al ver confirmadas sus sospechas. Una mujer soltera era una temible rival, aunque fuese tan poco atractiva como aquel a.

—Es un placer, querida. —El destel o asesino de sus ojos desmentía las palabras pronunciadas con melosa voz.

Adele respondió con una leve inclinación de cabeza. Se sentía incómoda por la presencia de la bel a dama; bel eza que su elegante y escotado vestido se encargaba de realzar. El a se sentía como una fregona a su lado, con su sencil o atuendo que, aunque era el mejor que tenía, no sería adecuado ni para la doncel a de la mujer que tenía ante el a.

—Dígame, señorita Catesby, ¿está disfrutando de su visita a los jardines? —preguntó Hester. Sin aguardar la respuesta, se dirigió a Gregory con acento meloso—. Espero que le enseñes nuestro cenador favorito. No dudo que le gustará. Es de lo más interesante que hay por aquí. Aunque puede que sea demasiado íntimo, ¿no crees?

Gregory no contestó a la provocación, limitándose a mirarla con intensidad y a esbozar una media sonrisa forzada con lo que quiso indicarle que no se adentrase por aquel os tortuosos caminos.

—Estoy aguardando la visita que prometiste hacerme hace una semana. ¿No me digas que lo has olvidado? —continuó Hester ignorando la muda advertencia que él le dirigía.

—Los negocios me exigen demasiado tiempo. Aunque pasaré

uno de estos días a saludarte.

—Te esperaré impaciente.

Hester alargó una enguantada mano y la apoyó en el pecho masculino, en un inequívoco gesto de intimidad que no pasó desapercibido a Adele, lo que irritó a Gregory. Él la retiró con disimulada firmeza y un mudo mensaje en la mirada.

—Creo que tu acompañante te anda buscando. No deberías dejarlo solo. Parece bastante perdido —le aconsejó en una clara invitación a que se marchase.

El joven con el que el a había acudido a Vauxhal se acercó presuroso y la agarró del brazo.

—Vamos, Hester. Está sonando nuestro vals.

—Lo oigo, querido. Pero antes debo presentarte a unos amigos.

Lord Gregory Rawson y su acompañante la señorita Catesby.

—Es un placer. Andrew Bewick, vizconde de Kidsgrove, a su servicio —saludó con una impaciente inclinación de cabeza, para acto seguido arrastrar a Hester hasta la pista de baile.

El a tragó con dificultad la enorme amargura que sentía y se dejó l evar, dedicando una mirada indescifrable a la mujer que se interponía entre el a y el hombre que amaba.

Gregory observó la contrariedad en el gesto de Adele y comprendió que debía de estar molesta por el incidente. Decidió librarla de más escenas incómodas.

—Deberíamos marcharnos o l egaremos tarde al concierto —

propuso en tono desenfadado.

—Sí, será lo mejor —aprobó con acritud.

A el a no se le habían escapado las palabras y los gestos de intimidad de la bel a Hester y la incomodidad de Gregory ante la presencia de la mujer, que debía de ser una de sus amantes. Sintió el amargo regusto de los celos y se recriminó por el o. ¿Acaso no sospechaba que era un lujurioso? ¿Por qué le afectaba tanto el descubrirlo?

Salieron de al í ignorando la mirada inquisitiva de Hester y se dirigieron a la explanada del teatro, ocupando el palco que tenían reservado.

Capítulo 14

El concierto fue magnífico. Adele nunca había asistido a la audición de una orquesta de ese tamaño, en la que estaban representados un gran número de instrumentos que, magistralmente dirigidos, conseguían reproducir las obras tal y como el compositor las había compuesto.

El a, que l evaba años estudiando e interpretando algunas de las composiciones que esa noche se escuchaban, se emocionó por la grandiosidad del espectáculo, olvidando el malestar causado por la presencia de la señora Sclater. Estaba disfrutando mucho de la velada. No imaginaba que en aquel lugar acogiese tantas y tan sorprendentes diversiones.

Gregory, consciente de que Adele no había presenciado una representación de ese tipo, se sentía feliz por haber conseguido que cumpliese uno de sus sueños. Y aún le quedaba otra apasionante experiencia: la renombrada exhibición de fuegos artificiales.

Del brazo de Gregory, Adele se dirigió hacia una explanada en la que numerosas personas comenzaban a congregarse. Ante el a, en un pequeño montículo, aparecían diseminadas una serie de estructuras de madera que le intrigaron. Al preguntarle a Gregory por su finalidad, él le respondió de forma enigmática: «Pronto lo descubrirás», y optó por aguardar la nueva sorpresa que adivinaba en sus palabras.

Tras una corta espera, se oyó una especie de fuerte silbido al que sucedió una pequeña explosión. De pronto, el oscuro cielo se iluminó en una cascada de pequeñas estrel as chispeantes a las que sucedieron otras similares, entre un estruendo ensordecedor aumentado por los entusiastas gritos de la multitud que lo presenciaba.

Adele miraba con asombro el espectáculo que se representaba ante el a. Nunca había contemplado algo similar. Se trataba de un auténtico milagro de luz y color combinado con el peculiar sonido de las explosiones que se asemejaba a un festivo campo de batal a.

Gregory, a su lado y en actitud protectora, no podía apartar los ojos de el a. Se sentía fascinado por la serie de expresiones que

mostraba su rostro, cada cual más sobrecogedora pero todas placenteras. Pasaba de la admiración a la incredulidad en segundos, como una niña entusiasmada al descubrir un mundo prodigioso, y él se sentía el hombre más feliz de la tierra al verla disfrutar.

Esa era una de las muchas cosas que le gustaban de el a, su sencil a personalidad y la naturalidad con la que expresaba sus emociones. En nada se parecía a la mayoría de damas que conocía, que se escondían detrás de la máscara de los convencionalismos sociales, siempre temerosas de dejar traslucir su verdadero interior.

Adele poseía una integridad y generosidad de carácter que se reflejaban en su persona y contribuían a embel ecerla, sin olvidar el temperamento sensual y fogoso que escondía y que él tenía la suerte de conocer. ¿Quién, al observar su pulcro aspecto de rígida solterona, podría adivinar el apasionado fuego que ardía en su interior? Era un secreto compartido que les unía como un sagrado vínculo.

Los fuegos artificiales acabaron con la espectacular quema del entramado sobre el montículo, en el que se mezclaban las ruedas giratorias, que lanzaban pequeñas chispas, con una espectacular cascada de varios metros de altura semejante a un manto de luces multicolores que levantaron una ovación general.

Adele suspiró y se giró para mirar a Gregory. Su rostro expresaba sin tapujos la felicidad que sentía.

—Gracias —dijo con sencil ez, y la expresión de sus ojos, que él podía leer debido a la proximidad, decía mucho más que esa sencil a palabra.

Presionados por la multitud que se dispersaba en todas direcciones, Gregory se vio forzado a moverse. Fue a coger a Adele del brazo para guiarla hasta la puerta principal cuando sintió que era empujado por detrás y obligado a avanzar en sentido contrario, apartándose de el a. Pronto comprendió la causa: dos fornidos soldados lo l evaban casi en volandas hasta unos arbustos.

Reaccionó de inmediato y se enzarzó en una pelea en la que en segundos se decidió el ganador. Una vez libre, se dirigió al lugar en el que había visto a Adele por última vez, pero el a ya no estaba.

Con un sombrío presentimiento royéndole las entrañas se lanzó

a buscarla. No sería la primera vez que en Vauxhal era atacada una mujer. Desesperado, pidió ayuda a uno de los guardias del parque.

Era consciente de que, sin luz y con tanto público que pululaba por al í, le sería muy difícil encontrarla.

Caminaba hacia una de las puertas más cercanas, por si Adele había

sido arrastrada hasta al í, cuando divisó la figura de Hester.

Un repentino pensamiento lo asaltó. Se acercó a el a y la agarró de un brazo, mirándola de forma peligrosa.

—¿Dónde está? —preguntó en un suave tono que resultaba más inquietante que un sonoro grito.

Hester hizo un mohín de extrañeza con su perfecta boca maquil ada.

—¿A qué te refieres?

—Te habrás dado cuenta de que no estoy en absoluto dispuesto a tolerar la tonta broma que hayas decidido gastarme. Por el o te ruego que me digas dónde está Adele o me veré obligado a hacer lo que nunca pensé que sería capaz con una mujer. ¿Entiendes?

El a percibió la fría determinación que lo dominaba y un temeroso estremecimiento la recorrió. El cabal ero alegre y despreocupado que conocía se había convertido en un hombre temible, dispuesto a todo por conseguir las respuestas que deseaba.

—¿Tanto te interesa esa fea sirvienta? —inquirió con despecho.

—No me empujes a demostrártelo.

Hester comprendió que había perdido. Gregory estaba enamorado de esa mujer y nada le obligaría a renunciar a el a.

—No deberías mostrarte tan enojado, amor. Solo he querido hacerle un favor a tu damita y enseñarle el paseo de los enamorados, por si tú no habías tenido ese detal e. Andrew es un gran conocedor del lugar y evitará que se pierda por sus laberínticos recovecos —confesó, y una sonrisa de perversa satisfacción se dibujó en su rostro, dando a entender que esa había sido su intención.

Gregory apretó los puños con impotencia al pensar en los riesgos a los que Adele estaba expuesta en aquel a insegura parte del parque. Decidió aplazar el merecido castigo de Hester y se lanzó veloz hacia el famoso paseo, que era frecuentado, aparte de por parejas más o menos lícitas en busca de intimidad, por ladrones y

degenerados dispuestos a aprovecharse de los que se aventuraban por sus oscuras sendas o descansaban en los improvisados reservados.

Llegó en pocos minutos y se adentró en la tenebrosa zona,

escasamente iluminada y mucho más frondosa que él había recorrido tantas veces con la conquista de turno. A ambos lados del estrecho sendero se divisaban algunos bancos dispersos y pequeños apartados diseñados con altos setos para propiciar la intimidad. También algunas casetas aisladas, que se alquilaban por unas horas y eran refugio perfecto para los más tímidos o las relaciones más licenciosas. Todo estaba diseñado para el placer de los amantes, pero de igual modo facilitaba el trabajo a los malhechores y oportunistas que merodeaban por Vauxhal .

Cuando l evaba unos metros recorridos sin haber avistado a Adele y comenzaba a desesperar, recordó que Hester había comentado acerca del cenador que utilizaron una vez. Sin pensarlo dos veces, se dirigió al apartado lugar rogando haber acertado con su presentimiento.

La preocupación de Adele iba en aumento. Cuando, tras contemplar los fuegos artificiales, la multitud congregada en la explanada comenzó a dispersarse, se vio separada de Gregory y se encontró sola en un lugar desconocido. De pronto apareció a su lado el simpático acompañante de la señora Sclater y respiró aliviada. «Al menos, se trataba de un cabal ero al que acababan de presentarme», se dijo.

Él le sugirió l evarla a un lugar seguro mientras buscaba a Gregory y pensó que era la solución más acertada. Con todo, desde que se había adentrado en aquel sinuoso camino, sospechaba que había cometido un enorme error.

Después de recorrer un buen trecho, se plantó ante él y le forzó a detenerse.

—Disculpe si le parezco desconfiada, *milord*, pero creo que se ha equivocado de camino. No me parece que por aquí vayamos a ningún lugar seguro —aventuró con cierto nerviosismo.

—No tema, señorita Catesby. Es un pequeño atajo —respondió Kidsgrove divertido.

Adele continuó dudando.

—De todas formas preferiría regresar. Lord Rawson estará buscándome en el lugar que hemos dejado.

—Ya queda poco para l egar.

—¿Dónde? —preguntó perpleja. Y ante el mutismo de él: —Lo siento, pero he decidido que prefiero regresar. Puede o no acompañarme si lo

desea. —Adele se mostró firme y comenzó a caminar en sentido contrario.

—¿No lo entiende? Debo l evarla al sitio acordado. Se lo prometí

—casi suplicó Andrew con voz quejosa. De pronto cal ó, consciente de que había hablado más de la cuenta.

—¿A quién?

Adele estaba perpleja. Aquel a situación era de lo más extraña.

Comenzaba a pensar que no se había encontrado por casualidad con el acompañante de la conocida de Gregory cuando él desapareció. Si deseaban gastarle una broma entre todos, debían saber que el a no estaba dispuesta a servir de diversión.

—Haga el favor de explicarme lo que ocurre —exigió con su voz más autoritaria, la que empleaba con los niños del coro cuando se mostraban díscolos.

—Hester me pidió que la guiara hasta un lugar donde se encontraría con Rawson. Se trata de un pabel ón muy discreto utilizado para… encuentros íntimos, ya me entiende.

Adele reparó en la incomodidad del joven, casi un adolescente, y comprendió la situación. Gregory se había confabulado con su amiga para embaucarla. Con gran esfuerzo, contuvo las lágrimas que comenzaban a anegar sus ojos. ¿Cómo podía ser tan desalmado de tenderle esa trampa? El a que le creía todo un cabal ero, un hombre íntegro, estaría riéndose con la exuberante Hester de lo cándida que había sido y lo fácil que le había resultado que cayese en sus redes. Pues bien, no se saldría con la suya.

—Siento desilusionarle porque no voy a acudir a esa… cita con lord Rawson ni con nadie. Puede continuar usted y comunicárselo.

Ya regresaré yo por mis propios medios —anunció. Buscaría un coche de alquiler que la l evara a casa y no volvería a verle jamás.

—No puede deambular sola por estos parajes. ¡Es muy peligroso! —le advirtió espantado.

—No se preocupe, no me ocurrirá nada —insistió el a, y comenzó a desandar el camino con enérgicos pasos.

El vizconde la alcanzó y la agarró por el brazo.

—Espere, por favor. Vamos hasta el pabel ón y al í le pide explicaciones a Rawson si lo desea, pero tengo que l evarla. Un cabal ero debe cumplir con la palabra que ha dado. —Su voz sonó angustiada.

—Me resulta indiferente que cumpla o no con sus promesas, *milord*. No pienso ir con usted. Y suélteme o comenzaré a gritar —le avisó con el rostro congestionado por la furia.

—Acompáñeme, se lo ruego —casi l oriqueó—. Si no la l evo, Hester se enfadará —confesó al fin.

La mención del nombre de la mujer acabó agotando la paciencia de Adele, que comenzó a gritar pidiendo socorro.

Gregory, que se hal aba a pocos metros de al í, inició una frenética carrera al oír el grito y reconocer la voz de Adele. Llegó en escasos segundos y enloqueció de rabia al presenciar la escena: un hombre, que no reconoció al principio, sujetaba a Adele e intentaba hacerla cal ar tapándole la boca.

Se lanzó sobre él y lo derribó de un contundente puñetazo.

—¿Estás bien? —le preguntó a el a con voz cargada de preocupación.

Adele hervía de furia y decepción.

—Perfectamente, *milord* —dijo con seco acento y rígida postura

—. Gracias por librarme de ese molesto individuo. Aunque él no tenga culpa de nada, creo entender. La próxima vez que decida gastar una broma de este tipo, por no l amarlo de otra forma, le sugiero que elija mejor a sus cómplices, porque este se ha ido demasiado rápido de la lengua. Y ahora, si me disculpa, me marcho a casa.

Gregory se quedó estupefacto. ¿Qué quería decir? ¿Y por qué estaba disgustada con él?

—Adele, ¿qué te ocurre? ¿A qué te refieres? —Estaba perdido y necesitaba una explicación.

—No se esfuerce en negarlo. El cabal ero me ha confesado lo que habían tramado entre todos —respondió alzando su potente voz, y señaló al vizconde que comenzaba a ponerse de pie.

Gregory se acercó a Kidsgrove y, cogiéndolo por las solapas, lo encaró.

—¿Qué le ha contado a la señorita Catesby, si puede saberse?

—le exigió con mortífera voz, aunque imaginaba la respuesta.

—Que usted la esperaba en el pabel ón que Hester me indicó.

Ya sé que era una sorpresa, pero se me ha escapado —reconoció avergonzado. Se l evó la mano a la boca de la que manaba un hilo de sangre—. ¿Por qué me ha pegado, Rawson? Yo no le he hecho nada, solo procuraba que no se perdiese por estos caminos cuando no quiso continuar.

Gregory apretó los puños para no golpearlo de nuevo.

—Por cretino, entre otras cosas —le increpó a punto de perder la paciencia—. Y ahora, haga el favor de quitarse de mi vista o continuaré arreglándole esa cara de estúpido que tiene.

El joven obedeció y Gregory se acercó a Adele, que comenzaba a caminar de nuevo dispuesta a alejarse de al í. La agarró del brazo impidiéndole avanzar.

—Adele, escucha. ¿Crees que soy capaz de urdir esa burda trama? ¿Tan pérfido me consideras? —preguntó con gesto compungido. Le dolía que tuviese tan pobre opinión de él.

El a meditó durante unos segundos, l egando a la conclusión de que no lo creía. Pero entonces…

—¿Por qué te apartaste de mi lado?

—No lo hice adrede, créeme. Me vi empujado en otra dirección por dos soldados borrachos, pagados por Hester me temo, que es la persona que ha tramado todo esto. Cuando me percaté de que no estabas al í te busqué por todas partes, hasta que la encontré a el a y me confesó lo que había ideado.

Adele no acababa de creerle. Había cosas que no comprendía.

—¿Y por qué la señora Sclater le pidió a su acompañante que me guiara hasta ese lugar?

—Imagino que pretendía dejarte al í. Como habrás observado, esta zona es bastante diferente de la que ya conoces y mucho más siniestra.

—¿Es la zona de los amantes, de la que todos hablan?

—Sí, lo es. Pero no solo los amantes la frecuentan, también los ladrones y… y otro tipo de individuos con nefastas intenciones.

—Entiendo. A esto se referían las damas que me previnieron sobre Vauxhal . Más de una doncel a ha perdido aquí su virtud.

—Es cierto. De todas formas, me da la impresión de que Kidsgrove no pensaba abandonarte a tu suerte. Aunque un poco estúpido, como la mayoría a su edad, es un cabal ero y nunca comprometería la integridad de una dama por mucho que se lo hubiese prometido a Hester.

Adele se tensó al oír el nombre de la mujer que había intentado perjudicarla.

—¿Qué es el a para ti? —preguntó de improviso. No tenía derecho a hacerlo ni era prudente, pero las palabras salieron de su boca sin poder impedirlo.

Gregory inspiró. No quería herirla. Tampoco quería mentirle.

—El a es una amiga… íntima, a la que no visito desde hace casi tres meses y, desde luego, a la que no pienso volver a visitar. No conocía su carácter vengativo, que hoy ha mostrado. Es algo que no voy a pasar por alto, principalmente porque has sido tú la perjudicada.

Los celos, como afilados puñales, se le clavaron a el a en el pecho. Hester era su amante, o lo había sido, y ese pensamiento hacía sangrar su corazón.

—No es necesario que rompas los lazos de amistad con la señora Sclater. En realidad, no ha tenido importancia. Una nueva experiencia que añadir a las muchas de las que he disfrutado esta noche. —Quiso quitarle importancia al hecho. No podía permitir que él pensase que estaba celosa de su relación con la hermosa mujer.

—Sí, la tiene y mucho. No quiero pensar lo que podría haberte ocurrido… —Sin darse cuenta, la atrajo hasta su pecho y la abrazó con fuerza—. He pasado mucho miedo, Adele —le confesó en un susurro.

El a, tras la sorpresa inicial, se convenció de la sinceridad de sus palabras y se sintió feliz. Debía apreciarla un poco para sentir tanta preocupación por su seguridad, se dijo.

Deseoso de sacarla de al í, Gregory interrumpió el abrazo. Si la situación hubiese sido otra, habría disfrutado mostrándole el lado agradable y sensual del jardín del amor de Vauxhal . Pero, pese a que la proximidad del cálido cuerpo femenino comenzaba a

alterarlo, persistían en él los restos del pánico experimentado minutos antes. No era el momento ni el lugar para iniciar a Adele en las artes amatorias que pensaba disfrutar con el a.

Con esa grata promesa, que comenzaba a alejar de su mente los penosos sucesos anteriores, abandonaron aquel lugar y se dirigieron a la puerta de salida donde Parker les esperaba.

Capítulo 15

La oscuridad le rodeaba como un siniestro abrazo. Nathan escuchaba con atención cualquier sonido que le indicase la presencia del hombre al que esperaba, pero los minutos transcurrían y no se presentaba.

No comprendía la nota que le había enviado Hood esa mañana a su despacho y en la que lo citaba con urgencia. ¿Para qué querría verle? No creía que fuera con la intención de pagarle, ya que solía tardar varios días en hacerlo. Aun así, prefería no incomodarlo y dar pie a que lo delatase. Su futuro estaba en sus manos.

Había tenido que inventar un motivo para no acompañar a Adele en la visita a los jardines y eso le perturbaba. No quería facilitarle a Gregory la oportunidad de intimar con el a. La l evaría a la zona pecaminosa y al í… Prefirió no pensar en las posibilidades que su imaginación le ofrecía. Aunque le había asegurado que sus intenciones hacia su cuñada eran honestas, no confiaba en la palabra de su amigo conociendo su fama de licencioso.

Se acercó a un farol que iluminaba apenas una sucia esquina y miró su reloj de bolsil o. Las diez y media. Llevaba casi una hora aguardando y ya había tenido mucha suerte de que no lo hubiesen asaltado. Aquella no era una zona de la ciudad que se destacase por su seguridad. Había soportado las insinuaciones de dos prostitutas y las miradas socarronas de varios transeúntes. Por suerte, traía con él la pistola que guardaba en su despacho.

Cuando transcurrieron varios minutos más, y ante el espesamiento de la neblina que le había acompañado desde que l egó, decidió marchase. Si Hood quería hablar con él, que se pusiese en contacto en otra ocasión.

Con un incipiente malestar instalándose en su interior, se dirigió a una cal e más concurrida para coger un coche de alquiler. Tuvo algunas dificultades en conseguir uno y, cuando lo logró, se arrel anó en su interior deseoso de l egar a casa. Otro día sin ver a su hijo, se dijo con un punto de remordimiento.

—Buenas noches, Davis —saludó al mayordomo que le abrió la puerta —. ¿Ha regresado ya mi cuñada?

—No, señor.

Una mueca de fastidio curvó su boca. Dio el sombrero y el abrigo a Davis y se dirigió a su estudio, encerrándose en él.

Encendió el candelabro que había sobre la mesa y fue a servirse una buena ración de brandy. La larga espera en aquel frío cal ejón le había helado hasta los huesos. Por suerte, la chimenea estaba encendida.

—Sírvame otro a mí, por favor —dijo una voz desde un rincón.

Nathan se volvió con rapidez y casi dejó caer el vaso al suelo al distinguir la oscura figura arrel anada en un sil ón situado en una zona en penumbra.

—¿Qué… qué hace aquí? —su sorpresa, teñida de temor, era patente. Hood debía de haberse introducido en la casa clandestinamente pues, en caso contrario, Davis le habría avisado de su presencia—. ¿Cómo ha entrado?

—He decidido hacerle una visita, querido amigo. No conocía su hogar. En verdad que es acogedor —comentó, recorriendo con mirada apreciativa la habitación—. En cuanto a su segunda pregunta, le diré que ha sido sencil o.

—No tiene derecho a asaltar mi casa de esta manera —se encrespó tras el primer instante de estupor.

—No levante la voz, por favor. No quiero que vengan a interrumpirnos —advirtió Hood con tono intimidatorio.

Nathan captó la velada amenaza y se alarmó. Observó que l evaba su familiar capucha así como la parte inferior del rostro cubierta, y una pistola en la mano con la que le apuntaba.

—He estado esperándole más de una hora en el lugar que me indicó en la nota —le reprochó en tono más moderado.

—Me ha sido imposible reunirme con usted, por el o estoy aquí.

De paso, he echado un vistazo a sus papeles.

Nathan reparó en el desorden que había sobre el escritorio, con algunos cajones abiertos y con libros de las estanterías por el suelo.

—Esto es un abuso injustificado. No puede… —comenzó a protestar otra vez al ver violada su intimidad.

—Déjese de estupideces, Sawford. He venido a buscar los documentos que le encargué.

—¡Pero si se los entregué ayer noche a uno de sus hombres! —

Nathan no salía de su asombro. ¿A qué estaba jugando ese hombre?

—Eso tengo entendido pero, como no han l egado a mis manos, me veo en la necesidad de pedírselos de nuevo. He pensado que se le podría haber ocurrido hacer otra copia y guardarla aquí, aunque no he encontrado ninguna.

Hood estaba furioso. El estúpido de Morgan había querido extorsionarle y obtener una buena tajada, pero le salió caro. Lo malo era que había muerto antes de conseguir que le entregara los documentos. Ahora se encontraba sin el os y sin la cobertura que la banda de ladrones le ofrecía. Como la persona a quien debía entregarlos l egaría en un par de días, no tenía tiempo de buscar otra tapadera, lo que le obligaba a tener que valerse por sí mismo; algo temerario y a lo que solo recurría en casos de extrema necesidad.

—¿Me cree tan insensato de tener una prueba de mi delito en mi propia casa? —Nathan se asombraba de que hubiese l egado a pensarlo.

—No veo por qué no iba a hacerlo. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, como ha sido el caso. Tendrá que conseguirlos de nuevo.

—¿Está loco? Me expuse demasiado al hacerlo por primera vez y no estoy dispuesto a jugarme el cuel o de nuevo. Yo no tengo la culpa de que no sepa escoger a sus compinches —se defendió con ardor—. Además, creo que sospechan de mí. Ayer nos siguió un hombre hasta el lugar del encuentro. Consiguieron apresarlo, pero puede que no fuera el único.

Hood permaneció en silencio unos segundos. Morgan no había hecho

referencia a esa circunstancia o no tuvo tiempo de comentarlo. No debió golpearlo cuando le planteó sus exigencias, aunque no calculó que iba a caer sobre la estantería de cristal y clavarse uno de los vidrios rotos en el cuel o. Apenas tuvo tiempo de maldecir antes de morir desangrado.

Esa noticia le planteaba un nuevo dilema. Si era cierto que vigilaban a Sawford, él se exponía a que lo descubrieran. Había tomado todas las precauciones posibles antes de entrar, como era su costumbre, y tendría que extremarlas para eludir a los posibles centinelas y salir de al í sin ser visto.

—Tendrá que hacerlo, mi buen amigo. Necesito esos planos y no dude de que los obtendré. En cuanto a la persona que le siguió, no se preocupe porque ya se han encargado de él —mintió para tranquilizarlo. Lo cierto era que no sabía lo que había ocurrido porque los dos esbirros de Morgan habían desaparecido; algo que le preocupaba también—. Y, por favor, procure que no vuelvan a seguirle en nuestra próxima cita. ¿Será capaz de el o?

Nathan se ofendió ante el desdén que detectó en la voz, lo que le dio valor para enfrentarse a él.

—Busque a otra persona que haga el trabajo porque yo no pienso volver a copiar los documentos. Ya he cumplido con su encargo, del cual no he recibido la compensación prometida.

—Se le pagará lo acordado, descuide. En cuanto a lo que le pido, encárguese de tenerlo en el menor tiempo posible si no quiere que le ocurra alguna desgracia a su mujercita.

El rostro de Nathan adquirió una palidez mortecina.

—No meta a mi familia en esto —siseó con rabia.

—¡Y usted no se atreva a darme órdenes, Sawford! —levantó la voz. Estaba comenzando a perder la paciencia con aquel necio—.

Hará lo que le digo y lo antes posible. Tiene tres días de plazo para entregarme esa documentación o lo lamentará. Y no piense que puede darme esquinazo porque vigilo todos sus pasos.

Nathan comprendió que no tenía otra opción que obedecerle.

Ese hombre era capaz de todo. No tenía escrúpulos.

—De acuerdo, pero esta será la última vez que accedo a sus exigencias. No voy a continuar facilitándole información. Si es necesario, lo pondré en conocimiento de mis superiores y me atendré a las consecuencias que mis actos hayan ocasionado —

declaró con firmeza.

Hood sonrió. ¿Cuántas veces había oído esas mismas palabras?

Conocía a los de su calaña, hombres que anteponían el dinero a los prejuicios morales, y no le impresionaban sus arranques de valentía.

Llevaba años consiguiendo lo que deseaba de el os y continuaría haciéndolo muchos más.

—Eso ya se verá. Ahora debo retirarme. Le agradezco su hospitalidad. Y, por favor, no es necesario que me acompañe a la salida. Es más, prefiero que se quede aquí quietecito o alguien

podría sufrir daños irreparables, como ese precioso niño que duerme en el piso superior.

Hood rió al ver el gesto de espanto que sus últimas palabras provocaban en su interlocutor. Se levantó del asiento y se acercó a Nathan.

—Tiene tres días para conseguir la información, Sawford. No me decepcione o se arrepentirá —le recordó, y se marchó cerrando la puerta tras él.

Nathan no se atrevió a impedírselo. Sabía que era capaz de cumplir su amenaza y eso le aterrorizaba. Pero no estaba dispuesto a continuar siendo su títere. Tenía que librarse de él como fuese o nunca le dejaría en paz.

Cuando transcurrieron unos minutos, salió de al í y se dirigió a la habitación de Matthew. Abrió la puerta y se acercó a la pequeña cama ocupada por el niño. El alivio que experimento al ver a su hijo dormido e ileso le provocó una fuerte emoción. Se inclinó y depositó un beso en la rubia cabeza mientras los ojos se le l enaban de lágrimas. Se prometió que acabaría con Hood la próxima vez que le viera, librando a su familia de la lacra que él representaba.

Capítulo 16

Sentada en el mul ido asiento del confortable carruaje, Adele se sentía

segura y protegida con Gregory a su lado. Ahora, con tiempo para pensar en lo sucedido, se percataba del riesgo al que había estado expuesta. Aunque no por el o se arrepentía de su visita a los jardines. Había sido una noche memorable, de bel os descubrimientos y emociones que perdurarían durante mucho tiempo en su recuerdo.

Con una sonrisa satisfecha, se arrel anó en su asiento. Estaba sorprendida por el mutismo de Gregory, que apenas había dicho unas cuantas palabras desde que abandonaron el sendero de los amantes. Dirigió una disimulada mirada al frente, donde él estaba sentado. El farol que iluminaba el interior provocaba caprichosas sombras en su rostro, impidiéndole verlo con claridad. Lo que sí pudo ver fue el bril o febril de su mirada. Sobresaltada, desvió la suya y la fijó en la velada ventanil a.

Gregory la observaba desde que el carruaje se puso en marcha minutos antes. Había tenido tiempo de analizar todo lo sucedido y valorar lo que sintió al saber que corría peligro, así como su reacción cuando la tuvo a salvo. Al pánico inicial, unido a la angustia y la sensación de impotencia, había que añadir el odio asesino hacia la persona que lo había provocado. Después, al abrazarla, esa sensación de increíble alivio, ese sentimiento de posesión que lo estremeció junto a la necesidad de cuidarla y protegerla, eran sentimientos que nunca había experimentado por ninguna mujer que no fuese de su familia, y le sorprendían aún más por su intensidad.

¿Qué sentía por el a? Desde luego, ese no era el momento de ponerse a analizar sus afectos. Tampoco era necesario mucho esfuerzo para determinarlos, concluyó. Acostumbrado a hacer frente a la realidad, no tuvo inconveniente en admitir que se había enamorado de Adele y, para su sorpresa, ese convencimiento le provocó un enorme placer.

Una vez que lo hubo admitido, quedaba lo más difícil: ¿cómo se lo decía? De pronto se sintió torpe y eso le asustó. Tenía una gran experiencia como amante, no como enamorado. Nunca le había

declarado su amor a ninguna mujer y temía tanto el hacerlo de forma incorrecta como el que el a lo rechazara. Pero como se enorgul ecía de su audaz carácter, decidió que lo mejor era lanzarse.

El carruaje dio una fuerte sacudida y Adele, que no estaba prevenida, se golpeó en la cabeza y lanzó un ahogado quejido.

Gregory se levantó alarmado y se sentó junto a el a.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Gregory con la voz teñida de

preocupación.

El a negó con la cabeza. El golpe no había sido fuerte y apenas le dolía.

—Deja que te mire —insistió él.

Le quitó el sombrerito y le palpó la zona.

—No tienes ninguna herida, pero me temo que l evarás durante días un buen hinchazón.

—Creo que podré soportarlo, mientras no me impida peinarme

—bromeó, y en su boca se formó una sonrisa que fue respondida por otra similar.

Gregory estaba ensimismado con el reflejo risueño de su mirada.

¿Por qué no podía dejar de tocarla? Había deslizado la mano hasta su nuca y la acariciaba con sus fuertes dedos. Su mirada permanecía secuestrada en aquel a sensual boca por la que escapaba un débil ronroneo, que tuvo el poder de encender su sangre como la más potente de las drogas.

Como si invisibles hilos tirasen de él, fue acercando su rostro a la cara de el a hasta que sus alientos se mezclaron, y durante unos segundos se mantuvo al í, quieto, intentando reunir fuerzas para impedir lo que estaba por suceder.

Adele tomó la decisión que él parecía estar otorgándole y acortó la distancia. Juntó sus labios con los de él en un tímido roce, que terminó por desbocar el reprimido deseo que bul ía en el interior de ambos.

Con un ágil movimiento, Gregory la sentó en sus rodil as y profundizó el beso, hasta que los labios se fundieron con el fuego de la pasión contenida desde horas antes. Gregory necesitaba ese íntimo contacto tras los momentos de inquietud vividos, cuando supo que podía perderla. También necesitaba esas caricias como un

bálsamo para su dolorido corazón, para redimir su parte de culpa.

Se sentía eufórico al tenerla en sus brazos, respondiendo a sus besos con idéntico ardor. Y entre la maraña de sentimientos que lo embargaban le sobrevino un pensamiento: no se merecía a esa mujer,

pero se esforzaría para l egar a ser digno de su amor.

Como en anteriores ocasiones, Adele estaba experimentando fuertes y desconocidas sensaciones. Ignoró la tenue vocecita de su conciencia, que le censuraba lo vergonzoso de su comportamiento, y se decidió a disfrutar de esos felices instantes que atesoraría para revivirlos en el futuro, cuando se viese privada de su presencia.

¿Qué importaba si no estaba enamorado de el a? Era consciente de que no podía exigirle a un libertino como Gregory que le hiciese promesas de amor, pero había observado una genuina zozobra en él y eso ya era un síntoma de alegría pues le confirmaba que, al menos, la apreciaba lo suficiente como para preocuparse por su seguridad.

Decidió dejar de recriminarse su indecente conducta y disfrutar de las caricias que estaba recibiendo y que conseguían que su cuerpo vibrase como las cuerdas de un violín bajo los dedos de un magistral concertista. ¿Qué mujer podría permanecer impasible en sus brazos? El a no, sin lugar a dudas. Y no solo le impedía que se tomase esas libertades, sino que las alentaba de buen grado.

La capacidad de pensar abandonó a Adele cuando Gregory se retiró de su boca para recorrerle la mejil a hasta la oreja, dejando un rastro de húmedos besos a su paso. Experimentó un placentero escalofrío al sentir su cálido aliento y la dura masculinidad en su cadera, alterándola de forma extraordinaria. Su respiración se aceleró, al igual que los latidos de su corazón, cuando él se dedicó a dibujar con la lengua la irregular superficie para acabar mordisqueando el sensible lóbulo desnudo. Pero no solo la acariciaba con la boca. Sus manos se deslizaban ávidas por su espalda hasta l egar a las caderas, palpando al í las redondeadas formas y provocándole una fuerte tensión en los pechos y el vientre.

Gimió y se apretó contra él para aplacar esa necesidad que crecía de forma vertiginosa en su interior.

Gregory sintió la dureza de los pezones rozándole y jadeó. El a lo deseaba y ese convencimiento lo l eno de satisfacción y de

angustia a la vez. No podía hacerle el amor al í, en el estrecho asiento de un carruaje en marcha por mucho que lo necesitase. Por otra parte, no sabía si sería capaz de detenerse si continuaba con lo que había comenzado. Nunca le había fal ado su autodominio, siempre había l egado hasta donde él pretendía cuando estaba con una mujer, pero con el a le resultaba imposible no dejarse arrastrar por la fiera pasión que le despertaba.

Adele, ajena a la agonía de él, se sentía eufórica y desinhibida, deseando y necesitando sus caricias. Experimentaba una quemante desazón en su interior que le l evaba a moverse sobre él, intensificando el contacto de sus cuerpos, frotando su cadera sobre aquel a dura parte que temblaba y crecía con cada roce. No sabía con exactitud lo que deseaba, pero sí lo que necesitaba: calmar aquel urgente anhelo de sus entrañas o se volvería loca.

Al sentir los nerviosos e incitantes movimientos de el a, Gregory apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza en un intento por mantener la cordura. Percibía su excitación y eso aumentaba la suya de forma vertiginosa. Sin embargo, sabía que no iba a poseerla al í. Estaba convencido de que era virgen y se merecía algo mucho más apropiado para su primera vez, con mayor intimidad y tiempo por delante.

Pero se lo estaba poniendo muy difícil con los sugerentes sonidos que salían de su garganta, aquel os pequeños jadeos y gemidos que

inundaban sus sentidos como la más bel a de las melodías y que le incitaban a dar rienda suelta a su lujuria. Así debió sentirse Ulises al oír el canto de las Sirenas, pensó con los restos de cordura que le quedaban.

Consciente de que debían quedar pocos minutos para l egar a su destino, y ansioso por procurarle a el a una satisfacción, introdujo su mano por debajo de la falda y la deslizó por su larga pierna hasta l egar a la abertura de los calzones. Adele se tensó al sentirle maniobrar en aquel a zona. No debía permitirle esa impúdica caricia, a la que el a en muy contadas ocasiones recurría por lo pecaminosa que resultaba, pero su garganta se negaba a emitir una negativa y su cuerpo palpitaba ansioso por recibirla.

Cuando Gregory acarició con sus hábiles dedos la lubricada zona, a el a se le escapó un grito de puro goce ante el íntimo

contacto y él, estimulado por la respuesta, liberó su boca para deleitarse con sus sonidos de placer.

—Eso es, mi dulce Agláope; canta para mí —susurró roncamente en su oído con masculino orgul o.

Adele, cautivada por completo, gemía mientras aquel a mano la acariciaba de forma experta, levantando fuertes y sucesivas oleadas de placer que la hacían temblar, culminando todo el o en una increíble explosión de gozo que la hizo proferir un prolongado grito saturado de júbilo. Tras el éxtasis experimentado, quedó débil y satisfecha en sus brazos, con una plácida sonrisa iluminando su rostro.

Poco a poco la conciencia volvió a el a. De pronto recordó las palabras «Dulce Agláope» ¿Agláope?… ¡Oh, Dios, él sabía quién era desde el principio y había estado jugando con el a, engañándola!

Se levantó de un salto, esforzándose por cubrirse con rapidez, y se sentó en el asiento de enfrente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gregory, luchando por mantener las riendas de su pasión para que no se desbocase.

Adele permaneció cal ada y mirándose con terquedad las manos, que tenía apretadas en su regazo.

—¿Tanto te han desagradado mis caricias que te muestras así de arrepentida? —insistió él, y en su voz se mezclaba la decepción por la reacción de el a con el deseo insatisfecho que bul ía en su interior.

Adele levantó el rostro y lo miró a los ojos.

—Respóndeme con sinceridad a una cosa, si eres capaz de hacerlo: ¿este juego te divierte o lo haces para ejercitar tus armas de seductor?

Gregory puso cara de total incredulidad y respondió con calma.

—Puedes explicarte, por favor.

—No lo creo necesario, pero haré el esfuerzo. Sabías durante todos estos días que yo era la mujer con la que estuviste bailando en el jardín la noche de la fiesta en casa de mi hermana, aunque has considerado más gracioso ocultarlo. ¿Con qué intención? Me pregunto. ¿Se trata de una de esas apuestas que tanto os gustan a los «cabal eros»? —El sarcasmo que imprimió a sus palabras daba a entender la pobre opinión que él merecía —. ¿Te resulta divertido

reírte de una solterona como yo o solo lo has hecho para ganar unas libras?

Las palabras de el a noquearon a Gregory tan fuerte como si hubiese recibido un contundente golpe en el estómago. Sintió que le faltaba el aire y tuvo que hacer un esfuerzo por respirar. Cuando recuperó el aliento, se esforzó en explicarse.

—¿Cómo puedes pensar algo así de mí, Adele? Yo nunca me atrevería a tratarte de esa forma, ni a ti ni a ninguna otra mujer. Me duele que te hayas formado esa pobre opinión. Pero debes saber que…

El carruaje paró y Adele, sin aguardar a que él le abriese la puerta o continuase con la explicación, descendió y caminó presurosa hacia la casa. Gregory se lanzó tras el a y la cogió del brazo para detenerla e intentar aclararle su postura.

—Deja que te explique, por favor.

Adele lo miró con gélida expresión.

—Haga el favor de soltarme, lord Rawson. No necesito sus explicaciones ni tampoco las deseo. Buenas noches.

Adele entró en la casa ante la mirada de asombro de Davis, que nunca había visto tan furiosa a la serena y correcta señorita Catesby.

Gregory estuvo unos minutos ante la cerrada puerta y luego caminó hasta el carruaje, sin dejar de recriminarse su estupidez. Era lógica su

reacción y tenía derecho a mostrarse ofendida pues creía que se había estado riendo de el a todo el tiempo. ¿Por qué no había sido sincero desde el principio?

De pésimo humor, pidió a Parker que se ocultase en alguna cal e cercana y él decidió caminar. Quería preguntar al agente de vigilancia cómo habían ido las cosas. Cuando l egó a la zona por la que solía estar, no lo vio por ningún lado. Pensó que estaría haciendo una ronda y decidió esperar unos minutos. Escondido en una oscura esquina, fijó la mirada en la casa. Vio encendida la luz de una de las ventanas del tercer piso e imaginó que sería Adele preparándose para dormir.

El cuerpo se le acaloró ante los recuerdos de lo sucedido minutos antes. El deseo aún ardía en sus entrañas, así como el íntimo olor de Adele persistía en sus manos. ¡Era tan ardiente!

Nadie podría imaginarlo al ver su semblante, pero él conocía su interior y sabía que podía ser capaz de hechizar a un hombre con un solo suspiro que saliese de su boca.

Se había enamorado como un colegial, y desde el primer momento. Aquel a oscura y mágica noche, en la que no le vio el rostro pero descubrió parte de su maravil oso ardor, el a le había conquistado. Adele ocupaba gran parte de sus pensamientos y todos sus sueños desde ese día, hasta el punto de comenzar a forjar ideas que poco tiempo antes le parecían descabel adas, como la de formar una familia.

Hasta que había conocido a Adele, Gregory opinaba que las mujeres resultaban un placentero entretenimiento mientras no le exigiesen algo más que esporádicos intercambios sexuales. El a no le había exigido nada y él estaba deseoso de que lo hiciese. Ironías de la vida, se dijo con una sonrisa. Él, que tan solo unos meses antes se había reído de su hermano por su condición de casado, atesoraba la esperanza de que esa mujer consintiese en ser su esposa.

Tras un rato esperando, decidió marcharse. Había sido un día de fuertes emociones y se encontraba agotado. Regresó al carruaje y, antes de subir a él, echó una última mirada a la ventana que había permanecido iluminada hasta segundos antes. Ya encontraría la forma de convencerla de sus nobles intenciones, se prometió; porque no pensaba dejar que Adele se le escapase. Sí, la señorita Catesby sería su esposa.

Ensimismado en sus pensamientos, subió al carruaje y se dejó caer en

el asiento con gesto de cansancio. Iba a ordenar a Parker que emprendiese el regreso a casa cuando la puerta del otro lado se abrió.

—Pida al cochero que se ponga en marcha y dé una vuelta a la manzana. Está l amando la atención —ordenó el hombre que se había introducido en el vehículo.

Gregory hizo el intento de sacar la pequeña daga que portaba en la bota.

—Le aconsejo que no lo haga. Le estoy apuntando con una pistola.

Gregory miró. El bril o del metal destacaba en la oscuridad.

—¿Quién es y qué desea? —preguntó con belicosidad. Estaba perplejo pues la voz le resultaba familiar.

—Soy quien le salvó el pel ejo ayer noche y quiero hablar con usted. Ahora, haga lo que le he dicho.

Gregory acabó recordando dónde había oído esa voz. Era la del agente infiltrado que le había ayudado a escapar de los secuaces de Hood. Indicó a Parker que se pusiese en marcha y encendió uno de los faroles que había apagado para no atraer la atención. Se sorprendió al verle. El hombre que estaba ante él no se parecía al barbudo escocés de la noche anterior. Este l evaba la cara rasurada, un buen corte de pelo y vestía con elegancia.

—Ha cambiado mucho en poco tiempo. No se parece a la persona que recuerdo.

El hombre soltó una carcajada.

—Esa es mi intención, amigo. ¿Por qué cree que he sobrevivido tantos años en esta profesión? Por cierto, espero que me devuelva la bufanda que le presté. Es parte del vestuario de camuflaje.

Gregory asintió, persuadido de que era la persona que decía ser.

—¿Puedo saber su nombre?, porque «escocés» no se ajusta demasiado a su nueva personalidad.

—No puede, pero l ámeme Oberon5. Es mi nombre en clave.

—¿Por el rey de las hadas de Shakespeare? —Su boca se curvó en una divertida mueca—. ¿No lo cree excesivo?

—Es cuestión de perspectiva. A mí me parece muy adecuado —

respondió con una media sonrisa que hizo destacar el pronunciado hoyuelo de su barbil a.

—Y bien, ¿qué desea?

—En primer lugar, informarle de que el hombre que tenía vigilando a Sawford está muerto.

Gregory dio un respingo al oír eso. ¿Smith muerto?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con escepticismo.

—Yo mismo lo he comprobado hace unos minutos. Si quiere, le l evo hasta donde está oculto para que se cerciore.

—No es necesario. Confío en su palabra. ¿Quién cree que ha sido?

—Hood o uno de sus acólitos, aunque apuesto por él. No ha querido correr el riesgo de que lo descubriese y alertase a los

demás. Ha sido de forma limpia, sin mediar pelea. No ha debido darse cuenta o se habría defendido —se lamentó—. Ya me haré cargo de su cuerpo más tarde.

—¿Hood aquí? ¿Con qué fin? ¿Para entrevistarse con Nathan?

—Gregory no podía creer que se hubiese atrevido.

—O para buscar algo.

—Eso ha sido muy imprudente por su parte. No es propio de él, según me han avisado.

—Cierto, pero recuerde que las circunstancias han cambiado.

Morgan, que le servía de tapadera y a través del cual se comunicaba con Sawford, está muerto y es probable que no l egara a entregarle los documentos que su amigo le dio anoche, por lo que se ve obligado a actuar solo. Habrá aprovechado que no estaba el capitán para revisar sus papeles y comprobar si los tiene. Por eso lo ha alejado de la casa esta tarde.

—¿Cree que se encuentra dentro? —preguntó temeroso. Adele estaba al í y podía correr peligro.

—No lo creo. Smith ya l evaba un buen rato muerto cuando lo he encontrado, y Sawford l egó hace más de una hora. La entrevista ha sido corta. Hood sabe que no debe exponerse de ese modo. Lo que más me fastidia es que he debido tenerlo delante de mis narices y ni me he dado cuenta. Nunca he visto a nadie tan escurridizo —se quejó con fastidio.

Oberon estaba molesto por no haberse percatado que lo tenía tan cerca, y sin la protección de Morgan y sus secuaces como en las ocasiones anteriores. En los meses que l evaba infiltrado en la banda de ladrones solo en tres ocasiones tuvo alguna posibilidad de detenerle, y siempre se le había escapado. Incluso dudaba que Morgan supiese quién era o hubiese visto su rostro para poder identificarle.

—¿Sabe dónde ha ido Sawford esta noche? ¿Lo ha seguido usted? Eso es lo que deseaba preguntarle a Smith.

—No lo sé, pero imagino que carece de importancia. Como le he dicho, la cita debía de ser un subterfugio para alejarlo de la casa durante unas horas.

—¿Y cómo ha l egado a esa conclusión? Creo que está aventurando demasiadas hipótesis —objetó Gregory. No le

gustaban las suposiciones, él prefería los hechos probados.

Una nueva carcajada del hombre hizo que Gregory se sintiese molesto.

—No comprendo cómo ha logrado sobrevivir estos últimos cinco años, amigo. Debería haber aprendido algo de su hermano —replicó Oberon con sarcasmo.

—¿Conoce a Julian?

—Nos conocimos hace años, en Francia. Aunque él también fue imprudente. Se olvidó de la regla esencial de todo espía y eso le l evó al desastre. Estuvo muy cerca de la muerte.

Su tono enigmático acentuó la curiosidad de Gregory. Sabía que su hermano había regresado de la guerra con graves heridas, tanto físicas como anímicas, pero nunca quiso preguntar. Él podría aclararle las cosas.

—¿Qué ocurrió?

—¡Demonios, es usted incorregible! —exclamó con divertido asombro

—. No, muchacho, si él no ha querido contarle nada, no voy a ser yo quien desvele su secreto. Únicamente le recomiendo que no cometa sus mismos errores.

—¿A qué se refiere? —preguntó molesto. Estaba cansado de que lo tratase como a un colegial. Él ya tenía un hermano mayor.

—Se involucró de forma inadecuada y eso suele acarrear pésimos resultados; fatales a veces.

Gregory decidió no continuar indagando. Cuando volviera a ver a Julian le preguntaría.

—¿Ha descubierto lo que ocurrió con los documentos que Nathan entregó a Morgan?

—Imagino que los escondió en lugar seguro y, al matarlo de forma accidental, Hood no pudo descubrirlos.

—¿Otra suposición? —comentó mordaz.

—Llámelo como desee, Rawson. Mi experiencia me dice que Hood no se arriesgaría a matar a su compinche antes de tener la documentación en su poder, por lo que es lógico suponer que la cosa se le fue de las manos sin querer. Sabía lo temerario que sería contactar con Sawford para reclamárselos de nuevo. Aunque también podría tratarse de un robo o un ajuste de cuentas. Morgan tenía grandes rivales y muchos enemigos. Hood se encontró con el

hombre sin vida y sin la posibilidad de decirle dónde los tenía, de ahí que registrara toda la casa. En fin, quién sabe lo que ocurrió. Todas las posibilidades son válidas.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a que den el siguiente paso. Sawford precisará de, al menos, un par de días para reunir otra vez la información, porque no creo que haya sido tan estúpido de traer un duplicado de los planos a su casa o guardarlos en su despacho. Tiene que volver a copiarlos y eso le l evará tiempo. Hood le habrá dado un margen para que lo haga y entonces se pondrá en contacto para recogerlos.

—¿Piensa que volverá a venir por aquí? —Lo dudaba, pero era una posibilidad.

—No lo creo. Al haber liquidado al agente sabe que nos ha puesto

sobre aviso y lo citará en otro lugar. Usted debe continuar con la vigilancia del capitán y yo me encargaré de seguir mi pista. Si tuviera algo importante que comunicarme, y entiéndame, solo algo muy importante, póngase en contacto con Eckersley. Él sabrá cómo hacerme l egar el mensaje.

Gregory movió la cabeza en señal de asentimiento. Compartía los razonamientos de Oberon, que coincidían con los suyos.

—¿Quiere que le l evemos a algún lugar o se quedará vigilando?

—ofreció Gregory. Él ya había cumplido por ese día. A la mañana siguiente informaría a Eckersley de la muerte del agente de vigilancia y le pediría un sustituto. Estaba convencido de que el final de Hood estaba cerca.

—No, gracias. He de encargarme de recoger el cuerpo de Smith y l evarlo a la morgue. Márchese a descansar y a ahogar las penas con un buen trago de brandy. Es la única forma de olvidar los sinsabores que las mujeres suelen causar.

Gregory hizo un gesto de contrariedad y lo miró receloso. ¿Cómo sabía él eso?

Oberon soltó otra carcajada.

—La escena del portal ha sido muy reveladora, muchacho; aparte de otros indicios. Una dama con carácter, la señorita Catesby. Ha debido defraudarla mucho para que se mostrase tan indignada —apuntó en tono burlón. Ese detal e, unido al inequívoco olor del intercambio amoroso que perduraba en el ambiente y en el

cuerpo de Gregory, le habían dado las pistas.

—Eso no es asunto suyo —respondió molesto.

—Desde luego, mientras no le enturbie el buen juicio y merme sus aptitudes —dijo con seriedad, olvidando el sarcasmo anterior—.

Me han asegurado que es un buen profesional, Rawson; cosa que no he tenido ocasión de comprobar todavía porque no le presta a esta misión la atención que se merece. Le dedica demasiado tiempo a otros menesteres más entretenidos aunque menos productivos para el caso que nos ocupa, que no es otro que descubrir y detener a Hood lo antes posible para que no siga haciendo daño a nuestro país. En este oficio no se deben mezclar trabajo y placer porque siempre acaba mal

alguno de el os.

Con esa última reprimenda, que consiguió avergonzar a Gregory, Oberon consideró que había cumplido con su deber aleccionador.

Tocó en el techo para indicar al cochero que parase. Se bajó y desapareciendo en las sombras.

5 Personaje de la obra *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare escrita hacia 1595.

Capítulo 17

A las once en punto de la mañana siguiente, un nervioso Gregory con un gran ramo de flores en la mano l amaba a la puerta de los Sawford.

—Buenos días, Davis. ¿Se hal a la señorita Catesby en casa?

—Así es, *milord*.

—Haga el favor de preguntarle si puede recibirme. La esperaré en la sala —pidió al mayordomo, y se dirigió al lugar indicado.

Davis se apresuró a cumplir la orden y se encaminó escaleras arriba hacia la habitación de Adele. Cuando volvió a presentarse ante Gregory minutos más tarde, su semblante aparecía más serio de lo habitual y mostraba un ligero sonrojo. Sin mirarle a los ojos, le comunicó:

—La señorita Catesby se encuentra indispuesta y no puede recibirle.

Gregory se alarmó.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

—No sabría decirle, *milord*. Me ha pedido que se lo comunique, como acabo de hacer.

—Entiendo. Hágale l egar este presente de mi parte y con mis mejores deseos de un pronto restablecimiento. Mañana pasaré a comprobar si ha mejorado de su dolencia. —Le entregó el ramo de flores y se marchó preocupado.

No creía que la enfermedad que alegaba fuese real o, al menos, tan grave que le impidiese recibirle. Había sido una invención. El a estaba disgustada por los sucesos de la noche anterior y no quería verle. Paciencia, se recomendó a sí mismo. Le daría tiempo para que

reconsiderase su postura.

Adele lo vio subir al carruaje desde la ventana del cuarto de Matthew con una creciente amargura y la firme decisión de no volver a verlo en el tiempo que le restara de estar en Londres. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando había demostrado que no era capaz de resistirse a ese lujurioso sin escrúpulos que la había estado

engañando todo el tiempo? ¡Cómo debía estar riéndose de el a, la fea y cándida solterona, que no podía ocultar la atracción que sentía por él!

Y el a, ¿cómo le había permitido esas libertades? No tenía excusas con las que eludir su responsabilidad, como que había tomado demasiado vino en la cena. No era cierto y, en caso de haberse excedido, a esa hora ya se habrían anulado sus efectos.

Tampoco podía alegar que Gregory la hubiese forzado. Cierto que fue él quien inició el acercamiento, pero el a se prestó de buen grado a que lo culminara, alentándolo con su desvergonzada conducta.

No, su comportamiento no tenía disculpa. El deseo que él le inspiraba le nublaba la razón hasta el punto de que no se reconocía como aquel a mujer juiciosa que solía ser. Ni en sus días de juventud, cuando se creyó enamorada de Nathan, había l egado a sentir esa necesidad de contacto, esa avidez de caricias, que la l evaba a abandonarse a el as sin medir las consecuencias.

Se había comportado como una lasciva descarada y se avergonzaba por el o. Pero no volvería a ocurrir. En cuanto regresase su hermana, se marcharía de al í y comenzaría a olvidar que existía un despreciable sinvergüenza l amado Gregory Rawson.

Adele pensó que sus ruegos habían sido escuchados porque esa misma tarde regresó Celeste. Llegó con una alegría desbordante y una agobiante verborrea. Se alegró de que su hijo estuviese tan restablecido aunque no le dedicó más de unos segundos de mimos, enviándolo con la niñera a su cuarto donde, según opinaba, debían estar los niños y no correteando por la casa y molestando a los mayores.

Durante la cena, la segunda que Adele compartía con la familia desde que l egara casi un mes antes, Celeste no dejó de hablar de todo lo sucedido en los días anteriores. La agenda había sido muy apretada, casi agotadora, aseguró. Entre los baños por la mañana, las visitas recreativas a los rincones más pintorescos de la comarca por las tardes

y las fiestas o veladas culturales por la noche, apenas había tenido un momento de respiro.

Celeste estaba impresionada por la distinguida sociedad que

acudía a la bella ciudad balneario, en la que no faltaban actividades de todo tipo y para todos los gustos. Le habría gustado permanecer más tiempo al í, pero Lyudmila tenía un compromiso importante y no podía quedarse. A el a, aunque había trabado amistad con varios aristócratas que intentaron persuadirla de que permaneciese en la ciudad, no le pareció apropiado hacerlo. Estaba deseando regresar a Londres para no perderse ni un solo baile de la temporada social que estaba en su apogeo, y para probarse los nuevos vestidos que había encargado.

El semblante de Nathan se ensombrecía con cada palabra que salía de la boca de su esposa, y Adele se preguntaba cómo era posible que Celeste no comprendiese que esa actitud molestaba a su marido. Pero su hermana seguía con la retahíla de chismes e historias acaecidas en su emocionante visita a Bath y el a no podía hacer otra cosa que asentir y sonreír mientras sus pensamientos se recreaban en los acontecimientos de la noche anterior, cuando en el viaje de regreso Gregory…

Un súbito acaloramiento le sobrevino, que con toda seguridad se reflejó en su rostro, al evocar tan vívidas imágenes. Observó con disimulo a su cuñado por si había reparado en el o, pero él mantenía su mirada en el plato como si el contenido de este fuese una importante enigma por resolver. Por su parte, Celeste continuaba con la narración sin mirar a nadie en particular.

Incapaz de soportar más la charla insustancial de su hermana y el semblante serio de Nathan, decidió olvidarse del postre y retirarse. Entre las cuatro paredes de su solitario cuarto podría descargar su rabia y amargura sin dejar que los demás presenciasen tal humil ación.

Al día siguiente, Gregory acudió a la misma hora y con idéntico ramo de flores a la residencia de los Sawford, aunque con el firme propósito de no marcharse sin ver a Adele y, sobre todo, sin explicarle las razones de su conducta.

Había pasado las veinticuatro horas anteriores recriminándose por su torpeza y desolado por la lamentable opinión que le había causado, y no pensaba continuar más tiempo con esa zozobra.

Necesitaba que lo perdonase por haberle ocultado ese detal e que

tanto la había molestado.

—Buenos días, Davis. ¿Dónde está la señorita Catesby?

Si el flemático mayordomo se sorprendió por la inconveniencia de la pregunta, no lo demostró.

—Creo que está en la sala de música, *milord*. ¿Desea que le avise de su l egada? —se ofreció.

—No es necesario. Conozco el camino —respondió.

Gregory ignoró el gesto de asombro en el rostro del mayordomo y subió de dos en dos las escaleras. Estaba decidido a no aceptar otra negativa por parte de Adele.

Conocía el lugar. Se trataba de una pequeña estancia de la primera planta contigua al salón de baile y con la ventaja de que podía comunicarse con él a través de unas puertas abatibles que, al retirarlas, incrementaba el espacio del salón. Este tipo de soluciones eran muy comunes en las casas de reducidas dimensiones como aquel a, a las que se recurría para dar la sensación de amplitud aunque no evitaba que continuase siendo una casa mediocre que decía mucho de los dueños. Nathan no debió acceder nunca a las pretensiones sociales de su esposa, al menos mientras sus ingresos fuesen tan exiguos como los que ahora tenía.

Hasta sus oídos l egaron unas alegres notas tocadas magistralmente, a las que pronto se unió una armoniosa voz de soprano. Gregory sintió que su corazón se aceleraba y se detuvo.

Ese sonido era como un poderoso hechizo al que ni el más valeroso ni el más sensato de los mortales tenía poder para sustraerse; él, sin lugar a dudas, no era ninguna de esas personas. Lo había atrapado con su magia la primera vez que lo escuchó y no podía, ni quería, eludir su dominio.

La puerta estaba entornada y espió a través de el a durante unos minutos, dejándose acariciar por aquel seductor canto, colmado de bel as promesas, que tenía la facultad de l egar al fondo de su corazón y enraizarse al í para adueñárselo y disponer de él a su antojo.

Adele estaba sentada al piano, casi de espaldas a la puerta, y Gregory no podía verle el rostro aunque sí admirar su elegante espalda y su bel

a nuca. Una creciente rigidez comenzó a adueñarse de su cuerpo. ¿Es que nunca iba a ser capaz de

contemplarla sin sentir ese furioso deseo en su interior?

Las notas cesaron y la voz fue apagándose en una perfecta escala cromática.

Matthew, que sentado a sus pies sobre la alfombra la escuchaba embelesado, pidió con entusiasmo:

—¡Otra, tía Adele!

—Ya está bien, Matthew. Vamos al parque un rato hasta la hora del almuerzo. Hay que aprovechar que ha salido el sol —contestó el a con firmeza.

—¿Y podré jugar con la cometa que me regaló lord Rawson?

—Si prometes no fatigarte demasiado, podrás jugar con el a.

—¡Voy a cogerla! —exclamó feliz, y salió veloz. Al l egar a la puerta se paró con cara de asombro—. ¡Lord Rawson!

Gregory terminó de abrir la puerta con gesto sereno.

—Buenos días, Matthew —saludó sin dejar de mirar a Adele.

El a, al oírlo, se levantó del asiento visiblemente alterada.

—Tía Adele dice que puedo l evar la cometa al parque. Hoy hace viento y podrá volar —explicó Matthew con la cara arrebolada por la emoción.

—Estupendo. Ve por el a y yo te ayudaré.

El niño obedeció y desapareció escaleras arriba en busca de su preciada posesión.

Gregory se acercó a Adele, que no se había movido del lugar y lo observaba con ceñudo gesto.

—Buenos días, Adele. Esto es para ti. —Le tendió el ramo de flores que ocultaba en su espalda.

—No era necesario que se molestase, *milord* —respondió con frialdad, olvidando el trato familiar que venía empleando los últimos días.

Tomó las flores que le ofrecía y se dirigió al l amador.

Gregory suspiró. Debería esforzarse bastante más para conseguir su perdón. Estaba muy enojada.

—¿Podemos hablar, Adele? Me gustaría explicarte los motivos que…

—No tiene nada que explicar. Soy capaz de comprender la situación —lo cortó sin miramientos.

—Sí, debo hacerlo. Mereces una disculpa. Por favor, déjame que te aclare lo sucedido —rogó con humildad.

Matthew entró con la cometa de vistosos colores en la mano y seguido de una de las doncel as.

—Mary, pide a la niñera que prepare a Matthew para salir y, cuando lo esté, que me espere con él en el vestíbulo. Y coloca estas flores en un jarrón y l évalas a mi cuarto, por favor.

—Vamos, Matthew. Buscaremos a Elsie —dijo la doncel a, cogiendo al niño de la mano.

El pequeño se mostró reacio a acompañarla y se quedó mirando a Gregory.

—¿Vendrá con nosotros al parque, lord Rawson? Ha prometido ayudarme a volar la cometa —le recordó, mirándolo con ilusionados ojos.

—En unos minutos estaremos al í, Matthew. Antes tengo que resolver un problema con tu tía.

—¿Puedo ayudar? Tía Adele dice que soy bueno con los acertijos.

Gregory sonrió.

—En otra ocasión, cariño. Ve con Mary —le apremió Adele con ternura y sonriendo también a su pesar.

Matthew se marchó y Adele indicó a Gregory que tomase asiento en el sofá, haciéndolo el a en una sil a.

—Como bien le decía, *milord*, no deseo explicación alguna por su parte; es más, le pediría que se las ahorrase. Tampoco es necesaria una disculpa. No soy una joven debutante temerosa de perder su honra, como habrá podido observar.

—Adele, por favor, quiero que comprendas que nunca he pretendido jugar contigo o reírme de ti, como me acusaste la otra noche —dijo con voz anhelante.

Gregory sentía un extraño nerviosismo y se asombraba de el o.

Él, el experimentado mujeriego, casi temblaba ante aquel a mujer, temeroso de que no le permitiese continuar frecuentando su compañía. Necesitaba que el a le creyese, que no pensase que era un libidinoso sin escrúpulos que se aprovechaba de toda mujer que veía

—Es cierto —continuó en tono paciente—. Sabía que eras la mujer de aquella noche y cal é. Te ruego que me perdones por no haberlo dado a entender. Fue una gran torpeza por mi parte —

admitió con humildad.

—No debió mentirme —manifestó resentida.

—No creo haberlo hecho. Al principio fingí no reconocerte para no violentarte. Cuando comprendí que tú también me habías reconocido y no lo admitías, decidí secundarte. Porque sabías quién era desde el principio, ¿no es cierto?

Adele enrojeció al verse descubierta y dirigió su mirada al suelo, negándose a responder. Era cierto. No podía reprenderle por su actitud cuando el a había hecho lo mismo. ¿Cómo se habría sentido si él la hubiese desenmascarado en aquel a primera visita?

—Vamos, Adele, no es tan grave. Comprendo las razones que tuviste para no admitirlo. No me conocías. Pensabas que lo que habías hecho era censurable y que te podía descubrir ante los demás. Después de conocerme, al menos un poco, ¿crees que sería capaz de propagar comentarios vejatorios sobre ti?

El a lo miró a los ojos y vio sinceridad en aquel as ambarinas pupilas que tanto la subyugaban. Admitía que su reacción de la noche anterior había sido desproporcionada, pero se sentía tan vulnerable que… que… ¡Oh, Dios, era vergonzoso!

Por la expresión de su rostro, Gregory comprendió los sentimientos que la embargaban. ¿Por qué no tenía más fe en sí misma? Era una mujer hermosa, más por dentro que por fuera, y debería ser consciente de el o.

Se levantó y fue hacia el a.

—Adele, no debes avergonzarte de nada. Fue precioso para mí.

Me sentí muy dichoso de darte placer.

El a emitió un lastimero gemido al tiempo que el rostro se le encendía.

—¿Te gustó? Por favor, dime que gozaste —preguntó con patente anhelo.

Gregory nunca había sentido esa angustiosa expectativa, ni en su primera experiencia más de trece años atrás, y necesitaba oír de sus labios que no la había defraudado; lo necesitaba con desesperación.

El a asintió con la cabeza, incapaz de emitir sonido alguno, y Gregory volvió a respirar con normalidad. Se agachó a su lado para poder estar a su altura y mirarla a los ojos.

—Procurarte todo el placer que sea capaz de dar es mi máxima aspiración —confesó, y depositó un tierno beso en su frente.

Adele le sonrió con timidez, consiguiendo que su rostro se iluminase. A Gregory le abrumaron la cantidad e intensidad de los sentimientos que estaba experimentando. Se rehízo con esfuerzo.

No era el momento ni el lugar para declarárselos a el a.

—Debemos bajar. Tengo una promesa que cumplir —le dio la mano para ayudarla a levantarse y ambos bajaron las escaleras para reunirse con el niño, que los esperaba impaciente.

Capítulo 18

Celeste se levantó del lecho irritada. La música que l evaba sonando desde hacía varios minutos, acompañada por la voz de su hermana, la había despertado. ¿Es que en aquel a casa no era posible tener un minuto de tranquilidad? ¡Si no eran ni las once de la mañana!

Comprendiendo que sus horas de sueño se habían acabado, l amó a la doncel a. Al menos, tendría tiempo de arreglarse con calma para acompañar a Lyudmila al modisto.

Cuando l egó Monique, la eficiente doncel a francesa que la princesa le había recomendado, le encargó el desayuno y le pidió que le preparara un baño con las sales adquiridas en Bath. Mientras la doncel a cumplía sus órdenes, se recreó con el armonioso sonido que l egaba a sus oídos.

Desde niña había envidiado la magnífica voz de Adele, y eso aumentaba el rencor que sentía hacia su hermana. Si el a supiese cantar de forma tan magistral, sería el alma de todas las reuniones.

Sin embargo, y por mucho que lo había intentado, no tenía ese talento.

Recordaba las tardes que su madre las obligaba a acudir a casa de la señora Hume, la organista de la parroquia, para recibir lecciones de piano y canto. Adele comenzó a destacar desde los primeros días y se incorporó de inmediato al coro. El a, por el contrario, no fue admitida, y eso que su madre ejerció toda su influencia. Ophelia l egó a amenazar a su padre con marcharse a Dover, a casa de su hermana Beatrice, si no conseguía que su hija menor tuviese un lugar destacado entre las voces que amenizaban el servicio dominical.

Todo fue en vano ya que la señora Hume se negó en redondo a admitirla y su padre, el muy traidor, atendió los razonamientos y respetó su decisión. En vista de el o, su madre tuvo que resignarse a que su hija no fuese la solista del renombrado coro y tampoco se marchó, sobre todo porque Beatrice no la había invitado. Celeste sabía que ambas no se l evaban bien a causa, según le había explicado su madre, de un pequeño enredo surgido en su juventud

con Justin, el entonces prometido de su hermana, y por el que Beatrice aún le guardaba rencor.

De pronto, la música cesó y con el a la bel a canción que Adele entonaba. Celeste suspiró y se sumergió más en la amplia bañera.

Esas sales valían hasta el último penique gastado en el as, y fueron más de lo que esperaba. El olor a jazmín inundaba sus fosas nasales causándole un efecto relajante.

Permaneció envuelta en una dulce ensoñación, recreándose en el recuerdo del apasionado *affaire* vivido con el barón de Howsham.

Se trataba de un hombre muy atractivo, con considerable fortuna y un magnífico amante, con el que tenía proyectada una corta escapada a su residencia campestre cercana a la ciudad cuando Lyudmila decidió regresar. Confiaba en que hubiese recibido la nota que le envió antes de partir, en la que lamentaba el verse privada de sus atenciones, y no que hubiese caído en manos de la arpía de su esposa.

Sintió frío y decidió concluir el baño. Si se resfriaba, perdería buena parte de los eventos sociales a los que estaba invitada. La princesa le

había prometido que le conseguiría una invitación al baile de los duques de Worcester, el más afamado de los que se celebrarían hasta el final de la temporada, y al que asistiría el Rey con su actual favorita.

Salió de la bañera y la doncel a la cubrió con una toal a calentada al fuego de la chimenea. La secó y Celeste se tendió sobre el lecho para que Monique procediera a extender por su cuerpo la crema de vaselina y aceite de rosas silvestres que utilizaba Lyudmila y que hacía maravil as con la piel. Comenzó a sentir un ligero sopor, fruto de la relajación provocada por el masaje y la falta de sueño. La noche anterior había acudido a una velada en la embajada rusa, lo que hizo que regresase de madrugada. Aunque ya no tenía tiempo de dormir un rato más o l egaría tarde a su cita.

—Monique, pídele a mi hermana que venga. Y que no se demore, por favor.

—De inmediato, *madame*.

Celeste deseaba comprobar si su hijo estaba en condiciones de ser presentado a la princesa cuando l egase porque había insistido en conocerlo. Y, aunque le incomodaba la petición pues temía que

descubriese la enfermedad que Matthew había padecido, no podía rehusarla. Debía cuidar su imagen y no aparecer como una madre negligente, como su hermana la acusaba de forma injusta. Lo que ocurría era que no tenía buena mano con los niños, al contrario que Adele, y su hijo resultaba demasiado inquieto y la agotaba.

—La señorita Catesby ha salido, *madame* —le comunicó la doncel a cuando regresó a los pocos minutos.

A Celeste le extraño. ¿Qué le habría impulsado a salir? ¡Su obligación era estar al í cuidando de Matthew!

—¿Y dónde ha ido esa mema? —preguntó irritada. La necesitaba para que se ocupase de que el niño ofreciese su mejor estampa. Hasta había pensado presentarla como su institutriz. Era un signo de elegancia contar con una para la educación de los niños aunque no tuviesen edad de aprender nada.

—Ha l evado al señor Matthew al parque.

Celeste frunció el ceño. Si su hijo no estaba para la hora en la que Lyudmila tenía previsto l egar, iba a disgustarse mucho.

Además, ¿no era demasiado pronto para que saliese a la cal e?

—¿A cuál de el os? Espero que no se demore demasiado.

¿Sabes si se ha l evado el coche?

—Han ido en el carruaje de lord Rawson —respondió Monique, complacida por la expresión de asombro en el rostro de Celeste al escuchar sus palabras. Sabía que su ama estaba encaprichada del apuesto cabal ero y hacía todo lo posible por enamorarlo sin que hasta el momento hubiese tenido éxito.

Celeste se incorporó de un salto. ¿Lord Rawson había estado al í? ¿Por qué nadie le había avisado con suficiente antelación? ¿Y

qué hacía acompañando a su hermana y a su hijo al parque?

—¿A qué hora ha l egado? —indagó sin molestarse en disimular el fastidio que la noticia le provocaba.

—Creo que a las once, *madame*. Yo misma le he visto l egar.

Llevaba un gran ramo de flores en la mano.

Celeste sonrió de forma perezosa. La jugosa boca en forma de corazón se curvó en una sonrisa petulante. De eso se trataba. Al enterarse de su regreso, lord Rawson se había apresurado a visitarla y, al encontrarse el a en sus aposentos, se había ofrecido a acompañar a su hijo y a la que debía creer que era la niñera, al

parque. No existía otra explicación posible.

—¿Dónde está el ramo? Tráelo.

—Está en el dormitorio de la señorita Catesby.

—¿Y qué hace al í, si puede saberse? —demandó irritada. ¡Qué desfachatez por parte de Adele apropiarse de un obsequio que no era suyo!

—Parece ser que lord Rawson lo ha traído para el a —respondió Monique, feliz de hurgar en la herida.

La estupefacción de Celeste iba en aumento. ¿Había escuchado bien? ¿Lord Rawson haciendo regalos a su hermana? ¡Qué absurdo! Esa chica, al no dominar el idioma, había entendido mal.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Mary lo ha comentado en la cocina, señora. Ayer le trajo otro, aunque ese no quiso aceptarlo. Y un día le regaló una caja de chocolates, según he podido oír. Al señor Matthew también le regaló un barquito de madera, que se ha convertido en su juguete favorito, y una cometa, que hoy piensan volar en el parque —se explayó con gran satisfacción.

En la cocina se comentaba que el hombre estaba coladito por la hermana de la señora, pero eso era demasiado para confesárselo a la vanidosa Celeste. Sabía cómo se las gastaba cuando se enfurecía y no quería exponerse a que la despidiera; aunque si el a seguía preguntando…

Celeste escuchaba con los ojos desorbitados por el estupor sin acabar de creer lo que la doncel a le explicaba.

—Espera —la cortó—. ¿Pretendes decirme que lord Rawson ha venido de visita varias veces durante mi ausencia y le ha hecho regalos a mi hermana?

—Es lo que he oído, *madame*. Lord Rawson ha venido casi a diario de visita desde que usted partió de viaje. Y han salido en tres ocasiones, una de el as por la noche. Estuvieron en los jardines Vauxhal , creo. Todos los sirvientes piensan que está interesado en la señorita Catesby. Mary dice que parece un cuento de hadas —

apostil ó con malicia sin poder contenerse. Estaba comprometiendo su empleo, pero valía la pena por contemplar el rojo semblante de su señora, que parecía a punto de sufrir una apoplejía.

Celeste pasó del asombro inicial a la cólera al oír las

explicaciones de su doncel a. No podía ser, ¿lord Rawson encaprichado de Adele? ¿Quién podría creerlo? ¡Si era un adefesio!

¿Qué hombre se sentiría atraído por una mujer como el a, insulsa y poco agraciada, y menos uno como Gregory, por el que suspiraban las más bel as damas de la alta sociedad?

Conociendo su arraigada cabal erosidad, y también por complacerla a el a, se habría sentido en el deber de mostrarse atento con la hermana solterona y dedicarle un poco de tiempo. Esa debía de ser la explicación para tan extraño comportamiento, sin duda. Lo que se negaba a admitir era que estuviese interesado por Adele. ¿A quién se

le ocurriría algo tan absurdo?

—Ayúdame a vestirme, rápido —ordenó a Monique. El a averiguaría la verdad, se dijo con despecho.

En pocos minutos estuvo arreglada y fue a la sala de recibir, apostándose junto a la ventana para vigilar la entrada de la casa.

Casi una hora más tarde vio l egar el elegante carruaje de Gregory, que paró ante la puerta.

Gregory descendió en primer lugar. A continuación lo hizo un entusiasmado Matthew, que subió corriendo las escaleras; por último, bajó Adele. Gregory le dio la mano para ayudarla y el a le dedicó una sonrisa. Ya en la acera, y antes de acompañarla a la puerta, él le cogió una mano y se la l evó a la boca, depositando un largo beso en su dorso.

Celeste contemplaba la escena desde la ventana con creciente furia. ¡Esa… esa… birria le estaba poniendo ojitos tiernos a lord Rawson! ¡Era inaudito! Y, para mayor asombro, él parecía complacido. ¿Cómo era posible que pudiera mirarla a la cara sin asustarse?

Abandonó la ventana y se encaminó al vestíbulo. Davis ya había abierto la puerta y saludaba al niño.

—¡Mamá! —gritó con alegría Matthew al ver a su madre, y se lanzó a sus brazos.

Celeste frenó su efusivo abrazo con una mano en la cabeza y dedicó toda su atención a la pareja que acababa de entrar.

—¡Lord Rawson, que placer tan inesperado encontrarle aquí! —

Le tendió la mano en un sofisticado gesto.

Gregory se inclinó y sostuvo su mano con galantería, pero sin

posar los labios en el a.

—Señora Sawford, el placer es mío.

Sin inmutarse, Celeste le dedicó la mejor de sus sonrisas y lo cogió del brazo, en un posesivo gesto que no pasó desapercibido a Adele.

—Pase, por favor. Tengo muchas cosas que contarle —invitó, arrastrándolo hasta la puerta de la sala—. Adele, l eva al niño a su

cuarto y ocúpate de que se cambie. Parece un auténtico pordiosero.

¿Cómo has consentido que se ensucie de esa manera? —censuró en tono despectivo.

Sin dedicarle más atención a ninguno de el os, entró en la habitación acompañada de Gregory y cerró la puerta a su espalda.

—Esta Adele es una total calamidad —comentó una vez acomodados en el sofá—. He de supervisarla constantemente porque es incapaz de hacer nada bien. No concibo cómo ha decidido l evar al niño al parque estando enfermo. ¡Por Dios, espero que no recaiga! Sería desastroso y el a tendría la culpa. —Su rostro quiso mostrar verdadera preocupación, pero se quedó en un gesto de pura farsa.

Gregory apenas podía contenerse. Esa mujer era insufrible sin necesidad de atacar a Adele de forma tan injusta y tratarla como a una criada.

—Me temo que he sido yo el culpable. Hace un día tan hermoso que he insistido en que fuéramos al í para que Matthew pudiese practicar con la cometa.

—¡Qué espléndido detal e por su parte, lord Rawson! Seguro que mi hijo ha disfrutado mucho. Lástima que no supiera de ese paseo.

A Matthew le habría entusiasmado que les acompañara. Él me adora. ¡Es un niño tan cariñoso!

—Cierto, es un gran chico. Tiene mucha suerte de disfrutarlo. —

El reproche era manifiesto en el tono de Gregory, aunque dudó que el a lo hubiese advertido.

—Sí, claro. Matthew es mi gran tesoro. La personita que más quiero —reveló, sonriendo con candor.

Gregory no la creía, a pesar del esfuerzo por parecer una madre ejemplar. Esa mujer solo se quería a sí misma y era incapaz de apreciar la enorme suerte que tenía a su lado. No se le había

escapado el gesto de desapego hacia el niño al l egar del paseo y la expresión de desilusión en el rostro de Matthew ante el rechazo de la madre, a la que apenas veía. Esa crueldad innecesaria con seres indefensos le soliviantaba. Iba a responderle como se merecía cuando tocaron a la puerta. Esta se abrió dando paso a Davis.

—Su alteza, la princesa Lyudmila Dimítrievna Sechenov —

anunció con solemnidad.

Davis se hizo a un lado para dejar pasar a una bel a y elegante mujer. Su negrísimo cabel o bril aba como el ala del cuervo a juego con los enormes ojos azabache.

Gregory se levantó y Celeste se dirigió a saludar a la recién l egada con los brazos abiertos.

—Lyudmila, querida, había olvidado la hora que es. Aunque tengo una razonable excusa: acompañada de lord Rawson los minutos transcurren sin reparar en el os.

Se abrazaron de forma efusiva y la princesa extendió su enguantada mano hacia Gregory, que aceptó con una ligera inclinación.

—Lord Rawson, que delicia encontrarle aquí.

—Alteza, está usted más bel a cada día. La estancia en los baños, aunque corta, le ha favorecido.

El a emitió una risita coqueta y se cubrió el rostro con el abanico que portaba.

—Es usted un diablo adorable, pero algo mentirosil o. Ojala fuera cierto, aunque he de reconocer que tiene parte de razón. He regresado más revitalizada y dispuesta a afrontar la gran cantidad de eventos que tenemos por delante. No pensamos perdernos ni una celebración, ¿no es así, querida?

—Desde luego, Lyudmila. Y usted, lord Rawson, ¿emprenderá otro de sus largos viajes en breve o tendremos la suerte de disfrutar de su compañía durante una larga temporada?

—No tengo ningún viaje previsto en los próximos meses. He de ponerme al frente del negocio por mucho que me pese. No todo puede ser diversión —admitió con pesar—. Si me disculpan…

—¿Se marcha ya? Confiaba en que nos acompañara durante el almuerzo —se quejó Celeste.

—Lo siento, mis bel as damas, pero he quedado con mi socio

para supervisar unas mercancías que l egaron en el último barco.

No puedo eludir mis quehaceres por mucho que lo desee.

—Espero que nos acompañe esta noche a la ópera al menos.

Representan una de mis obras favoritas, «Las bodas de Fígaro», del gran maestro Mozart. ¡Me trae tan bel os recuerdos de mi estancia en España! —comentó la princesa con entonación evocadora.

—Nos halagaría contar con su presencia, lord Rawson. Podría cenar con nosotros. Seguro que a Nathan le gustará tener a alguien más a la mesa. Me temo que ya está algo cansado de escuchar mis disertaciones sobre los beneficios de los baños de Bath —reconoció Celeste con humor.

Gregory estuvo por negarse. No le apetecía pasar la velada en compañía de las dos empalagosas mujeres, pero si eso le daba la oportunidad de volver a ver a Adele, bien valía la pena soportarlo.

Intentaría convencerla de que asistiera también a la ópera. Para una amante de la música como el a sería un gran acontecimiento.

Recordó su rostro arrebolado de éxtasis durante la representación orquestal en su visita a Vauxhal y una sintió una intensa satisfacción.

—Es muy amable, señora Sawford —aceptó con una sonrisa—.

Indíqueme la hora y aquí estaré.

—A las siete, lord Rawson. Y no se retrase o le castigaré sin postre —respondió con infantil coquetería.

—Ante tan contundente ultimátum, seré tan puntual como un muerto a su entierro. Señoras… —se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó antes de que continuaran enredándole.

Ya en el vestíbulo, y mientras Davis le entregaba su sombrero, miró anhelante las escaleras con la esperanza de ver aparecer a Adele por el as. Las deliciosas horas que había pasado en su compañía, y en la del simpático niño, habían contribuido a afianzar el amor que sentía por el a. El verla jugar con Matthew de forma tan natural, colmándolo de atenciones y genuino cariño, había despertado en él urgentes deseos que le costó un enorme esfuerzo sofocar. ¿Cómo sería verla jugar con sus propios hijos, una linda niña o un travieso varón? O ambos, ¿por qué no?

Gregory suspiró y abandonó la casa con una gran sonrisa en el rostro.

Cuando Celeste regresó cargada con varios paquetes, requirió la presencia de su hermana. Adele dejó a Matthew con la niñera y fue a verla.

—Pasa, necesito tu opinión —pidió con melosa voz.

Adele la miró con sorpresa. Celeste nunca le pedía su opinión para nada. ¿A qué se debía ese extraño interés por conocerla?

Observó los paquetes repartidos por la habitación, algunos sin desembalar, y suspiró con resignación.

Celeste se acercó a un pequeño envoltorio y extrajo dos objetos, uno de el os era un chal de gruesa seda blanca con ribetes de encaje de Brujas y, el otro, una capa corta de terciopelo en un bel o tono gris plateado.

—¿Cuál te parece que va mejor con este vestido? Me cuesta decidirme. —Colocó los dos objetos al lado de un precioso vestido de fina muselina color azul cielo que se hal aba extendido sobre el lecho.

Adele no supo qué contestar. No era una entendida en esos temas aunque le parecía que ambas prendas quedarían bien con el color del traje, que resultaba bastante atrevido por lo bajo del escote y lo ajustado del corpiño.

—Es el que l evaré esta noche a la ópera. ¿No te parece precioso? —continuó Celeste ante el mutismo de Adele—. He de reconocer que *monsieur* Ducret es un artista aunque sus creaciones son algo caras. Pero no puedo desentonar con la princesa, el a va impecable en todo momento —intentó justificarse. Sabía que su hermana consideraba un derroche su abultado vestuario.

—Ambos armonizan con el color del vestido. Pienso que deberías elegirlo en función de la temperatura. La capa resultará más abrigada. Ya sabes que por las noches suele refrescar —opinó Adele con su carácter práctico.

—Cierto, pero Lyudmila dice que el chal es más elegante y hace destacar mis hombros y resalta la bel eza de mi nuca. Sí, creo que l evaré el chal —afirmó con decisión y lanzó la capa al suelo con descuido. Se sentó frente al tocador y comenzó a cepil arse el pelo con metódicas pasadas.

Adele, en un acto reflejo, cogió la prenda y la dobló, dejándola sobre una sil a. No soportaba el poco cuidado con el que Celeste

trataba esos objetos tan valiosos. Con lo que le habría costado la prenda podría sustentarse una familia humilde por varios meses, o su padre reabastecería la botica por otros tantos.

—Si no deseas nada más de mí, iré a ocuparme de Matthew.

—Sí, quédate. Quiero comentarte algo que me inquieta —se apresuró a añadir al ver que Adele se marchaba—. Lord Rawson me ha confesado que estuvo frecuentando la casa durante mi ausencia.

Dice que estaba impaciente por mi regreso. —Emitió una risita nerviosa y simuló avergonzarse—. También para interesarse por la salud de Matthew, algo que le preocupa desde que se enteró de su enfermedad. ¡Es tan adorable!

Suspiró y miró a Adele a través del espejo mientras se cepil aba su larga cabel era dorada.

—Lástima que sea un incorregible libertino. ¡Dios mío, si no debe quedar viuda de razonable edad en Londres que no haya gozado de sus atenciones, y muchas casadas o comprometidas! —continuó en tono confidencial—. Se rumorea que hace años tuvo que abandonar el ejército porque sedujo a la esposa de un superior. El marido los sorprendió en la cama y casi le forman consejo de guerra. Se libró del pelotón de fusilamiento por la posición de su familia y huyó a América. Pero eso no le sirvió de escarmiento. Me han comentado que se ha batido en varios duelos, l egando a matar en uno de el os a su contrincante y luego no quiso casarse con la viuda. ¿Puedes creerlo?

El rostro de Celeste expresó la reprobación por tal deshonroso comportamiento y observó el impacto que esas palabras causaban en su hermana. La palidez creciente que mostraba era síntoma inequívoco de que le perturbaba lo que estaba oyendo y se regodeó por el o. Mejor. Si la muy tonta se había hecho ilusiones con lord Rawson, ya era hora de que abriera los ojos a la realidad. Y, aunque se había inventado la mayoría de esas acusaciones, nadie iba a acusarla de difamadora.

Contenta con los resultados, continuó en el mismo tono:

—Se comenta también que es capaz de satisfacer a varias mujeres a la vez. —Hizo un gesto de asombro—. Desde que regresó de su último viaje ha añadido una amante más a las dos que tenía con anterioridad. La reciente viuda de un fabricante de

paños con el que tenía tratos comerciales, me han asegurado; lo que

no le hará renunciar a las que irán surgiendo sobre la marcha.

Esta temporada va a ser muy interesante ya que piensa quedarse en Londres al frente del negocio. Me imagino a la mayoría de maridos escoltando a sus esposas a todos lados, temerosos de que lord Valentino, como le l aman, las seduzca y se vean en el aprieto de tener que solicitarle un desagravio —concluyó, acompañando sus palabras con una carcajada.

Adele estaba desolada. Sabía que era un libidinoso, pero las cosas que su hermana estaba diciendo eran terribles. Deseosa de marcharse de al í, comenzó a caminar en dirección a la puerta.

Quería esconderse en algún lugar solitario y rumiar a solas su dolorosa decepción.

Pero Celeste no estaba dispuesta a dejarla marchar sin haber acabado con su propósito, que no era otro que desacreditar a Gregory ante los ojos de su hermana para que no quisiera ni acercarse a él en el futuro.

—Espera, no he terminado. Lo que intento hacerte comprender es que lord Rawson no es compañía recomendable para una dama soltera. Ha arruinado a varias doncel as que se sepa. Incluso se fugó con una y, cuando l egaron a Gretna Green, se negó a casarse con el a. —El gesto de reprobación parecía auténtico—. Y se dice que tiene un par de bastardos por ahí; algo que me cuesta creer porque no le tengo por un estúpido. Es por el o que te aconsejo que evites salir con él a solas. Es un hombre peligroso, en especial para mujeres inexpertas.

Adele ya había oído suficiente. Aceptó los consejos de su hermana con un simple gesto de asentimiento y, pretextando un quehacer urgente, se marchó acongojada. Recordó a la mujer de Vauxhal y las miradas de algunas damas durante los paseos en el carruaje. Era muy probable que todas hubiesen sido sus amantes, y algunas aún lo fueran. Sí, lord Rawson era un hombre peligroso; el a lo sabía bien.

Capítulo 19

Gregory l egó puntual esa tarde y con un pequeño paquete en la mano. Davis lo introdujo en la sala de recibir donde Celeste lo esperaba. Esta, pensando que era un obsequio para el a, alargó la mano para cogerlo.

—¡Lord Rawson, es usted muy detal ista al traerme un presente!

—exclamó eufórica.

—En realidad se trata de un libro para su hermana. Hemos estado debatiendo sobre él esta mañana y quería mostrarle que el a estaba equivocada.

—¡Oh, un libro! Me gustará leerlo.

—Está en latín, señora Sawford. ¿Domina esa lengua?

—No… no demasiado. Consideré una pérdida de tiempo estudiar ese idioma inservible —se excusó.

—Eso me figuraba. Se aprecia que es usted una persona práctica.

El marcado sarcasmo que encerraba el comentario de Gregory no fue captado por Celeste, que continuó sonriendo bobaliconamente.

—Es cierto, y me enorgul ezco de serlo —reconoció con vanidad

—. Bien, yo se lo entregaré. —Cogió el paquete para depositarlo en una mesita cercana.

El mayordomo l egó para comunicar que la cena estaba servida y ambos se dirigieron al pequeño comedor que utilizaban para las comidas familiares, y que él conocía de ocasiones anteriores.

Cuando entraron, Gregory comprobó que en la mesa había dos servicios.

—¿Nathan y la señorita Catesby no cenan con nosotros? —

preguntó extrañado.

—Mi marido me ha pedido que lo disculpe, tenía que resolver un trabajo pendiente, y Adele prefiere cenar con el niño.

Gregory se sintió decepcionado. Había aceptado asistir a la cena solo con el propósito de disfrutar de la compañía de Adele esas horas y con la esperanza de convencerla para que los acompañase a la ópera. Sabía que le impresionaría la representación ya que

nunca había asistido a una. Lo que no imaginaba era que iba a ser una encerrona ideada por Celeste.

—Siento que Nathan no pueda acompañarnos, pero puede que a su hermana le complazca cenar con nosotros, en caso de que no lo haya hecho ya —insinuó con una deslumbradora sonrisa.

No le extrañaba que Adele prefiriera cenar con Matthew, pero recelaba que Celeste la había excluido de forma deliberada. Le daba la impresión de que esta no sentía demasiado afecto por la hermana mayor, a la que trataba como a una empleada. Era muy significativo el hecho de que no le hablase de el a ni hubiese tenido interés en presentársela cuando l evaba más de dos semanas al í la noche que él la conoció.

Adele le había referido algunos detal es de su vida, como los dos matrimonios de su padre o la muerte de su madrastra un año antes, en los que, debido a su nobleza de carácter, omitía comentarios denigrantes y cal aba los episodios tristes que debieron surgir.

También advertía que no era feliz en aquel a casa excepto el tiempo que pasaba con el niño, al que realmente quería.

—No creo, lord Rawson. El a suele cenar muy pronto y…

—En ese caso sería mejor preguntarle, ¿no le parece, señora Sawford? —acal ó Gregory sus excusas.

Para no pecar de descortés con su invitado, Celeste se vio obligada a aceptar la propuesta.

—Si es su deseo, le preguntaré —concedió de mala gana. Lo que menos tenía en mente cuando invitó a Gregory esa mañana era que tendría que soportar la presencia de Adele durante la cena. Si ya había sospechado que él sentía inclinación por su hermana, acababa de confirmarlo. ¿Cómo era posible?

Celeste le había pedido a la persona más enterada y cotil a de la casa, el mayordomo, que le relatara todo lo ocurrido en su ausencia, y Davis le había hecho un pormenorizado informe que incluía, como no, las frecuentes y prolongadas visitas de Gregory.

La primera de el as fue el mismo día de su partida cuando lord Rawson insistió en presentar sus respetos a Adele al enterarse de que era familia de los dueños de la casa. A partir de entonces, se habían sucedido casi a diario. También la había invitado a salir en tres ocasiones: una a visitar la ciudad, otra a conocer uno de sus

barcos y, por último, dos noches antes, a los jardines Vauxhal , regresando ya de madrugada.

A Celeste le enfureció ese desmedido interés por su hermana y se prometió que, de una u otra forma, conseguiría anularlo.

—Davis, pregúntale a mi hermana si desea acompañarnos en la cena —pidió al mayordomo, que supervisaba el servicio.

Este se apresuró en cumplir la orden y, transcurridos unos pocos minutos, regresó seguido de Adele.

—Lord Rawson —saludó la recién l egada con gesto serio inclinando la cabeza.

Gregory, que se había levantado al verla entrar, se acercó para besarle la mano y ayudarla a sentarse.

—Me alegro de que acceda a acompañarnos, señorita Catesby

—dijo con voz acariciadora y un bril o emocionado en la mirada, cosas que no pasaron desapercibidas a la atenta mirada de Celeste.

—Sí. Es una suerte que no hayas cenado. ¿Te habrás ocupado de que lo haga Matthew, supongo? —inquirió con patente irritación.

—El niño ha comido con apetito y ya está acostado —informó Adele sin variar su actitud.

Aunque su corazón había anhelado volver a verlo, tenía muy presentes las palabras de Celeste esa misma tarde, cosa que agradecía pues le había abierto los ojos sobre su verdadero carácter: se trataba de un mujeriego que intentaba seducir a su hermana y, al mismo tiempo, se divertía un poco con la solterona que se lanzaba a sus brazos con entusiasmo cada vez que él se lo proponía.

Estaba decepcionada y se sentía humil ada. Hubiese preferido evitar ese encuentro, pero era impropio de el a mostrarse descortés y tampoco quería que Celeste pensase que estaba resentida.

Aunque no comprendía por qué su hermana le había pedido que los acompañase en la cena cuando era obvio que no estaba contenta con su presencia. Para cubrir las apariencias, imaginó.

Celeste no quería que su marido se enterase de que, en su ausencia, habían cenado el os dos solos cuando era manifiesta la inclinación que lord Rawson sentía por el a. A Nathan no se le había escapado ese interés, al igual que el que su esposa sentía por el aristócrata, ya que apenas lo ocultaban. Pero, si su hermana

necesitaba una carabina para cubrir las apariencias, el a no estaba dispuesta a serlo. Había accedido porque pensaba que su cuñado

estaba al í. No habría aceptado de haber estado al tanto de su ausencia.

En cuanto a Gregory, estaría fastidiado por su presencia, que le impedía tener más intimidad con Celeste. ¿Cómo no iba a estar interesado en la bel a mujer que se le ofrecía de manera tan evidente? Era una ilusa al pensar que la cortesía que le había mostrado durante esos días era algo más que simple amabilidad hacia el familiar de un buen amigo o el deseo de ganarse su apoyo.

La situación era algo tensa. Gregory lanzaba disimuladas miradas a Adele, situada frente a él en la mesa. Celeste lo había sentado a su lado, reservando el lugar de honor en la cabecera por si su marido l egaba a tiempo.

Gregory imaginaba que Nathan no había acudido a causa del encargo de Hood. Se había quedado en el despacho hasta tarde la noche anterior y hoy haría lo mismo. Necesitaba de la ausencia de testigos para acceder al lugar en el que se guardaban los documentos y copiarlos, y debía hacerlo una vez que todos hubiesen abandonado sus puestos de trabajo. Él, alegando un quehacer urgente, podía permanecer más tiempo sin levantar sospechas.

Celeste no dejaba de parlotear y coquetear con Gregory sin disimulo, lo que a él le provocaba una gran incomodidad, principalmente porque se daba cuenta de los esfuerzos que Adele hacía por ignorarlos. De buena gana habría mandado a paseo a la anfitriona y cortado de raíz aquel os pueriles coqueteos, pero su arraigado sentido de la cabal erosidad se lo impedían; lo que no evitaba que estuviese al límite de su paciencia.

—Adele, tienes que decirle a la cocinera que la próxima vez cocine más el rosbif. La carne está demasiado cruda —dijo Celeste en medio de una charla sin sentido.

Adele asintió sin levantar los ojos del plato.

—Por cierto, lord Rawson, no me ha l evado a visitar sus barcos.

Es una terrible desconsideración por su parte —le reprendió Celeste con mimosa voz y teatrales gestos.

—Le ruego que me disculpe tan incomprensible olvido, que me

encargaré de subsanar en cuanto a usted le apetezca —respondió galante.

Celeste le dedicó otra de sus melosas sonrisas y Gregory sintió que terminaría empachado. Tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad para que la irritación que sentía no asomase a su rostro.

¿Cómo iba a aguantar varias horas más aquel a terrible tortura?

Sería más l evadero si Adele los acompañase, reconoció con pesadumbre.

—¿Nos acompañará a la ópera, señorita Catesby?

A Adele le pareció detectar un tono de ilusionada expectación en la voz de Gregory. Levantó la cabeza del plato, al que había dedicado su atención durante la mayor parte de la cena, para posar sus ojos en el rostro de él y comprobar si era cierto lo que había intuido o se trataba de un espejismo fruto de la anhelante esperanza que sentía. Fue a aceptar. Le gustaría presenciar una representación de ese tipo y en tan magnífico marco como el teatro de la ópera. Su hermana no le dejó opción.

—El a no puede venir con nosotros, lord Rawson, debe quedarse cuidando del niño. Y no sería correcto invitarla sin el consentimiento de la princesa. El palco es de el a —objetó Celeste, al tiempo que dirigía una inquisitiva mirada a Adele con la que le quería indicar que secundara sus palabras.

—El palco de mi familia está libre. No habría inconveniente en que nosotros lo ocupáramos —ofreció Gregory entusiasmado.

La idea era excelente ya que de esa forma podrían disponer de cierta intimidad, que no dudaría en aprovechar. Necesitaba volver a estrecharla entre sus brazos, saborear su boca y gozar con sus caricias; lo necesitaba tanto como el respirar. No había dejado de pensar en el o durante esos dos últimos días de forma obsesiva. El tenerla tan cerca, como esa misma mañana, y no poder dar rienda suelta a su pasión era la mayor de las torturas que podrían infringirle.

Con una nueva mirada, Celeste urgió a Adele a contestar.

—Le agradezco el ofrecimiento, lord Rawson, pero no me apetece. Y, como bien dice mi hermana, debo cuidar de mi sobrino

—confirmó Adele, intentando aportar credibilidad a sus palabras.

Él la miró esperando descubrir en su mirada cuánto de verdad

había en esa respuesta, pero el a continuaba con la vista en el plato, del que apenas había probado bocado.

Gregory estaba confuso. Desde que Adele había entrado en el comedor parecía distante y hasta molesta. ¿Le habría mentido esa mañana al asegurarle que estaba perdonado? Intentaría hablar con el a a solas para aclarar las cosas. Aunque le iba a resultar difícil si la parlanchina de su hermana persistía en imponer su molesta presencia.

Celeste, satisfecha con el resultado, prosiguió con la descripción detal ada de las numerosas actividades que había disfrutado durante esa última semana en Bath. Una vez terminada la cena, propuso partir de inmediato ya que debían recoger a la princesa.

Gregory no tuvo otra opción que aceptar.

—Señorita Catesby, le he traído el libro que le comenté esta mañana. Espero que le guste. Lo he dejado en la sala de recibir.

—Gracias, lord Rawson, comenzaré esta misma noche son su lectura para no demorarme en devolvérselo.

—No es necesario. Considérelo un regalo.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado valioso —protestó con calor. El libro era una primera edición, según le había comentado, y debía tener un gran valor.

—Insisto. —Gregory se mantuvo firme.

—En ese caso, se lo agradezco doblemente. —Le dirigió una tímida sonrisa, la primera de esa noche, que tuvo la facultad de levantar el alicaído ánimo de Gregory y alimentar sus ilusiones.

—Adele, ¿harías el favor de traerme el chal que he comprado esta tarde? El blanco de seda con ribetes de encaje, por favor. Lo he dejado en mis aposentos y presiento que va a refrescar —pidió Celeste una vez que l egaron al vestíbulo.

—Por supuesto —accedió el a con alivio al proporcionarle el medio para evitar la embarazosa situación.

Celeste se situó de tal forma que podía ver a su hermana cuando bajara la escalera. Al oír sus pasos, emitió un gemido y se l evó una mano a la frente simulando un desvanecimiento. Gregory se apresuró a sujetarla para que no cayera al suelo y el a aprovechó para echarle

los brazos al cuel o y apoyar la cabeza en su hombro.

Adele observó la escena desde lo alto de la escalera y sacó

erróneas conclusiones, justo a las que su hermana pretendía que l egase. Celeste tenía razón al advertirle sobre Gregory. Él era todo lo que le había comentado. Lo demostraba el hecho de que no hubiese dejado pasar la ocasión de abrazar a su hermana en cuanto habían estado a solas.

Descendió las escaleras y anunció su presencia con una tosecil a. Al oírla, Gregory apartó a Celeste e hizo un gesto de fastidio. Le mortificaba que Adele hubiese presenciado aquel a parodia, interpretada con habilidad por su hermana, y en la que él había sido un actor involuntario.

—Gracias, Adele. No sé qué haría sin ti —dijo Celeste con mal disimulada satisfacción, y cogió a Gregory del brazo para dirigirse a la salida.

—Buenas noches, señorita Catesby —se despidió él con una larga e indescifrable mirada.

«Al menos ha tenido la decencia de avergonzarse», se dijo Adele con tristeza, sin que el o le aliviara su terrible decepción. Subió las escaleras con aspecto abatido y se refugió en su cuarto. Al í, para mayor humil ación, dio rienda suelta a su dolor en forma de amargo l anto.

Capítulo 20

Adele l amó a la puerta de la habitación de Celeste y entró sin esperar. Había reunido al fin el valor necesario para comunicarle su decisión y no quería demorarla. Aunque faltaban unos minutos para que el reloj marcase el mediodía, su hora de levantarse, sabía que estaba despierta. Había encontrado a Monique en la cocina preparándole la bandeja del desayuno.

Celeste, sentada en el gran lecho que ocupaba en solitario pues Nathan dormía en el cuarto contiguo, degustaba el frugal alimento que la doncel a acababa de traerle. Presentaba un aspecto radiante pese a estar recién levantada, con las mejil as sonrosadas y una mirada soñadora. Adele conocía bien esos signos. Los había visto muchas veces con anterioridad. Indicaban que estaba ilusionada con un hombre y decidida a conseguirlo.

No sabía a qué hora había regresado la noche anterior ni con quién, pero calculaba que debió ser tarde porque el a la estuvo aguardando hasta pasada la media noche y no l egó.

Celeste la miró y le dirigió una sonrisa de suficiencia mientras daba órdenes a Monique para que le preparase la ropa que iba a ponerse.

—Buenos días, Adele. ¿Qué deseas? Espero que no sea nada grave pues no puedo ocuparme de el o. Lord Rawson no tardará en l egar y tengo poco tiempo para arreglarme —dijo sin prestarle demasiada atención.

—Quería comunicarte que regreso mañana a Culham.

Celeste levantó los ojos y la miró sin disimular su sorpresa.

—¿Y a qué se debe esa decisión tan repentina? Me pareció oírte decir que pensabas quedarte una semana más —indagó, imaginando la causa. Su hermana se había enamorado de lord Rawson y estaba celosa del interés que este mostraba por el a. Lo había leído en la expresión de su rostro. Adele era como un libro abierto, no sabía mentir.

—No es repentino, Celeste. Te comenté antes de tu viaje que me marcharía cuando regresaras. Matthew está curado de la enfermedad y ya no tiene sentido que continúe aquí. Y padre me

necesita. Ya sabes que se empeña en hacer todo él solo y eso le agota.

Eran ciertas ambas cosas, aunque podía haber retrasado la partida unos días de no ser porque los últimos acontecimientos la habían precipitado. Era incapaz de continuar viendo a Celeste coquetear con Gregory y, sobre todo, a este halagado con el o.

—Desde luego. Soy muy desconsiderada al retenerte aquí tanto tiempo sabiendo que padre te necesita —reconoció con fingido pesar.

—Me marcharé mañana a primera hora. Ya he dado instrucciones a Elsie sobre el tratamiento del pequeño. Lo único que necesita es comer bien y un poco de ejercicio al aire libre.

—Te deseo un buen viaje. Saluda a padre de mi parte. —Con esas palabras se desentendió de el a y continuó dando indicaciones a la doncel a sobre el peinado y los complementos que pensaba lucir.

Adele se apresuró a salir de la alcoba. Temía que su rostro reflejase la

amargura que sentía y no quería regalarle ese triunfo a Celeste. ¿Por qué había tenido que enamorarse de ese hombre?

Cuando al poco l egó Davis con un ramo de flores y le comunicó que Gregory solicitaba que lo recibiese, Adele se disculpó pretextando una ligera indisposición. ¿Cómo tenía la desfachatez de aparentar que nada había ocurrido después de haberlo sorprendido en aquel a comprometida situación con su hermana la noche anterior?

Se dedicó a dar vueltas por su dormitorio debatiéndose entre el deseo de volver a verlo y la necesidad de ahorrarse una nueva humil ación. ¡Cuánto se estaría riendo de su candidez! Podía estar orgul oso. Había añadido otra nueva conquista a su larga lista, reconoció con amargura.

Observando desde la ventana, lo vio salir acompañado de Celeste que, como era habitual en el a, parloteaba sin cesar.

Gregory la ayudó a introducirse en el carruaje y, antes de subir, él elevó los ojos hasta la ventana. El a, temerosa de que la descubriese espiando, se retiró con apuro.

Adele pasó el resto del día con una inexplicable melancolía que

le impedía disfrutar de la compañía de su sobrino, al que pasaría mucho tiempo sin ver. Supo que Celeste había regresado bien entrada la tarde y prefirió cenar con el niño a bajar al comedor.

Poco antes de acostar al niño l egó Nathan. Adele quiso dejarlos a solas unos minutos, pero él le pidió que se quedara.

—Matthew, ¿te gustaría pasar una temporada en el campo con la tía Adele y tu abuelo? —preguntó a su hijo.

El niño lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Sí! —exclamó ilusionado—. ¿Y podré coger hojas de los árboles para formar mi propio álbum?

Nathan sonrió. Esa había sido una de sus grandes aficiones cuando era niño y vivía en Culham, de la que conservaba varios cuadernil os en su estudio que a su hijo le gustaba examinar.

—Por supuesto, siempre que la tía Adele considere que no es perjudicial para tu salud.

Adele escuchaba sorprendida. Días antes había oído comentar a su

cuñado esa posibilidad aunque no creyó que al final se decidiese a l evarla a cabo.

Nathan aguardó su respuesta con expectación. No le había consultado y esperaba que no se negase.

—No lo creo, y será muy divertido para los dos —respondió el a mirando a su cuñado. Le alegró la expresión de alivio que vio en su rostro.

—Puede que os acompañe Celeste —anunció Nathan tras unos segundos para sorpresa de Adele y del niño, que se lanzó a su cuel o con alegría—. Debes descansar porque mañana tendrás que preparar el equipaje. ¿No querrás dejarte tus juguetes favoritos?

—¿Podré l evarme la cometa que me regaló lord Rawson, papá?

Tía Adele sabe hacerla volar.

—Podrás l evarte todos los juguetes que quieras —concedió.

Acostó a Matthew y le dio un beso en la frente—. Que tengas dulces sueños, hijo.

Nathan y Adele salieron del cuarto dejando al niño medio dormido y con una ilusionada sonrisa en el rostro.

—Disculpa que no te consultara antes, pero como el otro día hablamos sobre el o y no pusiste objeciones…

Nathan parecía ansioso. El a reparó en su mirada huidiza y en

las profundas arrugas que cruzaban su frente.

—No era necesario. Ya te dije que sería un placer. Y a Matthew le beneficiará en muchos aspectos, que es lo más importante.

—Gracias. Es preciso alejarlo de Londres por un tiempo.

La preocupación que mostraba tanto su rostro como el tono de sus palabras preocupó a Adele.

—¿Estás seguro de que Celeste querrá acompañarnos? —No quería desilusionarlo, pero dudaba de que su hermana estuviese dispuesta a encerrarse en el pueblo que prometió no volver a pisar cuando, cuatro años antes, se marchó de al í recién casada.

—A el a también le vendrá bien estar un tiempo alejada de esta ciudad y de sus muchas amistades —respondió confiado. Estaba decidido a apartarlos de al í lo antes posible.

Cuando Celeste regresó de madrugada, Nathan la esperaba en su dormitorio. El a se soliviantó al verlo al í, imaginando que deseaba reclamar sus derechos conyugales, aunque no dijo nada.

Hacía tiempo que no le apetecía hacer el amor con su marido y ya no sabía que excusa inventar.

No le importaría, incluso lo celebraría, que él decidiese tomar una amante y la dejase tranquila, pero Nathan insistía en continuar acostándose con el a, algo que resultaba de lo más vulgar. Casi ningún matrimonio de la alta sociedad, según Lyudmila, se dedicaba a realizar esos actos con su consorte excepto para procrear a los vástagos. Una vez cumplido ese deber, se dirigían a los lechos de sus amantes. ¿Por qué él no podía hacer lo mismo?

El a no deseaba tener más hijos. Uno ya había sido suficiente para arruinarle la figura. No pensaba arriesgarse con más. Claro que eso no era problema porque la princesa le había enseñado un par de trucos con los que protegerse de embarazos no deseados.

—¡Qué sorpresa! No te hacía levantado tan tarde. Ha sido un detal e aguardar mi regreso.

—Deseaba hablar contigo, Celeste.

Su serio semblante y el gesto de crispación en el rostro la alertó de que no iba a ser una grata conversación, como en la mayoría de ocasiones.

Desde pequeña se había sentido entusiasmada con el amigo de

su hermana, al que veía como un héroe con su bonito uniforme y las relucientes medal as que adornaban su pecho. A el o había que añadir que era hijo del conde de Doncaster, como afirmaban los rumores que circulaban por el pueblo. Que fuese un hijo bastardo no le importó demasiado pues confiaba en que el padre terminaría reconociéndolo y dejándole parte de su fortuna.

Cuando regresó a Culham después de cuatro años de servir en la India se apresuró a engatusarlo aun sabiendo que Adele había aguardado todo ese tiempo con una propuesta de matrimonio por su parte. Había leído sus contadas cartas y conocía sus intenciones.

Pero el a no podía dejar escapar el único medio que conocía para abandonar aquel a anodina vida.

Durante los primeros meses de matrimonio se sintió ilusionada con su marido. Él era tierno y la adoraba. Sin embargo, pronto se cansó de sus torpes atenciones y buscó las caricias de otros más expertos. La decepción final había l egado cuando, tras esperar más de dos años, el conde murió sin reconocerlo y solo le legó una mínima parte de la herencia que le correspondía.

—Tú dirás. Y, por favor, se breve. Estoy agotada —le advirtió disimulando un bostezo. Y no mentía. Lord Rathbone había resultado un cabal ero muy fogoso para su avanzada edad.

—Tu hermana regresa mañana a Culham y le he pedido que se l eve a Matthew con el a para que pase una temporada al í.

Celeste se le quedó mirando. Su primera reacción fue negarse.

No quería que su hijo se contaminase de las costumbres pueblerinas. Si bien, pronto comprendió las ventajas que le depararía la ausencia del niño. Nathan ya no le recriminaría el poco tiempo que pasaba con él y el a tendría entera libertad para estar fuera de casa todo el tiempo que le apeteciese.

—Es una gran idea. En la campiña recuperará la salud con mayor rapidez que en la fría y nublada Londres.

—Eso he pensado.

Nathan se sintió satisfecho por la buena disposición de su esposa, aunque dudó unos segundos antes de continuar. Temía que la siguiente propuesta no iba a ser de su agrado, pero lo hacía por su bien.

—Y tú… deberías acompañarlos también —dijo al fin.

Celeste, que no contaba con la ayuda de Monique porque Nathan le había pedido que saliera, se afanaba en deshacer el complicado peinado sentada ante el tocador; tarea que abandonó de inmediato al escuchar las vacilantes palabras para encarar a su marido con gesto de total incredulidad.

—¿Qué has dicho?

—Que debes acompañar a tu hijo, Celeste. Le vendrá muy bien pasar

más tiempo contigo y a ti te beneficiará descansar del ajetreo de la ciudad. Ya sabes que en el campo la vida es muy tranquila y…

—No me recuerdes cómo es al í la vida, por favor, ni presupongas lo que es más conveniente para mi bienestar —le interrumpió furiosa—. Además, ya he descansado suficiente estos últimos días en Bath.

Nathan se esforzó en mantenerse firme. Conocía el explosivo carácter de su esposa y procuraba evitar cualquier tipo de discusión; en esta ocasión no pensaba amilanarse.

—Hazlo entonces por Matthew. A él le gustará que lo acompañes

—insistió, y el ruego implícito lo abochornó. ¿Es que el a no se daba cuenta de que su hijo la necesitaba?

—Matthew estará bien cuidado con mi hermana —protestó Celeste con rabia. Si ese cretino pensaba que iba a encerrarse en aquel pueblucho al que se había jurado no volver, y por lo que tuvo que hacer el enorme sacrificio de casarse con él, estaba loco.

—Únicamente te pido que te ausentes por unas semanas, no que te mudes a vivir al í.

—¿Y perderme los actos sociales a los que estoy invitada? —Su rostro expresaba el horror que esa idea le provocaba—. De ningún modo. Me quedo en Londres. El os pueden marcharse sin mí —

replicó testaruda.

Nathan se encrespó. Necesitaba alejar a su familia de la ciudad y recurriría a todo para conseguirlo.

—Celeste, te recuerdo que soy tu marido y te ordeno que te marches mañana —sentenció tajante.

El a lo miró estupefacta y vio en él por primera vez ese semblante serio y resuelto que no esperaba encontrar.

—¿Me ordenas? —Entrecerró los ojos para ocultar el odio que se reflejaba en el os. ¿Ese mentecato inútil osaba darle órdenes?

—Sí, y obedecerás o me negaré a pagar el nuevo vestuario que has encargado ni sufragaré más viajes.

Celeste abrió la boca para lanzar por el a todos los improperios que la actitud de su marido se merecía. Decidió claudicar al comprender que

no iba a poder razonar con él, prometiéndose que encontraría la forma de librarse de aquel a especie de castigo que quería imponerle.

—Lo he entendido. Ahora, si no te importa, me gustaría acostarme —pidió con voz helada, y accionó el tirador para l amar a la doncel a.

Nathan observó la figura de su esposa con tristeza durante unos minutos y, con un suspiro de resignación, se marchó de al í.

Capítulo 21

A día siguiente, a primera hora de la tarde, el carruaje de los Sawford partía hacia Culham cargado de baúles. Varias personas confirmaron ese hecho. Ninguna de el as se dejó ver.

Cuando el vehículo enfilaba el puente de Westminster, Celeste indicó al cochero que diese la vuelta y se dirigiese a la casa de la princesa, cuya dirección ya conocía.

Adele, sentada junto a Matthew y frente a su hermana y la doncel a francesa de esta, no replicó ante tan inoportuna decisión, aunque pensó que no podían permitirse una demora o l egarían a su destino de madrugada.

El niño miraba entusiasmado las abarrotadas cal es e intentaba involucrar a su madre en el o, pero Celeste no le prestaba atención, presentando un semblante serio y empecinado que Adele conocía bien. «Está tramando algo», se dijo convencida.

Cuando l egaron a la residencia de la princesa, Celeste bajó del coche y pidió que aguardaran. A los pocos minutos salió con una gran sonrisa iluminando su rostro y acompañada de varios lacayos, a los que ordenó que descargaran su equipaje y el pequeño baúl de su doncel a.

—Adele, me temo que no voy a acompañaros. La princesa ha insistido en que me quede con el a a pasar unos días. Tenemos mucho que preparar para el baile de los duques de Worcester, al que asistirá el Rey y la mayoría de la alta aristocracia. He tenido el gran honor de ser invitada y, como comprenderás, no puedo rechazar esa invitación; sería una locura —explicó con rapidez al tiempo que ordenaba a su doncel a que bajase del vehículo.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Matthew desolado.

—He de quedarme, cariño. Pero no estés triste. Te prometo que l egaré

en unos días y te l evaré un gran regalo —intentó convencerlo.

El pequeño hizo un mohín de disgusto y rechazó el gesto cariñoso de su madre, replegándose en el asiento. Adele sintió la desilusión de Matthew como una puñalada por la espalda y miró a su hermana con censura.

—¿Lo sabe Nathan, o también vas a darle a él una sorpresa?

—Ese tema no es de tu incumbencia, querida hermana. Aunque no, no lo sabe y no dudo de que lo entienda cuando se lo explique.

Es solo un pequeño retraso. En una semana, a lo sumo diez días, estaré al í.

Monique le anunció que ya estaba todo descargado y Celeste le indicó que siguiese al mayordomo hasta las habitaciones designadas y comenzase a deshacer el equipaje.

—Cuida bien de mi pequeño, Adele. No dejes que coma demasiado o se convertirá en un niño gordo que no podré presentar a mis amistades —le avisó. Y dirigiéndose a Matthew, que se empeñaba en no apartar la mirada de un rincón con gesto de disgusto—. No l ores, cariñó. Me reuniré contigo antes de lo que esperas y te enseñaré todos los lugares secretos en los que jugaba de pequeña. Lo pasaremos muy bien —intentó animarlo—. Vamos, sé un niño bien educado y despídete con un beso de tu mamá.

Matthew se acercó a el a y le echó los bracitos al cuel o para impedir que lo abandonara.

—¡No quiero que te quedes!

—Vamos, cielo, deja de l oriquear y compórtate como el hombrecito que eres. ¿No querrás que me quede triste?

El niño persistió en su empeño y Celeste, temiendo que acabara arruinándole el peinado, miró a su hermana con una muda indicación.

—Ven, Matthew. Te contaré ese cuento que tanto te gusta —dijo, mientras intentaba separar al niño del cuel o de su madre, al que se aferraba l orando desconsolado. Cuando lo logró, lo abrazó para impedir que saliese corriendo detrás de el a y lo arrul ó con tiernas palabras de consuelo.

Celeste pidió al cochero que se pusiese en marcha y se apresuró a

entrar en la elegante mansión de la princesa.

A Adele le costó un buen rato aplacar la rabieta del pequeño.

Cuando lo consiguió, él se quedó dormido en su regazo con un sueño agitado y l eno de largos y nerviosos suspiros. El a también se adormeció, agotada por el esfuerzo realizado y el balanceo del coche.

Al rato, salió del sopor que la había invadido al percibir que el

carruaje se detenía. Miró por la ventanil a pensando que ya habían l egado a Culham y comprobó que no había anochecido, calculando que estaban a mitad de camino.

Abrió la trampil a del techo y preguntó al cochero:

—¿Por qué hemos parado, Taylor?

—Hay una gruesa rama que obstaculiza el camino, señorita Catesby. Voy a retirarla y podremos continuar.

—¿Quiere que le ayude? —se ofreció. El hombre iba solo y no conseguiría moverla si era demasiado pesada.

—No es necesario. Creo que podré hacerlo.

Adele abrazó al niño, que se había removido inquieto, y aguardó a que el vehículo se pusiese de nuevo en marcha. A los pocos minutos sintió que comenzaba a moverse. Ya no pudo dormir y se dedicó a repasar los acontecimientos de esas últimas semanas.

Unos acontecimientos que habían cambiado su vida para siempre.

Transcurrido un tiempo, el vehículo volvió a detenerse y la puerta se abrió de golpe.

—Salgan de ahí, ¡rápido! —ordenó una voz fuerte, varonil y desconocida. Como ya había oscurecido y en el interior del carruaje no había ninguna luz encendida, Adele no distinguió a la persona que les ordenaba salir con tanto apremio. Se temió que algo grave ocurría.

—Matthew, despierta —pidió, zarandeando con cuidado al niño.

—¿Ya hemos l egado, tía Adele? —preguntó él con voz soñolienta.

—Eso parece.

Al descender del vehículo, vio que el hombre l evaba el rostro oculto con una tela que le cubría la parte inferior del rostro y la capucha de la capa sobre la cabeza, lo que hacía imposible su reconocimiento. Y lo que más la alarmó: les apuntaba con una pistola.

—Vayan hacia la cabaña —volvió a indicar, señalando en dirección a una pequeña edificación que se encontraba a pocos metros.

A pesar del creciente temor que sentía, Adele se enfrentó al hombre valerosamente.

—¿Quién es usted y dónde estamos? —preguntó, sujetando

entre sus brazos el cuerpecito tembloroso de Matthew.

—Cal e y obedezca —le aconsejó él con dureza.

Sin dejarse amedrentar, Adele se giró hacia la figura que ocupaba el pescante del carruaje y creyendo que se trataba del cochero, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Taylor?

—No se moleste, no es él. Su sirviente tuvo que abandonarnos hace un buen rato.

El pánico acabó por inundar a Adele tras esas palabras. No era necesario esforzarse mucho para saber que esos hombres eran peligrosos y que no l evaban buenas intenciones.

—No tengo dinero ni joyas de valor. Tampoco encontrará costosos vestidos en mi equipaje —se atrevió a decir. Debía tratarse de salteadores de caminos de los que abundaban por aquel os solitarios parajes.

—No es su dinero lo que quiero, señorita Catesby.

Adele, que había comenzado a andar, se paró. Ese forajido sabía su nombre, entonces no se trataba de simples asaltantes como imaginaba. Tembló. ¡Iban a por el os!

—¿Dónde están las otras dos? —le preguntó el encapuchado al observar que no quedaba nadie más en el interior del vehículo.

Adele imaginó que preguntaba por Celeste y Monique. Debieron estar vigilando la casa y las vieron partir con el os, pero no los siguieron durante todo el trayecto o se habrían percatado de que bajaban del

carruaje a las pocas manzanas.

—¡Conteste! —la apremió de malos modos al demorar el a la respuesta.

—La señora Sawford y su doncel a personal no nos acompañan.

Se han quedado en Londres —confesó.

Hood lanzó una fuerte imprecación y miró a su cómplice de forma inquisitiva cuando l egó a su lado. Se trataba de un jovencito de corta estatura, largos cabel os oscuros y rasgos exóticos.

—Los vi partir a todos de la casa, tal como la chica me informó.

Deben de haberse quedado en algún lugar del camino o han regresado al mismo sitio —explicó. En su voz se apreciaba un fuerte acento extranjero.

—¿Y cómo no nos hemos enteramos? Debiste seguir al vehículo

como te ordené —le increpó colérico.

—Tenía que preparar la trampa para el cochero —se defendió, molesto por la inmerecida reprimenda.

—Podías haberlo seguido hasta salir de la ciudad y luego adelantarte. ¿No ves que esto desbarata los planes?

Hood estaba fuera de sí. No debió hacer caso a Raísa y confiar esa delicada misión a un inexperto como Oleg, se reprochó irritado.

El muy inepto había estado dos semanas cortejando a una de las criadas de los Sawford para obtener aquel a información que al final era errónea.

—Tenemos al hijo. Es suficiente —opinó Oleg.

—No lo es. Quería a la madre también.

Adele escuchaba con atención la exaltada conversación que se desarrol aba entre los dos hombres con el fin de descubrir qué ocurría. Matthew, que había comenzado a l orar, se aferraba a su cuel o asustado y el a intentaba calmarlo con tiernas palabras susurradas en su oído.

A la luz del farol que portaba el joven, Adele pudo distinguirlos mejor.

El que l evaba el arma era alto y delgado, vestía ropas elegantes y de buena calidad, y su acento era educado aunque intentaba disimular la voz. El a sabía bastante de tonos vocales y ese estaba distorsionado, lo que le indicaba que era una persona que temía ser reconocida; y era quien mandaba.

El otro tenía un bel o rostro, de piel tostada y hermosos ojos oscuros que, unido a su fuerte acento, le l evaba a pensar que se trataba de un extranjero, mediterráneo u originario de la India. Le perturbaba el hecho de que no le importase mostrar el rostro como a su compañero.

—¿Dónde se han quedado? —preguntó Hood de improviso.

Su tono de voz provocó un escalofrío a Adele.

—No voy a proporcionarle más información —contestó decidida.

Él soltó una carcajada y le apoyó la pistola en el pecho.

—¿Está segura de el o? —Pareció pensarlo mejor y desvió el arma hacia la cabeza del niño.

Adele sintió pánico. Comprendió que ese hombre era capaz de todo y prefirió ser prudente, aunque no necesariamente sincera.

—La señora Sawford ha decidido a última hora permanecer en

su hogar —dijo con la voz todo lo firme que su temor a ser descubierta le permitía. Intentaría ocultar el paradero de Celeste todo el tiempo que pudiera para evitar que la capturaran a el a también.

—No me mienta o se arrepentirá —le aconsejó, mirándola con ojos escrutadores.

Adele hizo un supremo esfuerzo para evitar exteriorizar el miedo que sentía.

—Si no me cree, compruébelo usted mismo —le retó.

Su respuesta pareció contentar a Hood, que desvió la pistola y se dirigió al joven que aguardaba a su lado.

—Oculta el carruaje y todo rastro del camino —le indicó—.

Continúe caminando —le urgió a el a.

Adele se apresuró a obedecer. Era obvio que querían algo; algo que

tenía que ver con su hermana y con Nathan. Confiaba en que, cuando lo consiguieran, les dejasen marchar. Temía por el destino de Taylor, que estaría herido, cuando no muerto, en algún trayecto del camino.

Entraron en la pequeña vivienda rústica y el hombre que los guiaba los condujo a un cuarto en el que los encerró con l ave. Por lo poco que pudo ver de la casa, Adele sospechó que estaba deshabitada. No consiguió ver a nadie más ni había luces encendidas o fuego crepitando en la chimenea.

No estaba segura de lo que pretendían, pero se temía que no era nada honrado. No le pasó por alto la sorpresa del encapuchado al ver que Celeste no iba con el os en el carruaje. Querrían secuestrarla para pedir un rescate, imaginó. Sabía que Nathan había recibido una herencia en los últimos años aunque desconocía si era cuantiosa. El hecho de que esos hombres quisiesen secuestrar a su familia le indicaba que no debía de ser despreciable.

Se sentó en el destartalado camastro que, junto con una mesa y una sil a, eran el único mobiliario que adornaba la pequeña estancia, y acunó al niño entre sus brazos con el fin de tranquilizarlo.

Hasta el a l egaban con bastante claridad las voces de los hombres en la otra habitación. El que consideraba al mando no dejaba de acusar al otro de su negligencia al abandonar la vigilancia en cuanto dejaron la casa, en vez de seguir al carruaje hasta poco

antes del punto de encuentro designado. Le ordenó que regresase a la ciudad para comprobar si era cierto lo que el a había contado y que informase a Raísa de lo ocurrido, luego debía acudir al lugar de la cita para cubrirle las espaldas. No quería sobresaltos que acabasen estropeando sus planes.

Adele supo que iban a tener que pasar al í la noche y rogó que, al menos, los proveyeran de comida para el pequeño y alguna manta con la que cubrirse, ya que el equipaje seguía en el carruaje.

—¿Quiénes son esos hombres, tía Adele? —La voz de Matthew reflejaba un gran temor.

—No lo sé, pero no te preocupes porque no nos ocurrirá nada malo. Pronto vendrá tu papá por nosotros.

—Sí, papá vendrá con su espada y matará a ese hombre malo.

Me asusta —reconoció, acercándose más a el a.

Adele sintió rabia y dolor por el miedo que el niño estaba sintiendo. Esperaba que, fuese lo que fuese, esa situación se arreglase lo antes posible. A Matthew no le beneficiaba la falta de comodidades y el frío que reinaba en aquel a destartalada vivienda.

Oyó alejarse un cabal o galopando y, al poco, el jovencito entro con una vela y un par de mantas. Adele no se movió de su sitio y abrazó a Matthew con más fuerza para infundirle seguridad.

—Les traeré algo para comer —dijo Oleg sin dejar de vigilarles.

Salió y volvió a entrar a los pocos minutos con una bandeja en la que había un poco de pan y un plato con queso, también una jarra con agua y un vaso. Dejó todo en la mesa y salió a continuación, cerrando la puerta con l ave. Tras unos minutos, Adele oyó unos pasos abandonando la casa y el sonido de un cabal o alejándose; después, reinó el silencio.

—Vamos, Matthew, tienes que comer un poco —le animó el a.

—No tengo hambre, tía Adele —y su voz sonó temblorosa.

—Debes hacerlo. Tienes que estar fuerte para cuando venga tu papá por nosotros. Querrás ayudarlo a combatir a los hombres malos, ¿no es cierto?

El pequeño hizo un gesto afirmativo con la cabeza y comenzó a comer con más apetito del que ambos imaginaban. A continuación, Adele lo acostó en el camastro y lo arrul ó con bel as nanas hasta que se quedó dormido. El a se tendió a su lado pero fue incapaz de

dormir, atenta como estaba a cualquier ruido que se produjese.

Aunque imaginaba que se encontraban solos en el lugar, no quería bajar la guardia. Temía por el futuro que les esperaba cuando los hombres regresasen.

Capítulo 22

Nathan l egó con tiempo suficiente al lugar del encuentro para reconocer el terreno que pisaba y las posibles vías de escape. Hood lo había citado en una lóbrega zona de los antiguos muel es frecuentada solo por ratas.

Se apostó en un oscuro rincón y palpó la forma de la pistola que l evaba en el bolsil o de su gabán esperando ver aparecer, como en

anteriores ocasiones, al hombre que le conduciría hasta su extorsionador. Esta vez no iba a pil arle desprevenido, se prometió.

Él impondría las condiciones.

Comenzaba a notar el entumecimiento de los músculos debido a la humedad de aquel a zona cuando oyó un leve sonido a su espalda y una débil luz se encendió. Se giró sobresaltado y divisó la alta figura de Hood a varios metros de él. Portaba un candil en la mano, que depositó sobre un cajón en el centro de la gran nave semiderruida.

«¿Por dónde habrá entrado?», se preguntó Nathan.

—Buenas noches, querido amigo. Si le apetece salir de su escondite, hablaremos con mayor comodidad.

—No somos amigos y nunca lo seremos. Déjese de formalidades

—replicó Nathan con rabia.

Hood se encogió de hombros.

—Como desee. ¿Ha comprobado si alguien le seguía? —

preguntó con interés.

No confiaba en la habilidad de Sawford para eludir a los centinelas, pero no había podido l egar antes para cerciorarse de la ausencia de intrusos, como era su intención. Desde que tuvo que prescindir de la banda de Morgan, que le daba una buena cobertura, las cosas no estaban saliendo como a él le gustaba y eso le provocaba una alarmante inseguridad.

—Descuide, nadie lo ha hecho —replicó Nathan, molesto por la falta de confianza en su pericia.

—Está bien. Entrégueme la información que le pedí y marchémonos lo antes posible.

—No pienso hacerlo —anunció alzando la voz, aunque sonó más

vacilante de lo que esperaba. Sacó la pistola del bolsil o y lo encañonó con el a—. Quédese quieto y no se le ocurra coger el arma que l eva encima. Esta vez no tiene ventaja. Ha cometido el error de venir sin sus secuaces.

—¿Cree que no lo he hecho? —le desafió Hood.

Ese inútil de Oleg ya debería estar al í. ¿Qué le habría ocurrido?, se preguntó irritado. Le preocupaba que no diese señales de vida.

Esperaba que solo se debiese a un retraso.

—Con el tiempo que l evamos tratándonos pensaba que habíamos superado la desconfianza mutua —continuó con el fin de ganar tiempo.

—Se ha equivocado. No voy a consentir que vuelta a extorsionarme, ni a mí ni a otros.

—¡Vaya sorpresa! No le creía con agal as para esto, Sawford. Le subestimé, sin duda. —En su voz se apreciaba un punto de diversión —. ¿Y qué piensa hacer para evitarlo?

—Voy a entregarle a las autoridades.

Hood soltó una de sus potentes carcajadas.

—¡Qué valiente! ¿Y a qué se debe ese sorprendente cambio de actitud? ¿No comprende que si me descubre usted también está perdido?

—No me importa ya que no le he entregado nada de vital importancia para nuestra seguridad. Y argumentaré en mi defensa que usted me obligó.

—Veo que lo tiene todo pensado. Pero antes debería saber algo muy importante. Su familia ha partido hoy de viaje, ¿no es así? —

Confiaba en que no supiera que su esposa había regresado a la casa. Conocía su rutina e imaginaba que había acudido a la cita desde su despacho. De no ser así, tenía al niño y a la cuñada para presionarle. Sabía que no iba a comprometer la vida de su hijo.

Nathan se tensó. No se atrevía a adivinar lo que vendría a continuación.

Hood sintió un gran alivio al ver que no contestaba. Su arriesgado farol había tenido éxito. Sawford no sabía que su esposa continuaba en Londres, aunque ponía en duda que se encontrara en su residencia, como la señorita Catesby le había confesado. Lo más probable era que la adúltera esposa se hubiese reunido con alguno

de sus amantes en vez de viajar con su hijo y su hermana hasta

Culham.

—¿Y sabe si han l egado a su destino? —prosiguió, satisfecho por la impresión que había causado en su interlocutor.

—¿Qué insinúa? —dijo al fin Nathan, dando un paso hacia delante y apuntándole con mano temblorosa.

—¿No lo imagina? Creo que sí —Sonrió al leer el temor en su rostro —. Los tengo en mi poder y no los volverá a ver con vida hasta que me proporcione los documentos que le pedí. Y, por si continúa pensando en entregarme, ha de saber que he dado orden a mis hombres de que los maten si no aparezco por al í esta noche.

Nathan empalideció. Su peor temor se había convertido en realidad.

—Está mintiendo, sucio bastardo —le acusó con voz temblorosa.

—¿Está seguro, Sawford? Yo de usted no me atrevería a averiguarlo.

Nathan sintió un sudor frío empapándole la espalda. Le creía muy capaz de hacerlo.

—Me da la impresión de que lo ha comprendido, amigo mío.

Ahora le aconsejo que me entregue el arma —sugirió Hood con aplomo—. Deposítela en el suelo y láncela con el pie hacia mí.

Nathan dudó unos segundos valorando la situación. Al final obedeció. Comprendía que el otro l evaba la ventaja y no era el momento de heroicidades.

Le lanzó la pistola, que Hood recogió y la guardó en el bolsil o.

—Bien hecho, Sawford. Tiene hasta mañana para entregarme lo que le he pedido. Acuda aquí a la misma hora. Y espero que no decida hacerse el héroe. No le va ese papel. Si intenta hacerme una jugarreta no volverá a ver a su familia con vida —le desafió. Aunque averiguase que su esposa estaba libre, su hijo seguía siendo su prisionero.

La sonrisita despectiva de su enemigo terminó de inflamar el alterado ánimo de Nathan, que dio un paso hacia él. Pero antes de que pudiese avanzar más, Hood sacó su propia arma y le apuntó con el a frenando su avance.

—Es un maldito hijo de perra —le insultó ciego de ira mezclada con angustiosa impotencia. Si algo les ocurría a Celeste y al niño, él

acabaría con ese canal a con sus propias manos.

—Puede, aunque usted no es mucho mejor que yo. No me engaña con sus numerosas medal as de guerra porque en verdad es un cobarde que dejó morir a su compañero, el auténtico héroe en aquel a batal a, para que no delatara su flaqueza y se atribuyó usted el mérito.

La sorpresa de Nathan fue mayúscula y se reflejó en su rostro.

¿Cómo conocía su secreto mejor guardado?

—Veo que no se defiende, Sawford. Sí, estoy al corriente de todo el asunto. Casi puedo decir que lo presencié de primera mano.

Conozco su verdadera naturaleza, no intente engañarme con esa pretendida dignidad. Es un traidor a su país y yo le tengo atrapado.

Si no accede a lo que le pido, su familia lo pagará. ¿Va a dejarles morir a el os también?

—No le creas, Nathan. Está mintiendo.

La voz de Gregory resonó en el ruinoso edificio como un trueno.

Ambos giraron la cabeza hacia el a, pero no lograron verle ya que permanecía oculto en las sombras.

Gregory había seguido a Nathan desde que lo vio abandonar el Almirantazgo casi una hora antes con la esperanza de que lo l evaría hasta Hood. Cuando l egó a ese apartado y nauseabundo lugar acabó por convencerse de que su cita clandestina era con el hombre que esperaba.

Se ocultó y estuvo observando atentamente. Había escuchado la conversación y la alarma casi lo paralizó al oír decir al encapuchado que tenía retenidos a la familia de Nathan. Aunque no podía estar seguro de que fuese cierto lo que afirmaba, se inclinaba por creerle.

Con sus palabras solo intentaba infundir ánimo en su amigo.

Sabía que Adele, junto con su hermana y su sobrino, habían partido en dirección a Culham tras el almuerzo. Jack, al que tenía apostado desde varios días antes vigilando la casa, le había informado de el o; cosa que confirmó al preguntarle a Davis.

El locuaz mayordomo se explayó sobre el tema, refiriéndole pormenores íntimos como la discusión mantenida la noche anterior

entre sus amos. Al parecer, la señora Sawford no deseaba marcharse al campo durante una temporada, como su marido pretendía, y él la había obligado a hacerlo.

A Gregory le aterrorizaba imaginar a la mujer que amaba en manos de aquel desalmado. Recelaba que, cuando obtuviese lo que deseaba de Nathan, no tendría reparos en deshacerse de el os. Por eso estaba decidido a no dejarle escapar y a obligarle a que los guiase hasta donde los tenía escondidos.

—¿Gregory, qué haces aquí? —preguntó Nathan con una mezcla de alegría y avergonzada sorpresa. Si había oído toda la conversación, estaría al tanto de lo que ocurría… y de otras cosas también.

Hood se tensó al descubrir de quién se trataba y comprendió que la situación se había vuelto en su contra. Sabía lo peligroso que era Rawson. Si su cómplice no l egaba pronto, se vería en un grave aprieto.

¿Cuántos hombres le acompañarían?, se preguntó inquieto.

Agudizó el oído para descubrir algún sonido que delatase la presencia de otras personas. No escuchó nada sospechoso, lo que le sugirió que estaba solo, como acostumbraba a actuar, y eso le tranquilizó. Tenía que acabar con él si quería escapar de al í. Debió haberlo eliminado cuando se le presentó la oportunidad tres años antes, se recriminó con fastidio. No volvería a hacerlo.

En un rápido movimiento se colocó detrás de Nathan y lo agarró por el cuel o. Era un buen escudo por si a Rawson se le ocurría disparar.

—Estese quieto o le hago un lindo agujero —le recomendó a Nathan con temible voz cuando se revolvió intentando liberarse de su opresor.

Él obedeció al sentir la presión del duro cañón en su costado.

—Bienvenido, Rawson. Sospechaba que su asidua relación con los Sawford obedecía a algo más que a los evidentes encantos de la esposa del capitán, aunque la dama es todo un suculento bocado y no dudo de que haya disfrutado con esta misión —señaló con sarcasmo.

Gregory se movía en las sombras para que no lo localizase. Si conseguía sorprenderle por la espalda le apresaría sin que Nathan sufriese ningún daño. Intentó identificar la voz. No le recordaba a nadie conocido, pero Hood sí sabía quién era él.

—¿Nos conocemos?

Hood se giró hacia el nuevo sonido arrastrando a Nathan con él.

—No lo creo, aunque he oído hablar de sus hazañas. Casi superan a las de su hermano, el famoso Némesis.

Gregory permaneció en silencio, sorprendido por sus palabras.

¿Cómo había l egado a conocer el nombre en clave que Julian empleaba en el pasado? Las sospechas de que era, o había sido, un miembro del Gobierno parecían confirmarse.

—Déjale marchar, Gregory. Tienen a Celeste y a Matthew y los matarán si lo detenemos.

—Lo dudo. Solo quiere asustarte para que hagas lo que te pide

—insistió Gregory, procurando dotar a su voz de una convicción que no sentía.

—No le tengo por estúpido, Rawson. ¿De verdad va a arriesgar la vida de su amigo y la de su familia para comprobarlo?

—Gregory, por favor —imploró Nathan con angustia.

—No temas. En caso de que fuese cierto, yo me encargaría de hacerle confesar dónde los esconde.

Hood lanzó una risotada que intentaba enmascarar su desasosiego. Rawson no dejaba de moverse de un lado a otro en la oscuridad lo que le impedía fijar el blanco si l egaba a verle, y él estaba bastante expuesto a pesar del escudo que Sawford representaba.

—Primero tendrá que atraparme, ¿no cree?; y eso no será antes de haber mandado a su amigo a mejor vida. Y como no queremos que nadie resulte herido, le recomiendo que salga de su escondite.

—La voz de Hood sonó mortífera, sin restos de la aparente despreocupación de momentos antes.

Gregory sabía que Hood no dudaría en cumplir su amenaza.

Tampoco se atrevía a dispararle mientras tuviese a Nathan cubriéndole porque podía errar y matarle él mismo. Había poca luz y resultaría muy difícil acertarle.

—No logrará escapar. Su juego ha terminado.

—No esté tan seguro de eso, Rawson. Si no quiere ver morir a su amigo, salga hasta donde pueda verle y entrégueme el arma.

Gregory no podía hacer otra cosa. De no obedecer mataría a Nathan, pero si escapaba la vida de Adele, así como la de Celeste y el niño, estarían sentenciadas. Al verse descubierto no continuaría

con la extorsión y, si ya no necesitaba a sus rehenes como moneda de cambio, nada le impediría matarlos.

Sopesó las diferentes alternativas durante unos segundos y acabó obedeciendo. No podía ver morir a su amigo. Ya vería la forma de atraparle antes de que consiguiese huir. Lanzó el arma unos metros y levantó las manos en señal de rendición. Salió del lugar en el que estaba oculto procurando mantenerse alejado de su alcance de tiro.

—Aquí estoy —anunció con aplomo y un bril o decidido en la mirada —. Suelte a Sawford y márchese.

—Aún no. El capitán me acompañará hasta la salida.

Hood arrastró con él a Nathan y, caminando de espaldas y sin perder de vista a Gregory, se fue acercando a la puerta lateral disimulada en uno de los muros por la que había accedido al edificio con anterioridad.

—No debió intentar engañarme, Sawford. Ya puede despedirse de su familia porque nunca volverá a verla —dijo con odio, y lo soltó sin dejar de encañonarle para abrir la puerta.

Rawson estaba en lo cierto, reconoció Hood con fastidio. Esa partida había terminado para él.

—Me ha prometido que los liberaría —le recordó Nathan con gesto de horror.

—Entonces es usted más estúpido de lo que en principio creí —

se mofó entre risas.

Nathan, en un arranque de desesperación, levantó una mano y agarró la tela que cubría la parte inferior del rostro de Hood. Si no podía salvar a su familia, al menos conocería el rostro de su asesino y no pararía hasta darle muerte. Sus ojos se abrieron por la sorpresa al reconocer al hombre que había permanecido oculto. Se trataba de lord Edward Foley, vizconde de Skelton, miembro destacado de la Cámara

de los Lores y asesor del Gabinete en materias diplomáticas.

—Ha firmado su sentencia de muerte, estúpido —anunció Skelton con rabia y disparó.

Los rápidos reflejos de Nathan le hicieron moverse en el último segundo, evitando que la bala que iba dirigida a su corazón no alcanzara el objetivo por unos pocos centímetros. Aun así, le

impactó con fuerza y se desplomó con estrépito.

—¡No! —gritó Gregory con desesperación al ver lo que había ocurrido.

Se lanzó hacia la pistola que había dejado en el suelo y disparó sobre el agresor antes de que pudiese iniciar la retirada. La precipitación y la escasa luz dificultaron el disparo, por lo que no consiguió detenerle y Hood escapó. Renunció a perseguirlo y se arrodil ó junto al herido con gran temor.

Nathan intentó levantarse y volvió a caer. En su hombro izquierdo comenzó a aparecer una gran mancha de sangre. En la mano l evaba el pañuelo de seda negro que había ocultado el rostro de Hood.

—Déjame ver esa herida —le pidió Gregory con aparente calma aunque en su interior hervía de rabia y preocupación.

Todo había salido mal: su amigo estaba herido de gravedad y la única persona que podía guiarle hasta Adele había escapado.

—No te preocupes, saldrás de esta. Solo es un rasguño. —

Gregory quiso quitarle importancia para infundirle ánimo. La creciente palidez de su rostro y el gesto de dolor indicaban lo contrario.

—Tienes que detenerle, Gregory.

—¿Has logrado reconocerle? —preguntó Gregory esperanzado.

Él no había logrado verle el rostro.

—Sí, es el vizconde de Skelton. Ve por él, por favor, y libera a mi familia antes de que sea demasiado tarde —dijo Nathan con un hilo de voz y perdió el sentido.

Gregory maldijo entre dientes. No conocía a Skelton aunque había oído hablar de su valentía en el campo de batal a y de su lucidez y

buen sentido político. Nunca imaginó que fuese un traidor de ese calibre.

Acercó el candil y revisó con cuidado la herida. La bala había salido por la espalda sin causar daños importantes, pero Nathan estaba perdiendo mucha sangre. Le improvisó un vendaje con la tela de su propia camisa y lo cargó al hombro para l evarlo hasta el carruaje, que le esperaba oculto a considerable distancia. De inmediato se pusieron en marcha en dirección a la residencia de los Sawford.

Por el rastro de sangre dejado por Hood en su huida, Gregory comprendió que le había alcanzado y se alegró. No sabía si la herida era grave, pero sí sabía que eso facilitaría su captura.

Capítulo 23

Tras dejar a Nathan en manos de un médico y con la protección de Jack y del agente de vigilancia, Gregory se dirigió a la casa de Eckersley para informarle. Él tenía el suficiente poder para detener a una persona tan importante e influyente y podría facilitarle la dirección de su casa y el permiso para registrarla. Aunque dudaba de que se hubiese refugiado al í, cabía la posibilidad de que encontrase algún indicio del lugar en el que tenía retenida a Adele.

También quería ponerse en contacto con Oberon. Necesitaba su ayuda con urgencia.

—¿Qué se le ofrece a estas horas, Rawson? —preguntó sir Wil iam con gesto hosco cuando le vio entrar en su despacho.

Gregory le explicó lo sucedido en pocas palabras.

El hombre se quedó impresionado al conocer la identidad del traidor. Había sido un buen agente durante la guerra y, cuando esta terminó, se convirtió en su ayudante hasta que heredó el título a la muerte de su hermano en un desafortunado accidente de caza. En ese momento inició una destacada carrera política como integrante del Parlamento y asesor del Gobierno.

Repuesto de la impresión, sir Wil iam no perdió un segundo.

Escribió dos notas y las entregó a su mayordomo con la orden de que las hiciese l egar a las direcciones indicadas de inmediato.

—No espere hal arle en su residencia, ese sería el último lugar al que iría; y de haberlo hecho, ha tenido tiempo suficiente para huir. Si está

herido como dice, necesitará cuidados médicos. Habrá pedido ayuda a sus cómplices de los bajos fondos, donde no suelen ser tan escrupulosos para atender este tipo de urgencias —le advirtió sir Wil iam antes de que se marchara.

—Soy consciente de el o, señor. Lo que me interesa averiguar es dónde tienen retenida a la familia de Sawford.

—Eso espero yo también. Aquí tiene una autorización para registrar las posesiones de Skelton. Cuando l egue, le estarán esperando unos agentes que le ayudarán en su tarea. He mandado avisar a Oberon, pero no puedo saber cuándo recibirá el mensaje.

Gregory agradeció la ayuda y se puso en camino. Como

Eckersley le había indicado, en la puerta de la residencia del vizconde le esperaban dos agentes que se pusieron a sus órdenes.

Skelton era soltero y vivía solo. Aparte de la residencia en la ciudad, poseía una propiedad rural en Berkshire, a pocas mil as de Londres, y otra en el lejano condado de York, de donde era originaria su familia.

El mayordomo que abrió la puerta le indicó que el vizconde no estaba en casa y se negó a dejarles pasar. Gregory le mostró el documento que portaba y eso le hizo cambiar de opinión. Como sirviente de un político, sabía que los vientos podían variar en segundos y era mejor mantenerse al margen cuando soplaban en contra de su amo.

Los agentes se dedicaron a registrar la residencia mientras Gregory inspeccionaba la documentación del estudio de Skelton sin encontrar nada que le l evase a descubrir el paradero de los rehenes o sus posibles cómplices.

Casi una hora más tarde, y cuando ya comenzaba a desesperar, l egó el esperado refuerzo.

—¿Qué ocurre, Rawson? Eckersley me ha pedido que me reúna con usted.

A Gregory le costó reconocerlo. Llevaba el cabel o encanecido, unas largas y pobladas patil as que le distorsionaban el rostro y unos anteojos de marco dorado bajo las gruesas cejas. Iba vestido con elegancia y se ayudaba de un bastón para caminar. Parecía un anciano, excepto por el fulgor decidido de sus ojos y el timbre de la voz.

Gregory no tardó en ponerle en antecedentes y explicarle lo que deseaba, que no era otra cosa que encontrar a Adele y a la familia de Nathan.

Oberon se compadeció de él. Estaba muy interesado por la mujer y debía ser consciente de que, si lograban encontrar a los rehenes, las posibilidades de hal arlos con vida serían mínimas.

Skelton intentaría vengarse de la persona que lo había descubierto de la forma que más a mano tenía.

—No perdamos más el tiempo aquí, Rawson. Él no sería tan estúpido de ocultar nada comprometedor en su propio hogar, ni en ningún otro lugar conocido que le pertenezca. Debe tener una

guarida secreta en alguna parte.

—Lo imaginaba, pero no sabía por dónde buscar. Por eso le pedí a Eckersley que le l amara.

—Haré algunas indagaciones en la ciudad. Quizá descubra algo.

Mientras, sería interesante ir a Culham para asegurarnos de que no estamos buscando fantasmas.

—Se me ha ocurrido esa idea también, aunque creo que Skelton decía la verdad al afirmar que los tenía en su poder. Eso sería una pérdida de tiempo —razonó Gregory con desánimo.

De pronto, Oberon entrecerró los ojos y pareció meditar. Gregory lo miró expectante.

—Esta misma noche, cuando vigilaba la casa de los Sawford, un carruaje ha atropel ado a un chico que merodeaba por al í. Se trata del mismo que había visto ayer en el mismo lugar —explicó—. En un principio he pensado que era un ladronzuelo que quería perpetrar un robo o alguno de sus sirvientes que se dedicaba a vigilar el lugar.

Lo he l evado al hospital, ya que ha resultado herido de gravedad.

Ahora pienso que podría tratarse de un cómplice de Skelton. Si no ha muerto, lo interrogaré. Puede que descubra algo interesante.

—No se trata de ninguno de mis hombres. He comprobado hace un rato que todos siguen en sus puestos —le informó esperanzado

—. Le acompaño. Si no descubrimos nada que nos ayude, registraré la

propiedad rural del vizconde. Cabe la posibilidad de que se haya refugiado al í.

—Lleve refuerzos. Hood es despiadado, y más si siente que está acorralado —le aconsejó Oberon. Los hechos le hacían desconfiar de la pericia de Rawson por mucho que Eckersley insistiese en que era un buen agente.

—Descuide. No voy a dejarme sorprender otra vez ni fal aré cuando lo tenga delante.

Dejaron a los dos agentes vigilando la residencia de Skelton y el os partieron hacia el hospital rogando que al herido le quedase suficiente tiempo en este mundo para interrogarle. Cuando l egaron al vetusto edificio una amable monja les guió hasta el camastro en el que agonizaba el accidentado.

—¿Son ustedes parientes del joven extranjero? Espero que conozcan a una dama l amaba Raísa. No deja de nombrarla.

Gregory y Oberon se miraron. ¿Extranjero? La inicial sospecha de que podía ser un cómplice de Skelton comenzaba a ser más factible.

La monja les dejó ante el lecho con la recomendación de que no lo fatigasen demasiado; se hal aba en sus últimas horas.

Oberon se acercó a la cabecera de la cama y se inclinó sobre el moribundo.

—Espero que entiendas lo que digo. Sabemos que eres cómplice de lord Edward Foley, vizconde de Skelton, y que has intervenido en el secuestro de dos mujeres y un niño. Quiero que me digas dónde están —arriesgó. Lo cierto era que no tenían ninguna prueba, solo la intuición.

El chico abrió los ojos con esfuerzo. Su mirada estaba desenfocada y vidriosa, pero se podía apreciar en el a la resignación y el dolor que sentía. Los miró con un atisbo de odio y volvió a cerrarlos.

—Esto puede ser largo y doloroso para ti si no confiesas, hijo —

le avisó Oberon, pero él continuó sin hablar.

Resignado, informó a Gregory:

—Aquí no puedo interrogarle. Tenemos que l evarlo a otro lugar.

Aunque no aseguro que lo resista.

Gregory no quería perder esa débil luz de esperanza; la vida de Adele y del resto podía depender de el o. Se inclinó sobre el joven agonizante e intentó otra táctica para hacerle hablar.

—Escúchame, por favor. Te queda poco tiempo de vida y antes de que te reúnas con tu Dios, sea cual sea, puedes hacer un último acto de bondad y salvar a esas personas. Dime dónde están y libera tu alma de esa culpa —pidió con voz apremiante en la que se mezclaba una contenida súplica.

El moribundo permanecía con los ojos cerrados, respirando con dificultad y con una palidez cadavérica cubriéndole el rostro.

Gregory sintió un atisbo de compasión por él.

—El niño estaba asustado. Yo no quería hacerlo. Es tan pequeño… —dijo de pronto l eno de remordimiento.

Gregory sintió un pavoroso temor. ¿Qué les habría ocurrido?, se preguntó sin querer perder la esperanza.

—Seguro que no lo deseabas, pero puedes remediar tu error.

Dime dónde se encuentran.

—No puedo traicionar a mi hermana —replicó con impotencia.

Gregory miró a Oberon. ¿Quién sería esa mujer?

—Nadie se enterará de que has sido tú, te lo prometo. No puedes permitir que nada malo le ocurra al niño. Él es inocente, al igual que las mujeres. No han hecho daño a nadie, son un instrumento de venganza, unas víctimas. ¿Quieres matar a unos seres indefensos? —La ansiedad que Gregory sentía le imprimía a su voz un matiz de desesperación que la hacía más convincente.

El joven hizo un gesto de negación y de sus ojos escaparon algunas lágrimas. Gregory esperó expectante.

—El niño y la mujer alta están en una cabaña en el bosque, cerca de Binfield, en el camino de Wakingham. Es todo lo que sé. —

El esfuerzo pareció agotarle y volvió a cerrar los ojos emitiendo un entrecortado gemido.

Gregory apenas pudo contener su alegría. La cabaña a la que el muchacho aludía debía de estar en la propiedad que Skelton tenía en esa zona. Ya sabía dónde se encontraban los rehenes. Esperaba no l egar demasiado tarde.

—Gracias —dijo, pero se temió que el muchacho ya no le oía.

Partieron raudos de al í, no sin antes entregar a la monja unas libras para que le procurasen todos los cuidados que pudiera necesitar y un entierro decente cuando se produjese el fatal desenlace.

Capítulo 24

Adele se movía frenética por la reducida estancia. El sol ya l evaba luciendo un rato y nadie había acudido desde que la noche anterior le l evaran la bandeja con comida y unas mantas, lo que le hacía pensar que se habían olvidado de el os y pensaban dejarlos abandonados a su suerte.

Matthew había pasado la noche muy intranquilo y Adele temía que recayese en su enfermedad si se quedaba otra noche en aquel a húmeda habitación y sin comida con la que alimentarse. Con esfuerzo había conseguido que volviera a dormirse, pero no esperaba que durase mucho tiempo.

Se afanó en buscar la forma de escapar antes de que los hombres regresasen. Tenía pocas posibilidades. La ventana, que estaba trabada desde fuera con tablones, apenas dejaba filtrar unos rayos de luz; en cuanto a la puerta, había oído echar la l ave, lo que imposibilitaba la huida. Estaban atrapados y no sería agradable cuando los hombres que los retenían descubrieran que les había mentido. No quería pensar en lo que sucedería entonces.

Cansada de pasear de un lado a otro, se sentó en la incómoda sil a. Por muy difícil que pareciera, tenía que descubrir la manera de salir de al í lo antes posible. Volvió a revisar el cuarto a conciencia por si algo se le había escapado. De pronto, reparó en la puerta. Lo normal era que entrase algo de luz por el ojo de la cerradura y en esta no ocurría, lo que le l evó a pensar que la l ave estaba puesta por fuera.

Se acercó expectante. En efecto, no habían quitado la l ave y por ahí podía haber una forma de escape. Si conseguía sacarla y pasarla a su lado, podría abrir la puerta. Con un poco de suerte, el resto de puertas y ventanas de la casa no ofrecerían tanta resistencia.

Lo difícil sería conseguir pasar la l ave por la estrecha ranura que

quedaba bajo la puerta. Había espacio suficiente, si no se trataba de una l ave muy gruesa, pero tenía que dejarla caer sobre algo que le permitiese tirar de el o, algo rígido que no se deformase y que aguantase el peso de la l ave.

Miró a su alrededor. La bandeja era perfecta aunque demasiado gruesa para que cupiera por la rendija. Desesperada, se cortó un trozo de tela de su vestido e intentó introducirlo. Se arrugaba. Y sí…

¡Claro, eso era!

Se desvistió y se quitó el liviano corsé que, aunque no l evaba varil as, las numerosas costuras le daban la rigidez necesaria para pasarlo por debajo de la puerta sin que se deformase, y aguantaría el peso de la l ave cuando tirase de él.

Sin perder tiempo en volver a vestirse, se arrodil ó y procedió a la difícil tarea de colocar la pieza de tela en el lugar adecuado. Una vez que logró su propósito se decidió a sacar la l ave de la cerradura. Empleando varias horquil as consiguió en pocos minutos que esta cayera al suelo. Por el sonido sordo que escuchó dedujo que había caído dónde deseaba: encima del corsé. Se permitió una sonrisa de complacencia antes de acometer la parte más difícil de su plan.

Con suma cautela fue tirando de la parte de tela que había quedado por su lado, rogando no haber errado en sus predicciones.

Los minutos se hicieron interminables hasta que vio aparecer un extremo de la l ave casi al final del recorrido. Tiró de el a con avidez y esta se resistió. Debía l evar algún ribete grueso que impedía su paso a través de la estrecha ranura.

Retiró el corsé y tampoco pasaba. Tenía que agrandar la abertura en algún punto pero ¿cómo?, se preguntó desalentada. No tenía nada punzante con lo que hacer una muesca en la madera. La noche anterior no le habían dejado ningún cubierto con la cena… ¡El vaso!, reparó con júbilo. Lo envolvió en el trozo de tela rasgado de su vestido y le dio un leve pisotón. Oyó el crujir del vidrio al romperse en varios trozos de afilados bordes, justo lo que necesitaba.

Volvió otra vez a la puerta y, con diligencia y bastante maña, fue desbastando la madera en un punto hasta que consiguió que el grueso de la l ave pasase por el a. Casi dio un grito de alegría cuando la tuvo en su poder. La introdujo en la cerradura y abrió con cuidado la puerta. Aunque estaba convencida de que no había nadie más en la cabaña, era mejor cerciorarse.

Salió del cuarto con sigilo. La sala estaba vacía y oscura. Las

ventanas estaban cerradas y por el as solo se filtraban algunos rayos de sol. Se adentró en el salón y abrió una puerta que daba a otro cuarto desocupado. Se dirigió entonces a la puerta de entrada.

Era muy sólida y estaba cerrada. Supo que no podría abrirla con tanta facilidad como la del cuarto y por las ventanas, que estaban trabadas con maderos desde el exterior, parecía imposible salir.

«Nada es imposible», se dijo resueltamente. Tenía que haber alguna forma de escapar de al í y el a la encontraría.

Matthew se despertó y la l amó asustado. El a corrió hasta el cuarto y lo tranquilizó con palabras consoladoras, instándolo a que volviera a dormirse. De pronto su fino oído detectó unos amortiguados pasos en el exterior. El corazón le dio un vuelco. ¡Sus captores habían regresado!

Adele pidió al pequeño que permaneciera quieto y en silencio mientras el a salía de la habitación y cerraba la puerta.

Dispuesta a no dejarse coger de nuevo sin presentar batal a, agarró una de las sil as, la alzó por encima de la cabeza y se ocultó detrás de la puerta. Pensaba descargarla sobre la persona que entrase por al í y derribarlo con el a. Si se trataba solo de uno, tendrían alguna posibilidad de escapar.

Los pasos se acercaron más. Adele oyó maniobrar en la puerta y, tras unos segundos, esta comenzó a abrirse y a proyectarse en el suelo la sombra de una figura masculina. Sintió un sudor frío recorriéndole el cuerpo y se obligó a permanecer serena. Le dolían los brazos por el esfuerzo de sostener la improvisada arma, pero continuó sujetándola con fuerza pese al creciente temblor de sus manos.

Cuando se abrió por completo la puerta vio aparecer una mano que sujetaba una pistola. Se estremeció de pánico. Sus peores temores se habían confirmado. Ese hombre venía a acabar con sus vidas.

Esperó a que estuviese dentro y, cerrando los ojos, descargó la sil a sobre su cabeza con toda la fuerza que pudo reunir. En el último momento, el hombre hizo un brusco movimiento y eludió el golpe de l eno, por lo que solo le alcanzó en el musculoso hombro.

El intruso cayó al suelo con un fuerte gruñido de dolor, pero el golpe solo consiguió atontarle debido a su robustez. Lo miró y

comprendió que ese no era ninguno de los dos que la había secuestrado la tarde anterior. Se trataría de otro cómplice, dedujo.

Viendo que no había conseguido su objetivo, reunió las fuerzas que le quedaban y volvió a levantar la sil a con el propósito de descargarle un segundo y más certero golpe. Un grito de advertencia la detuvo antes de que pudiese hacerlo.

—¡Adele, no!

La voz de Gregory retumbó como un trueno en el silencio reinante. Acto seguido, la agarró por el brazo y le quitó la sil a que sostenía en las manos.

Adele lo miró con ojos desorbitados por la sorpresa y la desbordante alegría que la había invadido al verle. Pasados unos instantes de desconcierto, se arrojó a sus brazos y liberó con hondos sol ozos todo el miedo y desesperanza acumulados en las largas horas de cautiverio.

—Tranquila, amor; ya ha pasado todo —le susurró él mientras repartía delicados besos por su cabeza en un intento por calmar los temblores que recorrían el cuerpo femenino, que tenía apretado junto al suyo.

A Gregory le había impresionado el verla empuñando la sil a como mortífera arma vestida con las enaguas y la camisola, y ahora que la tenía entre sus brazos, la alegría que lo embargaba amenazaba con ahogarle. Había pasado tanto miedo pensando que ya no iba a encontrarla con vida que se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Las palabras, pronunciadas con tierno acento, se fueron filtrando en el alterado cerebro de Adele y consiguieron que se calmara poco a poco. Levantó la cabeza y lo miró con los ojos anegados de lágrimas.

—¡Gregory! —exclamó con gozoso asombro, y en su voz se podía leer toda la dicha que sentía.

Matthew, asustado por los ruidos que le l egaban, comenzó a l orar. Adele se apresuró a acudir y lo acunó, repitiéndole que no tuviera miedo, que estaban a salvo y pronto se marcharían a casa.

—¡Lord Rawson! —Se sorprendió el niño al verlo—. ¿Y mi papá?

¿Está persiguiendo a los hombres malos?

—Así es, Matthew, yo he venido a recogeros —dijo para

tranquilizarlo—. Vamos a dejar a tu tía que se vista y nos marcharemos de aquí.

Cogió al pequeño en brazos y se dispuso a salir del cuarto, dedicándole a el a un pícaro guiño. Necesitaba de todo su sentido del humor para superar las angustiosas horas anteriores.

Adele, una vez sola, procedió a vestirse y arreglarse el cabel o lo mejor que pudo. Las manos le temblaban tanto que no atinaba a colocarse las horquil as, optando por dejarse el cabel o suelto. Ya intentaría con más calma rehacer su pulcro moño.

Cuando salió al exterior, acompañada de Gregory y el niño, vio al hombre al que había golpeado. Él la miró con una socarrona sonrisa en su apuesto rostro.

—Adele, Matthew, os presento a Oberon —dijo Gregory.

El aludido se inclinó en galante gesto.

—Señorita Catesby, joven cabal ero, soy su humilde servidor.

Adele respondió con una tímida inclinación de cabeza y Matthew le dio la mano, que él estrechó de forma solemne.

—Permítame felicitarla por su meritoria fuerza. Si l ega a descargar el segundo golpe, es muy probable que en estos momentos estuviese reunido con nuestro Creador. Aunque tampoco es despreciable el dolor de hombro que me ha dejado, desde luego.

Adele se mostró desolada. Podría haberlo matado, se dijo con espanto.

—Créame que lo siento, señor. Pensaba que era uno de los secuestradores que… intentaba causarnos algún mal. —Le resultaba difícil verbalizar lo que había pasado por su cabeza entonces porque solo tenía un único propósito, y ese era poner a su sobrino a salvo costase lo que costase.

—No se torture. Ha hecho lo correcto. Es usted muy valiente. —

Su amplia sonrisa contribuyó a aliviar el sentimiento de culpa de Adele.

—Debemos marcharnos —propuso Gregory. Aunque era poco probable, existía la posibilidad de que Skelton apareciese. No quería exponer a más peligros a los recién liberados—. ¿Quieres acompañar

al señor Oberon y ayudarle a ensil ar los cabal os, Matthew? —le pidió depositándolo en el suelo. Tenía que hablar con Adele lo antes posible.

—Vamos, Matthew, necesito tu ayuda —dijo Oberon, y se dirigió al cobertizo que hacía las veces de cuadra y donde los secuestradores habían guardado el carruaje de los Sawford.

El niño lo acompañó entusiasmado.

—¿Adele, sabes dónde está tu hermana? —preguntó Gregory con preocupación cuando el pequeño se alejó. No había hal ado rastro de Celeste en la casa y se temía lo peor.

—El a decidió no venir con nosotros. La dejamos en casa de la princesa Sechenov, pero no puedo asegurar que continúe en ese lugar. ¿Sabes si se encuentra bien? —En su voz mostraba la preocupación que sentía.

Gregory respiró aliviado. Si estaba bajo la protección de la princesa no tenía nada que temer.

—No sé nada de el a. Pensábamos que estabais todos juntos.

—Me preguntaron y les dije que se había quedado en casa. No quería que la atraparan a el a también.

—Hiciste bien, Adele. —Se sentía orgul oso de su valentía—.

Ahora debemos marcharnos. Os l evaré a un lugar seguro y nosotros regresaremos a Londres. He de informar a Nathan de todo lo sucedido y avisar a Celeste.

—¿Por qué no ha venido Nathan? —preguntó Adele. Con tantas emociones en tan pocos minutos se había olvidado de preguntar por su cuñado.

—Ha resultado herido, aunque no de gravedad —respondió Gregory para no alarmarla.

—¿Herido? ¿Cómo ha sido? —Su voz y su rostro mostraban la preocupación que sentía

—Ya te lo explicaré cuando dispongamos de tiempo. Es arriesgado continuar aquí.

—No, vamos a Londres. Tengo que cuidar de Nathan —decidió.

Gregory experimentó un pinchazo de celos ante la reacción de el a. Celeste se había referido a la estrecha relación que unió en el pasado a su hermana y a su marido, dando a entender que para el a supuso mucho más que una buena amistad, y que recelaba que seguía enamorada de él.

—Está en buenas manos, créeme. Tú debes quedarte con el niño. Querrás evitarle esa penosa situación, ¿no es cierto?

Adele reconoció que tenía razón. A Matthew no le beneficiaría ver a su padre en ese estado.

—¿Dónde iremos?

—A pocas mil as de aquí se encuentra Wisley Manor, la residencia campestre de mi familia. Estaréis a salvo mientras atrapamos a los culpables. —Era el lugar idóneo para que se recuperaran de la conmoción que su cautiverio les habría ocasionado.

Adele dudó. No quería ser una carga para él.

—Deberíamos proseguir viaje a Culham.

—Al í me resultará más difícil protegeros. En Wisley Manor hay suficientes sirvientes para garantizar vuestra seguridad, aparte del hecho de que nadie sabrá dónde os encontráis.

El a reconoció que tenía razón y aceptó la propuesta. Gregory la abrazó fugazmente y la instó a subir al carruaje.

—Yo lo conduciré. ¿Puedes seguirnos con los cabal os? —

propuso a Oberon.

—Cuenta con el o. No pienso abandonaros hasta que estén a salvo.

Gregory se lo agradeció. Subió al pescante y partieron. Les quedaba una hora para l egar a su destino.

Capítulo 25

Adele miró impresionada a través de la ventanil a del carruaje el majestuoso edificio que se levantaba al final del camino arbolado y frente a un cristalino estanque. Cuando l egaron, un impecable mayordomo y varios lacayos acudieron a recibirles.

—Johnson, acomode a la señorita Catesby y a su sobrino en dos

habitaciones contiguas y ocúpese del equipaje. También desearán tomar algún refrigerio y bañarse. Proporciónele todo lo que necesiten, por favor.

—Por supuesto, *milord*.

Johnson comenzó a impartir órdenes a los lacayos.

—¿Está mi madre en casa? —le preguntó Gregory.

Los marqueses solían pasar varios meses en Wisley Manor, por lo general de abril a octubre, y solo cuando las temperaturas comenzaban a bajar se trasladaban a la residencia en la ciudad. A su madre no le gustaba el bul icio de Londres y cada vez pasaba más tiempo al í o en Heydon Hal , la hacienda de su hermano, disfrutando de sus hijos y de sus dos nietos.

Durante esos meses, y siempre que las obligaciones de cada uno lo permitían, la familia se reunía en aquel a extensa propiedad para disfrutar de las agradables temperaturas estivales y de la tranquilidad que al í reinaba. Después de cinco años en los que Gregory estuvo ausente a causa de su trabajo, le había prometido a su madre que ese año pasaría unos días de descanso apartado de los compromisos sociales. Imaginaba que esa visita adelantada le sorprendería.

—Lady Wisley está visitando a unos arrendatarios.

—¿Sabe si piensa pasar el día fuera? —se interesó.

Sería un alivio para Adele si así fuera. Eso le daría tiempo para descansar porque, cuando su entrometida madre se enterase de que había l evado a una mujer a la casa, no pararía de acosarla. No obstante, por mucho que se empeñase en negarlo, estaba deseoso de que conociera a Adele.

—No lo creo, *milord*. Ha ordenado que la comida se sirva a la hora habitual.

Gregory hizo un imperceptible gesto de contrariedad que no pasó desapercibido a la atenta mirada de el a.

—Adele, acompaña a Johnson, por favor. Yo me reuniré más tarde con vosotros. No dudes en pedir todo lo que necesites —le indicó con sonrisa alentadora.

El a lo miró indecisa durante unos segundos. No le gustaba esa

situación. Tenía la sensación de ser una marioneta gobernada por hilos invisibles.

Gregory, comprendiendo sus temores, intentó tranquilizarla.

—Confía en mí. Te explicaré todo lo que desees saber.

Adele cogió al niño de la mano y siguió al mayordomo.

Gregory indicó a los mozos de cuadra que se ocupasen de los cabal os. Tenía pensado partir esa misma tarde para Londres. Debía comprobar que Celeste se encontraba en casa de la princesa e informarle de lo sucedido.

Seguido de Oberon, se dirigió a la biblioteca. Ambos necesitaban un trago para reponer fuerzas. Para su sorpresa, en el a se encontraba Julian enfrascado en la lectura de un tratado de botánica.

—No esperaba encontrarte aquí, viejo. ¿Te has cansado de cultivar flores y has decidido buscar algo de diversión? —preguntó a modo de saludo, con una socarrona sonrisa.

—Nada de eso, hermanito. Sabes que es una de las actividades que más me entretiene —respondió con regocijo, mientras se dirigía hacia él para darle un fuerte abrazo.

—¿Has traído a tu deliciosa mujercita y a ese par de mocosos que tienes por vástagos?

—El os son la razón de mi estancia aquí. Madre no puede pasar más de dos meses sin ejercer de abuela consentidora y me obliga a traerlos bajo la amenaza de desheredarme —bromeó—. Espero que te decidas de una vez a tener los tuyos propios y alivies a los míos de sus excesivos mimos.

—Sigue soñando. Nada más lejos de mi imaginación —replicó con fingido horror, aunque en su mente se dibujó durante unos segundos la hermosa imagen de Adele con un niño en brazos—.

¿Dónde se encuentran? Quiero ver a esa pequeña arpía a la que l amas hija. —Gregory adoraba a la pequeña; sentimiento que era

correspondido de igual manera.

—Claire y la niña han acompañado a madre de visita a la casa de unos arrendatarios. La esposa acaba de dar a luz y mi mujer le ha l evado

ropa de Charles que se le ha quedado pequeña. No veas cómo crece el muy bribón —se quejó con teatral gesto y un manifiesto orgullo. Su esposa y sus dos hijos eran la fuente de su inmensa felicidad—. En cuanto a él, está echando un sueño por prescripción irrevocable de la abuela.

—Compruebo con agrado que madre sigue al mando, como en sus buenos tiempos —se mofó con cariño. Lady Frances era una mujer extraordinaria que amaba y protegía a su familia por encima de todo.

—No lo dudes, chico. Y espero que continúe estándolo durante muchos años más —admitió con franqueza e inequívoca satisfacción —. ¿Qué te trae por aquí? Te hacía en Londres ocupándote de alguna joven viuda —se extrañó. No era propio de su hermano abandonar la ciudad en plena temporada social, cuando tenía más posibilidad de elegir alguna dama de su gusto.

—Te lo explicaré. Primero permíteme presentarte a Oberon, un camarada.

Julian se tensó ante la mención de ese nombre y observó con detenimiento al hombre alto y fornido que se había quedado algo rezagado.

—Lord Heydon —saludó Oberon con una inclinación de cabeza.

Su rostro mostraba signos de diversión.

—Hace años conocí en París a un hombre con ese mismo nombre, pero no recuerdo que se pareciera a usted —dijo Julian, intentando averiguar si se trataba de la misma persona que le había salvado la vida en una ocasión.

—Yo sí le recuerdo, Némesis. Ha cambiado muy poco en estos años.

Julian hizo un gesto de sorpresa y alargó la mano para estrechar la del otro de forma entusiasta.

—¡Vaya, no te había reconocido! Me alegro de que lograras salir vivo de aquel infierno.

—No creas que me lo pusieron fácil.

—Lo imagino, amigo. —Julian sintió un involuntario

estremecimiento al rememorar ciertos sucesos que se esforzaba en

olvidar.

—¿Alguien quiere encender una luz, por favor? —ironizó Gregory, que presenciaba la escena intrigado.

Los otros dos se miraron divertidos.

—Tu hermano es un maldito entrometido que nunca va a acabar de aprender las artes de este oficio, y eso que le he explicado lo nefasto que puede ser abusar de la curiosidad —dijo Oberon con una mueca burlona.

—Y que lo digas. ¿Tú también has tenido que sacarlo de algún aprieto? —se asombró.

—De varios, en realidad.

Julián hizo un gesto de pesadumbre.

—Este chico es un verdadero desastre. Nunca debí recomendarlo para ese puesto —se burló.

Ambos rieron ante el visible malestar de Gregory.

—Está bien, seguid con vuestras pul as como si no estuviese. Yo voy a servirme un trago.

—No me vendrá mal uno, muchacho —le indicó Oberon.

—Ya que estás tan generoso, hermanito, os acompañaré —se unió Julian.

—Es un honor atender a mis mayores —aguijoneó Gregory—.

Mientras podrías ir poniendo en antecedentes a mi hermano, Oberon; de esa forma dejaréis de utilizarme como diana de tiro.

Los otros dos rieron y se sentaron. Oberon le hizo un breve resumen de lo ocurrido. Julian quedó impresionado al conocer la implicación de Skelton, del que conocía su trayectoria política.

Nunca hubiese imaginado que pudiera ser un traidor a su país. Ni Sawford, el amigo de juventud de su hermano y héroe de guerra, al que tenía por un patriota y hombre de honor.

Gregory ocupó un sil ón junto al fuego y, mientras los otros charlaban de los viejos tiempos, él comenzó a evaluar las emociones que había

experimentado en las últimas horas, desde la angustia que sintió cuando supo que Adele estaba en manos de los malhechores hasta la indescriptible alegría que le embargó cuando la tuvo en sus brazos.

Se había obligado a sí mismo a conservar la calma para que

nada enturbiase su buen juicio, pero reconocía el gran esfuerzo que le había supuesto ocultar sus sentimientos. Si algo había descubierto en las últimas horas era que deseaba estar a su lado para amarla, cuidarla y protegerla mientras tuviese un segundo de vida y siempre que el a se lo permitiera. Ahora un único pensamiento ocupaba su mente: convencerla de que se convirtiera en su esposa.

Unas voces en el vestíbulo los alertaron de que las damas habían l egado. Gregory se dirigió hacia al í seguido por Julian y Oberon. Ansiaba ver a su preciosa sobrina, así como a su bel a y dulce cuñada; y, cómo no, a su adorada y a veces recalcitrante madre.

—¡Tío Gregory! —gritó la niña al verle, y se lanzó a sus brazos.

—¡Princesa Alice!, ¿cómo es posible que hayas crecido tanto en estos últimos meses? ¡Si casi me l egas a la barbil a! —dijo Gregory agachado junto a la niña, que no paraba de reír.

—Es que voy a ser una giganta como mi papá —respondió con impropio desparpajo para sus cuatro años.

Julian rió con ganas mientras agarraba la cintura de Claire, que agradeció feliz el abrazo de su marido.

—Gregory, que maravil osa sorpresa. Me alegro de que hayas decidido considerar mi invitación para pasar unos días en el campo.

Estabas cogiendo el típico color demacrado de los noctámbulos londinenses —le espetó su madre con cariñosa acidez, acercándose y plantando un sonoro beso en la mejil a de su adorado hijo menor

—. No sé si es peor que pases seis meses en lejanos países o dos entre el frío y la neblina de Londres.

Gregory respondió al cínico comentario de su madre con una sonrisa y la besó cariñosamente en la mejil a. La amaba, pero era temible con sus críticas observaciones.

—No querrás que me convierta en agricultor como Julian, madre.

Además, yo no tendría la suerte de encontrar una esposa que prefiere la placidez del campo a las diversiones de la ciudad, como mi hermosa cuñada.

Arrebató a Claire de los brazos de su marido y comenzó a dar varias vueltas de baile con el a.

—¿Dime, preciosa, mi hermano te cuida bien o tendré que darle

algunas lecciones de cómo tratar a las damas?

—Pierde cuidado, Gregory. Julian es un ejemplo de perfecto marido y padre. Deberías aprender de él y buscarte una esposa.

Gregory hizo un cómico gesto que provocó la risa de su cuñada.

—¿Tú también te has convertido en una celestina? Si l ego a saber que ibas a confabularte con mi madre, me habría cuidado mucho de acercarme por aquí mientras estuvieses. Me considero capaz de lidiar con una casamentera, pero con dos a la vez me faltarían fuerzas.

—Mide tus palabras. Claire dice la verdad. No paran de l egarme rumores de todo tipo, y la mayoría bastante enojosos —le recriminó su madre.

—La mayoría falsos, madre. No deberías dar crédito a los chismorreos —se defendió.

—No está mal probar un poco de tu misma medicina. Recuerdo que hace unos años no tuviste reparos en apoyar a nuestra madre cuando me perseguía para que abandonase mi plácida condición de soltero —le recordó Julian.

—Seguro que no te arrepientes de el o, viejo. Es más, deberías estarme agradecido a la vista de los resultados.

—Ni lo sueñes, chico. Me atribuyo yo solo el mérito de haber atrapado a esta preciosidad. Y te aconsejo que la sueltes de una vez o te estropearé esa bonita cara que tienes —dijo con simulado enojo.

Claire volvió a los brazos de su marido riendo con ganas y le dio un beso en su mejil a marcada por las cicatrices que la guerra le había dejado.

—No comprendo cómo puedes aguantar a ese celoso gruñón, cuñada. Te mereces algo mejor como; por ejemplo, a su apuesto y divertido

hermano menor. ¿Qué te parece?

—Ummm… Creo que me conformaré con lo que tengo, pero puede que en el futuro valore tu ofrecimiento.

El gruñido molesto de Julian provocó la carcajada de Gregory.

Oberon, que se encontraba un poco apartado del grupo familiar, observaba la escena con una expresión indescifrable en el rostro.

De pronto, Gregory lo miró y le hizo un gesto para que se acercase.

—Permitidme que os presente a Oberon, un amigo, y también un

viejo conocido de Julian.

El aludido se inclinó y beso las manos de las damas incluida la de la niña, que se mostró impresionada con la elegante reverencia.

—Ladies…

Todas respondieron con una inclinación de cabeza, impresionadas en menor o mayor medida por la envergadura del hombre y sus exquisitos modales.

—¡Es usted un gigante como mi papá! —exclamó la pequeña, mirándolo con admiración.

Pero el a no era la única. Frances, que se había l evado un pequeño sobresalto al verlo, no podía apartar los ojos de su rostro.

Gregory reparó en el o y se preguntó a qué se debería.

—¿Te encuentras bien, madre? —se interesó.

Frances pareció salir de un trance y contestó algo desorientada.

—Eh… sí… sí, claro. ¿Pasamos a la salita?

Claire y la niña se excusaron y subieron a ver al pequeño Charles. El resto acompañó a Frances hasta una amplia sala amueblada con refinada elegancia y en la que los grandes ventanales dejaban pasar la luz del sol con generosidad.

—Johnson, añada dos cubiertos más a la mesa, por favor —pidió al mayordomo, que acudió a su l amada.

—Seremos uno más, madre —puntualizó Gregory—. Nos acompaña la señorita Catesby, que se hal a en su cuarto descansando junto a su sobrino.

Frances miró a su hijo menor con una muda pregunta en sus vivaces ojos que Gregory decidió ignorar. Ya tendría tiempo de dar explicaciones, porque no dudaba de que su madre las pediría.

—Tres cubiertos más, Johnson —rectificó el a dirigiéndose al mayordomo.

Julian rió para sí. Su madre se moría de ganas de preguntar quién era esa señorita Catesby, pero su esmerada educación le impedía hacerlo delante de un ajeno a la familia. Seguro que no tardaría en l evarse a Gregory con cualquier motivo para sonsacarle toda la información, se dijo. Se regodeó por adelantado. Su hermanito iba a pasar un mal rato intentando explicar todo lo sucedido a su curiosa madre o, más bien, intentando no hacerlo.

Tenía ganas de echarle la vista encima a esa mujer. Por la

explicación de Oberon, parecía que a su hermano le movía un particular interés en su seguridad. Debería ser toda una bel eza para haber captado de ese modo la atención del pertinaz libertino en que Gregory se había convertido. Tampoco le había pasado por alto la extraña reacción de su madre al ver a Oberon, como si no quisiera creer lo que estaba viendo. Su fino olfato le decía que al í ocurría algo extraño.

—Gregory, ¿te importaría acompañarme? Necesito tu opinión sobre un tema importante —pidió Frances. Se levantó y se encaminó hacia la puerta—. Si nos disculpan…

Los hombres se levantaron y Gregory la siguió, imaginando lo que deseaba. No se le escapó la chispa de regocijo que emitieron los verdes ojos de su hermano. Suspiró. En ocasiones, su madre era muy poco sutil en su forma de actuar.

Frances arrastró a su hijo hasta la biblioteca y cerró la puerta tras el os.

—Explícame qué ocurre, por favor —le exigió con decidido semblante.

Gregory conocía muy bien esa expresión en el rostro de su madre en el rostro de su madre por haberla observado con bastante frecuencia. Era como la de un perro de caza que había olido un rastro entre la maleza.

Ordenó sus pensamientos con rapidez. No podía contarle toda la verdad sobre lo sucedido, luego debía inventar algunos hechos.

—Si te refieres a la señorita Catesby, te diré que es la cuñada de mi amigo Nathan Sawford, uno de mis compañeros en Eton al que es probable que recuerdes.

Frances asintió. Recordaba a aquel niño famélico y receloso al que su hijo había invitado en un par de ocasiones a pasar una temporada en casa.

Gregory continuó con la explicación:

—Cuando regresaba a su hogar en Culham acompañada de su sobrino, tras haber pasado unas semanas en Londres en casa de los Sawford, fue secuestrada. Por suerte, hemos podido liberarlos y, como nos encontrábamos cerca de este lugar, he pensado en traerlos aquí para que se repongan de la conmoción sufrida antes de l evarlos a su destino.

—¡Oh, qué experiencia tan penosa! ¿Y por qué los han secuestrado?

—Para pedir rescate, imagino. Es lo usual en estos casos. —

Tuvo que mentirle. Aún no podía contarle la verdad.

—Pero, si mal no recuerdo, Sawford no procedía de familia adinerada ni era noble, ¿no es cierto?

Gregory sabía que no se iba a conformar con esa escueta explicación. Su madre era mucho más perspicaz de lo que dejaba entrever a los demás, como bien conocía su familia.

—Cierto, aunque hace un tiempo recibió una cuantiosa herencia y eso debe de haber atraído la codicia de los secuestradores.

Frances lo miró. Su hijo le estaba ocultando más de lo que le había contado, aunque sus razones tendría para preferir cal arlo.

—Es una suerte que los hayas encontrado, Gregory. ¿Han atrapado a los malhechores? —preguntó con expectación.

—No ha sido posible, madre. Confío que lo harán en breve.

Oberon y yo partiremos para la ciudad con el fin de informar a Nathan del feliz desenlace. Espero estar de regreso mañana mismo.

—Está bien, querido. Seguro que sabes cómo actuar —zanjó el tema, decidiendo que, de momento, tenía suficiente con esos datos

—. Y dime, ¿de qué conoces a ese señor de nombre tan pintoresco?

Gregory sonrió para sí. Sabía que su madre no podría refrenar su curiosidad, que no se limitaba a sus potenciales futuras nueras.

—Es un amigo común de Nathan y mío. Me ha ayudado a seguir la pista a los secuestradores.

—¿Y a qué se dedica?

—Tiene algunas inversiones. Incluso está interesado en entrar en el negocio naviero —improvisó. Detestaba mentir de esa manera a su madre, pero no debía desvelar la profesión de Oberon.

Frances simuló que le satisfacían las explicaciones. No quería demostrar demasiado interés por ese hombre, al menos hasta asegurarse de que sus conjeturas eran correctas.

—Espero que hayas acomodado bien a la señorita Catesby y a su sobrino.

—Le he pedido a Johnson que la atienda en todo lo que necesite. Subiré a preguntarle si desea comer con nosotros o está

demasiado cansada para hacerlo.

—De ninguna forma. Esa es tarea mía. Tú no debes visitar el cuarto de una dama soltera —le advirtió—. Tampoco casada o viuda, por supuesto —añadió con aguda ironía y un claro reproche.

Gregory suspiró. Cuando su madre adoptaba esa expresión sabía que nadie podía hacerla cambiar de opinión.

Frances abrió la puerta y pidió a Johnson, que aguardaba junto a el a, que le indicase dónde había acomodado a los invitados.

Seguida por él, se dirigió al piso superior dejando a un preocupado Gregory al pie de la escalera.

Capítulo 26

Adele, algo más relajada después del baño y reconfortada por el refrigerio, leía un cuento a Matthew con el fin de hacerle olvidar los últimos acontecimientos. Lo había bañado, cambiado de ropa y hasta

había conseguido que tomase algún alimento. No mostraba señales de las horas de pánico sufridas aparte de algún sobresalto al oír un ruido o la mirada asustadiza de sus infantiles ojos. Aun así, imaginaba que tardaría días en olvidar tan amarga experiencia.

Las alcobas que les habían asignado eran espléndidas, estaban repletas de comodidades y se situaban una junto a la otra con una puerta de comunicación. El mayordomo se mostró muy solícito y había atendido con encomiable diligencia todas sus necesidades, así como el resto de sirvientes. Debería sentirse aliviada, casi feliz por haber escapado de los secuestradores sin un rasguño. Sin embargo, una zozobra la consumía: no encontraría la paz hasta que supiese que su hermana estaba a salvo.

Oyó que l amaban a la puerta y, pensando que era Gregory, se apresuró a abrir. No se trataba de él, comprobó de inmediato. Ante el a apareció una dama de edad madura y bel o y bondadoso rostro que sonreía con calidez.

—¿Es usted la señorita Catesby? —preguntó Frances algo dudosa. La sencil a vestimenta que l evaba la había confundido.

—Sí —respondió Adele sorprendida.

La situación le resultaba muy extraña. Por la riqueza de los ropajes y las joyas que portaba no cabía duda de que se trataba de una dama de alta posición, y por el parecido con Gregory debía de ser la dueña de la casa. Si estaba en lo cierto, ¿no sería más lógico que le ordenase acudir a su presencia en vez de l amar el a a la puerta de su invitada?

Desconocía el protocolo que utilizaba la nobleza, y más si eran de tan alto rango, pero siempre había creído que se consideraban seres superiores a los que se debía tratar con regia ceremonia; excepto a Gregory, claro.

—Soy Frances Rawson, la madre de Gregory. Es un placer conocerla. Siento no haber estado aquí para recibirles. Me

encontraba de visita en casa de un vecino y acabo de l egar —le explicó con sencil ez.

Adele, nerviosa, se inclinó de forma ceremonial. No solía tratar con personas de la alta sociedad y temía actuar de forma incorrecta.

—Es un gran honor que nos acoja en su hogar, milady.

—Por favor, nada de formalismos. Nunca me han gustado y menos a mi edad —le sonrió con simpatía—. Espero que se encuentren cómodos en estas habitaciones; aunque, si lo desea, puedo trasladarla a otra y al niño a la zona infantil.

—No será necesario, lady Wisley, es usted muy amable.

Estamos muy bien en estas.

—Como desee. ¿Es su sobrino? —preguntó, señalando al niño que se refugiaba detrás de Adele.

—En efecto. Matthew, presenta tus respetos a lady Wisley, por favor —lo animó.

—Buenos días, lady Wisley —saludó el pequeño asomando la cabeza con timidez.

Frances acarició con ternura el cabel o del niño, que se agarraba a las faldas de su tía como si de una tabla de salvación se tratase.

Adele se sintió gratamente impresionada por la afabilidad de la dama.

—¿Desea pasar? —la invitó.

—Gracias, querida. Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila?

—Adele.

Se acomodaron en unos sil ones en el pequeño recibidor, por el que se comunicaban ambos dormitorios.

—Ya me ha comentado mi hijo la terrible experiencia vivida.

¿Espero que no hayan resultado dañados?

—No lo estamos. Solo hay que lamentar la angustia que la situación ha creado a mi sobrino.

—Pobrecito, tan joven y pasar por esa ingrata experiencia. Creo que lo que necesita es jugar un rato para que se le olviden los lamentables sucesos. Alice, mi nieta, tiene más o menos tu edad.

¿Te parece bien que le hagamos una visita? —le preguntó al niño.

—No sé… —respondió Matthew con cierta reserva—. ¿Tiene juguetes?

—Muchos, y podrás jugar con el os —le prometió, y dirigiéndose

a Adele:— Si me acompañan, iremos al cuarto de los niños. Quiero presentarles a mi nuera y a sus hijos.

Adele no tuvo más remedio que seguir a la dama hasta el piso superior.

Cuando l egaron al pasil o oyeron la risa cantarina de una niña.

Frances tocó a la puerta y entró. La amplia y luminosa estancia se encontraba repleta de juguetes, la mayoría esparcidos por el suelo.

En un rincón de el a, al lado de la ventana, se hal aba una mujer sentada en una mecedora con un bebé de pocos meses en brazos y, junto a el os, una niña de unos cuatro años los miraba embelesada.

—Claire, te presento a la señorita Catesby, una invitada de Gregory, y a Matthew, su sobrino. Me he tomado la libertad de traerlos. He pensado que podría jugar un rato con nuestra Alice.

—Una gran idea, Frances. Me alegra conocerla, señorita Catesby. Soy Claire Rawson, la cuñada de Gregory.

—Lady Heydon —dijo Adele, e hizo una leve reverencia. Sabía por Gregory que el hermano mayor, el actual conde de Heydon, vivía con su esposa y sus dos hijos en Cambridgeshire, en la finca que su padre le había cedido. Debían de estar pasando unos días al í.

—Por favor, l ámeme Claire —pidió mientras entregaba el bebé a Frances, cediéndole también el sitio. La orgul osa abuela lo estrechó entre sus brazos y lo mostró a Adele. Era un precioso bebé.

—Estos son Alice y Charles, mis únicos nietos… de momento —

dijo Frances y miró a Claire con una leve sonrisa.

—Encantada, lady Alice —saludó Adele a la preciosa niña de rizos oscuros e impresionantes ojos verdes.

—Alice, ven a saludar al joven Sawford.

La niña obedeció a su abuela y se acercó con la manita extendida.

—¿Me l amo Alice y tú?

—Matthew —respondió él sin soltar la mano de su tía.

—¿Quieres que juguemos con mis muñecos?

—Bueno —concedió no muy convencido. Nunca había compartido juegos con otros niños.

Alice lo cogió de la mano y lo l evó a la zona en la que se

agrupaban la mayoría de juegos. Matthew se subió a un precioso cabal o balancín haciéndolo la niña en otro similar, y se pusieron a mecerse en el os mientras reían felices.

Adele observó entusiasmada a los dos pequeños. Eso era lo que su sobrino necesitaba, el contacto con otros niños, tan importante durante la infancia, y no pasar día tras día encerrado en casa rodeado de adultos.

—Es sorprendente lo rápido que suelen congeniar los niños, ¿no cree? —opinó Claire, satisfecha por la buen acogida que su hija había proporcionado al niño.

—Cierto. —La sonrisa complacida de Adele demostraba lo feliz que ese hecho la hacía.

Frances observaba a Adele aún bajo los efectos de la sorpresa recibida. Desde luego, no se trataba del tipo de mujer por el que su hijo solía interesarse. Sabía que Gregory frecuentaba viudas y damas casadas con matrimonios arruinados y, por lo general, muy hermosas. El a, aunque no se la podía calificar de fea, no se contaba entre las beldades que él prefería. Tampoco su sobrio aspecto, con ese poco favorecedor peinado y el sencil o vestido de horrible color carbonil a, contribuían a embel ecerla. Y era obvio que había rebasado con creces la veintena, aunque ese no era un inconveniente para Gregory pues huía de las jovencitas como de la peste.

En resumen, una solterona poco atractiva, al parecer sin fortuna, si había que fiarse de su pobre aspecto, ni perteneciente a la nobleza. ¿Qué había visto Gregory en el a? Porque, si su intuición no le engañaba, su hijo se sentía interesado por aquel a mujer. Lo conocía demasiado bien para no reparar en el reflejo de la ilusión amorosa que afloraba en su mirada, o el hecho de haberla l evado al í, donde sabía que estaría protegida.

Tendría que averiguar algo más de el a. Podría resultar una joven adecuada para su díscolo hijo. Si conseguía que Gregory se casara, cosa que por otra parte ya iba necesitando, dejaría de embarcarse en largos viajes a lugares remotos y se establecería en Londres. Sí, tenía

que conocer a esa mujer para determinar si era la adecuada para Gregory.

—Claire, me temo que nuestro pequeño Charles reclama su

comida —dijo Frances, y depositó al bebé en manos de su madre—.

Debes proporcionársela antes de que inicie una de sus famosas rabietas.

—Cierto. Ya comienza a enrojecer, preludio de una de el as —rió ante el expresivo gesto de su hijo de seis meses—. Si me disculpan…

Claire se retiró a una habitación contigua acompañada de la niñera.

Frances invitó a Adele a sentase mientras observaban a los niños y sus juegos.

—Tengo entendido que es cuñada de capitán Sawford.

—Sí, lady Wisley. Mi hermana es su esposa.

—Conozco a Nathan desde que era un muchacho. Nos visitó en algunas ocasiones cuando Gregory y él estudiaban en Eton. Me enteré que abandonó los estudios y se alistó en el ejército, así como de sus heroicas hazañas en el frente.

Lo cierto era que Frances se sorprendió de el o pues nunca habría imaginado que aquel timorato jovencito fuese capaz de realizarlas.

—Nathan fue muy valiente —confirmó Adele con orgul o.

—Creo que vivía en un pueblecito de Cambridgeshire… Lo siento, no recuerdo el nombre.

—En Culham, aunque en la actualidad residen en Londres —le aclaró.

—Eso es. Al í es donde se dirigían cuando fueron asaltados, ¿no es cierto? ¿Vive usted al í, señorita Catesby?

—Sí. Mi padre es el vicario de la aldea.

—¡Qué interesante! ¿Vive su madre también?

—No. El a murió cuando yo tenía cuatro años.

—Me apena oírlo. Una niña debe tener al lado a su madre, al menos

hasta que se case.

—Es lo que me hubiera gustado. Apenas tengo recuerdos de el a

—reconoció, y a su voz asomó la añoranza que sentía por aquel os gratos momentos de su niñez.

Francés la observaba con disimulo y le gustaba lo que estaba viendo. A pesar de cierta rigidez propia de la situación, se comportaba de forma adecuada.

—Siento haberle hecho rememorar tristes recuerdos. Disculpe mi torpeza, Adele. ¿Puedo l amarla así?

—Por supuesto, lady Wisley.

—Frances, por favor. No me gustan los protocolos exagerados, ya le dije.

—Creo que no debo. Sería poco correcto —protestó Adele. La marquesa era una persona encantadora, muy alejada de la imagen que se había creado de el a cuando Gregory le comentó que irían a visitarla, pero le parecía una falta de respeto ese trato tan cordial que quería imponer. Pertenecían a clases sociales tan dispares que sería antinatural.

—Claro que debe —protestó, y dejó concluida la cuestión.

Cuando el mayordomo anunció la comida, Frances se había enterado de todo lo que le interesaba saber sobre Adele, y estaba muy complacida. Le parecía una mujer sensata —lo que comenzaba a ser difícil de encontrar en las jóvenes casaderas—, generosa y muy bien educada para los pocos medios con los que había contado.

Esperaba que estuviese interesada en Gregory porque intuía que podía hacer muy feliz a su hijo, algo que no había logrado determinar por mucho empeño que ponía en descubrirlo. Pero no se desanimaba. No existía método más infalible para conocer un dato como ese que la observación directa. Por lo tanto, no pensaba quitarle los ojos de encima durante el tiempo que permaneciese al í.

Como los niños ya habían comido, los dejaron con la niñera y el as bajaron al comedor. Adele prefería permanecer al í. Se sentía saciada con el leve refrigerio que había tomado al l egar, pero Frances había insistido en que los acompañase a la mesa y el a no se atrevía a negarse.

Al pie de la escalera las esperaban los cabal eros. Gregory dirigió una penetrante mirada a Adele. Conociendo a su madre, presumía que la había sometido a un exhaustivo interrogatorio y temía que estuviese molesta por el o, pero parecía cómoda y eso le tranquilizaba.

Tras presentarle a Julian, pasaron todos al comedor y se dispusieron alrededor de la mesa, ocupando la cabecera el hijo mayor en ausencia del marqués. Frances situó a Adele enfrente de

Gregory para observarles mejor. Aunque la joven se mostraba serena, a el a no se le escapó el sonrojo que cubría su rostro al saberse observada por Gregory, que no dejaba de lanzarle encendidas miradas.

—Gregory, ¿has oído lo que te he preguntado? —dijo Julian con tono molesto.

—¿Qué…? Perdona, creo que me he despistado un poco.

—Bastante diría yo. Pues presta atención, chico; no estoy dispuesto a repetir las preguntas una y otra vez —rezongó con fastidio.

Julian dudaba de que su hermano hubiese oído algo de lo que se había hablado al í en los últimos minutos. Su interés se dirigía a la mujer que había traído con él y en la que parecía estar centrando todos sus sentidos.

Claire, que estaba a su lado, le dio un leve puntapié y él, con un nuevo gruñido, volvió a fijar su interés en el exquisito plato de riñones salteados que tenía delante.

Frances sonrió satisfecha. Sus suposiciones eran ciertas: no cabía duda de que existía una fuerte atracción entre su hijo y esa joven. Nunca había visto a Gregory tan absorto con una mujer y el a, a tenor de su aspecto, tampoco parecía inmune a su presencia.

Tranquilizada en cuanto a ese tema, centro su atención en Oberon. Sabía que sonaba descabel ado pero su rostro le resultaba muy familiar, tanto que le aterraba la idea de que lo que estaba pensando fuese cierto.

—No he oído su nombre de pila cuando nos han presentado, señor Oberon.

—No lo he dicho, lady Wisley. En realidad, Oberon es un apodo simpático que mi madre me adjudicó de niño y que mis amigos se empeñan en utilizar. —Lanzó una rápida y divertida mirada a los

hermanos y continuó con aplomo—. Me l amo MacLennan…

Kenneth MacLennan —reconoció con esfuerzo. No le gustaba pronunciar su verdadero nombre. Los recuerdos que le traía a la memoria eran demasiado penosos.

Tanto Julian como Gregory se miraron con sorpresa. Frances, por su parte, permaneció pensativa unos segundos.

—MacLennan… —repitió Frances con relativo alivio—. Un

apel ido muy común en Escocia. ¿Ha nacido usted en aquel as tierras?

—Nací en París, donde viví hasta los siete años, luego me trasladé con mi madre a Escocia y permanecí al í hasta los dieciséis.

Desde entonces vivo en Londres o en el lugar al que mi trabajo me l eve.

—¿Sus padres son escoceses entonces? —preguntó, intentando disimular la ansiedad que sentía ante la respuesta.

—Mi madre únicamente. Mi padre era inglés. Ambos han muerto

—respondió.

Le sorprendía el impulso que le había movido a sincerarse con aquel as personas. Podría haberles contado alguna de las muchas historias que venía inventando desde que abandonó la casa a la que nunca l amó hogar y a su familia, que nunca lo fue; en cambio, les estaba revelando datos de su vida que muy pocos sabían, y menos aquel os a los que casi acababa de conocer. Pero se sentía cómodo entre esas personas, que lo habían acogido con amabilidad. Si hubiese tenido una familia como aquel a, todo habría sido muy diferente, pensó con tristeza.

También era hora de reconocer ante todos sus orígenes y enfrentarse a los fantasmas del pasado. Había aprendido a defenderse. Ya no podían hacerle daño.

Frances volvió a respirar con normalidad. Solo se trataba de una coincidencia, se dijo con alivio, y decidió disfrutar de la comida. En ese momento, MacLennan sacó el reloj que l evaba en el bolsil o del chaleco y consultó la hora. El a se quedó mirando aquel objeto con ojos desorbitados.

—Frances, ¿se encuentra bien? —le preguntó Claire, que había observado la repentina palidez y el gesto de espanto de su suegra.

Parecía como si hubiese visto un fantasma.

El a no dio muestras de haber oído el comentario y prosiguió mirando al objeto que portaba el hombre que tenía delante con un creciente horror en el rostro.

—¿Madre? —la l amó Gregory preocupado, al tiempo que le tocaba el hombro.

Frances giró la cabeza y lo miró de forma ausente, como si por unos segundos hubiese estado en otro lugar. Inspiró con fuerzas

para l enar sus pulmones del aire que les había estado negando durante ese tiempo y se levantó de la sil a de forma precipitada.

—Creo… creo que voy a retirarme. Por favor, continúen con el almuerzo —se disculpó.

—La acompañaré a su cuarto —declaró Claire, levantándose.

—No es necesario, querida. Estoy bien.

—Ya he terminado y deseo ver cómo están los niños —insistió.

Frances estaba alterada y eso era poco usual en una persona como el a. Algo grave le ocurría.

Adele, que se encontraba incómoda al saberse observada por la mayoría de los comensales, vio la ocasión propicia para acabar con aquel a inquietud.

—Yo también me retiro. He dejado a Matthew demasiado tiempo solo.

Las tres mujeres salieron y el os, dando por acabada la comida, se retiraron a la biblioteca para tomar una copa de oporto mientras concretaban el futuro modo de actuación.

Kenneth indicó a Gregory que prefería partir hacia Londres esa misma tarde para no demorar demasiado las gestiones que debía resolver. Avisaría a Nathan del feliz desenlace del secuestro y le explicaría que su hijo y su cuñada iban a permanecer en lugar seguro durante unos días, sin desvelarle dónde se encontraba por razones de seguridad. No confiaba en ningún sirviente de la casa, que podía facilitar la información a Skelton.

Por su parte, Gregory decidió marcharse al día siguiente, una vez que hubiese hablado con Adele. Él sería el encargado de explicarle a Celeste lo ocurrido y de l evarla junto a su esposo; una tarea que no iba a resultarle fácil, según presumía.

Claire acompañó a su suegra a su cuarto y se ofreció a quedarse hasta que estuviese repuesta, pero Frances insistió en que estaba bien. Abandonó la habitación al poco de marcharse su nuera y se encaminó al ala norte del edificio, una zona que no se utilizaba y en cuyo largo corredor se exhibían los retratos de los antepasados de los Rawson.

Fue avanzando desde el primer cuadro, que representaba al tatarabuelo de su esposo, el primer marqués de Wisley, hasta uno de los que ocupaban casi el final de la larga hilera. En él aparecía

un joven Henry Rawson, entonces conde de Heydon, en una gal arda postura. Se acercó un poco más hasta que consiguió divisar con detal e el objeto que le interesaba. El apuesto cabal ero l evaba colgando de su chaleco, con una elegante leontina de oro, un reloj con un singular dibujo en su tapa. El mismo dibujo que había visto hacía unos minutos en manos del hombre que tenía un enorme parecido con el padre de su esposo.

Capítulo 27

Adele subió al cuarto de los niños donde se encontraba Matthew jugando con su nueva amiga y, con esfuerzo, logró convencerlo de que debía dormir la siesta. Se sentía agotada tras los sucesos de las últimas veinticuatro horas. Por el o, cuando consiguió que el pequeño se durmiera, el a se retiró a su cuarto y se tendió en la cama. A los pocos minutos estaba profundamente dormida.

Cuando despertó, asombrada de que hubiese dormido más de dos horas seguidas, se dirigió al cuarto contiguo y, al no ver al í a su sobrino, se alarmó. Imaginando que había ido a buscar a su nueva amiga, subió al cuarto de esta y Matthew tampoco estaba al í.

Claire, que se encontraba sentada en un cómodo balancín con el pequeño Charles en brazos, la tranquilizó.

—Gregory los ha l evado a los establos. Mi hija estaba empeñada en enseñarle su pony a Matthew y mi cuñado se ha ofrecido a cuidar de el os. Están en buenas manos, no tema.

¿Quiere sentarse un rato conmigo? —le sugirió al ver que no sabía bien qué hacer.

Adele se acercó a la dama y, a invitación de esta, se sentó a su lado mirando al niño con recelo.

—No se preocupe, duerme desde hace un buen rato. Uno de los momentos de mayor felicidad para mí es cuando tengo a mis hijos dormidos en mis brazos. Su tibio calor, la tenue respiración en mi cuel o, el latido de sus corazoncitos… Es algo mágico, prodigioso —

le explicó ante la muda pregunta que leía en sus ojos.

Adele se enterneció por las palabras y envidió la felicidad que trasmitía. El a nunca podría experimentar esas sensaciones.

—Me he quedado dormida —se excusó. Claire estaría pensando que desatendía sus obligaciones para con su sobrino.

—La entiendo. La experiencia vivida debe de haberla agotado.

Así lo supuso Frances y ordenó que no la molestaran. Pero no debe preocuparse por el niño. Como le he dicho, está en buenas manos.

—Han sido muy amables al cuidar de él.

—No nos lo agradezca. Al contrario, nos alegra que esté aquí.

Alice es feliz de tener un amigo para sus juegos. Charles es muy

pequeño para acompañarla y el estar rodeada de adultos, y más si estos son tan consentidores, no le beneficia. Espero que decida quedarse algunos días más. Sería estupendo para todos —sugirió, cumpliendo la promesa hecha a Gregory.

Su cuñado le había pedido que intentase convencer a Adele de la conveniencia de permanecer algunos días al í y el a accedió, no porque su hija disfrutaría de su nuevo amigo, también porque había observado una nota de genuina ansiedad en la súplica de su cuñado que le indicaba lo mucho que le importaba aquel a mujer.

—No creo que podamos. Debemos proseguir el viaje hasta Culham, como teníamos previsto antes de que surgiera el contratiempo.

—Lo entiendo, pero un par de días no les retrasará demasiado.

Nosotros partiremos en unos días. Mi esposo casi ha concluido los asuntos que nos trajeron aquí y, cuando lo haga, estará deseoso de volver a sus cultivos —insistió.

—Tal vez…

Adele no quería comprometerse a nada. Sabía que lo más prudente era marcharse lo antes posible y alejarse de Gregory, pero le dolía l evarse a Matthew, al que se le veía feliz con la pequeña Alice. Sería mezquino por su parte privarle de ese placer. Él no debía pagar por su estupidez.

Sí, era una estúpida al haberse dejado seducir por sus tentadoras palabras y sus bel os ojos, acabando por enamorarse de él, un juerguista sin la menor intención de redimirse y que estaría deseando acabar con aquel a situación para regresar a Londres y continuar con su vida disipada.

Le agradecía el haberla rescatado, pero no estaba dispuesta a volver a caer bajo su embrujo. Rehuiría toda intimidad con él que propiciase un nuevo roce sensual y, de alguna forma, lo conseguiría.

Se oyeron pasos y la puerta se abrió dejando pasar la alta figura de Julian. A Claire se le iluminó el rostro al verlo. Él se acercó con rapidez y, tras saludar con una inclinación de cabeza a Adele, se arrodil ó junto al balancín en el que su esposa se hal aba sentada y la besó en los labios, depositando un tierno beso en la frente de su hijo a continuación. El a se ruborizó, pero continuó mirando a su marido con arrobo.

—Si me disculpan, iré a ver a mi sobrino —dijo Adele, incómoda ante la íntima escena.

—Los he dejado en los establos, pero creo que pensaban hacer una pequeña excursión al lago. Si no tarda, los alcanzará —le sugirió con demasiada ansiedad en la voz, lo que indicó a Adele que estaba deseando que los dejase solos.

El a se apresuró a salir de al í y, tal como le había indicado lord Heydon, se dirigió a los establos. Cuando l egó a la puerta alcanzó a oír unas alegres risas infantiles. Se introdujo en la amplia edificación hasta dar con los niños, que se encontraban dentro de un reducido departamento cepil ando a un pony.

—Con un poco más de brío, Matthew; no vas a dañarlo por eso, te lo puedo asegurar.

Gregory, desde una esquina, dirigía a los dos niños. Alice era bastante diestra, pero Matthew no había tenido oportunidad de ejercitarse en ese saludable quehacer. Adele dedicó unos minutos a observarlo. Se

encontraba en una postura descansada, apoyado sobre la pared, y sonreía con picardía mientras observaba a los dos niños afanarse en su labor. Estaba tan atractivo que sintió que se le aceleraba el pulso. De pronto, Gregory giró la cabeza y la miró con una sonrisa de complicidad. ¡El muy taimado sabía que estaba al í!

Se acaloró e intentó disimularlo. Carraspeó para hacerse notar y evitó mirarle.

Matthew dejó el cepil o en el suelo y corrió a los brazos de su tía, que lo estrechó con fuerza. Pronto se deshizo del abrazo y l evó a Adele de la mano para que pudiera admirar al cabal o.

—¡Mira, es de verdad! Tío Gregory me ha dejado subir a él. Y no he tenido miedo —le explicó con infantil orgul o.

¿Tío Gregory? ¡Era lo que faltaba! Adele lo miró con reproche. Él le hizo un gesto con los hombros, indicándole que no había tenido nada que ver en el o, pero tampoco puso interés en corregir al pequeño. Su sonrisa de satisfacción decía bien a las claras que le agradaba el apelativo.

—Te has portado como todo un hombrecito, Matthew. Tu tía debe sentirse muy orgul osa de ti.

Gregory la miró con esa media sonrisa sensual en la boca que el a tan bien conocía y que conseguía acelerarle la sangre en las

venas.

—Sin duda que lo estoy. Es tan valiente como su papá. Ahora tienes que tomar un baño para quitarte toda la suciedad que has acumulado y prepararte para la cena. Ha sido un día de grandes emociones y debes estar muy cansado.

—Pero tío Gregory nos iba a l evar al lago. Dice que hay carpas de todos los colores y grandes como tiburones —protestó Alice con inocencia.

Matthew secundó la protesta con una enérgica afirmación al tiempo que se enganchaba a su falda, demostrando que no estaba dispuesto a perderse esa nueva diversión.

Adele rió a carcajadas por las palabras de la niña. Miró a Gregory, cuyo rostro era la viva estampa de la candidez.

—Sí, tía Adele, seguro que nunca has visto nada tan asombroso

—la instó Gregory divertido.

Adele suspiró con resignación. Lo que ese desvergonzado no consiguiese…

—Está bien, vayamos. Quiero comprobar ese extraordinario fenómeno de la Naturaleza con mis propios ojos —aceptó, y el reto que lanzaron sus ojos provocó la carcajada de Gregory.

No lograron ver las enormes carpas prometidas, pero el paseo fue una auténtica delicia salpicada de fabulosos relatos y anécdotas de los numerosos viajes de Gregory que hicieron las delicias de los niños y provocaron la sonrisa a Adele. Cuando ya el sol se ocultaba en el horizonte, decidieron regresar. Por desgracia, a medio camino comenzó a caer un fuerte chaparrón que los cogió desprevenidos, acabando todos empapados.

Adele sintió un escalofrío al oír toser a Matthew. Lo subió a su cuarto y pidió que le prepararan un baño caliente. No podría perdonarse si el niño volvía a enfermar.

Alarmada por su estado, se negó a abandonarlo, prefiriendo cenar con él en el cuarto. Frances y Claire pasaron a interesarse por el pequeño y la dueña de la casa le envió una tisana de valeriana y hojas de sauce que, según le aseguró, hacía tomar a sus hijos cuando regresaban empapados de alguna aventura al aire libre.

Adele conocía las propiedades de la bebida y no se negó a que Matthew la tomara. Eso le bajaría la fiebre y le ayudaría a dormir. Lo

más probable era que se tratase de un enfriamiento, como aseguraba la marquesa, pero las terribles semanas pasadas al pie de la cama de su sobrino volvieron a su mente. ¡Había estado tan cerca de perderlo!

Tras la cena, Gregory se dirigió a la biblioteca a esperar a su hermano, que había subido a dar las buenas noches a sus hijos. Se sentía preocupado por la salud de Matthew. Si no hubiese insistido en acercarse hasta el lago, no les habría cogido la l uvia. El sentimiento de culpa lo agobiaba. Si el niño enfermaba, Adele le haría responsable.

Su madre opinaba que no era más que un leve enfriamiento que pasaría en pocas horas, pero comprendía que Adele estuviese muy preocupada temiendo una recaída de su enfermedad.

Le urgía verla. Quería saber de primera mano cómo se encontraba Matthew y también necesitaba conocer con detal e todo lo ocurrido durante el tiempo que Skelton los tuvo retenidos. Podría revelarle algún dato importante que le permitiese dar con él o con el paradero de los espías turcos. Pero, sobre todo, necesitaba sentirla cerca de él sin la presión de los demás, como había ocurrido durante el almuerzo. Necesitaba decirle lo que sentía por el a y averiguar sus sentimientos hacia él. Necesitaba abrazarla, aplacar sus temores si los tenía, sentir su cuerpo cálido, su dulce aliento.

Necesitaba…

Capítulo 28

Tras un buen rato de pasearse sobre la costosa alfombra, y viendo que su hermano se entretenía más de la cuenta, Gregory decidió que ya había esperado suficiente. Necesitaba comprobar cómo se encontraba Matthew y cuál era el estado de ánimo de Adele.

Subió las escaleras de dos en dos y, cuando l egó a su puerta, tenía el corazón acelerado. Dio unos discretos golpes. Si se hal aba dormida no le oiría y él se marcharía, se prometió.

Gregory estaba nervioso. No quería mentirse. En el fondo había subido con un propósito: declarar su amor a Adele y pedirle que se casara con él, pero no atinaba con la forma de encauzar el tema.

Parecía mentira que con su edad y experiencia se sintiese tan alterado ante una situación de ese tipo.

Temía ante todo su rechazo. Sabía que el a tenía una pésima opinión de él. Lo deseaba, era cierto, y se lo había demostrado en las ocasiones que la tuvo entre sus brazos, aunque de eso a dar el paso de unir su vida a un mujeriego, como el a lo calificaba, había una gran diferencia.

Adele, educada en los rígidos principios morales que su padre debió inculcarle, no estaría dispuesta a l evar el nombre de un reconocido libertino. Con todo, tenía que intentarlo. Si lo rechazaba, ya vería la forma de convencerla, pero no pararía hasta que su dulce sirena se convirtiera en su esposa y la madre de sus hijos.

Iba a dar la vuelta cuando la puerta se abrió y Adele apareció en el a. Llevaba una gruesa bata por la que asomaba un recatado camisón y una horrible cofia en la cabeza.

El a no pudo disimular el bochorno que le provocaba el que él la viera con ese íntimo atuendo. Se cerró más la bata y, con un sencil o gesto de la mano, lo invitó a pasar.

Gregory aceptó el ofrecimiento y se adentró en el pequeño recibidor. La puerta que comunicaba con el dormitorio de Matthew estaba cerrada. Gregory recordó haber oído decir a su madre que había ordenado a Penny que se quedase velando al niño para que Adele pudiera descansar.

—Disculpa si te he despertado, Adele. Quería saber cómo se encontraba Matthew.

—No importa, no me había acostado. La temperatura le ha bajado y duerme tranquilo. La tisana que tu madre le ha dado parece haber obrado el milagro. Albergo la esperanza de que sea un catarro y mañana esté casi recuperado. Gracias por tu interés.

—Me alegro mucho. Estaba preocupado por si había sufrido una recaída —confesó, y en su rostro se manifestó el alivio que sentía.

—Yo también. Parece que solo ha sido un susto —lo tranquilizó con una sonrisa, imaginando que se echaba la culpa de lo sucedido

—. Deberíamos esperar un par de días para emprender el viaje a Culham, cuando Matthew esté restablecido. No es necesario que nos acompañes, aunque sí necesitaremos un medio de transporte.

Ya has hecho suficiente por nosotros, Gregory, y te estoy muy agradecida. Seguro que estás deseando regresar a Londres.

—Mañana iré a la ciudad para avisar a tu hermana y resolver algunos temas, pero volveré lo antes posible. Te ruego que esperes mi regreso para que pueda acompañaros. No tengo ningún interés en permanecer en Londres; no mientras tú estés aquí —le aseguró, y en su mirada se podía leer mucho más de lo que había expresado con sus palabras.

El a no supo o no quiso ver el verdadero significado de lo que había dicho e insistió:

—Gregory, no debes sentirte responsable de nada. Yo soy la única que puede atribuirse ese mérito por permitir que Matthew hiciese vida normal cuando no estaba restablecido de su enfermedad. Si volviese a enfermar… —Un involuntario estremecimiento la recorrió al pensar en las terribles horas que había pasado cuidando a su sobrino cuando se encontraba a las puertas de la muerte.

Gregory intuyendo los tormentosos recuerdos que le asaltaban, cogió su mano entre las suyas en un gesto tranquilizador.

—No pienses en el o, no va a ocurrir. Mañana se levantará como nuevo. Los niños tienen un poder de recuperación asombroso.

Adele contuvo las lágrimas que pugnaban por derramarse y le sonrió. Gregory tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos y aliviar sus temores con besos y

caricias.

—¿Os encontráis cómodos en vuestros aposentos? —se interesó para aliviar la tensión de el a. No habían podido hablar sobre el o, dando por sentado que no tenían ningún problema.

—Mucho, gracias. Son magníficos. Tanto Matthew como yo nos encontramos muy cómodos. Tu madre ha sido muy amable, y tu cuñada también.

—Claire es encantadora y muy generosa. Mi hermano tuvo mucha suerte al encontrarla y no se avergüenza de reconocerlo públicamente, y de agradecérselo cada minuto de cada día —rió para sí. ¿Llegaría él a gozar de idéntica dicha?— En cuanto a mi madre, es una persona adorable a la que quiero con locura, pero me temo que no iguala a mi cuñada en cuanto a discreción. Te habrá hostigado a preguntas, como es su costumbre. Lo siento. Debí prevenirte sobre el o.

—No importa. No me ha molestado en absoluto y, por otra parte, es lógico que se interese por conocer a las personas que habitan bajo su techo.

Él la miró. A pesar de lo demacrado de su aspecto, había una calidez en sus ojos que le otorgaban una singular bel eza.

Adele carraspeó para ahuyentar la creciente debilidad que estaba sintiendo ante su acariciadora mirada. Presentía que quería decirle algo más y, por alguna razón, no se atrevía. Estaba alterado; algo impropio en él, que se caracterizaba por un singular dominio de sí mismo.

—Gregory, dime qué ocurre, por favor —pidió con decisión.

Tras liberarlos de su encierro, él le dijo que le explicaría todo más adelante y no lo había hecho. El a, después de meditarlo, había l egado a la conclusión de que su cuñado podía estar implicado en algo

sucio. Por mucho dinero que Nathan hubiese heredado, y el a había oído rumores en la aldea de que el conde le había dejado apenas unas migajas de su fortuna, no creía que esa fuera la razón, o al menos no la única, que había l evado a esas personas a secuestrar a su familia. Conocía la importancia del puesto que Nathan ocupaba y recelaba que el o había influido más en los acontecimientos que su fortuna.

Gregory esperaba y temía el momento. Sabía que el a apreciaba

a su cuñado más de lo que deseaba admitir y que no se alegraría al conocer la verdad, pero no pensaba mentirle.

—Verás, Adele. Como debes saber, Nathan ocupa un puesto en el Almirantazgo de cierta importancia, lo que le facilita el acceso a información valiosa para la seguridad de nuestro país; información que l evaba unos meses vendiendo a cierta persona que a su vez se encargaba de hacérsela l egar a nuestros enemigos.

La expresión del rostro de Adele se demudó al ver confirmadas sus sospechas. Gregory se compadeció de el a. Su cuñado acababa de caerse del pedestal en el que el a lo había colocado. ¿Qué ocurriría si supiese que sus heroicas hazañas durante la guerra eran un fraude? Si lo que había oído decir a Skelton resultaba cierto, Nathan era un auténtico cobarde, cosa que había confirmado posteriormente con sus actos. ¿Cómo no advirtió su verdadera naturaleza?

—Nuestro secuestro tuvo que ver con el o, ¿no es cierto?

—Sí, esa persona de la que te he hablado lo tramó para obligarle a continuar suministrándole la información que requería. Anoche, cuando Nathan acudió a una cita con él, resultó herido. No conseguí atraparle, pero sí descubrir su identidad. Fue cuando nos enteramos de que os habían secuestrado. Incluso nos hizo creer que Celeste estaba con vosotros.

—¿Por qué estabas al í? ¿De qué forma estás involucrado? —

preguntó con recelo. No creía que él fuese su cómplice, pero quería que se lo confirmase.

Gregory evaluó la conveniencia de confesarle la verdad. Al final, decidió que el a debía conocer su trabajo y los motivos que le l evaron a relacionarse con los Sawford aun a riesgo de ganarse su censura.

—Hace unos cinco años que colaboro con el Foreign Office en labores de… digamos información. Cuando se descubrió la traición de Nathan

me encargaron que lo vigilara y descubriera a quién vendía la documentación que sacaba de forma clandestina.

—¿Quieres decir que traicionaste a tu amigo, que te valiste de esa vieja amistad para investigarle? —le acusó—. ¿A mí también me utilizaste para conseguir información?

Gregory sintió que se le partía el corazón ante el mudo reproche

que vio en sus ojos.

—¡No! —protestó con énfasis—. Mi relación contigo es lo único honesto de esta misión que me vi obligado a aceptar en contra de mi voluntad.

Adele se convenció de la sinceridad de sus palabras y apartó la mirada. No quería que él viese la felicidad que le provocaban.

—¿Qué va a pasar con Nathan?

—No lo sé con exactitud. Sus acciones no pueden quedar sin castigo, aunque es probable que no lo juzguen por traición. En último término, él se negó a colaborar y eso dice mucho en su favor.

—Dime que le ayudarás, por favor.

Gregory sintió la furia de los celos desgarrándole las entrañas al oír las suplicantes palabras de el a. Adele seguía enamorada de su cuñado.

—Haré todo lo posible, te lo prometo.

El a suspiró aliviada. Gregory, ignorando la amargura que sentía, le preguntó con tiento:

—¿Estás preparada para hablarme de lo sucedido ayer?

—Sí, desde luego ¿qué deseas saber? —accedió, deseosa de ayudar.

—Todo lo que puedas recordar.

Adele desvío la mirada. Pareció meditar durante unos segundos y, sin mirarle, comenzó a hablar.

—Cuando le comuniqué a Nathan y a Celeste que regresaba a Culham, él insistió en que su esposa y su hijo me acompañasen.

Celeste protestó pero fue en vano, Nathan impuso su autoridad.

Partimos a mediodía. No queríamos que se nos hiciera de noche por el camino debido a la peligrosidad que el o conl evaba. Al salir de la ciudad, Celeste pidió al cochero que se desviase hasta la casa de la princesa Sechenov. Yo no tenía ni idea de que pensaba quedarse al í desobedeciendo la orden de su marido, pero así fue y me alegro; se ha evitado este mal trago. Tras bajar el equipaje de mi hermana y su doncel a, nosotros partimos. No recuerdo cuando fue, ya que debí quedarme adormilada, pero de pronto sentí que nos parábamos y pregunté al Taylor qué ocurría. Él me dijo que había un obstáculo en la calzada que les impedía proseguir la marcha. Bajó a retirarlo y, a los pocos minutos volvió a subir, o eso es lo que yo creí.

¿Podría ser cómplice de los secuestradores?

—No lo creo. Mucho me temo que le tendieron una trampa para que parase el carruaje. Estará malherido o muerto en algún lugar del camino. Intentaremos encontrarlo —opinó Gregory. Daría lo orden de que buscasen al cochero lo antes posible.

—Debí darme cuenta de el o o haberle ayudado —se lamentó.

—No lo habrías impedido.

Adele hizo un gesto de pesar y continuó con el relato de los hechos:

—Me quedé dormida hasta que el carruaje paró de nuevo.

Estaba oscuro y la puerta se abrió. Una voz desconocida nos ordenó bajar. Lo hicimos y me encontré con un hombre que no conocía y que ocultaba el rostro. Se sorprendió de que solo estuviésemos nosotros dos y me preguntó por mi hermana y su doncel a. Cuando le dije que permanecían en Londres, preguntó al otro, un muchacho con un fuerte acento extranjero. Se disgustó con él, le dijo que debió seguir al carruaje hasta la salida de la ciudad, el otro se defendió… —suspiró y lo miró con los ojos humedecidos—.

Nos hicieron entrar en la cabaña y nos encerraron en un cuarto. Los oí discutir antes de que el enmascarado se marchara. Al poco, el muchacho nos trajo comida y se marchó también. Esta mañana, cuando habéis l egado, estaba intentando escapar.

—¿Había alguien al í o l egó con posterioridad? —preguntó Gregory, convencido de que había otros implicados. Ese jovencito moribundo no podía ser el único.

—Me pareció que no había nadie más en la casa, al menos yo no lo oí,

y tampoco vinieron después. Durante la noche todo permaneció en silencio. Me mantuve despierta y alerta por si… por si…

Adele no pudo terminar. Las horas de pánico padecidas estaban muy presentes. Gregory volvió a cogerle las manos y se las acarició con ternura, sintiendo una enorme impotencia al notar su temblor.

—Ya ha terminado, Adele. Debes olvidarlo —le aconsejó con ternura.

El a asintió pero no dijo nada.

—¿Escuchaste algo que nos pueda dar alguna pista sobre dónde pueden encontrarse o cuáles son sus cómplices?

Adele se concentró en sus recuerdos.

—El hombre enmascarado le ordenó al joven extranjero que se cerciorarse de que Celeste estaba en su casa, tal y como yo le había asegurado, e informara a una tal Raísa de lo sucedido antes de acudir a la cita. No precisó el lugar ni dio más nombres o indicaciones. Es todo lo que recuerdo. No creo que te sirva de mucho.

—Raísa es el mismo nombre que pronunciaba el muchacho, parece ser su hermana. Pero eso no nos dice mucho, solo que no son británicos; algo que ya imaginábamos. Ambos deben ser espías turcos o estar en contacto con el os.

—¿Has atrapado al joven?

—Oberon lo ha hecho, y por casualidad. Lo atropel ó un carruaje cuando fisgaba ante la residencia de los Sawford. Quedó malherido y lo l evó al hospital. No creo que viva muchos días.

Adele se compadeció de él. Era demasiado joven para morir.

—Ese nombre… Raísa…, no dejo de preguntarme dónde lo he oído antes —murmuró pensativa. Desde que el encapuchado lo mencionó, tenía la certeza de haberlo escuchado con anterioridad, lo que no podía determinar era a quién.

—No te tortures con el o, lo recordarás cuando menos lo esperes. Pero te rogaría que, cuando lo consigas, me lo comuniques de inmediato. Esa mujer debe de ser cómplice de Skelton, el cabecil a de la banda, y es importante que la detengamos ya que no hemos podido dar con él.

Adele reconoció que Gregory tenía razón. Era mejor no obsesionarse

intentando recordar.

—Nathan debe estar muy intranquilo por la suerte que ha podido correr su hijo. Asegúrale que no le ha ocurrido nada —le pidió con énfasis.

—Oberon, que ha partido para Londres esta tarde, ha prometido darle la noticia de vuestra liberación y de que su esposa se encuentra en un lugar seguro. Mañana, cuando l egue a la ciudad, buscaré a tu hermana y la l evaré con su marido. Prefiero no decirle dónde os encontráis, si no te importa. No quiero poneros en peligro otra vez.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó Adele. A su pesar, la

ansiedad que sentía se reflejó en su voz, y no por el hecho de quedarse entre personas extrañas. Su presencia le daba seguridad, le infundía valor, y cuando se veía reflejada en sus ojos, le aportaba un bienestar como nunca antes había sentido.

Gregory reparó en la preocupación que su rostro mostraba y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para evitar cogerla entre sus brazos y asegurarle que no permitiría que volviese a sufrir esa angustia, que él siempre la protegería.

—Lo antes posible, te lo prometo. Comprendo tus temores, pero aquí estaréis bien atendidos y protegidos.

Se levantó para marcharse, dejando para un momento más propicio su confesión de amor. Primero tenía que averiguar si el a seguía enamorada de su cuñado.

Adele lo imitó y, antes de que abriera la puerta, dijo:

—Gracias por habernos salvado. —Sus ojos expresaban mucho más que sus palabras.

—Creo que el mérito no me corresponde por entero. Parece que te las estabas arreglando muy bien tú sola. —La imagen de Adele en camisa y enaguas enarbolando una sil a no contribuyó a enfriar su alterado ánimo.

—No hubiésemos podido salir de al í. ¿Cómo conseguisteis abrir la puerta?

—Oberon, aunque ya no sé si emplear ese apelativo tras habernos desvelado su nombre, es una persona de grandes recursos, entre los

que se cuenta abrir cerrojos imposibles —

reconoció. Él también estaba asombrado por las habilidades de ese enigmático hombre.

Adele sonrió y lo miró de forma extraña. Necesitaba que la abrazara como esa mañana. Gregory supo leer en sus ojos y se acercó a el a. No debería, pero la tentación era demasiado fuerte. La abrazó con un profundo suspiro de satisfacción. Su proximidad, el limpio perfume que desprendía y la dulzura de su mirada le habían estado acosando durante todo el día, excitándolo hasta límites insospechados, pero el tenerla en sus brazos era algo que podía l evarlo a la locura.

El a, al sentirse entre aquel os brazos protectores, dejó que la tensión acumulada en las últimas horas se desbordara en profundos

sol ozos. Gregory, impotente al ver que no podía mitigar su dolor, se limitó a acariciar la temblorosa espalda y susurrarle tiernas palabras en su oído hasta que se fue calmando poco a poco y su l anto se convirtió en frágiles suspiros. Entonces, le levantó la cabeza y la miró a la cara. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos y líquidos surcos cruzaban sus mejil as. Estaba bel a en su desconsuelo. Besó con reverencia aquel a boca grande y sugestiva, aún temblorosa, y la apretó más contra su cuerpo.

—Pasé tanto miedo. Temía no volver a verte nunca más —le confesó sin pudor, con la voz enronquecida a causa de la emoción y del potente deseo que crecía en su interior. Enterró la cabeza en su cuel o y ahogó en él un suspiro de inmenso alivio.

Adele tembló por el contacto de aquel cuerpo tan amado y también por sus palabras. El a le importaba. No la amaba, lo sabía, ni esperaba que l egase a hacerlo algún día, pero la apreciaba. El saber que sentía un tibio afecto por el a era algo que la colmaba de alegría.

Gregory, sin dejar de abrazarla, se apoyó en la puerta y comenzó a besarla casi con desesperación, intentando mitigar con su calor el miedo que había sentido.

El a correspondió a su apasionado beso de idéntica forma, desbordada por la tumultuosa mezcla de sentimientos que él le provocaba. Pero ya no se conformaba con eso, necesitaba algo más; algo que le aliviara el fiero ardor que comenzaba a brotar en su vientre. Por el o, se frotó contra él con sinuosos y desacompasados movimientos mientras se aferraba a su cuel o como a una tabla en medio de un naufragio, emitiendo ansiosos gemidos.

Adele sentía tanta seguridad entre aquel os brazos que se olvidó de su anterior propósito y volvió a abandonarse a las deliciosas sensaciones que él le provocaba. No le importaba que Gregory no la amase y que solo buscase un cuerpo cálido en el que descargar su pasión, tampoco que estuviese pensando en su hermana o en la bel a mujer de Vauxhal y el a fuese un vehículo para hacer realidad sus fantasías. Imaginaría que era a el a a la que deseaba y, por unos minutos, sería suyo. Necesitaba que la abrazase como estaba haciendo. Necesitaba que la hiciese sentirse viva.

Gregory, como siempre que la tenía en sus brazos, sintió que la

razón se le nublaba y que su instinto tomaba las riendas. Y este le decía que se moriría de sed si no podía beber de esos dulces labios, que no podría respirar si no recibía su aliento, que le resultaría imposible seguir viviendo sin abrazar ese delgado y esbelto cuerpo, que el a era la mujer con la que deseaba compartir el resto de su vida, la única a la que había entregado su corazón.

Comenzó a perder el control e intensificar el ardor de sus caricias, temeroso de que esas fuesen las últimas.

Adele se entregó a el as con idéntico apasionamiento. Sabía que él, con su ternura, podría ahuyentar los restos del pánico que quedaban en su interior. Necesitaba sentir el latir cada vez más frenético de su corazón pegado al suyo e imaginar que palpitaba por el a. Era una ilusa, lo sabía, pero soñar no le iba a provocar más dolor del que ya sufría al saber que esa podía ser la última vez que le viera. Por eso, no protestó cuando él le quitó la cofia y su abundante cabel o cayó en un glorioso manto rizado sobre su espalda.

Gregory centró su atención en él, extasiado por su abundancia y bel eza. Presumía que tenía un lindo cabel o bajo aquel severo moño que solía lucir, pero la realidad superaba todas sus fantasías.

Hundió las manos en la sedosa cascada y saboreó con los ojos entornados su textura. Eran como gruesos hilos de seda que se enroscaban acariciantes en sus dedos.

Su excitación creció de forma exorbitada. Eróticas imágenes acudieron a su mente y se sintió arder por dentro. Agarró su cabeza con ambas manos y la atrajo otra vez hacia él, para besar sus labios con loca vehemencia.

Capítulo 29

Esa mujer lo estaba volviendo loco, pensó Gregory. Le costaba respirar y tenía la espalda empapada de sudor. Apenas le quedaban fuerzas para resistir su torturante deseo ante los tímidos reclamos de el a. Con un supremo esfuerzo, intentó serenarse.

—Pídeme que me detenga, Adele —le rogó con voz enronquecida—. Ordénamelo ya, por favor, o no podré parar hasta hacerte mía.

El a le oyó e ignoró sus palabras. No deseaba detenerlo. Sabía que era una locura pero necesitaba que hiciese exactamente lo que estaba haciendo y mucho más. Sabía lo que sucedía entre un hombre y una mujer cuando estaban en el lecho, pero le asustaba un poco porque no poseía todos los detal es; lo que no evitaba que estuviese deseosa de experimentarlo con él.

Antes de que Celeste se casara con Nathan, había oído a Ophelia explicarle a su hija todo lo concerniente a la unión de los esposos en la noche de bodas. Le dijo que no sería algo placentero para el a, pero que tenía que tolerarlo porque se trataba de una de las prerrogativas de su marido y su obligación era concedérsela.

Debería dejar que su esposo la guiase y el a se limitaría a tumbarse de espaldas y permitir que él la cubriera. Con el tiempo podría l egar a gustarle, aunque nunca debería reconocerlo ni mostrarse atrevida.

Esa actitud podía dar una mala imagen al esposo.

Una mujer decente, aseguraba Ophelia, nunca se mostraba descarada y menos en la intimidad del dormitorio, actuando en todo momento como una auténtica dama. Pero a Adele le estaba costando mucho permanecer quieta y no devolver las caricias con similar ardor a como las estaba recibiendo, por lo que optó por olvidar los consejos de Ophelia y dejar en libertar sus impulsos.

Gregory comenzó a acariciarla, contorneando sus prietas nalgas y los pequeños aunque bien formados pechos de forma apremiante, pegándola a su cuerpo para hacerle sentir su deseo. Quería que el a se percatase de lo que pretendía y lo detuviese, que le impidiese continuar. No quería hacerle el amor sin que el a fuese consciente de lo que representaría ese acto: un compromiso que los uniría para

siempre. Era la primera vez en su vida que deseaba que su pareja sintiera por él algo más que deseo. Era la primera vez que se enamoraba.

Pero el a no lo detuvo y él no tuvo fuerzas para hacerlo.

Entonces, la cogió en brazos y, sin dejar de besarla, la l evó a la habitación y la depositó en el lecho para dirigirse a la puerta que comunicaba con el recibidor y echar el cerrojo.

Volvió junto a el a con el corazón encogido, temeroso de que hubiese decidido dar marcha atrás. Pero Adele lo esperaba incorporada sobre sus brazos y con los ojos muy abiertos por la expectación. Él se quitó la levita y se desató el corbatín, lanzándolos lejos.

—Apaga las velas, por favor —pidió el a con una voz que le pareció desconocida por la gravedad de su tono.

Gregory fue a negarse. Quería verla, empaparse de el a con todos los sentidos, pero comprendió sus temores y accedió sin protestar. Ya tendría ocasión de contemplarla cuanto quisiera.

Tendría toda la vida para hacerlo.

Apagó las velas una por una, tomándose su tiempo, tiempo que le cedía para que pudiese recapacitar y se negara a continuar.

Desconocía el temple de el a. Adele había tomado una decisión y la l evaría a cabo hasta sus últimas consecuencias. Amaba a ese hombre y quería entregarse a él. No le importaba no ser correspondida, solo deseaba sentir el placer de ser una mujer completa entre sus brazos, los únicos que iba a conocer durante toda su vida.

La habitación quedó iluminada por la luz del fuego que crepitaba en la chimenea, decorada con un precioso mármol grisáceo. Él se quitó la camisa y se tendió a su lado para volver a su boca con ansia renovada.

Adele, protegida por la semioscuridad, abandonó parte de sus reparos. Deslizó sus manos por la amplia superficie de su espalda admirada por los duros músculos que la surcaban, duros y palpitantes bajo sus manos, y suspiró de placer. Al oír los gemidos que sus caricias le provocaban a él se volvió más osada. Deslizó sus manos hasta sus nalgas por encima de los pantalones, como él había hecho con el a. Se sobresaltó por su dureza, parecían dos

grandes bolas de acero que no lograba abarcar con sus manos.

Él sintió un agónico placer por aquel as inexpertas caricias y capturó esas manos que lo estaban torturando para colocarlas sobre su cabeza e inmovilizarlas.

—No le he dado permiso para tocar ciertas partes de mi anatomía, mi

curiosa señorita Catesby —la reprendió con fingida seriedad. Tenía que tomarse un respiro si no quería acabar lanzándose sobre el a como un potro desbocado y arruinar su primera vez.

Adele sonrió con sensualidad. Se sentía ligera, eufórica. Los presuntos miedos habían desaparecido, quedando aquel a dulce expectación que él le provocaba. Se sentía segura a su lado, casi amada.

Gregory le apartó la bata y fue desabotonando uno a uno la larga hilera de botones de su camisón sin dejar de mirarla a los ojos que, a la escasa luz reinante, parecían dos grandes y deslumbrantes estrel as entre las sombras de su rostro. Cuando él le abrió el camisón, dejando al descubierto su torso, Adele emitió un sonoro jadeo aunque no protestó.

Gregory tuvo dificultad para continuar respirando, convirtiéndose esa función en un resuel o trabajoso y profundo al deslizar una mano sobre la tibia piel femenina, contorneando las suaves elevaciones de sus perfectos pechos en los que los oscuros pezones destacaban por su tamaño. Con lentitud, fue descendiendo la cabeza para degustar aquel os duros conos que palpitaban anhelantes.

Se había prometido proceder con lentitud para darle tiempo a aceptar todo lo que él le hacía, pero el primer contacto de su boca con la suavidad de su piel le provocó un furioso ardor en las ingles, inflamando de forma dolorosa su miembro.

Adele comenzó a gemir de forma inconexa cada vez que la hábil lengua masculina se deslizaba por los tiernos montículos, dejando húmedos caminos que pronto volvía a recorrer en sentido inverso.

Sentía fuertes descargas de placer en el vientre que le movían a intentar acercar sus caderas a él, buscando su contacto, necesitando que le proporcionase un alivio a aquel a apremiante y casi dolorosa necesidad que crecía inexorable dentro de el a.

Gregory se separó un poco para serenarse. Se desprendió de sus ropas e hizo lo mismo con las de el a. Se sentó en la cama y se quitó las botas en un rápido movimiento, a las que siguieron también los pantalones.

Adele no podía verle con claridad, aunque la certeza de que estaba desnudo ante el a le provocaba tal exaltación que tuvo que cerrar los ojos y obligarse a permanecer quieta por temor a que sus acciones pudiesen molestarle o escandalizarle. Deseaba acariciarle, recorrer con su boca aquel a ardiente y prieta carne que había palpado con sus

manos, pero sabía que debía mantenerse pasiva y dejarle actuar a él, tal y como Ophelia aconsejaba. Además, a él no debían gustarle sus caricias pues le había retirado las manos cuando se aventuró a hacerlo momentos antes. Pero le resultaba imposible permanecer inmóvil y sus manos, aun a riesgo de incomodarlo, revoloteaban impacientes sobre la sudorosa piel de su espalda con inconexos movimientos, fruto de su extrema excitación.

Gregory estaba asombrado. La deseaba de una forma furiosa.

Nunca había sentido tanta avidez por una mujer. Sabía que debería proceder con mesura, pero se sentía arder como un adolescente ante su primera relación. El a tampoco colaboraba, se dijo con impotencia. Los enloquecedores jadeos que escapaban de su garganta, los sinuosos movimientos de sus caderas bajo las suyas, que conseguían incrementar su deseo hasta límites inimaginables, las tímidas caricias de sus inexpertas manos, que le hacían arder la piel…; todo el o le causaba una agónica tortura e incrementaba su necesidad de poseerla de forma salvaje y completa.

—No hagas eso, por favor —pidió él con estrangulada voz, al tiempo que volvía a inmovilizarle las manos y posaba su frente en la de el a. Necesitaba serenarse un tanto para proceder con la calma que su virginidad requería.

Adele emitió un gemido de frustración y se removió inquieta, elevando las caderas y rozando el sensible glande en un erótico movimiento que provocó un doloroso estremecimiento en él.

—¡No! —casi gritó. Algo más calmado, añadió—: No te muevas, por favor, o te dañaré innecesariamente.

Casi no podía respirar y mucho menos hablar, pero debía explicarle lo que ocurriría si se dejaba l evar por el loco impulso de

penetrarla con la urgencia que su necesidad le dictaba. No quería lastimarla; eso era lo último que deseaba en el mundo.

—No me importa. Créeme por favor, no me importa. Yo quiero…

quiero… —murmuró el a, y su voz adquirió un tono de humilde súplica que lo exaltó más.

Gregory quiso taparse los oídos para no sucumbir ante su enloquecedora petición, pero sabía que estaba perdido. La besó entonces con fuerza, para acal ar aquel cautivador cántico y se giró

colocándose de espaldas y arrastrándola sobre él.

El a estaba desorientada por la inusual postura: sentada a horcajadas sobre aquel fibroso cuerpo. Gregory la miró y sintió que el estómago se le contraía. Estaba bel a, con el largo y rizado cabel o cayéndole sobre los hombros, los ojos muy abiertos por la sorpresa, la jugosa boca hinchada por sus besos, la cara arrebolada por la pasión y los pequeños pechos agitándose a causa de la agitada respiración. No había visto nada tan bonito en su vida.

La agarro con ambas manos de las caderas y la alzó hasta colocarla de rodil as para, poco a poco, ir bajándola hasta que el extremo de su verga rozó la entrada del húmedo canal. El a, al sentir el contacto, emitió un fuerte jadeo de sorpresa y placer. Gregory retiró sus manos, agarrando con fuerza las revueltas sábanas, y cerró los ojos con fiereza. Parecía un náufrago ante un vendaval, a merced de lo que su enloquecedora sirena quisiera hacer con su cuerpo.

—Hazlo —y lo que quiso sonar como orden fue en realidad un patético ruego.

Adele se sintió perdida, sin saber cómo proceder. Lo miró asustada y estuvo a punto de apartarse. ¿No se suponía que era el hombre el que debía hacer ese trabajo? ¿Acaso estaba tendiéndole una trampa? Varias descabel adas ideas cruzaron su mente en unos segundos, pero era tal su necesidad de acabar con aquel dulce suplicio que apartó todo tipo de desconfianza con decisión.

Sin saber con exactitud lo que hacía, descendió poco a poco hasta sentarse sobre aquel duro, grueso y ardiente músculo hasta que sintió como una barrera obstaculizaba la total penetración.

Sabía lo que era y también que la rotura de ese débil trozo de piel supondría la pérdida de su virginidad y, con seguridad, un agudo

dolor. No le importó ni lo uno ni lo otro. Deseaba entregarse a él y a nadie más, gozar de los placeres carnales con el hombre al que amaba y sentir por primera el goce que toda mujer debía experimentar.

Con firme determinación y un rápido movimiento descendió las caderas, consiguiendo la plena penetración. El instante de dolor fue menos intenso de lo que esperaba, lo que no impidió que se le escapara un quejido más a causa de la impresión que por el daño experimentado.

Gregory reaccionó y se incorporó, abriendo los ojos.

—Lo siento —se lamentó en tono afligido.

El a negaba con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna, embargada de una emoción difícil de explicar. Se sentía l ena de aquel a ardiente parte de él y eso le provocaba una emoción indescriptible y un gran placer.

Intentó levantarse otra vez y oyó el agónico gemido de él. Lo miró, temerosa de haberlo dañado de alguna forma.

Gregory, comprendiéndolo, la tranquilizó en la medida que podía hacerlo.

—Despacio, por favor, o sembraré antes de que el terreno esté arado.

El a no entendió lo que quería decir aunque procedió despacio como él le pedía. Fue subiendo y bajando sobre aquel duro músculo, sintiendo en cada movimiento un creciente placer que se concentraba en aquel a zona por la que estaban unidos. Comenzó a gemir y suspirar al tiempo que aceleraba los movimientos.

Gregory supo que no podría aguantar esa tortura ni estando sordo. Los sonidos que escapaban de la garganta femenina lo estaban enloqueciendo y el irreprimible impulso de moverse enérgicamente dentro de el a y acabar con la insufrible agonía era abrumador. Sabía que no iba a poder esperarla y su mayor deseo era que el a pudiese gozar por completo de la experiencia.

Decidió retomar el control de la situación. Se incorporó y la inmovilizó con una mano mientras que con la otra procedió a estimular el inflamado clítoris hasta que comprendió que el a estaba l egando al orgasmo. Entonces se volvió a tender de espaldas y, agarrándola de las caderas, la movió sobre su miembro hasta que

sintió que se vaciaba, mezclando sus graves gemidos con los agudos gritos de éxtasis de Adele.

Envuelto en la deliciosa y blanda nube que comenzaba a rodearle, Gregory sintió que el a se desplomaba sobre su cuerpo y le daba un beso en el cuel o, antes de emitir un sonoro suspiro. Se sintió tan repleto de dicha que temió explotar en ese mismo momento. Aquel a sirena lo había atrapado en sus redes, reconoció sin ningún pudor, y lo cierto era que no se arrepentía lo más mínimo.

Con ese último pensamiento entró en un placentero sueño bajo el acogedor cuerpo de el a.

Capítulo 30

—¿Gregory, me puedes decir qué le ves de divertido al arenque que tienes en el plato para que l eves ya unos buenos cinco minutos sonriéndole bobaliconamente?

La voz de Julian atravesó la blanda nube de felicidad que ocupaba el cerebro de Gregory.

—¿Cómo? Perdona, no he entendido bien la pregunta —dijo, levantando la cabeza para mirarle.

Julian frunció más el ceño. Ese chico estaba perdiendo el oído o,

mucho peor, la cabeza. Desde que se había sentado a la mesa del desayuno casi no había tocado los alimentos, dedicándose a mirarlos con ojos soñadores. Pobrecil o, tan joven y ya era un firme candidato para el manicomio.

—Ni esa ni la anterior me parece —apuntó irritado.

Claire, que los acompañaba a la mesa, tosió para atraer la atención de su marido. En otras circunstancias le habría dado un puntapié en la espinil a para que cal ara de una vez, pero se había sentado fuera del alcance de su corta pierna.

—¿Qué te ocurre, Claire? ¿Te has atragantado con las gachas de avena? —preguntó Julián alarmado. La irritada mirada de su mujer le dio a entender lo que pretendía. Con un gruñido de fastidio, continuó dando cuenta del copioso plato que se había servido.

—Buenos días —saludó Frances entrando en el comedor de desayuno.

Sus dos hijos se levantaron. Gregory la ayudó a sentarse y Julian se ofreció a servirle.

—Tomaré unas tostadas con crema y mermelada de grosel as, por favor —le indicó a su hijo mayor—. ¿Cuándo vas a partir para Londres, Gregory? —preguntó a su otro hijo.

—A ver si tiene suerte y le contesta, madre. Yo le he hecho la misma pregunta hace un rato y no he recibido ninguna respuesta —

se quejó Julian.

—No te he oído, viejo. Podías haberla repetido, digo yo —replicó Gregory molesto.

—Y así ha sido, dos veces. Aquí está mi mujer para corroborarlo.

—Julian miró a Claire animándola a que lo secundara. Ante el gesto de reproche de el a, decidió zanjar el tema.

—No discutáis, chicos —terció Frances—. Y bien, ¿puedes informarnos? —insistió mirando a Gregory, que había aparcado para mejor momento sus ensoñaciones y comía con apetito.

—Partiré sin demora, madre. Quiero estar de regreso esta misma tarde.

—¡Qué descanso! Al fin he salido de dudas —suspiró Julian con

cómico alivio—. ¿Tienes alguna objeción en que te acompañe o prefieres hacerlo solo, hermanito? De esa forma podrás seguir ensimismado en tus placenteros pensamientos sin que nadie te moleste.

Claire volvió a toser de forma contundente y miró molesta a Julian.

—Está bien, ya me cal o —dijo mirándola. Y volviéndose a su hermano—. Pero antes me gustaría que me contestaras; si es que has oído mi pregunta, claro.

Claire puso los ojos en blanco, dándose por vencida. Ese marido suyo era incorregible.

—No tengo inconveniente en que me acompañes, si eres capaz de seguir mi ritmo de galopada y no me demoras demasiado.

¿Crees que tu avanzada edad te lo permitirá?

—No debes preocuparte por eso, chico. Sabes bien que soy capaz de ganarte en una carrera.

Gregory lo miró divertido. No estaría mal vencer a su hermano por primera vez.

—Eso está por ver. Prepárate, saldremos en cuanto hable con madre.

Claire, comprendió que Gregory quería algo de intimidad.

Terminó su desayuno y, no sin esfuerzo, arrastró a Julian fuera del comedor.

Al quedarse solos, Gregory decidió atacar el tema que le preocupaba alentado por el silencio de su madre. Le costaba sincerarse. No estaba seguro de su reacción. Aunque sabía que el a no daba tanta importancia a las convenciones sociales como la mayoría de aristócratas, quizá considerase que Adele no era la mujer adecuada para su hijo.

—Madre, he de decirte algo muy importante para mí.

Frances lo miró con expectación. ¡No sería lo que estaba imaginando!

—Te escucho.

Gregory no perdió el aplomo. Su madre siempre le había ayudado y apoyado en todo. No dudaba de que ahora también lo hiciera.

—He de decirte que pienso pedirle a la señorita Catesby que sea mi esposa —dijo sin rodeos y observando la reacción de su progenitora.

Frances mostró en su rostro el júbilo que sentía ante la confirmación de sus sospechas.

—¡Qué alegría! Me satisface que hayas tomado esa decisión.

¿Crees que el a te aceptará? —preguntó con inequívoca ansiedad en la voz.

Gregory se sintió feliz por la reacción de su madre. Aunque no la necesitara, deseaba su aprobación.

—Abrigo la esperanza de que lo haga, aunque esperaré a mi regreso para proponérselo. Mientras tanto, cuídala bien.

—No temas, aquí estará protegida. —Llena de orgul o, se acercó a su hijo para besarle la mejil a—. Creo que, como tu hermano, has sabido elegir sabiamente. No es usual que el corazón y la cabeza vayan a la par en estos temas. Me satisface que mis dos hijos tengan unos matrimonios por amor. Eso es lo más importante.

Frances se marchó y Gregory lo hizo a los pocos minutos.

Cuanto antes partiera, antes podría regresar para rogarle a la mujer que amaba que se casara con él.

Adele despertó tarde esa mañana, cuando el sol ya se encontraba bastante alto en el horizonte y proyectaba sus dorados rayos a través de las rendijas de las cortinas. Se desperezó con languidez y una plácida sonrisa iluminó su rostro. Numerosas y eróticas imágenes acudieron a su mente haciendo que se acalorase.

Se tapó la cara con la almohada para ahogar un grito de exultante felicidad.

¿Así que en eso consistía? No se explicaba cómo a algunas mujeres les molestaban los encuentros amorosos, a los que se

referían como una obligación. ¿O era Gregory, que los convertía en algo delicioso? Eso debía ser, de ahí su fama de irresistible seductor. Él había conseguido que se sintiese la mujer más hermosa y deseable del mundo y, aunque sabía que no la amaba, le había hecho el amor de forma que incluso lo creyó posible.

De pronto sintió que algo le tocaba en el brazo. Se asustó y miró con pavor. Se trataba de Matthew, que la contemplaba con fijeza.

—Tengo hambre, tía Adele.

El a dio un salto dispuesta a levantarse cuando recordó que estaba desnuda y volvió a cubrirse con las sábanas hasta la barbil a.

—Lo siento, Matthew, he debido quedarme dormida. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó alarmada. No podía creer que se hubiese olvidado de su sobrino, y más cuando podría haber recaído de su enfermedad.

—Ya no toso ni me duele la cabeza. ¿Puedo ir a jugar con Alice?

—Ya veremos —dijo de forma ambigua—. ¿Dónde está Penny?

—Ha ido por mi desayuno. Le he dicho que quiero muchas gal etas como las que tomé ayer.

—Está bien. Ahora, ve a tu cuarto. Yo me reuniré contigo en unos minutos —le pidió con apuro.

—Vale, pero no tardes. Me aburro.

El niño se marchó a regañadientes y el a se apresuró a levantarse, cubriéndose con la bata que se hal aba junto con su camisón en una sil a. Con presteza, se aseó en el aguamanil y se vistió. Cuando revisó las sábanas un sudor frío la invadió: estaban manchadas de sangre.

Ante la imposibilidad de reparar el desastre, decidió hacerle frente con valentía. Las retiró y las dejó en un montón en el suelo con la esperanza de que imaginaran que se trataba de restos de su indisposición mensual. Tranquilizada con ese convencimiento, se dirigió al cuarto contiguo donde Matthew se entretenía mirando por la ventana.

—Ven, Matthew, tienes que proceder a tu aseo matutino.

—No me apetece, tía Adele. Quiero jugar con Alice. ¿Podré montar otra vez en el cabal ito de verdad?

Adele miró también por la ventana y vio a la niña subida al pony guiada por su madre y bajo la atenta mirada de su abuela, que se

hal aba sentada en una artística glorieta pocos metros más al á con el pequeño Charles tendido en una manta sobre el césped. Se avergonzó

de haberse despertado tan tarde. Todos pensarían que era una holgazana.

—Cuando te laves y desayunes iremos un rato, antes no. Ya conoces las reglas, jovencito.

Con gesto de disgusto, Matthew dejó que su tía lo aseara y lo vistiera con esmero. Al poco, l egó Penny con una gran bandeja en la que había suficiente para los dos y la depositó en una mesa.

—Buenos días, señorita Catesby.

Adele sintió que se ruborizaba. ¿Estaría la doncel a al tanto de lo que había ocurrido la noche anterior en el cuarto contiguo? No quiso pensar en el o.

—Buenos días, Penny.

—Lady Wisley le pide que se reúna con el a en el jardín posterior cuando terminen su desayuno, si su sobrino está en condiciones de salir.

—Así lo haremos. Matthew se encuentra bien esta mañana.

Debió ser un enfriamiento pasajero.

—Eso parece. Ha dormido toda la noche con un sueño tranquilo y sin despertarse. Tampoco le he oído toser.

—Gracias por tus desvelos, Penny. Puedes retirarte. Yo me encargaré del pequeño.

Matthew comió con apetito, deseoso de terminar lo antes posible. Adele se tuvo que obligar a tragar algunos bocados, tal era el nudo que le oprimía el estómago. No estaba arrepentida de lo sucedido la noche anterior, pero le preocupaba lo que pudiera pensar la familia de Gregory si l egaban a enterarse. Por muy grande que fuese la casa, había pocas cosas que se pudiesen ocultar.

Terminaron de desayunar y se dispusieron a acudir al lugar en el que Frances los esperaba. Como aquel a casa era tan enorme y temía perderse entre los largos pasil os, solicitó la ayuda de Penny.

Cuando l egaron, Claire se había marchado con Charles, que reclamaba su alimento, y Frances vigilaba atenta los juegos de Alice ayudada por un mozo de cuadra.

Matthew fue hacia la niña, que lo recibió con una sonrisa y

descendió del cabal ito para cederle el sitio a su nuevo amigo. Adele sintió que una gran alegría la inundaba al ver a su sobrino tan feliz y repuesto de la indisposición del día anterior.

—Buenos días, lady Wisley.

—Frances, por favor. Llegamos a ese acuerdo, ¿no es cierto? —

le recordó.

—Disculpe, no volverá a ocurrir.

Frances le sonrió y volvió su atención al bordado que tenía en las manos. Había observado las marcas oscuras debajo de los ojos y su mirada huidiza. Eso unido a la sonrisa feliz y satisfecha de Gregory esa mañana y su malestar ante las puyas de su hermano en el desayuno le sugería que habían pasado la noche juntos.

—Compruebo que el pequeño Matthew se ha levantado con mucha vitalidad. Ya te advertí que esa tisana obraba milagros —dijo mientras observaba al niño reír alegre subido al pony.

—Cierto, ha pasado la noche muy tranquilo y esta mañana se ha despertado con buen apetito y deseoso de continuar con los juegos.

—No parece haberte ocurrido lo mismo, querida. Se te ve algo demacrada —comentó con aparente indiferencia—. ¿Has pasado mala noche? Le pedí a Penny que cuidara al niño para que tú pudieses descansar.

Adele enrojeció y giró el rostro con el pretexto de observar a los niños.

—Le estoy muy agradecida, lady… Frances —rectificó nerviosa

—. He sufrido la indisposición mensual y por el o…

—Oh, disculpa entonces mi indiscreción —le pidió con apuro Frances no acababa de creer la explicación, aunque comprendía que le mintiese en ese punto. ¿No hizo el a lo mismo muchos años antes con su futura suegra? Con ensoñadora mirada, rememoró los gratísimos recuerdos que seguían tan vivos en su memoria. Su primera vez había sido tan maravil osa como imaginaba, aunque el mérito era enteramente de Henry, su amado esposo.

Esperaba que Gregory no le comentase a su padre sus intenciones pues

deseaba ser el a quien le comunicase la noticia en cuanto l egase.

—Me gustaría conocer tu opinión sobre este bordado. ¿Piensas que debo emplear el *petit point* para esta parte o quedaría mejor el

punto cruzado doble? —preguntó Frances con la intención de evaluar los conocimientos de Adele sobre el tema. Según su experiencia, una dama bien educada nunca fal aba en esa respuesta.

—Yo emplearía el *petit point*. Con el cruzado doble quedaría recargada —respondió. Le extrañaba que la marquesa, que parecía muy mañosa, se planteara un dilema tan obvio.

Una amplia sonrisa de satisfacción curvó el rostro de Frances ante la respuesta, convencida de que esa mujer era, en muchos aspectos, perfecta para su hijo.

—Es lo que yo pensaba —dijo, continuando con su labor.

Capítulo 31

Unas tres horas después de partir de Wisley Manor, Julian y Gregory l egaron a Londres y cada uno tomó un camino diferente: Julian a la residencia Wisley y Gregory a casa de Nathan.

Este seguía custodiado por los agentes y se reponía de la herida. Se sentía aliviado por las buenas noticias que le había comunicado MacLennan la noche anterior y estaba dispuesto a asumir las consecuencias que la irresponsabilidad de sus actos le habían acarreado.

Era consciente de que cabía la posibilidad de acabar ante un pelotón de fusilamiento, aunque eso ya no le importaba tanto sabiendo que su familia estaba a salvo. Gregory se negó a confesarle el lugar en el que habían quedado Adele y Matthew, asegurándole que estaban bien protegidos. Al no haber atrapado a Skelton y a sus cómplices, no quería arriesgarse a ponerlos otra vez en peligro.

Tras la visita a su amigo, Gregory se dirigió a casa de la princesa Sechenov con la intención de l evar a Celeste de vuelta a su hogar.

A petición de su amigo, que debía temer la reacción de su esposa, decidió no exponerle la delicada situación en la que Nathan se encontraba y la verdadera causa de sus heridas, así como las terribles horas que su hijo y su hermana habían vivido. Se limitó a explicarle que su esposo se había accidentado en un ejercicio de tiro y que la

herida no revestía gravedad.

Celeste mostró algo de preocupación por el estado de su esposo aunque, al conocer que estaba bien atendido, se negó a acompañarlo. Esa noche se celebraba el tan esperado baile de los duques de Worcester y no tenía intención de perdérselo. Al día siguiente regresaría a su hogar y cuidaría de Nathan, le prometió a Gregory. Este no tuvo otra opción que aceptar su decisión e, imaginando lo que estaba por venir, no quiso impedirle que acudiese al último acontecimiento social del que podría disfrutar.

No sabía con certeza el futuro que le esperaba a Nathan, lo que sí sabía era que ya no podría conservar su actual situación, la cual, aunque ficticia, al menos era respetable. Cuando se supiera lo que

había hecho, la sociedad le daría de lado a toda la familia; y esa sería la menor de las nefastas consecuencias.

Por otra parte, confiaba en que la amenaza de Skelton no fuera tan acuciante. Sabía que lo había herido, tal vez de gravedad, e imaginaba que se hal aba oculto en algún lugar reponiéndose de las lesiones. Al haberse descubierto su juego, no podría recurrir a la familia de Nathan para presionarle y solo la sed de venganza le movería a hacerles daño. No obstante, Gregory pensaba que debería estar más preocupado en intentar huir antes de que lo atrapasen.

Deseaba volver a Wisley Manor y a los brazos de Adele, pero decidió quedarse al í esa noche y asistir al baile para vigilar a Celeste de cerca. Se ofreció a acompañarlas, a el a y a la princesa Sechenov, y quedó en pasar a recogerlas para acudir a la residencia de los duques de Worcester.

Tras enviar un lacayo para comunicar la decisión de Celeste a su marido, él fue a ver a Eckersley para interesarse por las pesquisas que se estaban realizando. Quedaba mucho por hacer para acabar con la trama de espionaje turco. Si bien, él consideraba que ya había cumplido su parte del trato y podía desligarse del asunto. Así se lo haría saber a su superior.

Desde que se había levantado, Adele estaba empeñada en recordar dónde había escuchado el nombre de Raísa con anterioridad. Después de la cena, que tomaron a temprana hora y en el cuarto de los niños, y haber conseguido acostar a Matthew, que se empeñaba en no abandonar a su nueva amiga, pudo dedicarle más tiempo a la pregunta que la obsesionaba: ¿dónde había oído ese exótico nombre?

Estaba persuadida de que no había pasado mucho tiempo y, con toda seguridad, debió ser en casa de su hermana.

Comenzó a ordenar sus pensamientos, algo para lo que tenía una capacidad asombrosa, y a repasar uno por uno los días transcurridos. Se trataba de un nombre poco común, oriental con seguridad. Lo pronunció varias veces, pero en su voz sonaba diferente a como recordaba haberlo escuchado. El nombre que recordaba había sido pronunciado con un acento… un acento… ¡Sí,

eso era!, comprendió de pronto. Lo había oído en labios de Monique, la doncel a francesa de Celeste. Recordaba con total claridad lo sucedido.

Al día siguiente de la l egada a casa de su hermana, Adele fue a la cocina para preparar un medicamento para Matthew y escuchó por casualidad una conversación entre Monique y la cocinera. La doncel a francesa le explicaba a la señora Sul ivan que la tal princesa Sechenov no procedía de alta cuna como se empeñaba en mantener. El a sabía por una amiga que en su juventud había sido danzarina en un teatrucho de París, en el que el joven príncipe Sechenov la conoció y, sintiéndose deslumbrado por el a, la convirtió en su esposa pese a la oposición de su familia. Su nombre era Raísa, y se anunciaba como «La bel a zarina». En un intento por ocultar su bochornoso pasado, lo cambió por el de Lyudmila, inventando una procedencia burguesa que desmintiera su humilde origen.

¡Raísa, la cómplice del hombre que los secuestró y había herido a Nathan era la princesa Sechenov y Celeste había estado todo el tiempo en su poder! Se quedó paralizada ante el sorprendente descubrimiento. Reaccionó al comprender que su hermana aún no estaba a salvo. Aunque hubiese regresado a su hogar, era blanco fácil para las maquinaciones de los despiadados malhechores.

Debía avisarla y comunicarle a Gregory su descubrimiento lo antes posible, ¿pero cómo? ¿Le mandaría un mensaje con alguno de los sirvientes? No, reconsideró. Ese era un tema muy delicado que necesita tratar en persona. Tenía que ir a Londres y hablar con Monique para cerciorarse de que lo que recordaba haber escuchado era cierto antes de acusar a una persona tan importante.

Decidida, accionó el tirador de l amada. Debía comunicárselo a Frances y pedirle que le proporcionase un medio de transporte. A los pocos minutos se presentó Penny.

—¿Desea alguna cosa, señorita Catesby? —preguntó solícita.

Adele, que se paseaba inquieta por la habitación, se sintió algo azorada. Sabía que no eran horas de molestar a la marquesa, que estaría ya acostada, pero no podía esperar al día siguiente. Debía partir para Londres con urgencia. Unas horas podían ser cruciales para su hermana. Tampoco estaba segura de qué le había contado

Gregory a su madre sobre la situación y el a no quería desvelar más de lo necesario. Tenía que inventar una historia creíble para justificar esa partida tan precipitada.

—Necesito hablar con lady Wisley. ¿Podría indicarme dónde se hal a su alcoba?

Si la doncel a se sintió extrañada por la petición a esas horas, se cuidó mucho de exteriorizarlo.

—Acompáñeme, por favor.

La alcoba de Frances se encontraba en el ala sur del edificio y tuvo que andar un gran trecho por el iluminado pasil o. Cuando estuvo frente a la puerta, la firme decisión que la había l evado hasta al í se desmoronó un tanto. Hizo acopio de valor y l amó a la puerta.

Se sorprendió cuando, a los pocos segundos, esta se abrió y apareció lady Wisley por el a envuelta en una preciosa bata de seda azul oscuro a juego con el elegante gorro de dormir.

—¿Qué ocurre, Adele? —preguntó más alarmada que sorprendida al verla ante su puerta.

—Siento molestarla, Frances, pero necesito hablar con usted.

—Pasa, por favor.

—Espero no haberla despertado.

—No me había acostado. Con la edad se duerme menos y, cuando no está mi marido, suelo quedarme leyendo hasta media noche —le explicó mientras le indicaba un cómodo sil ón junto a la chimenea—. Tú dirás, querida —la animó. Se había fijado en su nerviosismo y preocupación, que el expresivo rostro no podía ocultar, y se alarmó. Esperaba que no fuese nada grave.

—Necesito ir a Londres esta misma noche y le agradecería que me

facilitara un medio de transporte. También que cuidara de mi sobrino hasta mi vuelta. No creo que me demore demasiado. Es probable que regrese mañana a primera hora.

—Ordenaré que preparen un carruaje. Y descuida, el pequeño Matthew estará bien cuidado durante tu ausencia. Pero ¿puedes decirme qué te empuja a partir hacia la ciudad a estas horas de la noche?

Adele tragó saliva. Le mortificaba mentir a la dama y acusar falsamente a una persona, aunque no podía explicarle cual era la causa real de sus temores antes de confirmarlos.

—Creo saber quién es uno de los cómplices del secuestro y debo comunicárselo a mi hermana y a mi cuñado. Se trata de su doncel a, Monique, una joven francesa que l eva tres meses en su empleo. —Adele esperaba que la mentira hubiese resultado creíble.

Frances la miró sorprendida.

—¿Y cómo has l egado a esa conclusión?

—La voz de uno de los secuestradores me resultaba familiar desde el primer momento aunque hace unos minutos he recordado dónde la había escuchado con anterioridad. Es la del novio de Monique. Le oí en una ocasión que fue a buscarla a la casa y estuvieron hablando. Como los secuestradores l evaban el rostro cubierto no lo reconocí, aunque no pudo disimular la voz y eso le ha traicionado.

—¿Y piensas que, al haber fal ado con vosotros, intentarán secuestrar a tu hermana?

—No tengo la certeza, pero no me atrevo a comprobarlo y tampoco a permitir que huya. Debemos atraparla antes de que sospeche algo.

Frances asintió. Era lógico que estuviese tan alterada si pensaba que unos criminales acechaban a su familia. La pobrecil a tenía el rostro demudado por la preocupación.

—En ese caso no debes demorarte ni un minuto. —Se levantó y accionó el tirador—. Te acompañarán dos sirvientes. Los caminos de noche son peligrosos, como ya has comprobado.

En segundos se presentó la doncel a personal de Frances.

—Pídele a Johnson que ordene preparar uno de los carruajes más

veloces, la señorita Catesby parte para Londres de inmediato.

Que se preparen dos lacayos para viajar con el a y garantizar su seguridad.

La doncel a salió con una reverencia y Adele se levantó dispuesta a marcharse también.

—Es usted muy generosa, Frances.

—Es lo menos que puedo hacer. Y no es necesario que aceleres el regreso, cuidaremos bien del niño —le aseguró con una alentadora sonrisa.

Adele acudió al cuarto de Matthew para verle por última vez y, tras coger lo imprescindible para el trayecto, fue al vestíbulo. Al í la

esperaba el mayordomo, que le abrió la puerta. Frente a la escalinata de acceso había un impresionante carruaje tirado por cuatro cabal os y con dos sirvientes uniformados custodiándolo.

Llegaron a Londres poco antes de la media noche. Adele indicó al cochero la dirección de los Sawford. No quería acudir a Gregory hasta haber confirmado que sus suposiciones eran acertadas. Si estaba en lo cierto, le referiría lo que sabía para que él le diese la utilidad que estimase conveniente. Si conseguía detener a la espía y al vizconde traidor, daría por bien empleadas las largas horas de aterrador cautiverio.

Tardaron en l egar a casa de su cuñado debido a que el tráfico era muy intenso. La temporada social estaba en su esplendor y los eventos de todo tipo se daban cita por decenas todas las noches, ocasionando la afluencia de personas a el os y el incremento de carruajes en las cal es de la ciudad a aquel as horas.

Adele pidió al cochero que la esperase. Subió el breve tramo de escalera y l amó a la puerta. Sentía l egar a hora tan inoportuna, en la que todos estarían durmiendo, pero no tenía otra opción. Tras unos minutos la puerta se abrió y un soñoliento Davis, con la peluca ladeada, apareció en el a.

—Buenas noches, Davis.

El asombro se plasmó en el rostro del mayordomo. ¿Qué haría la hermana de su señora al í?, se preguntó. ¿Se había enterado del accidente de su cuñado y venía a cuidarlo, al igual que hizo con su

hijo durante su enfermedad?

—Buenas noches, señorita Catesby —respondió con flemática serenidad una vez repuesto de la sorpresa inicial.

—¿Cómo está el señor Sawford? —preguntó ansiosa, descartando la posibilidad de personarse en su cuarto para averiguarlo.

—Recuperándose de la herida. El doctor dice que no es grave.

Tranquilizada con respecto a la salud de Nathan, fue directa al tema que le había l evado hasta al í.

—Por favor, dígale a Monique que deseo hablar con el a; es urgente. La espero aquí mismo. —Adele hizo intención de entrar en la sala de recibir para aguardar a la doncel a.

—Monique no se encuentra en la casa, señorita. Permanece en

la residencia de la princesa Sechenov, acompañando a la señora Sawford.

Adele se quedó sin habla. ¡Celeste estaba en la guarida del lobo!

¿Cómo no se encontraba al í cuidando de su marido? ¿Gregory no le había comunicado lo que ocurría? ¿O le había sucedido algo que le impidió l egar a su destino? No quería pensar en esa última posibilidad.

Desesperada, comenzó a caminar de un lado para otro, dominada por una extrema ansiedad. ¿Qué debía hacer? No podía presentarse en casa de la princesa e interrogar a Monique o confesar a su hermana las sospechas que tenía sobre la anfitriona, sería como condenarlas a las tres si la rusa lo adivinaba.

Aunque sí podía sacarlas de al í con la excusa de un empeoramiento del estado de Nathan o de Matthew. Conociendo el interés de Celeste en mostrarse como una madre ejemplar, no iba a negarse a atender a su hijo enfermo. Una vez que su hermana estuviese a salvo, localizaría a Gregory y él se encargaría de tomar las medidas oportunas para arrestar a la espía.

Con esa firme decisión, se encaminó a la residencia de la princesa Sechenov. Tras un trayecto de unos quince minutos por las caóticas cal es de la ciudad, el coche paró ante la elegante casa y Adele se personó en la puerta principal. Armándose de valor por lo que pudiera

encontrar al í, l amó a la puerta. Esta se abrió a los pocos segundos apareciendo en el a un mayordomo de recargado uniforme que la miró de arriba abajo e hizo un gesto de disgusto después del rápido escrutinio.

—Las cuestiones domésticas se gestionan por la puerta de servicio y no a estas horas de la noche —le espetó antes de que se presentase, e hizo intento de cerrar la puerta.

Adele se sintió humil ada. ¿Tan mal aspecto tenía que la tomaba por una sirvienta?

—¡Espere! —Logró decir antes de que la puerta se cerrase en sus narices—. Me l amo Adele Catesby y soy la hermana de la señora Sawford, invitada de la princesa Sechenov, que se aloja en esta casa.

El mayordomo, aunque escéptico, cambió de actitud y se mostró más cordial.

—La señora Sawford no se encuentra en casa. Ha asistido al baile de los duques de Worcester —le informó con afectación—.

Puede esperarla si lo desea, aunque no ha precisado la hora de su regreso.

Adele no pudo dejar de enfadarse con Celeste al enterarse de dónde estaba. ¿De modo que no había regresado a su hogar a cuidar de su marido porque pensaba acudir a una fiesta? No debería extrañarle, se recordó. Era muy propio de su hermana pensar solo en sí misma. Decidió que no iba a esperar hasta que regresase porque para entonces podía ser demasiado tarde. Tenía que avisar a Gregory, pero antes hablaría con Monique.

—Y la doncel a de la señora Sawford, ¿se hal a aquí?

—Sí, señora.

—Haga el favor de decirle que deseo hablar con el a —le indicó con firmeza.

El mayordomo no se inmutó ante la actitud autoritaria de la mujer y la invitó a pasar, introduciéndola en un salón próximo al vestíbulo.

Con una ligera reverencia salió y cerró la puerta. Adele, incapaz de sentarse, se dedicó a observar todo lo que la rodeaba. Los muebles eran de estilo recargado pero de calidad, al igual que los adornos y

cortinajes.

Quince minutos más tarde, Adele salía de aquel lugar convencida de que la mujer l amada Raísa era la princesa Sechenov, la misma con la que su hermana había ido al baile y, lo más sorprendente, Gregory las acompañaba. Si el interés en acudir a tal celebración era la de vigilar y proteger a su hermana, la tranquilizaba. El problema era que él desconocía la implicación de la princesa y eso lo ponía también en peligro.

Volvió a entrar en el carruaje y le pidió que la l evara a la mansión de los duques de Worcester. Sabía que no iban a dejarla pasar, pero pediría que avisaran a Gregory de su l egada y hablaría con él.

A la entrada de la gran mansión, que se hal aba a las afueras de la ciudad, se amontonaban los carruajes. Adele tuvo que bajarse bastante antes y caminar un entre el os, escuchando a su paso proposiciones y palabras soeces de los aburridos cocheros que se entretenían bebiendo y charlando mientras esperaban a sus amos.

La puerta estaba abierta y franqueada por dos lacayos. Se acercó a uno de el os y le explicó lo que deseaba. Este entró y volvió a los pocos minutos con otro hombre.

—Me han comunicado que desea hablar con lord Rawson. —Se dirigió a el a con sonrisa socarrona. Otra dama que había enviado a su doncel a para dar un recado al atractivo mujeriego.

—Cierto. Dígale que la señorita Catesby le espera, por favor. Y

que es por una razón muy urgente.

El hombre la miró con detenimiento. Aunque vestía como una sirvienta, su actitud y porte le hacían suponer que no lo era. ¿Alguna dama venida a menos? Lord Rawson las coleccionaba de todas las clases sociales, aunque había oído decir que le gustaban guapas y esta no se podía decir que lo fuese.

—Veré lo que puedo hacer, señorita. —La invitó a pasar y a sentarse en una sil a semioculta detrás de una gruesa columna del enorme vestíbulo.

Adele aguardó impaciente, rogando que Gregory no hubiese decidido marcharse.

Capítulo 32

Adele sintió un movimiento a su espalda y algo punzante presionando su costado. Dio un respingo e intentó levantarse, pero una recia mano en su hombro se lo impidió con contundencia.

—No haga ningún movimiento ni sonidos extraños o la traspasaré como si fuese un pichón para el asado.

La voz que había pronunciado esas palabras en su oído le resultó conocida a Adele. ¡Era la del hombre encapuchado que los secuestró! Un sudor frío comenzó a cubrir su cuerpo y rogó para que Gregory l egase lo antes posible.

—Veo que comprende la situación, mi querida señorita Catesby.

Levántese con calma y comience a caminar hasta la salida. Vamos a dar un corto paseo y a mantener una apacible charla —indicó Skelton de forma poco amable.

Adele no tuvo otra opción que obedecer. La frialdad de aquel a voz le indicaba que no dudaría en matarla. Aunque las piernas le temblaban, pudo ponerse en pie. Él se colocó a su lado y la cogió por el brazo, presionándolo e instándola a caminar. El a giró la cabeza para verle el rostro y lo único que distinguió fue el bril o febril de unos oscuros ojos pues el cuel o de su gabán lo ocultaba casi por completo.

—Mire al frente y sonría, por favor —le ordenó.

Adele también advirtió que caminaba con dificultad y recordó que Gregory lo había alcanzado con un disparo. Se preguntó qué estaría haciendo en aquel lugar, donde podía ser descubierto y detenido.

Salieron de la mansión y bajaron la empinada escalinata. El esfuerzo le supuso un gran esfuerzo a Skelton, que emitió un involuntario gemido de dolor. Adele vio la oportunidad de escapar, pero el hombre no se dejó sorprender y, enlazándola por la cintura con una mano, volvió a amenazarla con el puñal.

—Le he dicho que nada de jugarretas —siseó muy cerca de su oído. En su tono de voz se percibía el intenso sufrimiento que padecía.

—No podrá escapar. Saben quién es y lo están buscando —le recordó, intentando disuadirle de lo que pretendiese hacer con el a.

—Eso está por ver, mi irritante señorita Catesby. Cál ese y camine o acabaré con usted aquí mismo.

La l evó hasta un carruaje aparcado casi al final de una larga fila y la introdujo en él de malas maneras. Corrió las cortinas y encendió el farolil o interior. Se dejó caer en el asiento frente a el a con un contenido gemido y empuñando la afilada daga.

Adele pudo verlo con claridad. Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de rasgos correctos pese al gesto crispado y la palidez que cubría su rostro, en el que destacaban sus oscuros ojos cuyo bril o asesino la estremeció.

—Responda a mis preguntas y la dejaré vivir. ¿Cómo consiguió escapar?

Adele debía inventar una historia convincente si no quería implicar a Gregory en su liberación, lo que no le resultó difícil pues solo le ocultó parte de la verdad.

—Conseguí abrir la puerta y nos escapamos. Cuando l egamos al camino nos recogió un carro con mercancías que venía hacia Londres.

Skelton hizo un gesto de fastidio. ¿Dónde se habría metido ese inútil de Oleg? Cuando lo encontrara, lo mataría con sus propias manos. No le extrañaba que hubiese huido como un conejo asustado. No debió hacer caso a Raísa. Su hermano no tenía las agal as suficientes para l evar a cabo esas tareas, pero al morir Morgan y desaparecer sus hombres no le quedó nadie a quien acudir.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

El a se sobresaltó. Eso iba a resultarle más difícil de explicar, y tenía que ser convincente. No podía confesar que había venido a avisar a su hermana de la verdadera identidad de su inseparable amiga. Aunque tenía pocas posibilidades de salir con vida de ese carruaje, no le daría la satisfacción de alertar a su cómplice. Lady Wisley estaba al tanto de sus sospechas y advertiría a Gregory en caso de que el a no pudiese hacerlo.

—¡Conteste! —la urgió.

Skelton parecía más violento por momentos y también más impaciente. El sudor perlaba su frente y el gesto de dolor en su rostro se había acentuado. Como no estaba segura de si había

logrado oírla preguntar por Gregory, Adele prefirió mentirle sobre la identidad de la persona a la que había venido a buscar.

—Mi cuñado, el capitán Sawford, ha empeorado de las heridas que le provocó el accidente sufrido durante un entrenamiento con sus hombres. El médico que lo atiende dice que no l egará a ver la luz del nuevo día. He venido a buscar a su esposa para que le acompañe en sus últimos instantes de vida. —Las palabras le salían con fluidez, asombrándose el a misma de esa capacidad para mentir que ignoraba poseer. No había nada como el temer por la vida de uno para agudizar el ingenio, se dijo con amargo sarcasmo.

Él cal ó durante unos segundos, en los que pareció meditar la situación. Adele le observaba con el corazón encogido, esperando que se abalanzase sobre el a y acabase con su vida. Pero no hizo tal cosa. Arrancó los cordones que se utilizaban para sujetar las cortinil as y le ordenó que se diese la vuelta.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el a, con la voz alterada por el pánico que sentía.

Él no respondió, aunque Adele alcanzó a oír una carcajada antes de que todo pensamiento consciente abandonara su mente tras recibir un fuerte golpe en la cabeza.

Skelton ató a Adele de pies y manos y la amordazó con el pañuelo que l evaba a modo de corbatín, dejándola tumbada en el suelo del carruaje cubierta por una manta.

—Procure que nadie moleste a la señora. Se ha pasado con el ponche y necesita descansar —le dijo al cochero. Le lanzó una moneda que el hombre cogió al vuelo.

—Descuide, señor —le aseguró, recibiendo con agrado la propina. Los aristócratas eran muy generosos cuando se trataba de satisfacer sus placeres. Aunque él no iba a cuestionar sus vicios. Su negocio le exigía discreción.

—No comprendo, lord Rawson. He dejado a la dama en ese lugar —se defendió el mayordomo, consternado al ver que Adele no aparecía por ninguna parte—. Habrá decidido esperarle en el exterior. Aquí hace bastante calor.

Gregory bul ía de impaciencia y temor. Cuando le habían dado el recado de que Adele lo buscaba, no perdió un segundo en acudir,

con el terrible presentimiento de que algo grave había sucedido para que se hubiese desplazado desde Wisley Manor hasta Londres a horas tan desorbitadas. Que el a no apareciese por ningún lado no le daba

buena espina.

El mayordomo interrogó a los dos lacayos que custodiaban la puerta y estos le confirmaron que la habían visto salir cogida del brazo de lord Dewing. Al preguntarle Gregory por el aspecto de ese cabal ero ambos dudaron. No habían conseguido verlo bien ya que l evaba parte del rostro oculto por el amplio capote. Repararon en que cojeaba de una pierna y que se apoyaba en la dama para caminar, lo que les hizo suponer que estaba enfermo.

Gregory no necesitó escuchar más. Skelton era el hombre que se había l evado a Adele. Les preguntó la dirección que habían tomado y, con un sordo temor corroyéndole las entrañas, hacia al í se dirigió sin perder un segundo. Si le ocurría algo a el a…

Los buscó con detenimiento, preguntando a varios cocheros que aguardaban a sus señores. Por suerte, uno se había fijado en el hombre que caminaba con dificultad acompañado de la mujer alta.

Avanzaban por el sendero para carruajes y al í les perdió de vista.

Gregory confiaba en que, con el caos de vehículos que se amontonaban por todos lados, les hubiese sido imposible marcharse, pero l egó hasta el final de la fila y no descubrió ningún rastro de Adele y su captor.

Cuando ya pensaba desistir para continuar buscando por otro lado, el tenue sonido de lo que parecían unos golpes l egó hasta sus oídos. Comenzó a desandar el trayecto para determinar el lugar de su precedencia, lo que le l evó hasta un carruaje de alquiler cuyo cochero parecía ausente a lo que estuviese provocándolos.

Adele salió del negro pozo en el que se había hundido con una alarmante sensación de asfixia. Abrió los ojos y notó que algo le cubría la cabeza; algo que olía bastante mal. También tenía la boca cubierta con un trapo que le dificultaba respirar con normalidad.

Desorientada, intentó moverse en el reducido espacio. Al comprobar que tenía las manos y pies trabados, volvió de golpe a la realidad y recordó todo lo ocurrido.

Movió la cabeza, ignorando el fuerte dolor que sentía en la zona

golpeada, y logró liberarla de la manta que la cubría. Comprobó que continuaba en el carruaje y que este no se movía. No sabía el tiempo que había transcurrido, pero confiaba en que permaneciese en la

mansión de los duques de Worcester.

Tenía que escapar de al í como fuese y, para el o, debía liberarse de las ligaduras. Forcejeó con el as pero le resultó imposible aflojarlas. Tras unos minutos, desistió agotada. Movió los pies y comenzó a golpear contra la pared del vehículo. Si conseguía l amar la atención de alguien, aparte del cochero que debía ser cómplice de Skelton, tendría alguna posibilidad de escapar. Si no lo conseguía, solo le quedaba rogar para que ese desalmado fuese detenido antes de que causase más daño.

En ese momento se abrió la puerta del vehículo y el pánico la invadió. ¡Había vuelto!

Gregory descubrió el cuerpo en el suelo y no necesitó ver el rostro para saber que se trataba de Adele.

—¡Oiga, ¿qué se cree que está haciendo?! —le gritó el cochero.

Gregory no respondió y subió de un salto al carruaje. Incorporó a Adele y la estrechó entre sus brazos. El miedo que había experimentado le atenazaba la garganta.

Al ver que se trataba de Gregory, Adele no pudo contener las lágrimas de alegría. Él la liberó de la mordaza mientras le susurraba tiernas palabras de aliento.

—¿Qué hace usted? No moleste a la señora —le exigió el cochero, que había bajado del pescante y los miraba con disgusto.

Si el hombre que le tenía alquilado el coche comprobaba que no había seguido sus indicaciones, le obligaría a devolverle la generosa propina que le había entregado.

—Cál ese o le entregaré a las autoridades. ¿No ve que la dama estaba retenida contra su voluntad? —le increpó Gregory con fiereza, conteniendo las ganas de golpearlo.

El hombre reparó en las cuerdas que la ataban y comprendió que era cierto. Enmudeció en el acto, temeroso de que pudieran acusarlo de encubridor de ese delito.

Gregory procedió a liberarla de las ataduras y la acunó durante unos segundos en sus brazos.

—¿Sabes dónde está Skelton? —le preguntó cuando se hubo

calmado.

Su garganta se negó a emitir algún sonido y negó con la cabeza.

—Entonces debemos marcharnos antes de que regrese.

El a se repuso con rapidez. Abandonaron el vehículo y se dirigieron con sigilo hacia el carruaje de Gregory, que se hal aba estacionado en un lugar cercano a la mansión. Una vez dentro, con la seguridad que ese hecho le proporcionaba, Adele no perdió un segundo en explicarle lo que la había l evado al í.

—¿Estás segura de que la princesa y Raísa son la misma persona? —inquirió Gregory. Le resultaba difícil de creer.

—Monique ha confirmado la historia que le escuché. Son la misma mujer, sin duda. De lo que no estoy segura es de cuál es su implicación. Pero no voy a comprometer la seguridad de mi hermana hasta que lo descubra, créeme.

Gregory meditó sobre el o. Podía ser cierto. Recordó haber leído en los informe proporcionados por Eckersley que se venían produciendo importantes filtraciones de documentos en la embajada rusa desde hacía un par de años, sin que hubiesen logrado descubrir a los culpables. La princesa Sechenov, que era sobrina política del embajador, bien podía ser la responsable de esos hechos. Tenía la ocasión, pero no encontraba el motivo. ¿Por qué traicionar a su propio pueblo? ¿Por dinero? No lo creía. El príncipe Sechenov era muy rico y toda su fortuna había pasado a su esposa.

Debía tener una importante razón.

—Será difícil probar su implicación si no conseguimos atrapar a Skelton e, incluso, el a podría negarlo. El joven que dijo ser su hermano fal eció esta mañana, luego tampoco se puede contar con él para relacionarla con la trama de espionaje y secuestro —razonó Gregory. Era una dama de alta alcurnia y extranjera de ahí que su detención, si no existían hechos probados, podría ocasionar un conflicto diplomático importante. Había que extremar las precauciones.

—¿Crees que Skelton ha venido a verla? —preguntó Adele. El hombre parecía enfermo. Si se había desplazado hasta ese lugar tan concurrido en el que podía ser identificado con facilidad debía de tener una poderosa razón y esa podía ser la de alertar a su cómplice.

—Es muy probable. En caso de que no haya tenido la posibilidad de ponerse en contacto con el a, habrá pensado que en este lugar pasaría más desapercibido que acudiendo a su residencia, que podría estar vigilada. Lo importante ahora es l evar a tu hermana con su marido. Desvelaremos la verdadera identidad de la princesa cuando estéis a salvo —indicó decidido—. Quédate mientras voy a buscarla. Aprovecharé para mandar el carruaje en el que has venido a casa. Ya no lo necesitamos.

Adele sintió un nudo de angustia en el estómago. Si Skelton lo descubría su vida correría peligro.

—Cuídate, por favor —rogó con voz asustada y temor en la mirada.

Gregory sintió un gozoso estremecimiento. «Algo debo importarle cuando se muestra tan preocupada», pensó con regocijo.

La estrechó en sus brazos y depositó un cálido beso en su cuel o.

—Descuida, lo tendré.

Gregory se marchó antes de que la calidez del cuerpo femenino aniquilaran su voluntad, y se dirigió veloz hacia la mansión. La última vez que había visto a Celeste se encontraba muy entretenida rodeada de una corte de admiradores y potenciales amantes.

Esperaba que no hubiese decidido perderse con alguno de el os en cualquier oscuro rincón.

Al l egar al concurrido salón de baile, miró por los diferentes grupos de personas y, como se temía, no la encontró por ninguna parte. Tampoco divisó a la princesa. Preguntó a varios lacayos y a algunos conocidos sin obtener resultado. Cuando se dirigía a la salida para continuar la búsqueda en otras estancias, sintió que le tocaban en el brazo. Se giró y comprobó que se trataba de la temible lady Berrow, una de las cotil as oficiales de la sociedad londinense, que se hal aba sentada en un lugar estratégico desde el que tenía una magnífica visión de todo el salón y el acceso a la gran balconada frontal.

—¿Se le ha perdido la señora Sawford, Rawson? —preguntó con aparente candidez, mientras se daba viento con un enorme abanico.

Gregory sonrió para sí. Pocas cosas se le escapaban a la anciana.

—Ciertamente, milady. Por casualidad, ¿no habrá visto hacia dónde se ha dirigido?

—Con nitidez, muchacho. Mi vista es magnífica. Ha desaparecido con lord Hanley por la puerta que l eva al jardín trasero. Debía sentirse acalorada la pobrecil a y ha querido refrescarse. Conociendo la cabal erosidad del conde, se habrá ofrecido a acompañarla mientras su esposa termina su partida de *whist*[6] —informó con mordacidad y un bril o malicioso en los ojos.

Gregory se cuidó mucho de mostrar cualquier reacción y se disculpó con una elegante reverencia. La mujer ya tenía un nuevo tema de cotil eo para el té del día siguiente con sus amigas. Hanley era un crápula de la peor especie, sin intención de retirarse a su avanzada edad.

No le fue fácil l egar hasta la otra punta del salón debido a la cantidad de personas que lo ocupaban y que se paraban para hablarle, en especial las damas. Tras largos y angustiosos minutos, logró atravesarlo y se encontró en las escaleras que conducían a la parte trasera de la casa.

El jardín en esa zona era de estilo italiano, plagado de numerosos rincones oscuros y con un laberinto en el centro. Un lugar propicio para apasionadas escaramuzas amorosas por la escasa iluminación y la fragancia de los diversos aromas florales.

Miró a su alrededor. Varias parejas se paseaban en la parte más iluminada o charlaban en algunos de los bancos. No logró distinguir entre el os a Celeste y a su acompañante, lo que le l evó a pensar que debían de encontrarse en alguno de los reservados. Tarea difícil por lo extenso y recóndito del jardín, pensó; también porque no disponía de tiempo para perderlo buscando a la incorregible esposa de su amigo. El haber dejado a Adele sola con Skelton rondando por al í era algo que lo mantenía en una constante desazón y agravaba su impaciencia.

Sin amilanarse por la ardua tarea, se adentró en la zona menos iluminada y apartada. Por doquier se escuchaban apagados sonidos de conversaciones, gemidos y risitas variadas. En dos ocasiones le pareció identificar la voz de Celeste, pero al acercarse comprobó que no se trataba de el a, lo que le acarreó las protestas de los cabal eros implicados y los lamentos avergonzados de las damas

pil adas en falta.

Casi al final del jardín, en la zona más próxima al alto muro que lo delimitaba y cuando ya comenzaba a pensar que la avispada dama se había equivocado al mandarlo en esa dirección, identificó una conocida risita que salía de detrás de un alto parterre.

—Debe dejarme volver, *milord*. He desatendido a todos los cabal eros a los que había prometido un baile —se quejó Celeste con coquetería.

—Yo tengo su cuaderno y no pienso devolvérselo hasta que me deje admirar esos preciosos pechos que se empeña en ocultar tras el apretado corpiño de su vestido. ¿No comprende que es un sacrilegio mantener apresadas a tan bel as criaturas, que pugnan por recibir los elogios de su más rendido admirador? Quiero verlas resplandecer entre mis manos y adorar con mi lengua tan exquisitas redondeces.

Una nueva risita quebró el silencio de aquel idílico rincón.

—Es usted todo un poeta, *milord*.

—Me inspira la bel eza, mi Venus, y ante la suya me creo capaz de superar a nuestro insigne lord Byron.

Gregory, cansado y asqueado ante lo que estaba oyendo, se decidió a intervenir. Si Celeste quería dejarse manosear por ese viejo verde, que lo hiciera en otro momento.

—¿Señora Sawford?

Un gritito espantado, acompañado de una sonora maldición, fue la respuesta a su l amada.

Celeste, algo desarreglada, apareció ante él.

—Oh, lord Rawson, ¿me buscaba? —preguntó con inocencia—.

He salido a admirar el afamado jardín de los duques y el amable lord Hanley me ha acompañado —explicó en un intento por justificar la presencia del hombre a su lado y decidiendo pasar por alto la posibilidad de que los hubiese escuchado.

—Rawson —saludó el conde, al que se veía fastidiado por la interrupción.

Gregory respondió con una inclinación de cabeza. Un nuevo enemigo, pensó con sorna. Como a la mayoría, al conde le irritaba que le quitasen el plato a medio comer.

—Debo l evarla a su residencia, señora Sawford. Me han l egado

noticias de un empeoramiento en el estado de su esposo, que insiste en verla. —Gregory empleó la misma mentira que Adele había utilizado con Skelton y que le pareció oportuna.

Celeste pareció alarmada. O sentía algún aprecio por Nathan o se trataba de una gran actriz, pensó Gregory; él se inclinaba por lo segundo.

—Desde luego, debo acudir a su lado en estas circunstancias tan dolorosas —declaró en tono compungido, adoptando una actitud de prematura viuda—. Discúlpeme, lord Hanley.

Celeste se encaminó con rapidez a la casa seguida por Gregory.

Una vez que se hubo alejado del conde y nadie podía oírlos, comentó anhelante:

—¿No podríamos esperar un poco? Como imagino que habrán avisado al médico que lo atiende, no creo que mi presencia sea necesaria con tanta precipitación. Es un baile tan entretenido y estaba disfrutando tanto…

—Lo siento, señora Sawford, su esposo ha pedido que la l eve cuanto antes y no puedo desoír esa solicitud. Piense que pueden quedarle unas pocas horas de vida —exageró con malvado regodeo. Ya le extrañaba a él que hubiese sentido de repente tanta preocupación por Nathan.

—Si se empeña… —Celeste tuvo que ceder a regañadientes. El estúpido de su marido no tenía otro momento para decidir morirse que cuando el a estaba en la cumbre de su éxito social—. Pero antes debo explicarle a Lyudmila lo que ocurre y la causa de mi improvisada marcha. Recuerde que hemos venido con el a.

—No se preocupe, le he mandado un aviso y un carruaje vendrá a esperarla —mintió. No estaba dispuesto a demorar más su partida ni a alertar de el o a la posible cómplice de Skelton.

—Pero no me parece correcto que…

—Apresúrese, señora mía, no tenemos mucho tiempo que perder —la instó con energía, al tiempo que la cogía del brazo y tiraba de el a hacia la salida.

6 Clásico juego de naipes inglés muy popular entre los siglos XVIII y XIX.

Capítulo 33

En pocos minutos, y pese a las protestas de Celeste que se empeñaba

en despedirse de sus nuevas amistades, lograron alcanzar el carruaje. Al l egar, Gregory presintió que algo no iba bien. Parker no aparecía por ningún lado y, temiéndose lo peor, abrió la puerta y se l evó una horrible sorpresa: la princesa se encontraba sentada junto a Adele y, por la rígida postura y el mudo mensaje que emitían los ojos de esta, supo que la estaba amenazando con algún arma.

—¡Celeste, lord Rawson, pasen y acomódense! —los invitó la princesa en tono alegre.

—¿Has decidido venir con nosotros, Lyudmila? Pensaba que te agradaba la fiesta —comentó Celeste extrañada.

—Resulta un poco agobiante con tanta gente —respondió, sin apartar los ojos del pétreo rostro de Gregory.

—Sí, es cierto. ¿Y tú qué haces aquí, Adele? —Celeste, que no había reparado en el a, se sorprendió al ver a su hermana, a la que creía cuidando de su hijo en Culham.

—Eso le estaba preguntando yo, pero se niega a responder a esa y a otras preguntas —dijo la princesa con inquietante voz—.

Espero que vuestra presencia la anime. ¿O desea contestar usted, lord Rawson?

Gregory sintió un acceso de pánico que se cuidó de mostrar.

Adele estaba en lo cierto y esa mujer era cómplice de Skelton, lo revelaba la firme determinación de su voz y el destel o homicida de su mirada.

—Marchémonos de aquí, Edward —ordenó Lyudmila en voz alta, y el coche comenzó a moverse.

Gregory supo que Skelton l evaba las riendas y se temió que hubiese acabado con la vida de su fiel cochero. Se encontraban en una grave situación. Si intentaba despojar del arma a la mujer, Adele podía resultar herida. No dudaba de que la utilizaría, por lo que decidió esperar sin dejar de vigilarla para sorprender cualquier descuido que le permitiese neutralizarla; ya se encargaría del hombre que conducía el carruaje más tarde.

—¿Y qué es lo que desea saber, alteza? Con gusto contestaré a todas sus preguntas.

—No lo tengo por tonto, Rawson. No me haga perder el tiempo.

¿Qué le ha ocurrido a Oleg? —preguntó con mirada asesina.

Gregory dirigió una significativa mirada a Adele. El a captó lo que le estaba preguntando e hizo un imperceptible gesto de negación.

No le había dado ninguna información a esa mujer.

—Si se refiere al jovencito que encontramos merodeando por la casa de los Sawford anoche le diré que permanece retenido en un lugar seguro —mintió con total naturalidad. Si le hacía creer que seguía vivo tendría más tiempo y la posibilidad de realizar algún intercambio.

La princesa pareció aliviada.

—No entiendo nada. ¿Quién es esa persona, Lyudmila? —

Celeste seguía sin percibir el peligro que se cernía sobre el os.

—¡Cierra la boca! —le ordenó de malos modos.

Celeste obedeció con un mohín de disgusto. Lyudmila no acostumbraba a ser tan grosera.

—Dígame dónde lo tiene —ordenó, mirando a Gregory.

—No le diré nada a menos que deje de amenazar a la señorita Catesby.

La mujer rió y mostró el arma que había estado ocultando sin dejar de apuntar con el a a Adele.

Celeste emitió un grito de sorpresa.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Alguien puede explicármelo? —protestó.

Le incomodaban los juegos con las armas de fuego. Nathan era un claro ejemplo del daño que podían causar.

Nadie respondió y el a se retrepó en el asiento con gesto ofendido.

Gregory reparó en la pequeña pistola plateada que empuñaba la princesa. Se trataba de una de las nuevas armas salidas al mercado hacía poco tiempo, de las que eran capaces de efectuar varios disparos sin tener que recargar, suficiente para acabar con el os en unos

segundos.

—No pienso hacer tal cosa. Respóndame a la pregunta y puede que deje marchar a las señoras —sentenció Lyudmila.

Gregory advirtió la firme disposición de la mujer y supo que no

tenía alternativa. Podía disparar a Adele y a su hermana y le quedarían más balas para obligarlo a decirle lo que quería. También sabía que, en cuanto le diera una dirección, se desharía de el os. No podía permitirse dejar vivo a nadie que supiese su secreto.

—Su hermano está en la prisión de Newgate denunciado por ladrón. Será juzgado y sentenciado a la horca a menos que hable con el alguacil y le convenza de que fue un error porque el joven solo pretendía colarse en la cama de una de las doncel as de los Sawford.

Lyudmila comprendió que se le presentaba una oportunidad de salvar a su hermano.

—De acuerdo. Iremos a la prisión y hará todo lo posible para sacarlo de al í o no las volverá a ver con vida —aceptó roja de ira.

Gregory volvió a respirar con tranquilidad. Había logrado unos minutos más para pensar en algún plan que le permitiese atrapar a los traidores sin poner en riesgo sus vidas.

—Haré lo que me pide si me da su palabra de que no les ocurrirá nada a las señoras.

El a sonrió con malicia.

—La tiene, Rawson. —Tocó en el ventanuco del techo y este se abrió —. Dirígete a la prisión de Newgate.

El hombre subido al pescante no pronunció ninguna palabra y volvió a cerrar la trampil a, aunque dejando una pequeña abertura.

Quería enterarse de lo que ocurría en el interior, dedujo Gregory.

—Yo no voy a ir a ninguna prisión, Lyudmila. Ya me he cansado de este juego. Es demasiado macabro para mi gusto —se quejó Celeste irritada—. Lord Rawson, haga el favor de decirle al cochero que me deje en casa.

La princesa desvió el arma para apuntar a Celeste, que se hal aba sentada en el asiento frente a el a.

—Cál ate de una vez, insufrible pécora, o acabo contigo en este instante —le avisó con el rostro desfigurado por el desprecio que sentía por el a.

—Pero… ¡Oh, Dios mío! —Celeste comprendió al fin que aquel o no era un juego y un asombrado temor se mostró en su rostro.

Prudentemente, cerró la boca y pareció encogerse en su asiento.

Lyudmila volvió a dirigir el arma al costado de Adele.

—He de decirle, alteza, que estoy sorprendido. La tenía por una gran patriota, incapaz de traicionar a su país. ¿Qué la tentó a el o?

¿El dinero? ¿Ha pensado en los soldados rusos que morirán por su traición?

Gregory quería provocar una distracción en la que tendría alguna posibilidad de apoderarse del arma. Dirigió sus ojos a Adele con el fin de transmitirle calma con la mirada y el a, de idéntico modo, se lo agradeció.

—Yo no estoy traicionando a mi país, al contrario, lo sirvo con fervor desde hace años. —Rió al observar la sorpresa en el rostro de él—. ¿Ya ha comprendido, Rawson? Sí, nací en un pueblecito de la región de Georgia. Mi madre, una bel a mujer turca, fue secuestrada en su niñez y obligada a servir de entretenimiento a los sucios soldados rusos hasta que murió de sífilis. Mi hermano y yo pudimos escapar antes de correr la misma suerte; no así mis otras dos hermanas. Juré vengarme y, créame, l evo años haciéndolo.

¿Sabe cuentos soldados rusos han muerto gracias a mis informes?

—El orgul o se mostraba en su rostro. Se había vengado con creces.

Gregory se hacía una idea. Durante los dos años anteriores el ejército del zar Alejandro I, en su apoyo a los independentistas griegos, había sido derrotado en varias ocasiones. Se sospechaba que había un traidor que informaba al enemigo de los planes y estrategias de las tropas rusas, pero no tuvieron éxito en descubrirlo. La princesa Sechenov, muy introducida en las altas esferas de la sociedad, bien podía ser la causante de las filtraciones.

—¡Eres una farsante! —exclamó Celeste con asombro.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. El a, que se había

sentido fascinada por esa mujer a la que creía una gran dama por nacimiento, descubría que era hija de una prostituta y de … ¡Ni sabía quién era su padre!

Lyudmila la miró con el rostro congestionado por la ira y le apuntó. Ya estaba harta de esa insufrible mentecata, a la que había tenido que soportar los últimos meses para poder obtener lo que deseaba.

—Y tú una puta de la peor calaña. Mi madre se vio obligada a

serlo, pero tú lo haces por dinero. ¿A qué viene mostrarse tan remilgada?

Gregory advirtió que, en su estado, la princesa podía matar a Celeste y, aprovechando que había dejado de apuntar con su arma a Adele, se decidió a actuar. Con un rápido movimiento, golpeó el brazo que portaba la pistola y esta se desvió, no sin antes emitir un mortífero fogonazo.

Varios sonidos se escucharon al unísono: el rugido de cólera de Lyudmila al verse atacada, el aul ido estridente de Celeste antes de perder el sentido y el grito de terror de Adele al pensar que su hermana había resultado herida.

Con la pistola en la mano, la princesa se recobró y se dispuso a disparar contra su atacante, que se había abalanzado sobre el a para arrebatársela antes de que volviese a utilizarla. El carruaje frenó su marcha de forma brusca y ambos cayeron al suelo, enzarzados en un encarnizado forcejeo. Tras unos segundos, el arma volvió a dispararse, inmovilizando a todos los ocupantes del pequeño habitáculo.

Adele se l evó la mano a la boca, paralizada por el miedo que sentía: Gregory no se movía y el a presagiaba lo peor. Poco a poco él se fue incorporando y su recelo se convirtió en espanto al ver la mancha roja que adornaba la blanca pechera de su camisa.

—¡Gregory! —gritó, y su voz delataba la angustia que la consumía.

Él, de rodil as, la miró y se le encogió el corazón al observar su palidez. Siguió la mirada de el a y reparó en la mancha de su pecho.

Entonces dirigió la vista a la mujer que seguía tendida en el suelo del carruaje sin dar señales de vida. Una gran sombra oscura se iba extendiendo imparable por la cremosa lozanía de su generoso escote como una macabra insignia en el pecho de un héroe de guerra. Sus hermosos ojos, velados por el tupido manto de la muerte, reflejaban el

desgarrado asombro que sentía al comprender que la vida se le escapaba.

Gregory advirtió que el carruaje se detenía y comprendió que pronto tendría que lidiar con Skelton. Cogió la pistola de la mano inerte de Lyudmila y la empuñó, preparándose para recibirlo y rogando que le permitiese hacer un disparo. Extrajo una afilada

daga que l evaba oculta en la bota y se la entregó a Adele. Si él fal aba tendría algo con lo que defenderse. La miró con desesperación, intentando transmitirle la tranquilidad y confianza que él no sentía. Sabía lo peligroso que era y que le iba a resultar difícil reducirle si portaba un arma como la de la princesa.

La puerta del carruaje se abrió y apareció en el a una alta figura cuyo rostro estaba casi oculto por el ala del sombrero. Su mano agarraba con fuerza una enorme pistola.

Gregory, que se había colocado delante de Adele para protegerla con su cuerpo, anunció con voz serena al hombre:

—Baje esa arma o le dispararé sin contemplaciones.

—Como ordenes, Rawson. No quiero que me agujerees el mejor traje que tengo —aceptó Kenneth divertido.

El alivio que sintió Gregory al reconocerlo casi le hace perder el sentido.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Skelton? —preguntó mientras bajaba de un salto del carruaje.

—Por partes, muchacho. He venido a ayudarte, aunque parece que te las has arreglado bien tú solo. ¿O ha sido nuestra valerosa señorita Catesby? —insinuó con socarronería—. En cuanto a nuestro común amigo, compruébalo tú mismo. —Señaló el pescante donde se apreciaba una figura encogida.

Gregory subió con agilidad y con la pistola en la mano. El cochero, tal y como había imaginado, era el vizconde y estaba muerto. Lo tendió sobre el techo del carruaje y, a la mortecina luz de los faroles que iluminaban la cal e, pudo ver la herida que le había provocado el fatal desenlace.

El primer disparo efectuado por Lyudmila había atravesado la pared del vehículo y había impactado en su espalda a la altura del corazón.

Se asustó al comprender lo cerca que habían estado de sufrir un fatal accidente si el coche hubiese volcado. Por suerte, Skelton había logrado frenarlo antes de exhalar el último aliento.

Volvió a reunirse con los demás. Adele se encontraba en la calzada mientras MacLennan intentaba reanimar a Celeste. Él la abrazó y el a tembló entre sus brazos y lo estrechó con fuerza.

Necesitaba su contacto, su calor, para recuperarse del horror padecido. Le resultaría difícil olvidar el pánico que sintió al verle con

las ropas manchadas de sangre.

—¿Él está muerto? —preguntó sobre su hombro, sin atreverse a pronunciar el nombre de la persona que había sido su pesadil a durante esos dos últimos días.

Gregory asintió.

—Sí. Le mató la bala que salió de la pistola de su cómplice.

Adele gimió aliviada. Por fin todo había acabado. Gregory se sentía tan entusiasmado por tenerla en sus brazos sana y salva que no pudo evitar besarla con pasión. Necesitaba de su dulzor para olvidar la angustia padecida.

—¿Qué ocurre aquí y qué hace besando a mi hermana, lord Rawson?

La voz entre asombrada y furiosa de Celeste les hizo volver a la realidad. Se hal aba de pie a su lado y los observaba con resentimiento.

Gregory decidió ignorar la l amada de atención de Celeste y abrazó a Adele con fuerza. El a, feliz en sus brazos, no le importó la censura que mostraban los ojos de su hermana.

—Ya le explicaremos con detal e lo sucedido, señora Sawford.

Ahora debemos marcharnos de aquí.

—La mujer está viva aunque herida de gravedad —anunció Kenneth —. Hay que l evarla al hospital lo antes posible.

Gregory paró un coche de alquiler que pasaba por al í y pidió a Adele que l evase a Celeste a su casa. En cuanto pusiera en orden todo el asunto, iría a recogerla y volverían a Wisley Manor. Tenía algo importante que pedirle, le había mencionado con voz cargada de

emoción.

Adele, intrigada por sus palabras y comprendiendo que era lo mejor, se avino a lo que le pedía. No sin esfuerzo, logró introducir a su alterada hermana en el carruaje, al que Gregory había pagado con generosidad para que las l evase a la dirección de los Sawford sin ningún contratiempo.

Cuando el as se marcharon, introdujeron a Skelton en el vehículo y partieron hacia el hospital.

Dos horas después, ambos se reconfortaban con una buena copa de brandy en casa de Eckersley y cumplían con el satisfactorio

deber de informar a su superior de que la misión había concluido con éxito.

Habían dejado a la princesa en el hospital con escasas esperanzas de salvar la vida y a Skelton en la morgue. El médico que había inspeccionado el cadáver les informó que el hombre ya presentaba una grave herida en el costado, que habría acabado con su vida en pocos días si no le hubiese matado ese balazo en el pecho que le atravesó un pulmón.

Gregory refirió a sir Wil iam todo lo ocurrido desde que decidió acompañar a Celeste al baile: la l egada de Adele y su captura, la posterior liberación y la revelación de la verdadera identidad de la princesa Sechenov, el altercado en el vehículo conducido por Skelton, la l egada de MacLennan…

—¿Y qué te l evó al í? —preguntó Gregory intrigado.

El aludido miró a Eckersley en una muda invitación para que él tomara la palabra ya que podía aportar más datos a la historia. Este asintió y se dispuso a revelarle las circunstancias por las que acabó l egando a la misma conclusión que Adele aunque por caminos diferentes.

—Verá, Rawson, al finalizar la guerra contra Napoleón acudí a París para interesarme por la suerte que habían corrido mis hombres y preparar el traslado de los restos de algunos de el os que no lograron sobrevivir. Era necesario reconocer sus méritos y concederles el merecido descanso eterno en su patria. Me acompañaba Edward Foley, que había comenzado a trabajar como mi ayudante después de haber realizado una gran labor como agente durante la guerra. En los tres meses que estuvimos al í, conoció a una joven bailarina rusa, l amada

Raísa, que actuaba en un tugurio de mala muerte con el nombre de «La hermosa zarina» o algo parecido y de la que se enamoró, hasta el punto de desear hacerla su esposa y traerla con él de regreso a Inglaterra. Recuerdo que la joven tenía un hermano pequeño del que no quería separarse, y para el que tramitó también un visado.

Sir Wil iam dio un largo trago a su copa de brandy y prosiguió con el relato:

—No sé lo que ocurrió entre el os, pero el caso es que, cuando l egó la hora de regresar, Foley lo hizo solo. No quise preguntar ni él

tampoco me dio explicaciones. No volví a saber nada de la joven bailarina, hasta que hace un año me pareció reconocer su rostro en un velada en la embajada rusa: era el de la princesa Lyudmila Dimítrievna, viuda del príncipe Sechenov, un sobrino del embajador, y que se había trasladado a Londres para establecerse aquí tras la reciente muerte de su esposo. Lo olvidé hasta que MacLennan me explicó lo sucedido con el joven merodeador y el nombre de mujer que no dejaba de pronunciar. Entonces recordé dónde lo había oído y eso me l evó a relacionarlo con Skelton. —Miró a Kenneth y este prosiguió con el relato de los hechos.

—Cuando sir Wil iam me comunicó sus sospechas, fui a casa de la princesa. El mayordomo me informó, no sin algo de presión, que habías pasado a recogerlas para asistir a la fiesta en la mansión de los duques. Hacia al í me dirigí con el fin de alertarte y porque tenía la corazonada de encontrar a Skelton en aquel lugar.

—¿Por qué imaginaste eso? —preguntó Gregory.

—Al decirme que habías logrado herirlo, evalué la posibilidad de que no se hubiese comunicado con su cómplice, y la fiesta, con el trasiego de gente, era un buen lugar para pasar desapercibido.

—Skelton podría haber enviado a alguien para avisarla —sugirió Gregory.

—No lo creí posible. Piensa que el joven implicado había muerto y, suponiendo que no tenía más compinches ya que en ese caso alguno habría quedado custodiando a los rehenes, solo estaba él para advertirla de que había sido descubierto y el a podía correr la misma suerte.

Gregory asintió, dando por acertado el razonamiento de MacLennan.

—Cuando l egué a la mansión Worcester te estuve buscando. En el carruaje estaba la señorita Catesby, que me explicó lo que ocurría y entonces fui a buscarte. El dejarla sola fue un error del que no tengo excusa, lo reconozco, y del cual me arrepiento—se recriminó con pesar—. Skelton y la princesa debieron aprovechar esos minutos para preparar la trampa. Quitaron de en medio a tu cochero, al que golpearon en la cabeza dejándolo inconsciente, y esperaron tu regreso con la señora Sawford. Cuando l egué al lugar en el que había estado estacionado tu carruaje y no lo vi, temí lo peor. Como

hacía unos minutos que había partido, pudieron indicarme la dirección que había tomado. Tuve suerte de encontraros con vida —

concluyó Kenneth con alivio.

Permanecieron durante unos minutos en silencio, saboreando la bebida y centrados cada uno en sus pensamientos.

—¿Qué va a ocurrir con Sawford? —preguntó Gregory mirando a Eckersley. Le preocupaba el destino de su amigo, aunque se mereciera lo que este le deparara, sobre todo por Matthew y Adele, las únicas personas que le querían con sinceridad y que sufrirían por él.

Sir Wil iam meditó la respuesta.

—No podemos ocultar el hecho de que ha estado traicionando a su país, pero creo poder convencer al Almirantazgo de que el delito no ha sido tan grave como aparenta y evitarle el consejo de guerra.

Puede que se conformen con enviarle a un lugar lejano para redimir su culpa, evitando así el escándalo que supondría revelar que había un traidor en nuestras filas.

Gregory asintió. Por mucho que le doliese ver desterrado a su amigo, era un más que justo castigo por su traición.

—¿Y con Skelton y la princesa? —se interesó Kenneth.

—No es necesario revelar la verdadera naturaleza del vizconde.

Por el mismo motivo que Sawford, el admitir traidores en nuestras filas y filtraciones de documentación al enemigo es algo que puede actuar en nuestra contra. Es mejor dejarlo pasar y revelar lo menos posible de la implicación de ciudadanos ingleses en la desarticulada trama de espionaje turca. En cuanto a la princesa, si logra salvar la vida, inventaremos una historia creíble y la pondremos en manos de

los rusos para que el os se encarguen de administrarle el merecido castigo.

Cuando los primeros rayos de sol comenzaban a iluminar el horizonte, Gregory y Kenneth se marcharon a sus respectivos hogares, dejando a su superior con la penosa tarea de redactar el informe que debería presentar al día siguiente al Primer Ministro.

Capítulo 34

Gregory, inexplicablemente nervioso, l amó a la puerta de la residencia de los Sawford a las diez en punto de la mañana. Había dormido unas tres horas, pero la necesidad de tener a Adele a su lado era superior al merecido descanso.

Deseaba l evársela de al í, apartarla de Nathan y de su insufrible hermana, conducirla junto al pequeño Matthew y, sobre todo, declararle su amor y pedirle que fuera su esposa. Tenían más de dos horas de viaje por delante y esperaba aprovecharlas bien, se dijo con un cosquil eo de anticipación. Pero antes tendría que comunicar a su amigo el probable destino que le aguardaba, que era mucho más halagüeño que un pelotón de fusilamiento.

Davis lo recibió con su habitual afabilidad y, al preguntarle por los señores, se deshizo en explicaciones. El señor se hal aba más restablecido y, animado por su cuñada, se había levantado. En esos momentos se encontraba en la sala de música en compañía de la señorita Catesby. En cuanto a la señora aún no había abandonado sus aposentos, donde se hal aba reponiéndose de la grave alteración nerviosa sufrida la noche anterior.

Gregory suspiró. No le extrañaba que Celeste se encontrase tan trastornada por el sobresalto y el desengaño que había sufrido con la princesa Sechenov, a la que el a creía su amiga y benefactora. Lo que no le agradaba era que Adele estuviese cuidando de Nathan cuando debería ser su esposa quién se ocupase de esa tarea.

Con paso presuroso, se dirigió al lugar indicado. Sintió un posesivo orgullo al escuchar la prodigiosa voz de la mujer que amaba entonando una popular balada y acompañada de unas magistrales notas al piano. La canción terminó con una graciosa floritura vocal que hizo destacar la poderosa garganta de soprano de Adele. De inmediato, se oyeron unos apagados aplausos.

—Tienes la voz más hermosa que he escuchado jamás, un verdadero regalo para los oídos. Hasta creo que ha mejorado desde la última vez

que te oí cantar en el coro de la parroquia. —Nathan cal ó al recordar que había sido el día de su boda, cuando el a les deleitó con un magnífico recital desde el coro.

Al igual que él, Adele recordó la fecha aunque comprobó que ese hecho ya no le causaba dolor como había venido sucediendo durante bastante tiempo.

—Exageras como siempre. Lo cierto es que estoy pensando en dejarlo para dedicarme a dirigirlo. Hay que dar paso a la savia nueva, ¿no crees? —dijo de forma ligera, para quitar dramatismo al momento.

—Eso sería un verdadero sacrilegio que pocos van a aceptar de buen grado. Si no me fal a la memoria, creo que iban a Culham gentes de las parroquias vecinas con el único propósito de escucharte.

Gregory, que se encontraba en el corredor, frunció el ceño con disgusto. Se decidió a pasar. Ya estaba bien de conversaciones íntimas.

—Coincido contigo, Nathan, la voz de Adele es un verdadero milagro que consigue sanar a los enfermos, como en tu caso —

ironizó, reflejo de los crecientes celos que sentía.

Contempló a Adele con intensidad, acariciándola con la mirada, y en el bril o de sus ojos descubrió lo dichosa que estaba de verlo. La amplia sonrisa que le dedicó contribuyó a embel ecerla, pensó Gregory, así como el leve sonrojo que tiñó su rostro, fruto de los recuerdo de la noche pasada en sus brazos.

También Nathan se alegró de verlo, ignorando el sarcasmo que detectó en su voz. Le estaba agradecido por haber salvado la vida de su familia. Tampoco podía olvidar que, de no haber estado en el lugar de la cita con Skelton, se habría desangrado hasta morir.

—Es cierto. Hoy me siento más animado y la herida va curando con rapidez.

—Me alegro. Eso me permitirá tratar contigo unos temas pendientes antes de ir con Adele a recoger al pequeño Matthew y traerlo de vuelta —insinuó Gregory.

Adele captó el mensaje implícito en las palabras de Gregory y se apresuró a dejarlos solos.

—Si me disculpan, iré a ver si mi hermana se encuentra mejor.

Le ruego que me avise cuando desee partir, lord Rawson —sugirió, empleando el tono formal al que recurría cuando estaban en presencia de otros.

—Solo serán unos minutos, Adele; tiempo suficiente para que se prepare. Deseo informar a mi madre lo antes posible de la satisfactoria resolución del conflicto.

Gregory sabía que su madre estaría ansiosa por conocer alguna noticia tras la precipitada marcha de Adele la noche anterior. Antes de l egar a la casa pasó por la residencia Wisley para poner al tanto de todo lo ocurrido a su padre y a su hermano. Julian no partiría hasta esa misma tarde para la finca, ya que no había terminado de resolver los negocios que le habían l evado a la ciudad, y esperaba hacerlo en compañía del marqués.

—Es cierto, lady Wisley debe estar preocupada. Le ruego que no se demore demasiado, *milord*; no desearía ser la causante de su angustia —dijo Adele, y se marchó con discreción.

Gregory le dirigió una mirada hambrienta que no pasó desapercibida a su amigo.

—¿Tienes algo que comunicarme, Gregory? —preguntó Nathan en tono serie y clara expectación en la voz.

—Así es. ¿Imagino que te habrán referido lo que sucedió anoche?

—Adele me puso en antecedentes de lo ocurrido con la princesa Sechenov y Skelton, aunque imagino que tú tendrás algo que añadir. Mi esposa l egó tan conmocionada que tuvo que recurrir a una buena dosis de láudano para calmar sus nervios.

Nathan intentó ocultar sin éxito la decepción que la actitud de Celeste le había provocado. Le dolió la absoluta falta de interés que mostró por su salud, indicándole que no la molestara cuando él fue a su cuarto preocupado por su estado, y tras haberle explicado Adele lo sucedido. Lo que ahora temía era que el a se hubiese enterado de su reprochable conducta y le odiase.

—¿Qué sabe mi familia? —preguntó con inquietud.

—Adele está al tanto de todo y gracias a eso hemos podido detener a los responsables. En cuanto a tu esposa, sabe lo esencial y nada que te involucre demasiado… de momento; lo que no debería ser la causa principal de tus preocupaciones porque tienes otros problemas más

graves que resolver.

—Lo imagino —reconoció con pesadumbre—. ¿Sabes ya qué han decidido hacer conmigo?

—No, pero cierta persona muy influyente se ha comprometido a intervenir en tu favor. Puede que se limiten a enviarte a alguna de nuestras colonias por tiempo indefinido —dijo, observando su reacción.

Nathan emitió un largo suspiro de alivio. Esperaba su inminente entrada en prisión y el posterior consejo de guerra, para acabar a las pocas semanas ante el pelotón de fusilamiento. Que se limitasen a trasladarle, aunque fuese degradado, era una sorprendente noticia con la que conseguiría eludir el escándalo que hubiese supuesto desvelar su traición. Sería una bendición si pudiese abandonar Londres y la falsa vida que estaba l evando al í.

—Gracias, amigo. No sé cómo podría recompensarte por el o —

expresó con humildad.

—No necesitas hacerlo, Nathan, con tu palabra de que no vas a verte envuelto otra vez en intrigas de este tipo es suficiente.

—La tienes, Gregory, no lo dudes. Aprecio demasiado mi cuel o y el bienestar de mi familia para cometer otra vez el mismo error.

Aunque no lo creas, en un principio pensaba que no estaba haciendo nada demasiado ilícito. Skelton logró convencerme de que ayudaba a los sublevados y, como las deudas se iban acumulando…

—No intentes justificarte, Nathan, solo tu debilidad puede explicar lo que hiciste. Como bien dices, espero que hayas aprendido la lección. En unos días, cuando estés recuperado de tu herida, tendrás que comparecer ante tus superiores y el os se encargarán de hacerte saber lo que han decidido con respecto a tu futuro. Voy a retirar a los agentes que se encargan de tu custodia, y espero que no se te ocurra cometer la estupidez de huir.

—Nada más lejos de mi imaginación. No temas, no voy a eludir mis responsabilidades. En cuanto a mi hijo, si no te importa, preferiría que los acompañases hasta Culham. Es mejor que esté al í hasta que se resuelva todo.

—Como prefieras. —Sin añadir nada más, Gregory se marchó en busca

de Adele.

Le costaba ocultar la euforia que le provocaba el hecho de alejarla de aquel a casa y de la compañía de su cuñado. Sabía que era una tontería, pero no quería que pasase las horas cerca del

hombre por el que podía sentir algo más que amistad.

Adele lo esperaba en el vestíbulo ansiosa por marchar junto a su sobrino y también algo nerviosa. El pensar en el largo trayecto hasta Wisley Manor, en la intimidad del reducido vehículo y con el hombre al que se había entregado, le provocaba una gran inquietud. No dejaba de preguntarse qué iba a ocurrir, si Gregory seguiría interesado en el a o, por el contrario, no volvería a prestarle atención tras haber conseguido lo que pretendía. Mucho se temía que iba a ser esta último, y aunque le entristecía, lo aceptaba con resignación.

Al menos le quedaban los recuerdos, que no le convenía evocar en ese momento pues ya se encontraba demasiado abochornada.

Parker se había repuesto del incidente con Skelton y se había incorporado a su puesto. La saludó con agrado y se pusieron en camino de inmediato.

Nada más iniciar la marcha, Gregory corrió las cortinil as de las ventanas y la atrajo a sus brazos, ansioso por degustar el dulce sabor de sus labios. El a, sorprendida pero dichosa, se entregó al abrazo con idéntica ansia. Le amaba tanto que aceptaba feliz esas demostraciones de deseo, que guardaría en su corazón como el mayor de los tesoros.

Él se refrenó. Era tanta la necesidad de el a que su cuerpo comenzaba a experimentar los síntomas de forma furiosa. Pero no era el momento. Antes debía confesarle sus sentimientos y conocer los que el a albergaba hacia él. Se conformaría con las pequeñas migajas de amor que quisiera entregarle y así se lo haría saber.

La apartó un poco y la miró con adoración. ¡Estaba tan bel a con el rostro sofocado y los ojos radiantes de deseo!

—Adele, tengo que decirte algo —anunció de forma solemne.

El a se sentó rígidamente, presintiendo la explicación que esperaba. Él le diría que la apreciaba mucho, se disculparía por haberla seducido, le aseguraría que guardaría un buen recuerdo…

Lo normal en esos casos, imaginaba. ¿Cuántas veces habría

pronunciado un discurso parecido? Mejor ahorrárselo, pensó.

—No es necesario ningún tipo de explicación, Gregory. Asumo la responsabilidad de mis actos y te agradezco tu dedicación y delicadeza. Guardaré un gran recuerdo de estos días.

Gregory se sorprendió por sus palabras, que le causaron un

agudo dolor. ¿Lo que habían compartido no suponía nada para el a?

¿Es que no sentía el más mínimo afecto por él? Sus peores temores se cumplían: continuaba enamorada de Nathan y había decidido consagrar su vida a ese amor imposible.

—Le amas, ¿no es cierto? —La voz de Gregory reflejaba el enorme dolor y decepción que sentía.

—No te comprendo. ¿A quién he de amar?

—A Nathan, por supuesto. Sé que estabas enamorada de él y esperabas casarte. Aún le amas aunque no quieras reconocerlo.

Adele abrió mucho los ojos por la sorpresa. ¿Cómo había l egado a esa conclusión?

—No, Gregory, no es cierto. Puede que en el pasado sintiese por él algo más que amistad. Y sí, habría aceptado gustosa su propuesta de matrimonio si la hubiese formulado, pero se casó con mi hermana y yo acabé sobreponiéndome a el o. Lo único que siento por él es lástima y, quizá, un cierto cariño fraternal en recuerdo de la gran amistad que nos unió en la niñez; nada más, puedes creerlo.

Gregory inspiró. ¡El a no amaba a Nathan!, casi gritó de júbilo.

Pero ¿podría l egar a enamorarse de él? Se prometió hacer todo lo posible por conseguirlo. No iba a conformarse con menos.

—¿Y por mí? ¿Qué sientes por mí? —le preguntó con visible ansiedad. Necesitaba saberlo, lo necesitaba más que el respirar.

Adele se sobresaltó por la pregunta. ¿Qué sentía por él? ¡Le amaba con toda su alma!, reconoció; lo que no iba a hacer era ponerse en ridículo confesándoselo.

—Yo… yo te aprecio mucho, Gregory. Eres…

—Entonces cásate conmigo. —La propuesta fue realizada de forma

atropel ada antes de perder el valor que había conseguido reunir.

Adele dejó de respirar y su corazón casi se paró al oír aquel a petición. No podía ser cierto, él no había querido decir eso o lo había hecho movido por su arraigada cabal erosidad. Pensaba que la había arruinado y se veía en la obligación de ofrecer una reparación. Con voz lo más calmada que pudo, intentó explicarle:

—Gregory, no es necesario que me ofrezcas matrimonio. No eres responsable de nada y, por lo tanto, no debes sacrificar tu

soltería. Es muy cabal eroso por tu parte este gesto, pero soy una mujer adulta y responsable de mis actos, que asumo con todas sus consecuencias.

Gregory se recriminó por su torpeza. Nunca pensó que le resultaría tan difícil, pero temía tanto su rechazo que le había costado formular la proposición. Tenía que enmendar su error y hacerle comprender el verdadero motivo por el que deseaba casarse con el a.

—No es esa la razón que me l eva a pedirte en matrimonio, Adele. Te puedo asegurar que, si no lo desease, nadie me podría obligar a el o y, por supuesto, no te habría l evado a esa situación.

Lo que sucedió entre nosotros la otra noche fue un acto de amor, al menos por mi parte, que deseo continuar durante toda mi vida si tú me aceptas. —Las palabras salían de sus labios con fluidez porque procedían del corazón—. Te amo, Adele, y deseo pasar el resto de mi vida a tu lado para continuar adorándote. Ya sé que tú no me correspondes, pero abrigo la esperanza de que l egues a quererme un poco. Es lo que te pido, que lo intentes. Yo estoy dispuesto a ayudarte a conseguirlo —concluyó con aquel a sonrisa que el a adoraba.

—¿Me… me amas? —preguntó Adele con asombro. Lo miró y pudo leer en la calidez de sus ambarinos ojos todas las promesas de amor y felicidad que él guardaba en su corazón.

—Como nunca pensé que sería capaz, mi dulce sirena.

La atrajo hacia él, sentándola en sus rodil as, y comenzó a demostrarle cuánto la amaba en ese mismo momento.

Capítulo 35

Henry Rawson, quinto marqués de Wisley, se paseaba desazonado por su acogedor estudio. Acababa de observar por tercera vez el cuadro

que representaba a su padre cuando contaba poco más de treinta años. Aunque no era necesario, había querido cerciorarse del sorprendente parecido de este con Kenneth MacLennan, el hombre que le acababan de presentar, que l evaba un reloj idéntico al que le había regalado a la bel a Rose Kent, la joven actriz de la que estuvo encaprichado antes de conocer a Frances. Que ambas cuestiones coincidiesen en la misma persona le daba mucho que pensar, y ninguno de esos pensamientos era tranquilizador.

—¿Quieres hablar de el o, Henry?

La voz de su esposa, muy cerca de él, lo sobresaltó. No la había oído l egar, concentrado como estaba en sus reflexiones.

—¿A qué te refieres, querida? —No deseaba alarmar a Frances con sus suposiciones, que debían de ser descabel adas.

—Lo sabes. Por favor, ahórrame la afrenta de preguntártelo.

El rostro de su amada esposa estaba pálido y su voz había perdido su natural alegría. Henry se estremeció de dolor por el a.

Debía de estar sufriendo. Inspiró y la miró a los ojos.

—No puedo decirte nada más de lo que has advertido, pero ignoro si es hijo mío, créeme. Sabes que, en ese caso, habría sido incapaz de desentenderme de él.

—¿Por qué l eva tu reloj entonces?

—Ese reloj fue un regalo que le hice a una… amiga íntima, una actriz de cierta relevancia que actuaba en un teatro de Londres. La conocí antes de saber de tu existencia y, al día siguiente de verte por primera vez, di por concluida nuestra relación. Le entregué el reloj porque era un objeto que le gustaba. Tras ese día, nunca supe nada más de el a. Creo que se marchó de gira con su compañía al extranjero, aunque lo cierto es que no tuve ningún interés en saber lo que le había sucedido. Tú ocupabas todos mis pensamientos… y sigues haciéndolo. —Sus bel os ojos verdes expresaban tanta sinceridad que Frances pudo respirar con normalidad otra vez.

—Creo que es tu obligación averiguar si se trata de tu hijo y reparar los errores del pasado, aunque no fueses responsable de el os —le aconsejó. Su carácter generoso y altruista le impedía cerrar los ojos a las injusticias aunque estas acabasen perjudicándole.

—Hablaré con él —aseguró Henry con firmeza. Nunca había sido un cobarde y en ahora tampoco iba a arredrarse ante ese cometido.

Cuando Gregory se lo había presentado momentos antes no pudo menos que sorprenderse aunque el rostro que recordaba de su padre distaba bastante del que acababa de ver, y eso era debido a que él había nacido cuando su progenitor era casi un anciano, después de dos matrimonios anteriores y con tres hermanas mayores. Aun así, los varios retratos repartidos por las diferentes posesiones le habían dado una idea de su aspecto en la juventud y no podía ocultar el singular parecido con MacLennan, solo alterado por el diferente color de los ojos. Si a el o se unía el que portase el objeto que le había regalado a Rose, no era necesario ser muy espabilado para sacar las conclusiones acertadas. Y esas suposiciones le indicaban que el hombre era hijo de la actriz con la que mantuvo un breve e intenso romance más de treinta y cuatro años antes.

Se acercó al tirador y l amó al mayordomo, que se presentó de inmediato.

—Mil et, pida al señor MacLennan que se reúna conmigo en este lugar.

El mayordomo salió con una elaborada reverencia y cerró la puerta.

—Os dejaré solos —dijo Frances.

—No, cariño, quédate conmigo. Te lo ruego —le pidió con humildad.

Necesitaba su apoyo, como en tantas ocasiones a lo largo de todos los años de felicidad que habían compartido, y también se merecía conocer todos los pormenores de la historia. Aunque cuando se conocieron el a sabía que en nada se parecía a un monje, nunca volvió a mirar a otra mujer desde que se quedó prendado de los dulces ojos de lady Frances Bassford, la más bel a

debutante de la temporada, y decidió que sería su esposa. Ahora, lo que más deseaba en el mundo era que le creyese y para el o debía demostrarle que ese hijo fue concebido antes de conocerla.

Frances accedió y se sentó, bastante nerviosa, en uno de los sil ones de la confortable habitación que constituía el refugio de su esposo y a la que rara vez accedía algún otro ocupante de la casa.

Cuando pidió a Gregory que invitase a almorzar a su amigo MacLennan, lo hizo con la intención de resolver el enigma que le

obsesionaba desde que casi un mes antes lo conoció en Wisley Manor. A causa de los acontecimientos posteriores, con el anuncio de la boda de su hijo menor y los preparativos de esta, no había tenido tiempo de ocuparse de el o. Pero al insistir Gregory en invitarlo a la celebración, Frances comprendió que no podía permitir que el hombre se presentase ante Henry sin haber aclarado la situación.

No renunciaba a la esperanza de que se tratase de una singular coincidencia, o que fuese un descendiente ilegítimo de su suegro o de cualquier otro miembro de la familia y no hijo de su marido como temía. Incluso, el que tuviese en su poder el reloj que perteneció a Henry en su juventud, podía tener una explicación razonable. Con todo, no confiaba en esos razonamientos por mucho que lo desease.

Cuando conoció a Henry, él era uno de los libertinos más famosos de Londres. Toda su familia estuvo en contra de su matrimonio, argumentando esa merecida fama, aparte de otras complicaciones que surgieron con posterioridad, pero el a se enamoró y no le importó lo que él pudiese dejar atrás o lo que le aguardase en el futuro. Henry le juró que era la única mujer a la que amaba y el a le creyó. Nunca había dudado de su palabra y ahora también continuaba confiando en él.

Unos discretos golpes en la puerta, y la entrada de Mil et seguido por Kenneth, la apartaron de sus caóticos pensamientos.

—¿Deseaba verme, *milord*? —preguntó el recién l egado, e hizo una reverencia ante el os.

—En efecto, MacLennan. Tome asiento, por favor —le pidió, indicándole un sil ón frente a el os.

Henry volvió a experimentar el vuelco en el estómago que ya

había sentido al contemplar el rostro del hombre que tenía ante él, idéntico al del retrato que adornaba una de las paredes de esa misma sala. Incluso recordaba que el color de ojos de Rose era de esa tonalidad azul grisácea que contrastaba con su hermosa cabel era rojiza. Carraspeó para aclararse la garganta que la emoción de los recuerdos había empañado.

—Estábamos, mi esposa y yo, interesados en conocer la procedencia de ese reloj que usted porta; si no es indiscreción, por supuesto.

Kenneth frunció el ceño. Lo último que esperaba, cuando el mayordomo le comunicó que el marqués quería verle, era que estaba

interesado en aquel a antigua reliquia familiar.

—En modo alguno, *milord*. Este reloj pertenecía a mi padre. Mi madre me lo entregó en su nombre antes de morir. Es una pieza antigua aunque muy valiosa para mí, al ser el único recuerdo que conservo de mi progenitor —respondió con franqueza. Esperaba que no estuviese interesado en adquirirlo. Por nada del mundo pensaba desprenderse de él.

Henry y Frances se miraron.

—¿Llegó a conocer a su padre, señor Ober… MacLennan? —

preguntó Frances, que no se acostumbraba al nuevo apel ido del hombre.

—No, lady Wisley, murió antes de que yo naciera.

—Oh, lo siento. ¿Pero lo conocerá por algún retrato o algo similar? —volvió a preguntar el a.

—Por desgracia no es así. Mi madre no conservaba nada que le hubiese pertenecido excepto este reloj. Aunque tengo una ligera idea por sus descripciones. Según el a, éramos bastante parecidos.

—¿Cuál era su nombre? —se interesó Henry.

—John Bul er.

—¿Y cómo es que no l eva su apel ido? —Fue Frances la que preguntó, cada vez más convencida de que ese hombre era hijo de su marido.

—El os no l egaron a casarse, por eso l evo el apel ido de mi madre. Él murió en un desgraciado accidente antes de que pudieran hacerlo.

A Kenneth le extrañó ese inusitado interés por su progenitor. Su

fino instinto le decía que los marqueses pretendían algo de él, aunque no eran muy hábiles como interrogadores.

—¿A qué se dedicaba su padre? —continuó Frances ante el mutismo de su esposo.

—Era actor en la misma compañía en la que mi madre actuaba.

Frances miró a su esposo con el corazón encogido. Se repuso con esfuerzo y continuó preguntando.

—¡Qué interesante! ¿Cómo se l amaba su madre? Tal vez la vi actuar en alguna obra —preguntó Frances con aparente desenfado, mientras contenía la respiración en espera de la respuesta.

—Su nombre artístico era Rose Kent, aunque se l amaba Roselyn MacLennan.

Henry se levantó casi de un salto al escuchar la respuesta y se dirigió a la mesita de las bebidas. Sus peores sospechas se estaban confirmando.

—Creo que necesito un trago. ¿Me acompaña, MacLennan?

—Gracias, *milord*.

Ante la reacción de Henry, Frances vio confirmadas sus suposiciones. Pero le faltaba comprobar que la relación que su marido mantuvo con la madre de aquel hombre fuese anterior a la fecha en la que se conocieron o si la había engañado en ese importante dato.

—Nos encantaría oír su singular historia, ¿no es cierto, Henry?

Creo recordar que nos comentó que había nacido en París. ¿Me puede decir la fecha exacta? —Ya no le importaba resultar demasiado indiscreta. Deseaba terminar con aquel a lacerante angustia lo antes posible.

Kenneth comenzaba a sentirse incómodo ante ese inusitado interés por su familia, aunque no podía mostrarse descortés y negarse a responder a sus preguntas. Tampoco le parecía bien mentirles a aquel as personas que se habían mostrado tan amables con él en todo momento.

—En efecto, milady. Tras la muerte de mi padre, la compañía se trasladó a París. Al í vine al mundo en enero de 1789. Pocos meses más tarde estal ó la revolución y la compañía abandonó la ciudad para recorrer el país ante la imposibilidad de abandonarlo. Al final permanecimos en Francia hasta que se disolvió la compañía y mi

madre decidió volver a su hogar en Escocia. Murió a los pocos meses y yo quedé a cargo de mi abuelo. —Cal ó durante unos segundos en los que el rostro se le ensombreció—. Cuando tuve edad suficiente, me enrolé en el ejército para luchar contra Napoleón.

Henry le entregó la copa con el ambarino líquido, que bebió de un trago. Necesitaba ahuyentar los terribles recuerdos que las preguntas de sus anfitriones habían despertado en él.

Frances, con la agilidad mental que la caracterizaba, ya había sacado las pertinentes cuentas. Si era cierto que había nacido en la fecha indicada, fue concebido antes de que Henry y el a se conocieran. Ese convencimiento le provocó una inusitada alegría.

Miró a su marido y comprendió que él también había l egado a la misma conclusión y, con un leve gesto, que él captó al instante, le indicó que no debía demorar más el momento de descubrir la verdad.

—MacLennan, ¿podría decirme si el reloj que l eva encima contiene una inscripción que dice: «El tesón es la fuente de los mayores logros»? —preguntó Henry con la voz alterada aunque firme.

Kenneth se sorprendió de que conociera ese dato. Que recordara, nadie de la casa lo había visto.

—Cierto, *milord*. ¿Podría decirme cómo lo ha sabido? —Desde el principio había mostrado interés en ese objeto, lo que le l evó a la conclusión de que lo había visto con anterioridad. Pudo pertenecerle antes de que, por alguna razón, l egara a manos de su padre. Esa era la causa de que estuviese tan interesado en él.

—Ese reloj fue un regalo de mi padre cuando comencé mis estudios en Oxford. Y es el mismo reloj que regalé a una joven actriz con la que… mantuve una íntima amistad durante un tiempo. Se l amaba Rose Kent.

Kenneth se quedó atónito. ¡Lord Wisley y su madre habían sido amantes! Aunque, recapacitó, no debería asombrarle pues el a nunca fue amiga de convencionalismos. Lo que no le agradaba era que le hubiese mentido al hacerle creer que ese valorado objeto había sido una posesión de su desconocido padre. Tampoco podía culparla. Comprendía que lo hizo con la mejor intención. Siempre

fue una madre cariñosa y abnegada, ¿qué importaba ese pequeño detal e?

El silencio se adueñó de la estancia. Kenneth no estaba seguro de cuál era la intención del marqués al exponer ese hecho. Si lo que deseaba era recuperar el objeto que, como resultado de su apasionamiento juvenil, había regalado, él no tendría inconveniente en devolvérselo.

—Permítame que se lo devuelva, si ese es su deseo. Siempre creí que había pertenecido a mi padre y, al comprobar que no es así, ha perdido el valor sentimental que le había atribuido —admitió con pesadumbre.

Henry inspiró. Había l egado la hora.

—Me gustaría que lo conservara porque realmente sí perteneció a su padre —dijo, y ante el gesto de incomprensión que mostraba el rostro de Kenneth, le pidió—: Acompáñeme, por favor. Quiero enseñarle una cosa.

Aunque receloso, Kenneth obedeció. Se acercó hasta el lugar en el que Henry estaba parado y contempló el cuadro que le indicaba.

Se trataba de un lienzo de modestas dimensiones en el que aparecía el rostro de un hombre joven; rostro que era casi idéntico al que contemplaba cuando se miraba al espejo.

—¡¿Qué…?! —articuló mirándole con desconcierto.

—Se trata de Andrew Rawson, mi padre —respondió a su inarticulada pregunta con los restos del valor que le quedaban.

Frances, que se había acercado a él, posó la mano en su brazo en un gesto de apoyo y estímulo, marchándose en silencio. Era el momento de dejar a padre e hijo a solas.

Kenneth no necesitó más explicaciones. Era el vivo retrato de su abuelo y tenía en sus manos el reloj que su padre había regalado a su madre. Sus hombros se hundieron en un gesto de total abatimiento. Toda su vida pareció derrumbarse a su alrededor. El que creía su padre, aunque no lo hubiese conocido, no existía, y su propio padre, al que tenía ante él, era un extraño que no se había interesado por su hijo bastardo en todos esos años.

¿Por qué su madre se lo había ocultado? ¿No l egó a saberlo o no quiso aceptarlo? El a le hablaba con cariño de su padre. Se apreciaba en sus palabras que lo había amado con intensidad, pero

¿se refería al marqués o al hombre que le hizo creer que era su padre?

Ante estas revelaciones comenzó a dudar de que hubiese existido John Bul er. Nunca nadie supo qué responder a sus curiosas preguntas infantiles y, cuando ya adulto comenzó a investigar sobre el pasado de su supuesto padre con el fin de encontrar a algún familiar, no hal ó el menor rastro que se lo confirmase.

Sintió un arrebato de furia que consiguió aplacar con esfuerzo.

Su madre le había mentido en eso también.

—¿Por qué nos abandonó? —El reproche, saturado de dolor, escapó de sus labios quebrando el silencio. Él, un hombre curtido en cientos de batal as, se sentía como un niño perdido.

—Te juro que no sabía de tu existencia hasta que Gregory nos presentó hace unas horas. Incluso dudé entonces de que fueses hijo mío.

Henry tenía los ojos vidriosos por la emoción. Un sentimiento poderoso había comenzado a adueñarse de su corazón desde que la certeza se hizo evidente. Volvió a l enar las copas. Ambos bebieron su contenido de un trago.

—¿Qué ocurrió? —Kenneth necesitaba conocer la razón que l evó a su madre a ocultarle su procedencia y condenarle con el o a la penosa vida que había l evado tras su muerte.

Henry le dirigió una larga mirada antes de responder. Deseaba que ese hombre, al que le gustaría l amar hijo, le creyese.

—Conocí a tu madre a principios de 1788. Era una mujer de gran bel eza, dulce, generosa, gran actriz… Me sentí atraído por el a desde que la vi aparecer en el escenario la noche que fui a ver la obra en la que actuaba. —Sus ojos se tornaron soñadores al rememorar aquel os lejanos tiempos—. Tuve la suerte de que me eligiera entre la corte de admiradores que la rondaba y, durante unos meses, mantuvimos una estrecha relación. Cuando en junio de ese mismo año vi a mi esposa y me enamoré de el a, le comuniqué a tu madre que pensaba casarme y que ya no nos volveríamos a ver. Rose era una mujer experimentada y ambos sabíamos que nuestra relación no iría más al á de esa íntima amistad. Era un tácito acuerdo y así lo entendió.

Hizo una pausa para centrar sus pensamientos. A la memoria le vino la imagen del rostro desolado de Rose cuando le comunicó su intención. Pero el a se mantuvo firme, sin hacerle ningún reproche, sin exigencias. Tal vez no estaba enterada de que l evaba en su vientre el hijo del hombre que se confesaba enamorado de otra mujer, a la que iba a proponerle matrimonio.

—Le había comprado un col ar, pero no lo aceptó; a cambio, me pidió el reloj que solía utilizar. Dijo que ese objeto le serviría para recordarme mejor que la costosa alhaja que le ofrecía. Unos meses después supe que la compañía en la que actuaba se había marchado a Francia. Si hubiese sabido que estaba embarazada de un hijo mío, habría insistido en hacerme cargo de ambos. No soy la persona

desalmada que imaginas. Mas el a no dijo nada y yo nunca lo sospeché. —Su mirada reflejaba el pesar que sentía por no haber conocido antes su existencia.

Kenneth permaneció en silencio. Algo dentro de él le movía a creerle. ¿Por qué su madre no le había confesado que estaba embarazada cuando debía saberlo? ¿No estaba segura de que fuese suyo o no quiso implicarle? Nunca lo sabría con certeza aunque se inclinaba por lo último. Se lo indicaba el hecho de haber rechazado la valiosa joya y preferir un objeto más personal. Por otra parte, siempre que le hablaba de su padre lo hacía con un evidente cariño.

—Le ruego que me disculpe, *milord*, debo marcharme. Tengo mucho en lo que pensar —reconoció. Se sentía como si le hubiese pasado por encima una manada de cabal os salvajes.

Se levantó y Henry lo imitó.

—Me haría feliz que… nos consideraras tu familia. Ya sé que es un poco tarde pero… —No pudo acabar la frase. Deseaba estrecharlo entre sus brazos y oírle decir que no le guardaba rencor, que no le consideraba responsable de su ausencia. No hizo nada y lo miró marcharse con los ojos empañados por las lágrimas. Tardó largos minutos en reponerse.

Iba a reunirse con su esposa cuando la puerta se abrió.

—¿Qué ha ocurrido, padre? MacLennan se ha marchado enfadado —preguntó Gregory, que acababa de entrar seguido por Julian.

Henry inspiró. Le quedaba otro amargo trago que superar.

—Sentaos, hijos. Tengo una importante noticia que comunicaros.

Capítulo 36

Culham, junio de 1823.

La pequeña iglesia, rebosante de invitados, estaba engalanada con primorosos ramos de flores. George Catesby se encontraba frente al altar para oficiar la ceremonia. La señora Hume, sentada ante el órgano, dirigía el coro que la amenizaría. Todo estaba dispuesto, solo faltaba Adele, pensó Gregory.

¿Y sí se había arrepentido?, se preguntó inquieto. Sentado junto a su familia en el duro banco, se obligó a serenarse. No, el a no podía

haberse arrepentido. Le amaba. Se lo había dicho muchas veces durante esos últimos treinta días y él la creía de todo corazón.

Habían tenido que esperar todo un mes para poder celebrar la boda. Él hubiese preferido l evarla a Gretna Green de inmediato y, con un rápido casamiento, sel ar su unión, pero comprendía que Adele se merecía una boda en condiciones. Por el o, se obligó a reprimir sus deseos. Aunque la tortura de esa larga espera era un verdadero suplicio, como se lo recordaba su enfebrecido cuerpo a cada momento.

Cuando aquel día, de regreso a Wisley Manor, le propuso matrimonio y tuvo la gran suerte de que el a aceptara, no imaginaba que le iban a resultar tan duras las siguientes jornadas. Su familia se mostró entusiasmada con la noticia y acogieron a Adele con el cariño que el a se merecía.

El siguiente paso fue l evarla a Culham y solicitar su mano al vicario. Cuando Gregory propuso un rápido enlace, tanto el padre de el a como su propia madre, se negaron en redondo. Era necesario respetar el tiempo correcto, que no podía ser menos de dos meses, para no dar pábulo a las murmuraciones. Se debía hacer el anuncio oficial en la prensa, solicitar la licencia, preparar la ceremonia, mandar las invitaciones…

Gregory se negó a demorar tanto la celebración, sobre todo porque Adele permanecía con su sobrino en casa de su padre y el o le imposibilitaba el verla con la suficiente asiduidad e intimidad que deseaba. Tras una dura batal a con su madre, consiguió rebajar el

tiempo a un mes, que ya había sido un logro, pero que una vez transcurrido, le estaba resultando insufrible.

No veía la hora de tenerla otra vez entre sus brazos con la plena libertad que una alcoba le otorgaba, y no los rápidos y febriles encuentros de los últimos días, que lo dejaban dolorosamente insatisfecho.

Miró alrededor y sonrió complacido. Sus padres y su hermano Julian, sentados a su lado en el banco preferente, le acompañaban en tan feliz día. Poco más atrás podía distinguir a Alister y a sir Wil iam, que tampoco habían querido perderse la ceremonia. Lo sentía por su socio, que tendría que aplazar su tan esperado viaje, pero deseaba regalar a Adele una travesía por el Mediterráneo en uno de sus barcos para que visitara las bel as ciudades que jalonaban sus costas y de las que tanto había oído hablar, y eso le l evaría unos meses.

Varios conocidos más y familiares lejanos ocupaban el resto de asientos junto a la gran mayoría de habitantes de la pequeña aldea y zonas colindantes, que no habían querido perderse la boda de una de sus vecinas más apreciada.

Con todo, había dos ausencias notables y bastante comentadas.

Nathan y Celeste habían excusado su asistencia alegando la lenta convalecencia de él, que le impedía el traslado a la aldea. En verdad, los motivos eran otros. Y, aunque muy pocos conocían la traición que había cometido, no se pudieron evitar los rumores que estaba ocasionando su inminente y extraño traslado a las colonias del Pacífico, lugar al que enviaban a los militares caídos en desgracia.

Cuando se enteró de la noticia, Nathan se sintió feliz. El o le permitía salvar su vida y, en cierta forma, su reputación. También significaba apartar a su esposa y a su hijo de las habladurías y el ostracismo al que ya estaban siendo sometidos. Lejos de Londres esperaba l evar una existencia sencil a, acorde con sus ingresos y posición, y podría educar a su hijo como siempre deseó.

En un principio, Celeste se negó a acompañarlos a aquel as salvajes tierras y lo amenazó con pedir el divorcio si la obligaba a ir con él. Pero consciente de que había perdido la ficticia posición social alcanzada por su amistad con la princesa Sechenov y que la

única alternativa que se le presentaba era regresar a Culham, recapacitó y accedió a acompañar a su marido y a su hijo. No perdía la esperanza de lograr un puesto en la alta sociedad, que creía merecer, y en aquel a lejana colonia podía tener esa oportunidad.

Intentaba disimular sin éxito la envidia que la reciente suerte de su hermana le provocaba y por el o y no pensaba presenciar su exultante triunfo, imaginando que no dejaría pasar la ocasión de alardear de el o en su presencia. ¿Cómo era posible que la fea e insulsa Adele hubiese conseguido atrapar a uno de los solteros más codiciados de Londres? se preguntaba con incredulidad.

A Adele le apenaba la inminente marcha de su sobrino, aunque se sentía satisfecha por la ventajosa resolución del conflicto que su cuñado había ocasionado, y agradecía a Gregory que hubiese mediado en el o.

Igualmente, el vicario lamentaba la marcha de su hija y de su nieto; si bien, consciente de que el deber de todo soldado era acudir al lugar al que se le requería, y el de su hija, acompañarlo, lo aceptaba con

moderada complacencia. El que su amada hija mayor fuese a casarse con aquel acaudalado cabal ero que parecía adorarla, ya era un motivo de alegría que compensaba los otros sinsabores.

Gregory miró por cuarta vez en cinco minutos el reloj que portaba en el bolsil o de su elegante chaleco de damasco sin poder ocultar la ansiedad que lo dominaba. De pronto se oyó un pequeño revuelo en el exterior, silenciándose los murmul os de la gente que l enaba la parroquia. Se levantó de un salto y miró hacia la puerta expectante. Por el pasil o, y de la mano de Matthew, avanzaba Adele. Pero no estaba preparado para lo que sus ojos descubrieron.

El vestido, que se adaptaba a su esbelta figura de un modo sugerente, era de delicado raso en un azul intenso y estaba adornado con incontables pequeñas perlas en el bajo y la corta cola, que relucían con los reflejos del sol simulando la espuma del mar. El ajustado corpiño resaltaba sus pequeños pechos de tal forma que Gregory sintió un fuerte ramalazo de celos al imaginar que todos los hombres presentes podrían codiciarlos. Pero la mayor trasformación se había producido en su cabeza. Llevaba el cabel o recogido en una elegante cascada de rizos que le caían desde la coronil a y le

cubrían, combinados con otros más cortos, la frente y las sienes.

Completaba el elaborado peinado una bel a tiara de diamantes que su madre le había cedido, a juego con el col ar y los pendientes.

Con todo, no era su aspecto deslumbrante lo que más la embel ecía. Su sonrisa y el bril o de felicidad que se apreciaba en sus ojos era lo que contribuía a realizar el milagro. Gregory l egó a preguntarse si aquel a atractiva y elegante mujer era la misma a la que había pedido matrimonio.

—Cierra la boca, hijo, o los invitados van a pensar que no es tu prometida la que se encamina hacia el altar —le pidió Frances en un susurro, haciendo gala de su fina ironía.

Gregory tragó saliva y miró a Claire. Su cuñada, que caminaba detrás de Adele con su hija de la mano, le sonrió y le guiñó un ojo, consciente de que sus esfuerzos habían dado los mejores frutos. En cuanto le comunicaron la noticia, el a se ofreció a confeccionar el traje de la novia y, aunque Gregory sabía que era una experta en esos menesteres, nunca imaginó que el resultado l egaría a ser tan espectacular. Adele estaba preciosa y, lo más importante, pronto sería suya.

Adele miraba arrobada a Gregory, que la esperaba al final del largo pasil o. Los iniciales nervios que la tenían alterada toda la mañana se habían aplacado cuando divisó su alegre sonrisa. Él estaba al í, esperándola, la amaba y pronto se convertiría en su esposa… ¿se podía ser más feliz?

La iglesia bul ía de conocidos que la saludaban a su paso, pero el a solo tenía ojos para él. ¿Sería solo un sueño? Llegó a preguntarse. La presión de la mano de su sobrino le decía que no, que estaba viviendo una maravil osa realidad.

Cuando l egó ante el altar, Matthew la entregó a Gregory en un simpático gesto que provocó un murmul o de aprobación entre la concurrencia. El niño corrió a sentarse junto a Alice y el os se giraron hacia el vicario, que los aguardaba con una sonrisa de satisfacción.

La ceremonia fue corta y muy emotiva. El coro entonó los bel os cánticos sagrados. Se pronunciaron los votos con fervor, acabando la celebración en un estal ido de aplausos cuando, obedeciendo la orden del vicario, Gregory besó a Adele, sel ando de ese modo el

juramento que los uniría para toda la vida.

Una vez concluida, los contrayentes y gran parte de los invitados partieron para Wisley Manor, donde estaba preparado un espléndido banquete nupcial que iba a durar varios días.

Pocas horas después, Gregory pensaba en lo afortunado que era mientras contemplaba a Adele, que charlaba con su cuñada y algunas de las invitadas.

Un suspiro escapó de sus labios. Todo era magnífico en aquel a soleada tarde estival.

Julian, a su lado, sonreía al observar los juegos de los niños.

Alice, como era habitual en el a, organizaba y dirigía al pequeño grupo, y su hermano no podía ocultar lo orgul oso que se sentía de su preciosa hija.

No obstante, una pequeña sombra oscurecía la alegría que reinaba a su alrededor: Kenneth MacLennan, su recién descubierto hermano mayor, no había dado señales de vida desde que supieron de su existencia. Su padre no podía ocultar la consternación que le causaba, y que se extendía a toda la familia. Había intentado ponerse en contacto con él sin éxito. Parecía haber desaparecido.

Ni siquiera sir Wil iam sabía dónde se encontraba.

De pronto, vio aparecer una conocida figura y la sonrisa se ensanchó en sus labios.

—Tenía que venir a felicitarte, muchacho. Rara vez se tiene la gran suerte de atrapar a una mujer como la que acabas de desposar

—dijo Kenneth, y le estrechó con fuerza la mano que Gregory le tendía.

—Y que lo digas. Hasta que ha estampado su firma en el libro, no he podido respirar tranquilo —reconoció Gregory con sinceridad.

—Te creo. Yo me habría sentido igual. Una mujer que es capaz de noquear a alguien como el a hizo conmigo, es el más valioso tesoro que un hombre pueda poseer. Aunque procura no disgustarla demasiado o ese mérito podría volverse en tu contra —le aconsejó burlón.

—Tranquilo, hermano. La mantendré tan felizmente ocupada que no tendrá necesidad de mostrar sus habilidades defensivas.

Hermano, había dicho Gregory, y Kenneth sintió un singular

alborozo interno al escucharlo. Había necesitado casi un mes para asimilar las revelaciones que trastocaban todo lo que había creído durante toda su vida y, sobre todo, a aceptarlas.

Lo que más le había costado superar era el resentimiento contra su madre por haberle privado de la que podía haber sido una buena familia y condenarle a la triste existencia que había l evado tras su muerte. Pero había acabado comprendiendo que, de haberlo sospechado, el a nunca lo hubiera permitido. Su madre le quería por encima de todo y quiso proporcionarle lo que creyó que era lo mejor para él, ¿cómo iba a reprochárselo?

Julian se acercó y le palmeó la espalda con familiaridad, mostrando su alegría por verle al í.

—Ven a saludar a padre. Esperaba impaciente tu l egada —

reveló, y lo condujo hasta un grupo en el que se encontraban lord y lady Wisley.

Henry se emocionó al ver acercarse a sus tres hijos. Se disculpó con

los presentes y se adelantó con una orgul osa sonrisa en los labios.

—Me alegra que hayas venido, hijo. Por fin está reunida toda la familia —dijo con la voz conmovida y, en un espontáneo impulso, lo abrazó.

Kenneth notó una repentina emoción ante el improvisado gesto y las palabras de su padre, que intentó disimular. No esperaba la sincera aceptación y las muestras de cariño por parte de su familia recién encontrada y se sentía abrumado. Tendría que acostumbrarse ya que el os parecían muy aficionados, pensó con agrado.

Frances, que había presenciado la escena, se acercó con una expresión complacida en su sereno rostro.

—Lady Wisley —saludó Kenneth con una inclinación de cabeza.

—Frances, por favor. Entre familiares no deben existir ese tipo de formalidades, ¿no crees? —le pidió y, para mayor sorpresa, la menuda mujer se empinó sobre sus pies para propinarle un beso en la mejil a; acto seguido, lo cogió del brazo y se encaminó hasta el lugar en el que se hal aban sus dos nueras—. Vamos, tienes que felicitar a la novia y, de paso, te presentaré a las lindas damas que la acompañan. Creo que dos de el as permanecen solteras.

Kenneth miró a sus hermanos con gesto de alarma en el rostro mientras se dejaba arrastrar por la voluntariosa marquesa.

—Nosotros ya hemos pasado por el o. Es tu turno de disfrutar de sus tiernos cuidados —le recordó Julian con divertida sonrisa, imitada por Gregory.

La carcajada de su padre tampoco ayudó a aliviar su tensión.

Pasada una hora Gregory, que estaba impaciente por degustar los encantos de su esposa, se acercó hasta el grupo en el que se hal aba.

—Siento privarles de la compañía de tan encantadora dama, pero necesito tratar con el a un tema muy urgente —explicó con mal disimulada impaciencia y un apasionado bril o en los ojos. Y antes de que Adele tuviese ocasión de poner objeciones, la cogió del brazo y se encaminó hacia el interior de la mansión.

—Gregory, no podemos abandonar a los invitados —le regañó el a con fingida seriedad, esforzándose en apartar de su cuerpo las ansiosas manos de su marido, que parecían haberse multiplicado por diez.

—Claro que podemos, amor. El os comprenden que los recién casados necesitan un mínimo de intimidad para charlar sobre su futuro —se justificó en tono zalamero, mientras intentaba desabrochar la larga fila de pequeños botones que cerraban el vestido de el a por la espalda.

Había deseado quitarle aquel vestido desde el mismo momento en que la vio aparecer con él, y su paciencia estaba muy cerca de rebasar el límite.

—¿Charlar? ¿Eso es lo que propones? —preguntó Adele, pegándose a él en descarada insinuación.

—Entre otras cosas, por supuesto —respondió con deleite. Y la cogió en brazos para subir a la carrera el último tramo de escaleras que les l evaban hasta sus habitaciones.

La risa de el a, como la más bel a de las melodías, inundó el cerebro de Gregory y le nubló todo pensamiento coherente. Había sucumbido al hechizo de su sirena, reconoció sin reparo, y se sentía exultante de felicidad por el o.

Agradecimientos

Ha sido para mí un gran placer escribir esta novela. Desde que Gregory Rawson comenzó a tener voz en Estrategias del destino, el primer volumen de la serie Hermanos Rawson, me sedujo tanto su personaje que estaba deseando terminar esa novela para comenzar con su historia.

En ese recorrido de casi un año me acompañaron varias personas que consiguieron hacer mucho más agradable el proceso.

Entre el os están:

Mis amigas Cari, Maika y Carmen, a las que agradezco sus consejos y su ayuda con todos esos pequeños detal es de documentación que aportan veracidad a una novela. Lo que me l eva a incluir también aquí un agradecimiento a Jane Austen por habernos dejado esas maravil osas obras que, aparte del placer que nos proporciona su lectura, son una importante fuente de información al reflejar fielmente la vida cotidiana de la época.

Mi familia, en especial mis hijos Lidia y Víctor y mi hermana Loli, fans incondicionales de los Rawson, por sus acertadas sugerencias y la «presión» a la que me sometieron para que la terminara (aunque en esos momentos no les estuviera muy agradecida).

A el os hay que sumar los lectores de Estrategias del destino que, con sus peticiones y comentarios, me animaron a escribirla.

Por último, agradezco a Ediciones Kiwi el haberle dado a Hechizo de sirena la oportunidad de verla al fin publicada.

Document Outline

- Nota del Editor
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Agradecimientos